

Darío Lara

# Gabriel Lafond de Lurcy

Viajero y testigo de la historia ecuatoriana

**Español**

BANCO CENTRAL DEL ECUADOR



Digitized by the Internet Archive  
in 2024

<https://archive.org/details/gabriellafondde10000lara>





**COLECCION HISTORICA XVI**

FOLIO 1000

**CENTRO DE INVESTIGACION Y CULTURA**

COLECCION HISTORICA XVI

# Gabriel Lafond de Lurcy

Viajero y testigo de la Historia ecuatoriana

Darío Lara

RETIRÉ DE LA COLLECTION UNIVERSELLE

Bibliothèque et Archives nationales du Québec

BANCO CENTRAL DEL ECUADOR

Ediciones del Banco Central del Ecuador. Quito. 1988

Licenciado José Morillo Batlle, Gerente General

Señor Enrique Larrea E., Subgerente General

Doctor Irving Iván Zapater, Director del Centro de Investigación y Cultura

© Banco Central del Ecuador

Derechos reservados conforme a la ley

ISBN: 9978-72-024-3 (Colección Histórica)

ISBN: 9978-72-028-6 (Gabriel Lafond de Lurcy: Viajero y testigo de la historia ecuatoriana)

Colección Histórica XVI

*Gabriel Lafond de Lurcy: Viajero y testigo de la historia ecuatoriana*

Publicado bajo la dirección de Carlos Landázuri Camacho

Diseño de la cubierta: Alvaro Iturralde S.

Ilustración de la cubierta: Oleo de José Grijalva. Museo de la Casa de la Cultura Ecuatoriana

Fotografía: Jorge Delgado

Tipografía: Departamento Editorial del Centro de Investigación y Cultura

Diagramación: Miryam Cisneros

Impresión: Editorial Ecuador; FBT Cía. Ltda., Quito

## INDICE GENERAL

	Páginas
Prefacio de Edmond Giscard D.Estaing del Instituto de Francia.....	9
De libros y.de viajes .....	13
Introducción .....	29
Abreviaturas de las obras de Lafond de Lurcy más a menudo citadas.....	39
CAPITULO I:	
Por las Tierras del Borbonés .....	41
CAPITULO II:	
De las hazañas de un General de la revolución a las aventuras de mar .....	63
CAPITULO III:	
Los primeros años de Gabriel Lafond de Lurcy y el pupilo del imperio en el Liceo de Nantes (1801-1816) .....	83
CAPITULO IV:	
El primer viaje a bordo del <i>Fils de France</i> (1818) .....	101
CAPITULO V:	
El segundo viaje en el <i>Fils de France</i> (1819) y a bordo del <i>Mentor</i> hacia la América Española (1820) .....	115
CAPITULO VI:	
De las playas de Filipinas y México a la Ciudad Independiente de Guayaquil .....	135

CAPITULO VII:	
La entrevista de Bolívar y San Martín en Guayaquil (1822) y <i>La Carta Lafond</i> .....	159
CAPITULO VIII:	
Lafond de Lurcy y sus relaciones con el General Juan José Flores (1827-1848) .....	185
CAPITULO IX:	
Viaje de Gabriel Lafond de Lurcy de Guayaquil a Quito (1826). El paisaje y el hombre ecuatoriano vistos por el viajero francés....	225
CAPITULO X:	
Gabriel Lafond de Lurcy testigo de la historia y precursor de las relaciones económicas, comerciales y políticas de Francia con los países hispanoamericanos .....	251
CONCLUSION: .....	269
Bibliografía .....	279

## PREFACIO

Como conozco desde hace muchos años al señor Darío Lara, acepté gustoso escribir un Prefacio para su último libro. Pero, confieso que no pensaba hallar un interés tan grande al leerlo y quisiera expresar aquí las razones de mi admiración.

Este notable estudio interesa a los Franceses, por supuesto, ya que se trata de un compatriota y a los ecuatorianos, ya que se trata de un personaje que ha tenido un papel importante en las guerras de la Independencia. Pero añadiré, y puede que sea esto lo más curioso, dicho estudio interesa también a los franceses para hacerles conocer mejor la historia del Ecuador y a los Ecuatorianos para hacerles conocer mejor lo que es, en realidad, Francia.

El señor Darío Lara ha vivido más de un cuarto de siglo en nuestro país. Extranjeros que viven en París conocen la capital, pero es raro que conozcan tan bien la provincia. Sin embargo, es el caso del señor Darío Lara. Es evidente que el crecimiento de París, esta pequeña Isla de la Cité, donde se elaboró la noción misma de la Monarquía Francesa, y la vista de tantos monumentos tan perfectos como Nuestra Señora de París, el Castillo de Vincennes, el Patio del Louvre, la Cúpula de los Inválidos, el Castillo de Versalles evocan toda una civilización; pero, la trama francesa es rica por todos lados. Quienes han saboreado la calidad de cada una de sus regiones, desde el oleaje del Atlántico al chapoteo del Mediterráneo, de la rudeza altiva del Macizo Central a la dulzura angevina de las orillas del Loira, de la melancolía de los Landes a los sueños de los Vosgos cubiertos de bosques, se sentirán emocionados ante el cuadro que el señor Darío Lara

ha esbozado de una manera tan elegante, aprovechando sobre todo el origen de su héroe: el Capitán Gabriel Lafond de Lurcy, nacido en Lurcy-Lévis, en la vecindad del país de Juana de Arco, del dominio de ensueño del Grand-Meaunes, del bosque de Tronçais, de la necrópolis de Souvigny. Este país, el Borbonés, pequeño por sus dimensiones, lleva en efecto, el nombre de la familia que, durante siglos, ha construido pacientemente la Monarquía Francesa y, al mismo tiempo y a través de ella, lo que es hoy día Francia.

El joven francés, que nació el 25 de marzo de 1801, conoció las agitaciones y las grandezas de la Francia imperial. En realidad su padre murió en 1807, en plena batalla, y este muchacho de seis años estaba ya destinado a las grandes aventuras, fuesen las de la epopeya militar o las de los viajes alrededor del mundo; las segundas fueron su derrotero. Cuando se embarcó por primera vez como aprendiz de marinero, tenía diecisiete años y tres meses exactamente. Su barco salía para China, pero su nombre era ya un símbolo extraordinario, puesto que se llamaba *Fils de France*. Era, en efecto, un hijo de la tierra francesa que salía al descubrimiento del mundo, cuya vuelta iba a realizar. Sus viajes durarán quince años y le conducirán a China, Japón, Filipinas, Indias y, en el Pacífico, a México, Perú, Chile, Colombia y Ecuador.

Los recorridos de Lafond de Lurcy en América Española constituyen las enseñanzas más preciosas que debemos a las memorias de aquel gran navegante. Nadie sabía, cuando dejaba Hong Kong, el 4 de junio de 1819, luego de detenerse en Manila para llegar a México, que este viaje iba a desarrollarse entonces en una tierra histórica. Estaba en San Blas cuando se enteró de la rebelión de Riego en Cádiz. Se encuentra en Guayaquil poco después del 9 de octubre de 1820, cuando la ciudad se declaró independiente, para luchar luego contra las tropas españolas. Los acontecimientos se precipitan; el General Sucre llega a Guayaquil y libera a Quito. En 1822, Bolívar anexa el país a la Gran Colombia; el 26 y 27 de julio del mismo año, se lleva a cabo la célebre entrevista de Guayaquil entre Bolívar y San Martín, que ha venido de Lima. Entre los años 1822 y 1830 se suceden los movimientos más contradictorios y, en mayo de 1830, Bolívar renuncia a su obra. Cuatro meses antes de su muerte asiste, el 14 de agosto, al nacimiento de la República del Ecuador.

Estos acontecimientos sirven como hitos en la vida de Lafond de Lurcy que participó con pasión a este nacimiento de los Estados independientes de América Española. El libro del señor Darío Lara nos aporta, fecha tras fecha, año tras año, los datos más precisos, pero también más

preciosos. Es cierto, descubrimos muchos episodios romanescos en la vida de este hombre seducido por la América Española. La aventura de *Matralla* es conmovedora como la historia de *Paul et Virginie*. La joven Luisa, cuyo padre acaba de morir en un precipicio, no tiene más de diecisiete años y su desesperación la conduciría hasta la muerte si el joven Lafond, que no tiene sino veinte años, no la sostuviera y no la condujera a Galengo, donde el cura que celebra los funerales del padre revela ser el hermano gemelo del padre de Luisa al que no había visto desde su nacimiento... La jovencita muere pronto y era el fin natural y hasta inevitable de este idilio al estilo de Chateaubriand o Bernardin de Saint-Pierre, pues se puede vacilar entre *Atala* y *Paul et Virginie*.

Pero, más que estas narraciones tan humanas, sobresalen las que se refieren a los relatos de los grandes hombres que van a establecer la libertad de los nuevos Estados. Gracias al libro *Etudes sur l'Amérique Espagnole* se conocen las cartas de Bolívar a Flores, entre los años 1825 y 1830. Conoce a los dos hombres que edificarán los nuevos Estados: Argentina, Chile con San Martín, la Gran Colombia, en recuerdo de Cristóbal Colón, Bolivia con Bolívar; por poco, quizás, el Ecuador se llamó *Floriana*, en recuerdo de Flores... Para dejar de lado las hipótesis y volver a los documentos, el lector se apasionará por la célebre carta de San Martín a Bolívar, luego de la entrevista tan discutida de Guayaquil, el 26 de julio de 1822.

Lafond de Lurcy se aleja de América en 1828; pero, no vuelve a Francia sino en 1831 y pasará su vida, desde entonces, escribiendo y enseñando, más sencillamente, viviendo. Se casa en 1838 y muere en 1876. Para nosotros ha sido, según su expresión un *testigo de la historia hispano-americana*, objetivo, imparcial, pintoresco y humano.

Esta síntesis, así lo esperamos, atraerá la atención de los franceses y de los ecuatorianos sobre el libro del señor Darío Lara. Descubrirán, por lo demás, que su obra es la de un verdadero historiador y que merece plenamente haberla presentado como tesis de doctorado, proporcionando a su autor la más importante consagración universitaria. No se puede sino experimentar especial admiración por la documentación reunida por el autor y por el cuidado con el que los documentos han sido fotocopiados, restituyendo a cada persona, a cada acontecimiento, a cada sitio, su verdadera realidad.

Las últimas palabras de este Prefacio se referirán, pues a las primeras: que el lector sea un político, un historiador, un novelista, un psicólogo o

un viajero, que sea ecuatoriano o francés, encontrará en este hermoso libro un instrumento de precisión histórica y un instrumento de sueño romántico.

Edmond Giscard d'Estaing  
del Instituto de Francia

París, Noviembre de 1977

Nota.— Traducción del francés por Katy Marchal a quien expreso aquí el testimonio de mi sincera gratitud por la inteligente y constante colaboración que me dió en la elaboración de este libro, tanto para los dos volúmenes de la tesis doctoral, como para la preparación de su publicación en español.

## DE LIBROS Y DE VIAJES

Mediodía del sábado 11 de junio de 1949. Lentamente el *Arromanches* abandonaba las orillas de Dieppe. Sus sirenas asustaban a millares de gaviotas que desplegaban sus alas trazando enigmáticos jeroglíficos, en el cielo azul de Normandía. La agitación permanente del puerto, con barcos que se aproximaban, otros que se alejaban, era imponderable.

Por la cuarta vez me disponía a atravesar el histórico Canal, en dirección de Newhaven y Londres.

Mi pensamiento, sin embargo, se hallaba muy lejos de aquellos paisajes evocadores de escenas que hacía justamente un lustro se desarrollaron en esos cielos, en esas aguas, en esas playas. No evocaba mi mente las hazañas de quienes en esfuerzo titánico se lanzaron a la liberación de Francia, de Europa y a la defensa de la libertad amenazada por la hidra nazi, que había extendido sus tentáculos sobre tantos pueblos esclavizados. El cielo no se cubría, como en aquel 6 de junio, cuando el *Día más larçgo*, de millares de aviones que vomitaban fuego o sembraban las playas normandas de combatientes aeroportados, en el más gigantesco desembarque de la historia, a través de las defensas alemanas que vigilaban las costas francesas. Era preciso romper *el muro del Atlántico*, erizado de millares de hierros profundamente plantados en las arenas, de millares de fortines (horrible desfiguración del apacible paisaje normando que evoca los más encantadores rincones de la sierra ecuatoriana, ya La Condamine lo observó, en el siglo XVIII), medio hundidos, como desplomados y en que anidaban aún cañones aherrumbrados, pero que a cada momento amenazaban la vida de los soldados de la libertad. A través de esos setos y esos bosques de Normandía, los tanques aliados abrieron entonces los caminos de la victoria; de su

éxito dependía la suerte de Francia, de Europa, del mundo entero: es decir, de la libertad de millones de hombres. Por eso, el 6 de junio es una de las fechas más importantes de la humanidad. En la vida de los pueblos, hay días de historia y de leyenda, cuando aquello que realizan los hombres va más allá de su intención, excede al acontecimiento mismo y parece como un acabamiento, una exigencia de su propia condición humana y de su destino. El 14 de julio de 1789 fue una de esas fechas. El 6 de junio de 1944 es, tal vez, otra de las mismas...

Por lo mismo, un extraño estremecimiento sacude los espíritus al recorrer hoy aquellos caminos asfaltados, perdidos entre las dunas; o, al atravesar, a la vuelta de senderos apacibles, tantos cementerios impresionantes de paz, donde al ruido del follaje y al murmullo del mar cercano, duermen para siempre tantos jóvenes caídos sobre estas tierras de Francia, un día de junio de hace cinco años. Son los héroes desconocidos de aquellos combates decisivos de la segunda guerra mundial, librados entre el cielo y el mar, las orillas de la Mancha y del Calvados. Playas normandas de Omaha, de Sainte-Marie du Mont, Sainte-Mère-l'Eglise, Ranville, Benouville, Reviers, Asnelles, Arromanches...; acantilados de la Pointe-du-Hoc, tomados por los asaltantes americanos, al precio de tantas vidas humanas, Utah Beach... ¡bellas costas soleadas, paraíso de *la douce France* otrora, cuando los largos días estivales, con miles y miles de veraneantes!

Millares de visitantes vienen en peregrinación a esas playas; ex-combatientes que recordarán a sus camaradas que encontraron la muerte; leerán entre tantas tumbas, en el mármol blanco, esta sencilla e impresionante inscripción: *Here rests....* Es decir: "Aquí reposa, en la gloria y el honor, un compañero de armas, desconocido, salvo de Dios", como interpreta aquellas dos palabras Jean Guéhenno, anunciando que, con los años y el pasar de la historia, todos los muertos o desaparecidos en esas batallas terminarán por merecer tal epitafio. El extraordinario silencio que rodea aquellas tumbas evoca aquellos "silencios de la historia", según escribió Michelet.

Francia no olvida ni el heroísmo que floreció en aquellos días ni la alegría desbordante de la *Liberación*: hombres y mujeres, hoy ya perfectamente instalados en su vivir cotidiano, aquel 6 de junio, eran adolescentes. Recuerdan que en una playa, para siempre ilustre, del torpedero *La Combattante*, el 14 de junio de 1944, desembarcó el General de Gaulle, en una primera franja de tierra francesa liberada. Ninguna mayor garantía de la victoria, como la presencia entre los suyos del Primer Soldado de la Resistencia; del hombre que encarnaba la Francia eterna.

Sin embargo, lejos de estos pensamientos que inspiraba la región, mientras el *Arromanches* dirigía su proa hacia las costas inglesas, mi pensamiento vagaba por el continente y revivía, casi nostálgicamente, los días, los últimos meses parisienses de aquel año universitario excepcional, 1948-1949.

Había concluido un primer año universitario en la Sorbona, la vieja y célebre casona, en el corazón de la ciudad y de la Academia de París. Una necesidad de establecer algo así como un balance, de realizar un examen retrospectivo de aquellos meses me urgía interiormente, cuando ya el barco se había alejado de las costas francesas. Había sido admitido como estudiante regular en la Facultad de Letras, en el *Instituto de Literaturas Comparadas*. Su director, el venerable maestro y eximio comparatista Jean-Marie Carré, había aceptado dirigir mi tesis, de acuerdo con aquel otro destacado hispanista, el profesor G. Delpy, director del *Instituto Hispánico*, en la calle Gay-Lussac.

El año, por lo mismo, había sido de una excepcional dedicación ante todo, a las asignaturas que dictaba el profesor Carré: Introducción a las disciplinas de la Literatura Comparada y, como aplicación, en ese año, y en los siguientes: *Goethe en Inglaterra, Influencia de Walter Scott en Alemania*; mientras su joven colaborador, hoy gran maestro de la Universidad francesa, Jean Dedeyan se refería a los *Viajeros franceses en el Oriente y sus aportaciones a las letras del siglo XIX*.

Deseoso de extender mis conocimientos de las Letras francesas, asistí también a varios cursos, seleccionados, entre tantos que se dictaban para la preparación del Doctorado o la Agregación. Así, de los siglos XVIII y XIX, con el profesor René Jasinski, los cursos sobre Montesquieu, particularmente su comentario del *Espíritu de las Leyes* y de J. J. Rousseau, las páginas del *Emilio*; con el profesor René Pintard, me fue posible explorar las rutas del Parnaso y el Simbolismo, para luego, analizar las obras de Verlaine y Baudelaire; mientras con la Señora Marie-Jeanne Durry (hoy directora de la Escuela Normal Superior de Saint-Cloud), de las iluminaciones de Rimbaud, a los misteriosos caminos de Mallarmé, hicimos un recorrido por mundos poéticos tan diferentes y que marcan el siglo XIX, para culminar, en nuestro siglo, con Claudel y Valéry.

Mis inquietudes docentes y pedagógicas (a las que había consagrado los primeros años de mi juventud), me incitaron a seguir algunos cursos en los ramos de la educación y la filosofía, en esa misma Facultad de la Sorbona. Especialmente: *la psicología del niño y la educación, el carácter y la vida moral*, que dictaba ese año el gran maestro y filósofo René Le Senne (1882-1954), especialista de la caracterología, autor de obras tan

importantes como: *Introducción a la Filosofía* (1925), *El Deber* (1930), *Tratado de Moral General* (1943), y, en especial, su magistral *Tratado de Caracterología* (1949), asunto de sus cursos de ese año. Con su colega el profesor Louis Lavelle, *Le Senne fue uno de los inspiradores de la filosofía del espíritu* que, a partir del bergsonismo, significó una corriente opuesta al positivismo e impregnada de un gran espiritualismo, gracias a la influencia de pensadores como Teilhard de Chardin, Gilson, Maritain. Por otra parte, con su tesis sobre la caracterología, *Le Senne* seguía o completaba las teorías de Emmanuel Mounier (1905-1950), quien a partir de la lectura de Charles Péguy (poeta sublime, profeta de nuestros tiempos y gran maestro del pensamiento de toda una generación de las más destacadas de Francia, después de la primera guerra mundial concibió la idea de una síntesis entre el cristianismo y el socialismo) y fue el principal representante del *personalismo*. Mounier se expresó especialmente a través de la revista *ESPRIT* (1932) o en obras fundamentales como: *¿Qué es el personalismo?* (1947), *Tratado del carácter* (1948) y *El personalismo* (1949).

Incansable, ávido de extender los conocimientos que se me ofrecía, como no aprovechar —y tengo conciencia de que así lo cumplí, como en ninguna otra circunstancia de mi vida y hasta 1951— tal oportunidad, especialmente en tantas conferencias que se dictaban en el *Colegio de Francia*. Allí pude escuchar a Maurice Merleau-Ponty, a Marcel Bataillon, hispanista universalmente conocido, o seguir las conferencias de Etienne Gilson, Gabriel Marcel, André Maurois y, para los ecuatorianos, de nuestro tan querido Paul Rivet...

En París, eran los años del apogeo del *existencialismo*, como filosofía y como cierto modo de vida. Saint-Germain-des-Prés era el barrio universalmente conocido con sus cafés, sus *boîtes* y el renombre de escritores que como Sartre, Boris Vian, Camus... frecuentaban esos sitios, especialmente el café de Flore, donde más de una vez me fue posible ver y oír a tantos personajes que iban a marcar todo un período, a toda una generación de la juventud francesa y mundial.

En una de aquellas tardes de otoño, no recuerdo exactamente la fecha, después de mis cursos en la Sorbona, tuve la suerte de encontrar, por primera vez, y oír la palabra cálida de Albert Camus: ensayista, novelista, dramaturgo. Estaba yo acompañado de un amigo, casi un colega de Camus, un joven profesor francés llamado a una enorme tarea de difusión de las letras españolas e hispanoamericanas, Claude Couffon, amigo cordial de siempre. Y fue precisamente *La Peste*, el primer libro que leí luego de mi llegada a Francia, en 1947. Como en la novela de tema dos-

toievskiano *L'Etranger* (1942), se encuentra toda la sensibilidad de una época: más tarde despertará memorables polémicas alrededor del problema de la violencia revolucionaria. De este modo, Camus será el objeto de discusión y controversia; lo que le dará una actualidad siempre viva y una influencia indiscutible sobre aquella juventud obsesionada por el sentimiento de un mundo extraño y absurdo, así como por el problema de la muerte, del más allá que se reflejan en las obras del joven escritor. Sin descuidar por ello la influencia preponderante de su tierra natal que también tradujo en muchas páginas de sus libros:

*En Argelia, yo no conocí la miseria, pues tenía ese gran lujo: el sol y el mar... Después, he perdido el mar; todos los lujos, entonces, me han parecido grises, la miseria intolerable...*

La influencia de Camus en la juventud de la postguerra fue indiscutible y profunda. Su acción se reveló, sobre todo, en su obra periodística, al día siguiente de la Liberación, en los editoriales de *Combat*, que no necesitaba firmarlos, pues su estilo era tan personal y su pensamiento le señalaba como un dirigente y guía de la nueva generación.

El autor de *La Peste*, de *L'Etranger*, del *Mythe de Sisyphe...* vino a ser el símbolo de la juventud salvada de la guerra y también de una nueva literatura, de un mundo nuevo, en el que la moral pretendía reemplazar a la política. Se comprende por qué sus admiradores le seguían de libro en libro, de ensayo en ensayo, de pieza en pieza; era el *maître à penser* indiscutible de la época. Sin embargo, Camus no se siente satisfecho del prestigio que le rodea. Escribe:

*Estoy abrumado por esta reputación de virtud de la que soy indigno. Mi papel no es de transformar el mundo ni el hombre. No tengo bastante virtud ni luces para esto. Pero, tal vez, mi papel es servir, en mi puesto, los pocos valores sin los cuales un mundo, aún transformado, no vale la pena de ser vivido; sin los cuales, un hombre, aun renovado, no podrá ser respetado..."*

Se comprenderá así lo que sintió el mundo de las Letras y la juventud de esos años, cuando Camus, a los 46 años —y es el mayor de los absurdos— en plena vitalidad física e intelectual, fue fulminado aquel 4 de enero de 1960. Regresaba de su casa de Lourmarin, en la Provence, fruto de su Premio Nobel, dos años antes... “Representaba en este siglo y contra la historia, escribió Jean-Paul Sartre, al heredero actual de esa larga estirpe de moralistas, cuyas obras constituyen, tal vez, lo que hay de más original en las Letras francesas”.

Cuando Boris Vian murió en 1959, en plena juventud, su obra literaria era casi desconocida. *L'Ecume de Jours* (1947), *L'Arrache-coeur*, *L'Herbe rouge...* habían llegado tan sólo a unos pocos iniciados. Pero, en estos últimos años, dichas obras son reeditadas constantemente y sus lectores aumentan sin cesar.

Boris Vian había dejado un manuscrito, el mismo que acababa de publicar las *Editions du Chêne: Manuel de Saint-Germain-des-Prés*. Bellas fotografías reemplazan los dibujos inicialmente previstos por su autor. La legendaria época de Saint-Germain-des-Prés ha pasado; pero, libros como los de Boris Vian reviven aquellos años que siguieron a la segunda guerra mundial. Años consagrados por nombres prestigiosos de escritores, filósofos, artistas... que reviven en este *Manuel de Saint-Germain*; años del existencialismo, cuando las primeras obras de Boris Vian quedaron ahogadas por los libros de Sartre, Simone de Beauvoir, Albert Camus, entre otros.

El autor de *Manuel de Saint-Germain* conocerá la gloria sólo algunos años después de su muerte, pues las novelas que publicó aquellos años fueron víctimas del escándalo que produjo su obra *J'irai cracher sur vos tombes* (1946). Tal vez, Boris Vian fue ahogado física y moralmente por el éxito del escándalo, de aquel remedo de una novela americana que fue publicada con el seudónimo de *Vernon Sullivan*. Noël Arnaud, su amigo y exégeta, así lo cree. Su mismo autor no quiso oír hablar más de aquella novela que le había llevado hasta los tribunales correccionales. Cuando murió de una crisis cardíaca se proyectaba precisamente, antes del estreno oficial, *J'irai cracher...* Hoy, este escritor muerto en 1959, a los 39 años, es un clásico de Saint-Germain-des-Prés y, a causa de su muerte, se le identifica, un poco, con el mito del héroe desaparecido.

En 1950, como recordé más arriba, Boris Vian redactó su *Manuel de Saint-Germain-des-Prés*, ante todo, para impedir que otros realizasen una obra análoga con fines comerciales. Los amigos de Boris Vian, que creyeron un momento perdidos tales originales, los han encontrado y ofrecen una obra en que desfilan tantos nombres de artistas, personajes de historia y de leyenda, mientras instintivamente resuenan en las lejanías del tiempo y del recuerdo las notas de *Les feuilles mortes...*, que inmortalizó la voz de una mujer, la diosa de esos años: Juliette Gréco. ¡Cuántos nombres; cuántas cosas! Una parte de lo insólito de ese Saint-Germain de 1947 ha desaparecido; algunos nombres han llegado a ser clásicos: entre ellos, indudablemente, el de Boris Vian.

Saint-Germain-des-Prés no fue únicamente las *caves existencialistas*, las chiquillas de largos cabellos desgreñados, de jersey negros y que intro-

dujeron la moda de los pantalones masculinos; no fue tampoco el de aquellos extranjeros, turistas impresionados por ese París que visitan e inevitablemente preguntan por Jean-Paul Sartre, Juliette Gréco o el *Tabou*. Dichas *caves* existencialistas adquirieron en todos los rincones del mundo una reputación, según ha escrito André Maurois: *Les vestibules d'un enfer très intelligent* (los vestíbulos de un infierno muy inteligente). Es la época en que los turistas confunden las dos palabras *caves* y *existencialismo*. El autor mencionado añade: ¿Por qué no *boîtes hégéliennes, cabarets cartésiens o bistrots platoniciens*”? ... En realidad, la filosofía y el *Tabou* se habían encontrado por casualidad y todo aquello fue más simple de lo imaginado en las antípodas.

El barrio de Saint-Germain-des-Prés ocupa un sitio excepcional junto al Sena. Su plaza, celebrada en el mundo de las Letras a causa de dos cafés: *Les Deux-Magots*, *Le Flore* y el restaurante *Lipp*. Fueron el centro de grupos literarios que frecuentaron celebridades como Giraudoux, Léon-Paul Fargue, Gide entre tantos otros, después de la primera guerra. Vaga todavía entre estos dos cafés la sombra del soñador Ferdinand Lop, aquel marsellés, candidato permanente, siempre fracasado, a las más altas funciones del país. Los grandes editores: Gallimard, Grasset, Plon, Hachette irradiaban el barrio, mientras *el teatro de bulevar* se instalaba en el *Vieux Colombier*, con Jacques Copau, gran renovador del teatro francés.

La iglesia actual, comenzada antes del siglo mil, mientras se rectificaba una nueva abadía, una de las más antiguas y prestigiosas de París, mezcla su historia con la de los hijos de Clodoveo. La Revolución destruyó la abadía y puso en peligro la iglesia. Pero, el barrio nunca dejó de marcar el arte, las letras de todos los siglos. No es hoy el de Sartre, de Boris Vian, de la Gréco... es siempre el de los restaurantes, de las galerías, de las librerías. Es también, modernamente de los pequeños almacenes, de la droga, de los *hippies*, propios o extraños, que constituyen como capas sociales superpuestas, características de lo que se ha llamado la *edad de oro*, aquella del existencialismo.

Así pues, la gloria de Saint-Germain-des-Prés es muy antigua. Los surrealistas habían precedido a los existencialistas en ese sitio privilegiado. Lo nuevo fue que el *Flore* y *Les Deux Magots* se unieron al Saint-Germain del *Tabou*. Esto se debió especialmente a algunos nombres y, sobre todo, a Juliette Gréco que aparece en esos años los cabellos desgreñados, pantalones masculinos, un jersey negro de ancho cuello enrollado. Después de la Liberación esa juventud que leía a Sartre y Camus, que amaba a los poetas y los filósofos, por las noches venía a divertirse y calentarse en el café

*Méphisto* y en el *Bar Vert*; encuentra finalmente en la calle Dauphine, el *Tabou* que es adoptado por la banda. En la *cave*, Juliette y sus amigos, Boris Vian y sus hermanos han formado una orquesta, los chicos y las chiquillas de cabellos largos y vestimenta dudosa, danzan toda la noche. El *Tabou* fue un club cerrado. Sartre, Simone de Beauvoir, Maurice Merleau-Ponty, Raymond Queneau, Prévert, Gaston Gallimard vinieron alguna noche y el éxito estuvo asegurado. Los turistas americanos lo descubrieron y la boíte fue señalada y lanzada: un sitio en que se soñaba y se divertía; una juventud ávida de liberación que amaba las novelas americanas y el jaz... Juliette, recomendada a Sartre por Anne-Marie Cazalis, encuentra los textos de Prévert, Laforgue, Queneau. Con música de Kosma hizo oír, con su voz única de terciopelo: *Si tu t'imagines, Les enfants qui s'aiment, Les feuilles mortes...* que han recorrido el planeta, llevando el mensaje y el nombre de Saint-Germain-des-Prés. “Bella y pobre —dice Anne-Marie Cazalis— Juliette era el símbolo del período de nuestra ‘postguerra’ “y añade Maurois: “Por esa voz, por esas canciones, por esos poemas, Saint-Germain-des-Prés ha conquistado al mundo, sin haber pensado nunca en ello... En el principio era Juliette Gréco”.

Pero no era la única. Junta a ella estaban Anne-Marie Cazalis, Barbara Laage, escogida esta última por Sartre para llevar a la pantalla una de sus obras: *La P... respectueuse*. Contribuyeron, después de Agnés Capri, a organizar en los cabarets de la *rive gauche*, programas inteligentes en que los textos de los mayores poetas del surrealismo, de Apollinaire a Max-Jacob, de Prévert a Queneau, dieron a Bárbara un éxito insospechado hasta que un periodista americano la descubrió para *Life*. Bárbara partió para Hollywood... Felizmente, allá se fastidiaba y su regreso al París de Saint-Germain, que había contribuido a modelar, fue inevitable.

Como escribió Boris Vian en el prólogo de su *Manuel de Saint-Germain-des-Prés*: “Este barrio de París se convirtió bruscamente hacia 1947, en uno de los polos de atracción del mundo intelectual (sic) o más simplemente del público...”.

Stéve Passeur escribía en un diario parisiense: “... En efecto, en todas las capitales del mundo los intelectuales bulliciosos se interesan por el París literario de 1947 y piden, exigen una descripción del *Flore* y del *Tabou*. Nadie puede hacer nada; es un *hecho científico* como decía una maravillosa mujer que conozco...”.

La prensa de todo el mundo se dió por unir inseparablemente este barrio con el nombre de Sartre, del existencialismo... Prueba estas líneas —entre tantas— de un diario de Amberes: “Desde el día en que Sartre desembarcó en un miserable café de la calle de Sena y se puso en las horas

febriles de la guerra a predicar en el café *Flore* su brutal filosofía, a discípulos cada día más numerosos, Saint-Germain-des-Prés encontró su esplendor de antaño”.

Saint-Germain-des-Prés vive ahora como un mito. Los que le frecuentan de día y los que le visitan en la noche tienen reacciones similares: es el último lugar en que se vive un ambiente familiar, por lo menos en ciertas horas. Los *drugstore* se han multiplicado. Sólo el *Flore* y *Les Deux-Magots* siguen atrayendo a los turistas y soñadores; el *Lipp*, a los políticos. Pero, el barrio sigue animado como un gran mercado; como el centro parisense por excelencia del exhibicionismo, alrededor de su triángulo mágico: Lipp-Flore-Deux Magots.

Ese fue el ambiente que encontré en 1947, que frecuenté, sobre todo, los años 48-49. Nunca olvidaré, entre las sombras de la ciudad mal aclarada aún como consecuencia de las privaciones de la guerra, la figura de la Gréco interpretando con voz lánguida: suavidad de terciopelo, hechizo de bohemia, una de esas canciones que han recorrido el mundo. Pero, también, inseparables, los nombres de escritores y de algunos de sus libros que ese año cayeron en mis manos y fueron como una revelación. Para mencionar entre tantos: *La Peste* de Camus, a quien veo aún, grabado en mi recuerdo, cuando regreso por ese barrio. Sartre acababa de publicar *L'Être et le Néant*. Y junto a la *Caracterología* de *Le Senne*, tantos autores de mis estudios en ese año; en lugar preferencial: las obras de Jacques Maritan, de Gabriel Marcel o las últimas novelas de François Mauriac.

Mi aprendizaje poético pasó aquellos años desde *Miracles* de Jacques Rivière, que me reveló la poesía de Alain Fournier y estuvo al origen de un primer libro: *Alain Fournier, poeta*, a la poesía de Saint-John Perse, de Paul Eluard, de Yvan Goll. El descubrimiento de los esposos y poetas Goll debió estar también al origen, años más tarde, de una nueva publicación: *Yvan Goll, poeta del amor y del exotismo*. Pero, sin duda, mi mayor descubrimiento —por temperamento y formación— fue la obra teatral de Paul Claudel. La personalidad, el genio de artistas como Edwige Feuillère, Pierre Brasseur, Jean-Louis Barrault (que juntos me descubrieron el *Partage du Midi*) estuvieron seguramente por mucho, así como las conferencias del más ilustre claudeliano, Jacques Madaule, en la introducción deslumbrada, a la obra de uno de los mayores escritores de la lengua francesa de todos los siglos, par de Homero y Virgilio, del Dante y Racine.

Después de 1949 esta lista se alargará y enriquecerá fundamentalmente con el conocimiento de la obra, en algunos casos de la persona misma, de notables escritores franceses y de otros países, especialmente hispa-

noamericanos. Estos recuerdos: *Treinta años después*, introducirán a mi nuevo libro: *Del Tiempo y Del Paisaje*, evocando aquellos versos de Pablo Neruda:

*Yo no tengo memoria  
del paisaje ni tiempo  
ni rostros ni figuras  
sólo polvo impalpable...*

Hundido en estos y otros pensamientos, el *Arromanches* había abordado las costas de Newhaven y un tren inglés me conducía ya a Londres. Por más de un trimestre, iba a ser nuevamente un habitante de la inmensa metrópoli, marcada aún por las impresionantes ruinas que acumularon las bombas de la aviación hitleriana.

Estudiante en el King's College de la Universidad de Londres, mientras me familiarizaba con las letras y la civilización de ese gran país, iba a presenciar también las postrimerías del más famoso imperio de los últimos siglos, que se disgregaba lentamente, después de haber dado al mundo una excepcional lección de heroísmo.

Una carta de París vino a distraerme en mis estudios universitarios, a los que concurrían más de 250 estudiantes de 32 países. A fines de 1948, exactamente el 12 de diciembre, por consejo del Profesor G. Delpy tuve una primera entrevista con el entonces canónigo, más tarde Monseñor, Pierre Jobit. Pronunciar este nombre es evocar a un maestro, un conferenciante, a un escritor y toda una época brillante del hispanismo en Francia. En 1947 había creado en la Facultad de Letras del Instituto Católico de París, el *Centro de Estudios e Investigaciones Iberoamericanas*. Desde mi primera visita al eminente eclesiástico se entabló una entrañable amistad con la que me honró hasta el fin de su vida. Por su pedido, en las semanas siguientes, presenté a sus estudiantes algunos temas de las letras de América Española, del Ecuador, en particular. Esta iniciativa debía tener consecuencias incalculables. Después de nuevas conversaciones, en los primeros meses de 1949, decidió extender las actividades de su *Centro*. Mi sorpresa fue grande al leer la carta que Monseñor Pierre Jobit me envió a Londres, invitándome a colaborar en su *Centro* con tres horas semanales, sobre temas de civilización y letras hispanoamericanas: "... Gracias por su carta y la aceptación de principio. Es para mi un gran alivio saber que probablemente contaré con su colaboración" (30 de agosto de 1949). Las horas de mis estudios en la Sorbona me permitían dedicar algunas horas a la docencia, en la que me había iniciado desde mi juventud.

A mi regreso de Londres, a finales de octubre se organizaron los cur-

sos, bajo las instrucciones de Monseñor Pierre Jobit. Y, por primera vez, tuve la oportunidad de conocer al Profesor Georges Lafond, igualmente ya fallecido. Personalidad destacada del mundo intelectual parisiense, ameno conferenciante, que conocía muy bien América Latina, a donde había viajado varias veces, en misiones oficiales. Basta recordar la serie de libros que publicó, la calidad de la revista que dirigió en París, para apreciar la excepcional calidad intelectual de Georges Lafond y su profundo conocimiento de los problemas del mundo hispanoamericano.

Bajo la dirección de Monseñor Pierre Jobit, con la colaboración de Georges Lafond, los estudios hispanoamericanos conocieron en la década 1950-1960 un desarrollo excepcional. Pues, a los cursos universitarios del *Centro* se añadieron las conferencias públicas en la sala de Hulst, en la Biblioteca Española o en la Casa de América Latina.

Largo sería explicar todo lo que esta iniciativa significó para los países hispanoamericanos. Sin temor, se puede afirmar que, en dicho período, el *Centro* que fundó y dirigió Monseñor Pierre Jobit, fue en París uno de los focos más brillantes de cultura y, sin duda, el más notable en todo lo relativo a los asuntos del hispanismo, gracias a la colaboración de las Embajadas de España, de varias de otros países hispanoamericanos y la categoría de los Presidentes del *Centro*: el Duque de Choiseul-Praslin, Horace Dalla Torre y el actual, señor Edmond Giscard d'Estaing, miembro del Instituto de Francia, hispanista de alta calidad.

¿Qué decir de las numerosas conferencias dictadas en las salas antes mencionadas? Escritores, profesores, hispanistas, diplomáticos, algunos desaparecidos ya, como el ilustre historiador venezolano G. Parra Pérez, Raymond Ronze, Georges Lafond, Jean Camp, Charles Pichon, René Bouvier, Albert Mousset, Maurice Legendre; otros viven aún hoy, como el Presidente Edmond Giscard d'Estaing, Robert Ricard, A. Dauphin-Meunier, Paul Verdevoye, Jean Babelon, Charles Minguet, Daniel Toledano, José María Pemán, Luis Laín Entralgo, Ernesto La Orden, Nicolás Guillén, Rómulo Gallegos, F. Pardo de Leygonier, Jean Descola, que ha consagrado varios libros a nuestra América y tantos otros más: todos presentaron aspectos los más diversos de la historia, del arte, de las letras de España y los países hispanoamericanos.

Varias veces, también del Ecuador. Pues, junto a tan destacadas personalidades tuve la oportunidad, en dichos actos públicos, de evocar temas de la historia, de la cultura ecuatorianas. Entre otros: *L'Equateur: tropique, neiges et avenir* (14.2.1953); *Quito, ville d'art* (5.2.1955); *Les Voyageurs Français à l'Audience Royale de Quito* (21.4.1956); *Le Journal inédit du Vicomte René de Kerret, voyageur en Equateur* (21.2.1959); *Des*

*neiges de Quito au coeur de la forêt: Découverte du fleuve Amazone* (4.3.1961); *La Famille de Sainte-Thérèse d'Avila à Quito* (4.3.1965); *La première Carmélite américaine: Teresita de Quito* (10.12.1966); *L'Equateur, pays d'art* (2.3.1974), con ocasión de las grandes exposiciones que el Ecuador y Francia organizaron en el Petit-Palais y, en el Museo de Arte Moderno, la obra del pintor Oswaldo Guayasamín.

Algunas conferencias fueron ilustradas con proyecciones de diapositivas, películas que mostraban algunos aspectos del Ecuador; cuando no fueron los mismos cineastas que después de visitar nuestro país presentaron, con entusiastas comentarios, el fruto de sus aventuras. Así, he de mencionar a Christian Zuber, Colette Castagno, los esposos Françoise y Luc Giard que participaron en sesiones inolvidables de arte y ecuatorianidad. Como colaboraron también, más de una vez, delicados artistas que descubrieron al público parisiense las armonías típicas de la música ecuatorina; entre otros, el notable maestro Gerardo Guevara.

Monseñor Pierre Jobit personalmente después de su viaje al Ecuador, en 1959, dictó también algunas conferencias o publicó varios artículos sobre nuestro país.

Además, dentro del antiguo sistema universitario de *Certificados*, como preparación a la Licenciatura en Letras, un asunto de la historia, de la cultura ecuatorianas figuró siempre en el programa general de *Civilización y Letras hispanoamericanas*. Me cupo organizar y dirigir tales estudios, bajo la vigilancia de guías excepcionales como Monseñor Pierre Jobit y Georges Lafond. Dichos *certificados* preparaban a los diplomas propios del Instituto Católico o a los exámenes oficiales de la Sorbona, con la que nuestro Director guardó siempre excelentes relaciones, en particular, cuando fue Rector de la Academia de París, Jean Sarrailh, aquel otro insigne hispanista, amigo y compañero de Monseñor Pierre Jobit. De este modo, en ese *Centro*, creado por un ilustre hispanista francés, centenares de estudiantes, que hoy enseñan en tantos lugares de Francia y de otros países, aprendieron a conocer (y diría casi a amar) al Ecuador, país del cual ignoraban todo...

Refiriéndose a mis actividades en este *Centro*, F. Pardo de Leygonier, ilustre venezolano-francés, erudito conferenciante, miembro correspondiente de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela, etc... quien después de la muerte de Georges Lafond fue el colaborador inmediato de Monseñor Pierre Jobit y le reemplazó cuando la desaparición del sentido fundador, escribió para la prensa de Quito algunos párrafos muy generosos, de los que me permito recordar las siguientes líneas:

"... Empezaré por recordar que A. Darío Lara ha sido el creador en

el seno del *Centro de estudios e Investigaciones Iberoamericanas* del Instituto Católico de París, y desde unos 25 años, *no solamente de una cátedra ecuatoriana, pero también de una forma especial de cátedras rotativas* de estudios superiores que se extendió a todos los otros países de nuestra América. A pesar de su nombre, ese *Centro* fundado por el distinguido hispanista, Monseñor Pierre Jobit, fallecido exactamente hace un año, de hecho sólo se ocupaba y daba atención a la Madre Patria y muy poco a sus hijas de América. Tan sólida ha sido la iniciativa de Darío Lara que cuando la enseñanza universitaria propiamente dicha fue absorbida por la Facultad de Letras del mismo Instituto Católico, quedó el *Centro* de pies, consagrado a conferencias y comunicaciones históricas, literarias, políticas del más alto interés. Cobrada su autonomía, bajo la presidencia de Edmond Giscard d'Estaing, el *Centro* patrocina ciclos de conferencias, ya sea en la Casa de América Latina, ya sea en el Instituto de Altos Estudios de América Latina de la Universidad de París, y en la misma Universidad Católica, en la célebre sala d'Hulst..." ("El Tiempo".— Quito, 1973).

Encargado, por varios años, de los asuntos culturales en la Embajada del Ecuador y conocedor de todas las dificultades que tales actividades ofrecen, no temo afirmar que por los cursos organizados, las conferencias dadas, la revista *Le Courrier Ibero-américain*, por el trabajo de toda una vida consagrada a una gran causa y por la influencia que ejerció, en los medios del hispanismo, Monseñor Pierre Jobit cumplió una tarea que ninguna misión diplomática de nuestros países puede realizar. Por tal motivo, su nombre permanecerá inolvidable, como el de un gran amigo, de un apóstol del hispanismo. Basta recordar que su librito *Espagne et hispanité* (Paris, 1948), ha sido calificado como el *Kempis del hispanismo*.

El Ecuador así lo reconoció hace mucho tiempo. Cuando su visita a Quito, fue condecorado, el 22 de junio de 1959, por el entonces Ministro de Relaciones Exteriores, señor Carlos Tobar Zaldumbide, más tarde brillante Embajador en París y gran amigo de Monseñor Pierre Jobit. La Casa de la Cultura Ecuatoriana editó, ese mismo año las conferencias que el eminente maestro dictó en Quito. *Notas sobre el moderno pensamiento español*, dio por título a tal publicación y, en la Introducción, Monseñor Pierre Jobit escribió: "Lector: te dedico estas conferencias que fueron dictadas en esta maravillosa ciudad de Quito, durante una temporada cuyo recuerdo me llena de alegría y gratitud..."

Que la memoria de Monseñor Pierre Jobit perdure; que su nombre sea una luz y una esperanza. Hoy, al trazar estos recuerdos, leo estos párrafos que Monseñor Pierre Jobit me escribió desde Quito, el 11 de junio de 1959: "Aquí estoy en Quito, noble, grandiosa. Nuestro amigo A.

Dauphin-Meunier tenía razón cuando afirmaba: pocas son las ciudades que causen al viajero una impresión tan profunda y duradera como las del Ecuador”.

Descanse en paz el venerable maestro, el brillante escritor y conferenciante, el valeroso soldado de las trincheras de Verdun, en la guerra del 14-18. Sus alumnos, sus amigos, recordarán y perpetuarán su memoria. Sus obras seguirán iluminando los caminos del auténtico hispanismo. Francia guardará su nombre entre los valientes que la defendieron. El hombre de virtud acrisolada que, en una época tan necesitada, enseñó la verdad eterna, más que con su palabra con su ejemplo, habrá recibido ya la recompensa de “su sacerdocio intensamente vivido ... en una suprema y divina síntesis”, según él mismo escribiera de su esclarecido amigo y maestro, don Manuel García Morente.

El 17 de noviembre de 1972, nuestro *Centro* rindió un homenaje público a su fundador fallecido tres meses antes. Sus más fieles colaboradores recordaron aspectos diferentes de tan ilustre personalidad. El Presidente, señor Edmond Giscard d'Estaing, para concluir dicho homenaje, pronunció estas palabras que me place transcribirlas como brillante conclusión:

*Hemos hablado de Monseñor Pierre Jobit no como de un ausente, sino como de un hombre presente, ya que nosotros también hemos querido verle vivir en esa España que atraviesa los siglos y de la que él no dejó de descubrir las virtudes enajenadoras. En uno de sus libros, Monseñor Jobit ha citado el epitafio que leyó en la catedral de Toledo, sobre una lápida sepulcral anónima:*

*Et cinis  
Et pulvis  
Et nihil  
Homo tamen.*

*Me parece —añadió el ilustre miembro del Instituto de Francia— que a justo título podemos transponer esta inscripción para perpetuar a la vez la memoria y la presencia de Monseñor Pierre Jobit:*

*‘Ceniza  
Polvo  
Nada  
Y sin embargo  
El cantor de la Hispanidad...*

Mi amistad con el profesor Georges Lafond estuvo así al origen de

otro descubrimiento. Varias veces me habló de un joven francés que en el siglo XIX había visitado los países del Pacífico, el Ecuador entre ellos. El nombre del capitán Gabriel Lafond de Lurcy me llegó de este modo por un lejano pariente que había iniciado algunas investigaciones. Cuando el fallecimiento de Georges Lafond, uno de sus hijos me entregó un sobre con algunos documentos sobre el viajero francés. Consideré como un acto de probidad y de gratitud al amigo desaparecido presentar en Anexos (II volumen de mi tesis doctoral) las fotocopias de todos esos documentos. Al mismo tiempo que situaba el estado en que se hallaban las investigaciones sobre el capitán Gabriel Lafond de Lurcy, hace unos veinte años. En realidad, los historiadores, los investigadores habían ignorado casi completamente a tan interesante viajero, según se verá en las páginas que siguen.

Las últimas hojas de este otoño esplendorosamente dorado se deshacen en el húmedo limo que recubre las vastas planicies de los fértiles campos de la Beauce. Son *las hojas muertas*: no las de los versos de Prévert, que el viento helado arrastra o amontona por millares. Aquellas son germen de esperanza : la primavera renacerá de este humus... Basta de sueños. Hay en estos celajes otoñales “escasas, pero maravillosas claridades —como escribiera Guermantes (Gérard Baüer), aquel delicado crítico y moralista— que permiten a un testigo recoger fiel, sinceramente, sin ilusiones, las sonrisas y los hechos de la vida...”

Al presentar estos documentos, en el primer centenario de la muerte del capitán Gabriel Lafond de Lurcy; al recordar sencillamente hechos que parecerán insignificantes, como por temor de dejar perderse lo que hay de fugitivo en la sucesión de los días, si bien, como escribió J. P. Sartre: “... el hombre no es nada más que el conjunto de sus actos, nada más que su vida”; al evocar devotamente, como modesto testigo, la personalidad excepcional de Monseñor Pierre Jobit y la de uno de sus primeros y más valiosos colaboradores, el profesor Georges Lafond, a quienes “la metamorfosis de la muerte transformó de pronto, en seres eternos”: tengo la impresión de arrojar al viento un manojo de hojas amarillentas... Ojalá que algunas, por lo menos, encuentren una tierra propicia y sean germen de esperanza. De aquella esperanza “que es para el alma lo que la respiración para el ser viviente; allí donde falta la esperanza, el alma se agosta y extenua”, escribió Gabriel Marcel.

Chêne-aux-Dames  
(Otoño de 1974)



## INTRODUCCION

El capitán Gabriel Lafond de Lurcy, que recorrió las costas del Océano Pacífico de los países hispanoamericanos entre 1820 y 1828, es, sin lugar a duda, uno de los viajeros franceses más distinguidos y más interesantes del siglo XIX.

A pesar de esto, los investigadores, los historiadores muy poco se han ocupado hasta la fecha de este viajero, autor de una obra abundante y valiosa. En su último libro: *Les Messagers de l'Indépendance. Les français en Amérique-Latine: de Bolívar a Castro*<sup>1</sup>, el historiador Jean Descola le consagra cinco páginas, 171 a 175. Por su parte, Laurent Bourdier, al escribir su monografía: *Lurcy-Lévis d'hier et d'aujourd'hui*<sup>2</sup>, dedica catorce páginas, 195 a 209, a Lafond de Lurcy. Son los estudios más importantes de estos últimos años.

Viajero *voluntario*, después de haber recorrido varios países del Oriente, los mares de China, de India y Oceanía, vino a las costas del Pacífico, desde México hasta Chile, igualmente en viaje *voluntario* y no efectuaba ningún *recorrido oficial* por dichos países, como ha afirmado el escritor ecuatoriano Jorge Villacrés Moscoso; a menos que disponga de documentos que prueben su afirmación; pero, que no los menciona y que tampoco los ha encontrado, hasta el presente.

Viajero *distinguido*: por la abundante obra que publicó, fruto de sus

- 1) Jean DESCOLA.— *Les Messagers de l'Indépendance. Les Français en Amérique Latine: de Bolívar à Castro*. Éditiones Robert Laffont, Paris, 1973, 331 págs.
- 2) Laurent BOURDIER.— *Lurcy-Lévis d'Hier et d'Aujourd'hui. Un chef-lieu de Canton du Bourbonnais*. Edición de "Cahiers bourbonnais", Moulins, 1965, 283 págs.

quince años de viajes. Dieciocho títulos en el Catálogo de la Biblioteca Nacional de París. De los cuales: *Quinze ans de voyages autour du monde* (2 volúmenes), 1840; *Voyages autour du monde et naufrages célèbres* (8 volúmenes), 1843-1844; y *Fragments de voyages autour du monde*, que tuvo nueve ediciones entre 1861 y 1873, ofrecen un interés particular. Estas obras servirán de base para este estudio.

Gabriel Lafond de Lucry ofrece un interés particular para la historia ecuatoriana de esos años, 1820 a 1830, lo que justifica el que le consagre este trabajo que ocupará íntegramente todas las páginas del volumen II de mi obra: *Viajeros franceses al Ecuador en el siglo XIX*. Este interés se justifica, esencialmente:

1o.) Porque fue testigo valioso y activo de los años que siguieron a la Independencia de Guayaquil, a donde llegó pocos días después del 9 de octubre de 1820, aquella ciudad clave en los años de la emancipación política y en la historia de la Gran Colombia, del Perú, de todos los países bolivarianos.

2o.) Porque conoció personalmente a los personajes más importantes de esa época, en especial, a Bolívar, San Martín, Sucre, Villamil, Flores (menciona veinticinco nombres), entre los americanos; y deben mencionarse también a varios franceses que participaron en la historia hispanoamericana de esos años decisivos. Con algunos de ellos se ligó de una amistad estrecha, como veremos más adelante.

3o.) Porque su nombre está íntimamente ligado a la polémica más célebre de la historia hispanoamericana de la Independencia: es decir, a la autenticidad de la famosa carta de San Martín a Bolívar, de 29 de agosto de 1822, llamada también *la carta Lafond*, por haber sido nuestro viajero el primero en publicarla, en francés, en el segundo volumen de sus *Voyages autour du monde et naufrages célèbres*, en 1843. La polémica que esa carta ha despertado entre los escritores e historiadores de todo el continente, especialmente venezolanos y argentinos, no ha terminado aún, como lo prueba la publicación de dos obras, en los últimos años: *La Carta Lafond y la preceptiva historiográfica*, de A. J. Pérez Amuchástegui, (Buenos Aires, 1963 y 1967); y *La Entrevista de Guayaquil: Hacia su esclarecimiento*, de Eduardo L. Colombes Mármol (hijo), Buenos Aires, 1972. Obligadamente deberé tomar parte en dicha polémica. Espero aportar argumentos nuevos en favor de la autenticidad de la carta de 1822. Después de demostrar por qué Lafond de Lucry no pudo haber traído, del Perú a Francia, el borrador o la copia de esa carta, o que la misma no pudo haber sido redactada por un grupo de peruanos, enemigos de Bolívar, me extenderé, ante todo, en dar a conocer la personali-

dad de Lafond de Lurcy y su biografía, lo que no se ha hecho hasta hoy. Si San Martín no entregó ese documento al viajero francés (punto en el que están de acuerdo partidarios y opositores de la autenticidad de la carta), no se han destacado suficientemente las relaciones que Lafond de Lurcy mantuvo con los habitantes de Grand-Bourg, en especial con Merceditas, hija de San Martín, y su esposo, Mariano Balcarce. Quienes sostienen que Lafond de Lurcy pudo conocer ese documento por uno de los edecanes del Libertador mencionan reiteradamente a los tres oficiales sudamericanos: J. G. Pérez, Tomás Mosquera y Diego Ibarra. En cambio, olvidan a otro gran amigo y compatriota de Lafond de Lurcy, edecán también de Bolívar, Charles-Eloi Demarquét. Un texto del segundo volumen de *Voyages autour du monde...* es de capital importancia, según explicaré en el capítulo VI. Dicho texto ningún comentarista, que yo sepa, lo ha destacado ni comentado.

4o.) Porque en 1848, Lafond de Lurcy al publicar su monografía: *Etudes sur l'Amérique espagnole, sous le rapport du commerce maritime de la France. De l'Equateur.* (desconocida en la bibliografía ecuatoriana), dio a conocer, por primera vez, algunas cartas o fragmentos de cartas de Bolívar al general Juan José Flores, ilustre general de la Independencia hispanoamericana, fundador y primer Presidente de la República del Ecuador, luego de la disolución de la Gran Colombia, en 1830. Esa publicación, en francés, es muy valiosa, porque tales cartas eran inéditas, algunas tal vez lo son aún, en español; porque la honradez con que procedió en dicha publicación (evidentemente no tienen la importancia de la famosa carta de San Martín a Bolívar), es un argumento valioso y nuevo en favor de la autenticidad de la carta de 29 de agosto de 1822. Lafond de Lurcy no fue un farsante ni pudo inventar tal carta, como nada inventó al publicar las cartas de Bolívar a Flores.

5o.) Porque Lafond de Lurcy visitó gran parte del territorio ecuatoriano, de la costa y la sierra. Realizó un viaje de Guayaquil a Quito, en 1826, y al igual que los tres viajeros de los que me ocupo en el primer volumen de mi obra: *Viajeros franceses al Ecuador en el siglo XIX*: René de Kerret, Ernest Charton y Eugène Souville, siguió el mismo itinerario. Describió admirablemente algunos paisajes del litoral y de la montaña andina. Nos dejó varios testimonios de los hechos históricos de aquel período importante de la historia ecuatoriana, aquél que va de la emancipación de Guayaquil, 1820, a la batalla de Pichincha, 1822, hasta la victoria de Tarquí, 1829, y el ocaso de Bolívar y la Gran Colombia, en 1830. Nos ha dejado, finalmente, testimonios sobre muchos hombres que actuaron en aquel período de la historia del Ecuador y de América hispana.

6o.) Porque, en fin, Gabriel Lafond de Lurcy es un *precursor* del desarrollo de las relaciones comerciales y económicas entre Francia y los países hispanoamericanos ya independientes. Su preocupación constante, en todas las visitas que realizó a otros continentes, a todos los países, es evidente al ofrecer una serie valiosísima de datos relativos a los productos, al comercio, al transporte, a las vías de comunicación, a las posibilidades de comercio con Francia. Esta preocupación le llevó inclusive a publicar obras como: *Guide générale des assurances maritimes et fluviales* (París, 1855), en que se debe admirar al experto, al conocedor de todos aquellos problemas relativos al comercio. Ni se debe olvidar tampoco su interés por la construcción de un canal interoceánico, situado en un país determinado de América Central. No creyó, por el momento, en el proyecto del canal de Panamá y sus miras iban a Costa Rica, país del que fue Cónsul General, luego Ministro Plenipotenciario y Encargado de Negocios. Tan sólo este aspecto de las actividades de Lafond de Lurcy merecería ya un estudio especial y serviría para poner de relieve el interés que tuvo por las relaciones económicas de nuestro continente con Francia.

Según vamos a ver, el capitán Gabriel Lafond de Lurcy no era oficial ni miembro de la Marina francesa. Por otra parte, cuando realizó su viaje de Filipinas a México y después hasta el puerto de Guayaquil (Ecuador) no viajó en barcos franceses. En el primer caso, viajaba como *tercer oficial* del barco español *la Rita*; y, en el segundo, como *alférez* del barco americano de tres palos el *Mentor*. Más aún, durante los años que recorrió los países hispanoamericanos de las costas del Pacífico, no cumplía ninguna misión oficial de Francia. En lo que al Ecuador se refiere, como Quito no había conquistado aún su emancipación política (la obtuvo tan solo el 24 de mayo de 1822, luego de la victoria del Pichincha, para formar parte de la Gran Colombia de Bolívar, hasta la proclamación de la República, en 1830), Lafond de Lurcy no encontró allá representantes oficiales de su país, porque sencillamente no se habían establecido todavía relaciones diplomáticas o comerciales ni de ninguna clase, entre el Ecuador y Francia.

Estas observaciones tienen mucha importancia. A diferencia de muchos viajeros del siglo XIX y de siglos anteriores, marinos, agentes o representantes que cumplían una misión oficial, que viajaban en barcos franceses, sobre quienes es fácil encontrar abundantísima documentación en los archivos, especialmente en los Archivos de la Marina, en las tan reputadas y conocidas:

- 1) Serie BB4: o correspondencia recibida de los oficiales de las formaciones navales, de los barcos en navegación o en los puertos; instrucciones del Ministro de la Marina a los Comandantes de escuadras, estaciones, barcos, en todas las campañas y misiones de 1790 a 1869;
- 2) Serie BB2: la correspondencia dirigida por el Ministro de la Marina a los embajadores, ministros plenipotenciarios, agentes diplomáticos, cónsules y autoridades en tierra firme, o correspondencia despachada;
- 3) Serie BB3: la correspondencia recibida en el Ministerio de la Marina de esos mismos agentes;
- 4) Expedientes personales de Oficiales;
- 5) Documentos personales;

así como también en las diferentes *Series* que contienen los *diarios a bordo* de los barcos en navegación o de las estaciones navales (4JJ); *diarios a bordo* y de navegación de los barcos que realizaban viajes de descubrimiento (5JJ); o los archivos de la Marina Mercante que guardan los *informes* de los capitanes de los navíos mercantes (CC5); y finalmente, diversos *documentos dispersos* en los Archivos Nacionales y el Servicio Histórico de la Marina (GG2).

Igualmente, es riquísima la documentación sobre tales viajeros en los Archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores, conservados en el Quai de Orsay y, en especial:

- 1) *La correspondencia política;*
- 2) *La correspondencia consular y comercial;* y
- 3) *La Serie A.E. — BIII* conservada en los Archivos Nacionales, cuyo contenido no se halla ni clasificado ni numerado, pero en la que están expedientes, informes, manuscritos, muchas veces anónimos, con valiosas informaciones, detalladas e interesantes sobre varios países americanos.

No se ha encontrado, por lo menos hasta esta fecha, en tan valiosos archivos, ningún documento relativo a los viajes y actividades de Lafond de Lurcy durante los años de su presencia en las costas del Pacífico. Se comprende por qué el nombre de este viajero es ignorado y raras veces mencionado en los estudios tan numerosos de los últimos años. Hasta sus publicaciones, abundantes y de imponderable valor, apenas si se las señala y se di-

rían olvidadas.

Cuando Rattier de Sauvignan, agente oficioso llegado en compañía de cuatro otros agentes franceses a Cartagena, a fines de 1822, a bordo de la corbeta el *Tarn*, y de Panamá se embarcó para Guayaquil, a comienzos de 1823, al establecer, en febrero de 1826, la *Lista de los franceses residentes en el Perú acompañada de consideraciones sobre su empleo y su moralidad*, informe que envía en respuesta a una nota del Ministerio de Asuntos Exteriores en la que se le ha pedido aclaraciones sobre *la opinión y la consideración de que disfrutaban los franceses en América del Sur*, es curioso que en dicha Lista no figure el nombre de Lafond de Lurcy, tal vez porque viajaba continuamente. Varios de los 18 nombres de la Lista de Rattier de Sauvignan figuran también en la lista de más de cuarenta franceses que Lafond de Lurcy menciona en una de sus obras y a quienes conoció en los países sudamericanos.

Me veo, pues, privado de fuentes excepcionalmente valiosas para este estudio. A lo que se debe añadir que hasta hoy no se han descubierto los manuscritos ni los documentos personales que debió dejar este ilustre viajero de quien se ignoraba, antes de este trabajo, hasta el lugar o ciudad de su muerte, en 1876.

Por lo mismo, los documentos que he podido conseguir en diferentes sitios de Francia: el Allier (Moulins, Yzeure, Lurcy-Lévis), el Loira-Atlántico (Nantes, Paimboeuf) y, sobre todo, en la Biblioteca Nacional de París, en los Archivos Nacionales, en la Sociedad de Geografía y en algunos archivos privados que mencionaré después, tales documentos adquieren especial importancia en el estudio de una personalidad tan destacada como el capitán Gabriel Lafond de Lurcy, al igual que la de su padre, Pierre-Gabriel Lafond, general distinguido de la Revolución francesa, y la de Joachim Lafond, hermano de Gabriel, ahijado de Murat, joven oficial muerto en las campañas de Bélgica, en 1832, cuando apenas tenía 27 años.

En síntesis: un viajero muy valioso, por haber sido testigo de la historia americana, ante 1820 y 1827; por sus relaciones personales con San Martín, Bolívar, Flores y muchos otros personajes históricos, según se lee en sus obras. Y, sin embargo, su biografía es casi desconocida hasta hoy; su obra no ha tenido la difusión que merece ni los historiadores han dado a Gabriel Lafond de Lurcy el sitio que justamente debe ocupar entre los grandes viajeros y cronistas del siglo XIX.

En realidad, el nombre de Gabriel Lafond de Lurcy lo conocí mucho antes que los nombres de Kerret, de Charton y de Souville. Mas aún, la

lectura de sus relatos de viajes me encaminó en estas investigaciones. Si no le presenté en el primer volumen de mi obra fue por falta de documentos indispensables. Creo haber encontrado algunos muy importantes; pero, deben existir aún otros cuyo descubrimiento contribuirá a aclarar, por ejemplo, el enigma de la *Carta Lafond*.

Tal como presento hoy este trabajo creo que será una contribución al mejor conocimiento de algunos hechos de la historia ecuatoriana, particularmente interesantes, pero mal conocidos del período 1820-1830, y fundamentalmente los que se refieren a las relaciones entre el Ecuador y Francia.

Pero, antes, deseo expresar mi agradecimiento al profesor Charles Minguet, que me estimuló a terminar este trabajo y dirigió mi tesis doctoral. Mis agradecimientos van, así mismo, al Alcalde de Lurcy; a los Directores de los Museos de Moulins, de Yzeure, de los Archivos de Francia y del Quai d'Orsay; al señor Henri Billy, que estuvo ya en relación con Georges Lafond y tuvo la bondad de enviarme varias fotocopias y documentos encontrados en Nantes y Paimboeuf; al señor F. Pardo de Leygonier, generoso amigo, que me comunicó valiosas informaciones, así como para mi primer volumen de VIAJEROS; al señor Pierre Barkan, de la Biblioteca Nacional, gracias a quien conocí datos preciosos y documentos que me pusieron en relación con los descendientes de la familia de Lafond de Lurcy, entre otros con el señor Henry Jacques Masson, que tuvo a bien enviarme el árbol genealógico de la señora Louise Thillaye du Boullay, esposa de nuestro viajero, así como de los descendientes de Gabriel Lafond de Lurcy. Agradezco particularmente al Embajador Alfonso Barrera Valverde, poeta y hombre de gran cultura; con su ayuda pude presentar, tal vez por primera vez en Francia, las cartas de Gabriel Lafond de Lurcy al general San Martín, cuyas fotocopias me envió desde Buenos Aires. Finalmente, al señor Frederick Stagg y Caamaño, bisnieto del general Juan José Flores, primer Presidente del Ecuador, quien me proporcionó informaciones muy importantes sobre un capítulo particularmente complicado de la historia ecuatoriana, en los orígenes de su vida republicana.

Con todos estos documentos, he tratado de reconstituir la vida de Gabriel Lafond de Lurcy, cuyo centenario de nacimiento se celebrará el año próximo. Espero que la ciudad de Lurcy-Lévis no lo olvidará; y que los historiadores e investigadores de los países hispanoamericanos, en especial de la costa del Pacífico, recordarán también a este viajero tan ligado a nuestra historia, entre los años 1820-1830. Que este modesto estudio contribuya a tan nobles objetivos.

París — 1975.





*Portrait of the late Sir John Lubbock  
by the late Sir John Lubbock*

Retrato del Capitán Gabriel Lafond de Lurcy

## ABREVIATURAS

Como se indica en la introducción, el Catálogo de Libros de la Biblioteca Nacional de París ofrece dieciocho Títulos publicados por Gabriel Lafond de Lurcy, entre 1837 y 1861. Los más a menudo consultados para este trabajo son los cuatro siguientes que menciono en francés, pues no se han traducido al español; indico, así mismo, las abreviaturas empleadas en los capítulos que siguen:

- |   |                |
|---|----------------|
| 1.- Etudes Sur l'Amérique espagnole, sous le rapport du Commerce maritime de France de l'Equateur ..... | E. Sur A-E     |
| 2.- Quinze ans de voyages autour du monde ..  | Q.a.V.A.M.     |
| 3.- Voyages autour du monde et naufrages célèbres .....   | V.a.M. et N.C. |
| 4.- Fragments de Voyages autour du monde...   | F.V.A.M.       |



## CAPITULO I

### POR LAS TIERRAS DEL BORBONES

Ciudad consagrada por la historia; templo de las ciencias y las artes, tantas veces sacudida por las tormentas de los siglos, pero nunca abatida: *Fluctuat Nec Mergitur* (Flota pero no se hunde); nimbada de una gloria excepcional y con un prestigio cultural en el mundo todo: en el pensamiento de muchos extranjeros, París es Francia. Sólidos fundamentos apoyan esta afirmación. A cada paso, París sorprende al visitante deslumbrándole con su glorioso pasado: un monumento de la antigüedad, un espléndido edificio por el sitio y su belleza, un palacio impresionante por sus proporciones y la perfección de sus líneas; avenidas suntuosas que conducen a perspectivas y conjuntos grandiosos; plazas reales, maravillas de buen gusto o callejuelas silenciosas y encantadoras con el embrujo de ennegrecidas piedras milenarias.

Sin embargo, si París —la ciudad luz— tiene un carácter inigualable, Francia posee otros tesoros que la capital puede envidiarle: las Provincias francesas. Y aquel orgullo que frecuentemente se califica de “parisiense”, podemos descubrirlo, sin mezclas ni artificios, en el corazón de cada provincia; tal vez, con más nobleza y con una sencillez encantadora.

Mejor que las modernas autopistas y las carreteras saturadas de toda clase de vehículos y aires nocivos, los caminitos estrechos, departamentales o comunales, introducen sin dificultad al turista, al visitante, en esa Francia provinciana y bucólica. Al fondo de un recodo, al final de una en-crucijada se levanta una noble construcción secular, con sus ventanas de largos travesaños; desde lo alto de una colina, que ofrece amplia visión al paisaje, se divisa un valle que entusiasmaría a Manet, a Cézanne. Entonces y solamente entonces, después de largos y pacientes recorridos, a lo largo

y ancho del exágono, el turista podrá decir que conoce Francia. Y, sin duda, él la amará.

Muchas veces ya, en más de veinticinco años de habitarla, he sido este turista deslumbrado, este visitante insaciable, arrastrado por centenares de rutas provincianas y he disfrutado de aquel festival incomparable: mezcla de paisaje y de historia, de arte y de poesía. Desde el Mont Saint-Michel, fortaleza y templo, ola y plegaria ininterrumpidas, secular y solitario, erguido hasta el cielo, a la gracia constantemente renovada, a veces, sofisticada de los castillos del Loira; desde ese milagro convertido en piedra en Reimas, en Chartres, en Notre-Dame... en tantas otras ciudades francesas, a las rocas cubiertas de musgo y ennegrecidas de la Bretaña "tierra de megalitos, leyendas y misticismo"<sup>1</sup>, a los mensajes elocuentes de los primeros hombres en las paredes de las grutas de Lascaux y ese ambiente lleno de salud y abundancia que se respira en el valle de la Dordoña; desde las planicies verdeantes y fértiles de la Normandía y los trigales ondulantes y prometedores de la Beauce, a las regiones agrestes y pintorescas de la Creuse, de la Auvernia; de los Pirineos a los Alpes; de los viñedos de la Champaña y la Borgoña a los de Alsacia y el Médoc; de las costas brumosas del Norte, a las soleadas y reputadas del mar latino; de los Eyzies ilustres y Lascaux desconocidos, que escribiera Malraux: ¡cuánto recorrido! y ¡qué derroche de bellezas naturales, de monumentos de arte, de capítulos de la historia plasmados en la piedra, en el metal y transformados en luz para la humanidad entera!

Nunca como en el curso de este paseo provinciano, el viajero, el turista comprenderán mejor dos valiosas nociones: el sentido de las palabras belleza y perfección. Perfección y belleza que dan *cierta idea de Francia*. Y todo esto, bien que "la palabra *belleza* no forme parte hoy del vocabulario corriente: se le sustituye con la de estética, más *científica*, por consiguiente, más conforme al espíritu del tiempo..."<sup>2</sup>.

Los castillos del Loira y las catedrales medioevales son el coronamiento de una civilización; el fruto de un trabajo de todo un pueblo al que unía cierta comunidad de espíritu y de ideal.

Antes de convertirse en un gran país industrializado de primera fila, Francia ha sido un país campesino y, en cierto modo, sigue siéndolo aún y profundamente. Basta echar una mirada sobre sus extensos cultivos: los

1 A. Darío LARA.— *Viajeros Franceses al Ecuador en el siglo XIX*.— pág. 28.— Casa de la Cultura Ecuatoriana.— Quito, 1972.

2 Pierre EMMANUEL.— *La proportion humaine*.— LE FIGARO, 6 de mayo de 1975.

herbajes de Normandía, los viñedos de Champaña, los trigales de la Beauce; basta observar ese retorno de tantos habitantes de las ciudades a sus orígenes rurales; esa necesidad de tocar con las manos la tierra de sus abuelos, no fuera sino como distracción de fin de semana: "Los campos quedan abandonados, pero los ciudadanos se agotan todos los sábados trabajando la tierra y cortando la hierba"<sup>3</sup>, ha escrito una periodista destacada. Francia ha sido y sigue siendo indiscutiblemente el país de la *buena cocina*, de los vinos delicados, de las modas elegantes y los perfumes exquisitos. Fabrica hoy muchas marcas de automóviles; es reconocida la calidad de sus aviones: Caravelle, Concorde, Mirage; sus represas y refinerías llaman la atención y en los cuatro puntos cardinales, en los países más distantes, sus ingenieros construyen fábricas diversas, *metropolitanos*, como en París.

Los vinos de Burdeos o de Alsacia, los cuadros de Rouault o de Braque, las novelas de Proust o de Mauriac, el teatro de Giraudoux o de Claudel, la poesía de Villon o de Péguy, como las centrales atómicas de Chinon, los aviones de Dassault: fruto son de las mismas manos que construyeron las basílicas romanas de Vézelay y de Souvigny, las catedrales góticas de Estrasburgo y de Chartres. Obras de un mismo pueblo, a lo largo de los siglos, son: la Venus de Brassempouy, el ángel de Reims y los sótanos de Roquefort; los tapices de la Savonnerie, los gobelinos de Aubusson, el puente de Tancarville y el aerotren; del mismo modo que la cristalería de Baccarat, la porcelana de Limoges y de Sévres, los *santones* de Provençe o las agujas de la basílica del Mont Saint-Michel.

Una misma cadena invisible une los talleres, las bodegas de las viejas provincias vinícolas con los hangares en que se montan los esqueletos del *Concorde*, los bancos en que se ensayan los *Matra* o se verifican esas máquinas maravillosas que exploran los astros; hasta los astilleros de Saint-Nazaire, y tantos otros puertos, de los que salen esos castillos navegantes como el *France*, o aquellos monstruos submarinos, movidos por la energía del átomo.

Sin embargo, todo esto no ha logrado dar una idea exacta de Francia. Tal vez, aquella imagen inaccesible nadie la ha vislumbrado mejor que este crítico delicado, Pierre de Boisdeffre, cuando escribió:

... *Cette image est celle d'une certaine qualité. Qualité où le faire touche l'être; où le raffinement de l'esprit et des moeurs trouve son expression dans des objets faits de main d'homme*"<sup>4</sup>.

3 Françoise PARTURIER.— *Les malices du progrès*.— París, 14 de abril de 1975.

4 Pierre de BOISDEFFRE.— *Une histoire vivante de la littérature d'aujourd'hui*.— Introducción, 5a edición. Librería Académica Perrin.— París, 1965.

“... Esta imagen es la de cierta cualidad. Cualidad en que el crear se compenetra con el ser; en que el refinamiento del espíritu y de las costumbres encuentra su expresión en los objetos fabricados por la mano del hombre”.

Alguien en este siglo, movido por cierta idea de Francia, por esta inasible cualidad en que se confunden belleza y perfección, gloria y sueños, resolvió (en un momento trágico de la historia de su pueblo) quizás inspirado en un pensamiento de Chateaubriand: “... preocupar a los franceses por la gloria, gracias a los sueños”.

El turista que salvando las embrujantes barreras que levantan los embelesos de la capital, las delicias de la maravillosa Isla de Francia o las sorpresas nunca colmadas de los castillos del Loira, resuelve lanzarse al descubrimiento de esta Francia provinciana y penetrar hasta el Centro, por ejemplo, en la línea Orléans-Bourges-Moulins, al abandonar la primera de estas ciudades —cuyo prestigio nos viene desde los antiguos tiempos de sus reyes, desde la historia de Juana de Arco, hasta la voz profética y única de Charles Péguy— pronto este turista, alejado de los caminos atestados y ruidosos, se encontrará solo internándose en las calladas soledades del bosque de la Sologne.

Algo así como un hálito misterioso le envuelve suavemente. Inmensas extensiones de pinos ennegrecidos y silenciosos, salpicadas de estanques y turbas le hacen olvidar el tiempo y las distancias. Es la tierra, el paisaje, el alma de *Le Grand Meaulnes*. Allí donde Alain-Fournier consiguió el milagro único de dejar a la vida penetrarse de sueños, en un claroscuro mágico. Nançay, la Chapelle-d’Angillon, Epineuil-le-Fleuriel: “Todo el paisaje que envolvió su infancia y que recorrió su fantasía”<sup>5</sup>, nombres mágicos que evocan al novelista, aún adolescente, que colocó su aventura y sus sueños en los paisajes de esta Sologne agreste, misteriosa.

Apenas ha abandonado las delicias de unos de los sitios más reconfortantes y pintorescos de su recorrido; impregnado aún de extrañas sensaciones que se esfuman y aparecen como irreales, el turista saluda a su paso a la antigua y célebre capital del Berry, Bourges, cuya catedral es uno de los más puros representantes del arte gótico, imponente con sus cinco portadas majestuosas y sus vitrales que cuentan entre los más bellos de Francia. Siguiendo las orillas del río Auron, que se desliza entre los ríos Cher y Allier, contempla aún las agujas de la maravillosa catedral, cuando

5 A. Darío LARA.— *Alain Fournier*.— págs. 17 y 18.— Casa de la Cultura Ecuatoriana.— Quito, 1963.

su mirada se deleita con la aparición de un nuevo paisaje de verdura, con la presencia de nuevas extensiones de una naturaleza apacible y benéfica. El turista penetra en el bosque de Tronçais que se extiende en las últimas es-tribaciones y prolongaciones del Macizo Central. Avanza admirado de poder caminar tan libremente en una naturaleza radiante, acogedora. Verdadero retorno a las fuentes, sumergido completamente en el infinito misterio que exalan aquellos árboles fantásticos, centenarios; alejado de las ciudades, ya casi olvidadas, identificándose plenamente con ese mundo callado y, por tanto, tan elocuente: el viajero se siente animado de una vida nueva; reacciones desconocidas agitan su profunda intimidad. Algunas horas imperceptibles, algunos kilómetros de recorrido han trastornado su pensar y su sentir. Se diría casi otra persona, hasta tal punto se encuentra sacudido, penetrado por descubrimientos ininterrumpidos.

Por mucho que se remonte en la historia, el bosque de Tronçais aparece como amigo excepcional del hombre. Además de su belleza, le ha ofrecido sus tesoros incomparables. Desde siglos, quizá desde milenios, colocado en la encrucijada de las grandes migraciones y expediciones, los comerciantes griegos, romanos o visigodos beneficiaron de esa fuente de riqueza natural. Así, las piaras de cerdos, alimentadas con las bellotas del bosque, brindaban carnes sabrosas y el hierro forjado con la madera de Tronçais disfrutó siempre, por su gran calidad, de prestigio en la más remota antigüedad.

Hundidos los pies en el musgo, acariciado por el ruido de las hojas secas que crujen suavemente, olvidado por el tiempo y las distancias, el viajero se deja hechizar por los encantos del bosque. Apartando con el pie la hojarasca y el musgo, descubrirá quizás los vestigios de una vía romana, o junto a la fuente de Viljot, cuyas aguas, como “un ruido clandestino de sollozos”, rimaban con los amores de las chiquillas de antaño, encontrará las ruinas de una población destruida por los Visigodos.

Nada extraño que los señores de Borbón, concedores de las riquezas del bosque de Tronçais, lo hayan anexado a sus dominios e intentado, durante siglos, preservarlo de los avances sucesivos e incontrolados de los numerosos monasterios que lo invadían. La Chapelle-de-Bouteille queda como único y lejano recuerdo de esa ocupación monástica.

Después de la muerte de Carlos de Borbón, el bosque de Tronçais se convirtió en propiedad real, lo que permitió, gracias a los jefes de Aguas y Bosques de Cérilly, la reforestación y el mejoramiento de diversas especies de árboles. Hoy, el viajero puede encontrar, palpar con sus manos, viejas encinas de 300 a 450 años, algunas de las que tienen un nombre propio; así: *Chêne carré*, *chevalier* o *bouquet*. Conocerá que las encinas *rouvres*,

tienen el tronco recto y sin ramazón y que su grano es particularmente fino. Conocerá también que se requieren muchos años para que una encina alcance la altura requerida antes de servir para la fabricación de las cubas de los licores de gran calidad. Ya los antiguos moradores del Borbonés lo sabían: “No hay buen coñac sino añejado en cuba de Tronçais”. Todavía hoy, el bosque de Tronçais ofrece generosamente su ayuda. En Rambourg, se encuentran forjas reputadas; en Saloup y Morat se han formado estanques productores de fuerza motriz; y, en todas partes, los muebles recubiertos de finas láminas de la madera de Tronçais dan testimonio de una calidad excepcional.

Sumergido en medio de esas encinas gigantes —mar de soledad y recuerdos— colmado por la pureza de sus aires y sus dones, el viajero deja libre curso a su imaginación, evoca las delicias de antaño, reconoce los beneficios del pasado que estimulan el presente y no deja de admirar el buen gusto a la vez sencillo y refinado de quienes contribuyeron en la formación, en la conservación del bosque de Tronçais.

Después de los agradables transportes y embelesos en el bosque de la Sologne; luego de los descubrimientos en el bosque de Tronçais, el turista, el viajero encuentran en esta alianza del pasado y del presente, en esta mezcla armoniosa de lo útil y lo bello, una fuerza, una vitalidad que desconocían y así, reconfortados, penetran en el corazón de Francia.

Pocos, raros son los ejemplos, en la división actual de las regiones que se calquen casi en la antigua provincia: el Borbonés y el departamento del Allier son uno de ellos. Sin retoques, sin rompimientos, se corresponden totalmente. No es un hecho del acaso. El Borbonés por sí solo forma una provincia con todo lo que encierra de originalidades acumuladas, de unidad propia y verdadera. Los Reyes de Francia lo acreditaron desde su anexión a la corona, en 1527. La familia real, cuyo nombre se ramificó gracias al juego de las alianzas, por toda Europa, expresó de este modo una prenda de particular distinción.

Alejado de la capital, de los fastos versallescos o parisienses, mal conocido de los mismos franceses, el Borbonés desconcierta al turista, al viajero que desea penetrar en su geografía; pero, todo se simplifica y explica por su historia, a la vez noble y singular. El departamento del Allier, con su atmósfera de paz, de vida mesurada y altiva, sin pretensiones ni oropeles, es una maravillosa tarjeta de invitación al turista que anhela comprender mejor a Francia, en la realidad de su geografía, a través de su historia.

Después de abandonar el bosque de Tronçais y sus árboles secula-

res, penetra el viajero en el *Bocage borbonés*, al noroeste del departamento. Paisaje movedizo y silencioso; extensiones limitadas por bosquecillos espesos de castaños, cotos tupidos y dehesas cuidadosamente cercadas. Abarca la región los cantones de Cérilly, Bourbon-1'Archambault, Lurcy-Lévis, Souvigny. He mencionado altísimos sitios de historia y de arte, como veremos luego, y en los dominios de la célebre raza del *Charolais*, la de esos enormes bueyes, cuya carne es uno de los legítimos orgullos del menú francés.

Infatigable, deseoso de conocer mejor el Borbonés, el viajero se dirige hacia el nordeste. Entre Moulins y Dompier-sur-Besbre se extiende la *Sologne borbonesa*, que desconcierta al visitante por su carácter agreste, sus matorrales húmedos, su suelo arcilloso o arenoso poco apropiado para la agricultura. Se alarga como una lengua entre los valles del Besbre y del Allier, hasta tocar los alrededores de Varennes y de Saint-Pourçain-sur-Sioule. Continuando su camino hacia el sur, a lo largo del Allier que ofrece una magnífica vía de comunicación, el viajero se encuentra en las llanuras del Macizo Central, las *Limagnes*, llanuras sumamente pobladas, de clima continental y cultivos muy variados: cereales, viñedos, árboles frutales. Una impresión súbita de rivalidad asalta al viajero; hacia el este se divisa el valle de las *malas Limagnes*, con sus pantanos y sus bosques, pero no son raros los pastos que ofrecen como un fondo de armonía; hacia el oeste, se extienden las tierras grises, casi negras de las *buenas Limagnes* con su fertilidad, propicias a los ricos cultivos. El viajero creería hallarse en un gran mercado de una inmensa población y ante un gentío apiñado alrededor de los escaparates desbordantes de ricos productos: frutas, hortalizas, carnes, cereales...; las tierras producen ampliamente y abastecen con generosidad. El viajero sonrío complacido ante esa magnificencia inmutable de esa región.

Es posible que los pasos del viajero se vuelvan lentos en esos terrenos fértiles, pesados. Dirigiéndose hacia el oeste, como deslizándose entre el Loira y el Allier, enfrentará un paisaje más áspero y un clima más rudo: ha llegado a la región de los *bosques negros* y los *montes del Forez*, de majestad sombría y como congelada. Las aristas de los montes de la Madeleine son más duras aún y adustas; el bosque más oscuro, las encinas y las hayas se yerguen más austeras. Durante el invierno, un manto helado y frío se extiende y cubre todo lo que vive. Ni los pastos ni los *altos bálagos* bastan para suavizar la dureza del paisaje. Pero hay algo de noble, de altivo en esta aspereza de tales montañas, siguiendo ya hacia el oeste, en el límite del Borbonés y la Auvernia, en las ondulaciones de la Combraille. Verdaderos bancos de granito penetran en el Borbonés, en el sur de Beau-

ne; entre el Bouble y el Sioule, afluentes del Allier, van descendiendo a medida que el viajero sigue su camino hacia el oeste. Allá, en los últimos estribos de la Combraille, se alza Montluçon: la industrial, como aislada en la hoya del valle del Cher. Es una pequeñita mancha negra, en pleno corazón de Francia en que los mapas industriales señalan: metalurgia, hulla, zona industrial, etc... Al penetrar en esa ciudad, la vida es intensa la mentalidad nueva. Repentinamente, casi brutalmente en su recorrido, salta el viajero de los recuerdos del pasado a una ciudad moderna y activa que evoca con fuerza la vida contemporánea del acero, del avión, del urbanismo a veces desconcertante pero irresistible.

¡BORBON! Nombre prestigioso entre los más ilustres de la historia y que ha resonado en todo el mundo. Un nombre clave en la historia de Francia y también en la de otros países europeos y hasta en los lejanos de América. Es también, en el corazón de Francia, una pequeña población que saca su nombre de *Borvo*, dios galo, protector de las fuentes. Los primeros habitantes del Borbonés fueron los *Bituriges* que venían de la región de Bourges; fuertes y bien organizados dominaron la Galia. Nos encontramos en el siglo V antes de J.C. Poco a poco fueron suplantados por los *Eduens* que venían de la Borgoña; pero el pueblo de los *Arvernes*, cuya capital era Gergovie, valeroso, activo y ávido de poder y gloria, extendió a su vez su dominio sobre la región. Julio César supo aprovechar tales rivalidades cuando emprendió la conquista de la Galia (58 a 51 antes de J.C.). El viajero que disfruta hoy de las apacibles orillas del Allier apenas podría imaginar lo que fueron aquellos enfrentamientos entre Julio César y Vercingetorix, el joven jefe de los Arvenes que lanzó un día: “La Galia unida puede desafiar al universo”, y logró un momento unir a esos pueblos. Venció a Julio César en Gergovie, pero fue vencido en Alesia (52 antes de J.C.).

Después de odios y discordias entre aquellos pueblos de la Galia, el Borbonés conoció la civilización y la Pax Romana; los emisarios de la nueva cultura reconocieron pronto las riquezas naturales de la región que habían conquistado; comprendieron que respetando sus estructuras podrían dominarla mejor. Así, *Bituriges*, *Eduens* y *Arvernes*, aunque encerrados en sus ciudades, pudieron guardar sus tradiciones y su modo de vivir.

Recordará el viajero que al hundir el pie en el bosque de Tronçais, bajo el musgo y la hojarasca descubrió los restos de una vía romana, de un monumento de aquella época. En efecto, los romanos, grandes constructores de redes de comunicación, lograron cruzar el país de nuevos caminos que unían fácilmente las ciudades del inmenso imperio. A lo largo de

aquellas rutas, se encuentran innumerables restos, testimonios de aquel gran capítulo de la historia. Griegos, Romanos, Galos dieron a la región una actividad comercial; desarrollaron, por ejemplo, el comercio de las carnes, cereales, madera, artículos preciosos, entre otros los que venían de los talleres de cerámica de Lezoux, en la Auvernia.

Avidos de comodidad y preocupados de higiene, los Romanos apreciaron muy pronto las *aguas termales* de Vichy y dotaron a la pequeña población borbonesa de una piscina, de las más importantes de la época. Es verdad que Nérís-les-Bains, en el sureste de Montluçon, fue la ciudad preferida y a la que dieron incomparables ventajas; esa ciudad llegó a ser floreciente y próspera, sitio destacado a la vez por la administración, por el palacio del gobernador y por sus ricas *villas* particulares. Además, un punto estratégico por la instalación de un campo militar y un centro de cultura por su teatro.

Pronto el imperio romano, víctima de su corrupción, perdió el señorío del mundo y fue fácil presa de los Bárbaros. La Galia fue el teatro de nuevas luchas, de nuevas divisiones, de dominaciones sucesivas. Los Visigodos, los Burgundios ocuparon las tierras de los Bituriges y Eduens, hasta la llegada de Clodoveo que enfrentó y venció a los Romanos en Soissons (486), a los Alamanes en Tolbiac (496).

El nuevo poder real estableció verdaderos planes administrativos valiéndose de los límites de las ciudades de los pueblos antiguos. Colocó altos funcionarios u oficiales reales dotados de títulos: duques, condes, en diversos sitios de la región. En el interior de esos mismos límites se organizaron las diócesis cristianas; entre las más notables: Bourges, Clermont, Autun... rodeando literalmente el Borbonés, en donde numerosos evangelizadores anunciaron la Buena Nueva. El nombre de algunos misioneros ha sido eternizado a lo largo de la región; así: Saint-Pourçain-sur-Sioule, Saint-Bonnet-de-Tronçais, Saint-Didier-en-la-Limagne, entre centenares.

La creación de las circunscripciones administrativas fue una prueba de buena intención; pero, la adquisición de títulos, de importantes posesiones territoriales, dieron a los nuevos *señores* el deseo de liberarse, una voluntad de independencia y de mayor poder. En efecto, poderosos y ricos, a la cabeza de verdaderos ejércitos, se alzaron contra el poder real, ya tan debilitado. Las invasiones normandas no facilitaron la suerte de la corona y ampliaron aquel movimiento de independencia. Estamos en la aparición y desarrollo del feudalismo.

En medio de aquella confusión surgió un hombre que se impuso: Aymard, *veguer* de Doneuvre (hoy Chatel-de-Neuvre, al norte de Saint-Pourçain, en el valle del Allier), que se había ilustrado ya como guerrero

por cuenta del duque de Aquitania. Buscó el apoyo de la poderosa Orden de Cluny, a la que hizo donación de su *villa* (nombre galorromano largo tiempo usado) de Souvigny, es decir, de un verdadero dominio. Más que un acto de piedad cristiana hay que ver en este gesto de Aymard, a comienzos del siglo X, en aquel mundo de rencillas de los señores que devastaban el país, un llamamiento a la célebre Orden para defenderse del conde de Poitiers, del vizconde de Bourges, de los duques de Borgoña y Aquitania, a quienes había servido anteriormente.

Aimon, hijo de Aymard, confirmó la donación de su padre en 953 y sus descendientes heredaron un vasto dominio que unía Souvigny y Borbón. Gracias a diversas conquistas, a alianzas militares o matrimonios con la corona de Francia, los primeros *sires* de Borbón adquirieron tal fuerza, tal predominio sobre sus vecinos que, sea por batallas, sea por concesiones reales, ensancharon sus territorios en detrimento de las provincias vecinas. Su nombre se unió así estrechamente, por varios siglos, a la historia de Francia. El Borbonés estaba formado.

Historiadores han afirmado que la formación del Borbonés facilitó la historia de Francia. Y la cuna la hemos de hallar en el *señorío* de Souvigny, situado en los confines de las cuatro grandes provincias: la Auvernia, el Berry, el Nivernés y la Borgoña. Apoyado en sus comienzos por la Orden de Cluny, unido luego, por alianzas, a la familia de los Capetos, entonces reinante en Francia, ¿de qué modo aquel núcleo tan diminuto, apenas la décima parte del departamento actual, llegó a formar la gran dinastía de los Borbones?

Los vizcondes de Bourges se presentaban, por entonces, muy peligrosos; pero, sus tierras del Berry, de suelo casi sin relieve, fueron de fácil conquista y, en especial, la fortaleza de Bourbon-l'Archambault que era un punto estratégico e importante dominar. Los Borbones lo conquistaron y se dirigieron hacia el oeste, del otro lado del Allier, alcanzando el Loira y tomando territorios de la Borgoña. De este modo, los primeros Borbones afirmaron la preponderancia de una dinastía que, directa o indirectamente, representó a Francia hasta 1789. El ducado del Borbonés, encrucijada central de Francia, formado por territorios de provincias lindantes, vino a ser el poderoso apoyo que, más de una vez, sostuvo a la corona de Francia.

Así, cuando en 1152 el divorcio de la reina Aliénor de Aquitania y el rey Luis VII, casada nuevamente la reina con Enrique Plantagenet, que vino a ser rey de Inglaterra, Francia se vio privada de grandes territorios. Límite de los nuevos reinos, el Borbonés fue de importancia capital para los nuevos reinos, el Borbonés fue de importancia capital para los reyes de Francia y ¡qué mejor para los señores de Borbón poder prosperar en tales

circunstancias apoyando, en todo momento y sin reservas, a la debilitada corona real! En 1213, Guy de Dampierre, esposo de Matilde de Borbón, ayudó a Felipe Augusto en la conquista de la Auvernia; en cambio, recibió el señorío de Montluçon. Ya sea en Tierra Santa, en los siglos de las cruzadas, ya sea contra los Ingleses, los reyes de Francia y los sires de Borbón lucharon siempre juntos.

Su ambición fue colmada cuando en 1276, Beatriz, hija de Archambault IX, nieta de Guy de Dampierre, última heredera de los Borbones, se casó con Roberto de Clermont, sexto hijo de San Luis. En fin, sangre real ennoblecía aún más la Casa de los Borbones. Era la mejor recompensa después de tantos servicios a la corona real. El Borbonés vino a ser, de este modo, el primer ducado, luego feudo de un par, en 1327, y primera provincia de Francia. Luis I, hijo de Roberto y Beatriz de Borbón, de los que descienden todos los Borbones que viven actualmente en el mundo, recibió el condado de la Marche y sus territorios se ensancharon al este y sur del Allier.

Sin embargo, semejante honor iba a complicar singularmente la larga y brillante historia del Borbonés, como nos recuerda la historia de algunos de sus duques que lucharon contra los Ingleses; así Pedro I, que murió en Poitiers en 1356; Juan I, prisionero en Azincourt, luego en la Torre de Londres, hasta su muerte en 1434; y una de las figuras más bellas de esa dinastía, Luis I, (1356-1410), llamado *el Bueno* (que en antiguo francés significa *el Bravo*), fundador de la Orden de la Esperanza. En el Priorato de Souvigny está el yacente de Luis II de Borbón, junto a su esposa Ana de Auvernia, como el de Carlos I y su esposa Inés de Borgoña. Por lo mismo, el Priorato de Saint-Pierre-de Souvigny, a quince kilómetros al sureste de Moulins, donde los duques de Borbón se hallan siempre presentes, pues la célebre iglesia abacial del siglo XI guarda las tumbas de sus antepasados, es comparado con San Dionisio de los reyes de Francia. Ni se han de olvidar las dificultades de la corona y la Casa de los Borbones, cuando el hijo del duque Luis II, Juan I, que se casó con María de Berry, debió enfrentar al rey Carlos VI que le intentó un proceso ante el Parlamento de París, a causa de la herencia de María de Berry. El duque Carlos I acabó la ruptura con la corona y participó en la rebelión de la Praguerie, en 1440. Felizmente, la Paz de Cusset, en ese mismo año, vino a mejorar las relaciones que pronto conocerán nuevas dificultades.

El Borbonés conoció una verdadera etapa de prosperidad. La corte se instaló en Moulins, con preferencia a Chantelle o Borbón. Las fiestas fueron cada vez más fastuosas, bajo los duques Juan II, Carlos II, Pedro II. Este último se casó con Aña de Francia, más conocida por Ana de Beaujeu,

hija del rey Luis XI, lo que aumentó su preponderancia en ese reinado y el de Luis XII hasta lograr el matrimonio de su hija Susana de Borbón, con su primo el duque Carlos Borbón-Montpensier, en 1505; este último acompañó a Francisco I, en Marignan.

La actitud de Ana de Beaujeu llevó a la Casa de Borbón a la cumbre de su prestigio y del poder. Tan sólo la ambición de la reina madre, Luisa de Savoya, vino a enfrentarse a las pretensiones de los duques de Borbón y decidió a Carlos III, el Condestable de Borbón, a aceptar las proposiciones del emperador Carlos V, aliado de Inglaterra contra Francisco I, en 1523. Fue un triste episodio que terminó con la muerte del Condestable en las puertas de Roma, el 6 de Mayo de 1527. De este modo, el último duque de Borbón, después de tantos servicios prestados a la corona de Francia, parecía terminar con una traición. Los motivos que impulsaron a obrar así al duque Carlos III han de imputarse principalmente a la familia real. Eso sí, no deja de entristecer el destino infeliz y trágico de un duca-do que tanta fidelidad manifestó a la corona de Francia.

Reunido para siempre a la corona real, la historia del Borbonés se confunde desde entonces con la de Francia. Los reyes vinieron a menudo a Moulins. El rey Carlos IX pidió al Canciller Michel de l'Hospital redactar las célebres *Ordenanzas*. Las guerras de religión ocasionaron también en la región dolorosos desgarramientos, como en Cognat, cerca de Vichy, donde católicos y protestantes se combatieron duramente.

Cuando en 1589, el rey Enrique III fue asesinado en Saint-Cloud, por el monje fanático Jacques Clément, la dinastía de los Valois se terminaba. Le sucedió Enrique de Borbón o Enrique de Navarra, descendiente de San Luis. Con Enrique IV, la dinastía de los Borbones llegó a la cabeza del reino y dio a Francia ocho reyes. El *buen rey* Enrique IV, para restablecer la paz en su reino, dictó el célebre *Edicto de Nantes* (13 de Abril de 1598), reconoció la libertad de cultos y nunca olvidó el ducado de sus antepasados. Era, ante todo, un Borbonés, pues su padre se había casado en Moulins. El fin de las guerras de religión no marcó una era de paz total. La autoridad real debió sufrir aún de la rebelión de los grandes señores, a los que dirigía Gaston d'Orléans. Fueron necesarias la autoridad y la energía del Cardenal de Richelieu y sus rigores, como la ejecución en Tolosa en 1632 de Enrique de Montmorency, mariscal de Francia.

De este modo, el turista, el viajero que recorren el Allier han podido revivir fácilmente, en su cuadro, desde su origen, la historia de esos primeros duques de Borbón, cuyo señorío nació en Bourbon-l'Archambault, castillo que ostenta aún esas nobles ruinas como un desafío al destino y a la historia. Y, al recorrer las calles de la antigua capital del ducado, Mou-

lins, revivirán los numerosos recuerdos dispersados por el tiempo y el viento de tantos siglos. Los Borbones levantaron su *dominio* de acuerdo con sus necesidades o su fantasía. El viejo castillo de Borbón parece resguardarse aún detrás de la catedral de la ilustre capital, que guarda preciosamente el tríptico de *Maître de Moulins*, obra maestra sin par de la pintura del siglo XV.

El turista que ha recorrido la región, ha visitado ya el célebre Priorato de Souvigny y admirado las maravillas de su arte y su historia. En Chantelle, como en tantos otros pueblecitos más modestos del Borbonés, admirará también una abadía construída sobre un castillo que los intrépidos duques edificaron en 936. En los confines de la Limagne y las últimas colinas de Gannat ha visitado un sitio privilegiado, con otro castillo de los Borbones y tantas construcciones medioevales que destacan la importancia histórica de Gannat. En Saint-Pourçain-sur-Sioule, nombre privilegiado que evoca el vino más añejo de Francia, pues sus viñedos son reputados como anteriores a nuestra era; de allí se habrían extendido a Moulins, Bellenaves y Saint-Bonnet-de-Rochefort, hasta Alemania. “Sus vinos no faltaban en la mesa de los reyes”, se repite en la bella población que goza de justa celebridad, pues dichos vinos contribuyen al prestigio universal de Francia. En Vichy, el viajero ha apreciado la ciudad alegre y animada por los turistas, en verano; nostálgica y apacible en invierno, cuando, al recorrer sus arcadas solitarias, es más fácil evocar la historia de esos duques valerosos cuyos hechos y fama flotan aún en tantos sitios, como en la iglesia de Saint-Blaise, que fue mucho tiempo su capilla. Cerca de Vichy, más antigua, Cusset, orgullosa de haber servido de lugar para el histórico encuentro y reconciliación, en una taberna convertida en monumento histórico, de Carlos VI y su hijo Luis XI.

Recuerda y admira el turista la vocación del Borbonés por el termalismo que se reafirmó en el siglo XVII y conoció un prestigio que igualó a la época galorromana. En efecto, Enrique IV con sus disposiciones, la Marquesa de Sevigné con su pluma, médicos célebres como Charles de Lorme, dieron a la provincia una nueva prosperidad. Miembros de la corte, hombres ilustres, poetas y artistas se dieron cita en las poblaciones termales del Borbonés. La provincia recuperó poco a poco la grandeza del ducado; sus intendentes llegaron a ser poderosos y se preocuparon por el embellecimiento de la región. Moulins vino a ser un gran centro de urbanismo moderno, ciudad administrativa y rural; Vichy, la capital del termalismo y Montluçon, de la industria.

Los Borbón-Condé, descendientes de Luis de Borbón, príncipe de Condé y hermano de Antonio de Navarra, padre de Enrique IV, dieron un

esplendor nuevo al ducado, a partir de 1661. Bajo el reinado de Luis XIV, si bien los grandes señores residían en la corte, en París o Versalles, sus administradores se convirtieron en verdaderos jefes territoriales e iniciaron algunas ramas de industrias nuevas.

Pero, el cielo se cubría de negros nubarrones anunciadores de graves tempestades. En 1789, la Revolución ocasionó profundos trastornos en la vida apacible de las provincias francesas. El régimen burgués y aristocrático había penetrado profundamente en el ducado. Un año después, el Borbonés formó el departamento del Allier; algunas poblaciones del nordeste fueron anexadas al Cher. Fue preciso esperar 1793, cuando llegó Fouché con el fin de despertar el ardor revolucionario; se promulgó un decreto que denunciaba a los opresores y la provincia conoció como en otras partes, las consecuencias del Terror: deportaciones, ejecuciones, ventas de bienes nacionales, rivalidades y odios de familias que despertaron la sed por la posesión de las tierras.

A la tempestad revolucionaria siguió la calma y durante el Imperio, en particular, la región conoció un gran cambio que debió acrecentarse en el siglo XIX. Vichy, en particular, vio desarrollarse su vocación por el termalismo. Napoleón había previsto, en detalle, la reorganización termal; Napoleón III contribuyó también a la reputación de ese lugar. Se anunciaba ya la era moderna del maquinismo, de la técnica que transformó la región, tan propicia para la agricultura, para la cría de ganado y numerosas industrias.

Es posible que el viajero, el turista preocupados por la historia, al recorrer este departamento del Allier, se interesen por conocer detalladamente, entre tantas poblaciones, Lurcy-Lévis y recorrer aquellos caminos de la infancia del héroe de este libro, el capitán Gabriel Lafond, quien para demostrar su afecto al pueblo que le vio nacer y que era también el de sus antepasados paternos, añadió a su nombre el de esa vieja población borbonesa: *de Lurcy*, que como tantas otras sintetiza maravillosamente todo aquel pasado de historia y cultura que el viajero, el turista han podido admirar en la región de su visita .

Tal vez las palabras de Stendhal fueron realidad:

*On passe à côté d'un site charmant,  
ou d'une ruine qui peint le Moyen Age  
d'une manière frappante. Eh bien ! il  
ne se trouve personne pour vous aver-*

tir qu'il y a là quelque chose de curieux à voir...<sup>6</sup>.

*Se pasa junto a un rincón encantador, o a ruinas que evocan la Edad Media, de modo emocionante. ¡Pues bien! nadie se encuentra para descubriros que allí hay algo interesante que ver .*

Estas palabras, tal vez, no tienen vigencia en nuestros días, gracias al gran desarrollo del turismo y la revalorización de aquellas riquezas que han legado los siglos pasados. Y no solamente en los grandes sitios ya mencionados: Moulins, Souvigny, Bourbon-l'Archambault, Vichy..., pero en modestas poblaciones, no por ello cargadas de recuerdos para el viajero. Así, Cérilly, Coulevre, Lurcy-Lévis, cada cual con su encanto propio, su historia y sus recuerdos. Cérilly es la cabecera administrativa, la capital del comercio de esas preciosas maderas, se enorgullece de su iglesia romana y varios restos de un pasado ilustre. Le Vaudre, antiquísima población, encrucijada de las vías romanas, ostenta también un pasado admirable del que son constante testimonio las ruinas de una célebre abadía que dominaba las rutas de Lurcy-Lévis. Y frente a Château-sur-l'Allier, el Priorato de Saint-Mayeul, como Vézelay, el monasterio benedictino del Yonne que dependía de los monjes de Souvigny, cuyo renombre llenó la Edad Media y atrajo a las tumbas de los santos abades Mayeul y Odilón a peregrinos, papas y reyes; verdadero centro del Borbonés hasta donde llegó Juana de Arco, después de su visita a Moulins, en Noviembre de 1429.

Y, como culminación de mi visita de Julio de 1974: Lurcy-Lévis, población coqueta, que asoma radiante y clara por la abundancia de luz y aseo. Se levanta sobre una ligera inclinación este oeste, hacia el riachuelo del Anduise que tiene sus fuentes en las orillas del este del bosque de Tronçais, antes de juntarse al Bieudre, para ir al Allier, a la altura de Le Veudre.

El viajero que llega a Lurcy-Lévis entra en la población directamente por la antigua calle de París que hoy se llama la calle del Capitán Lafond. Inmediatamente se puede apreciar junto a calles que denuncian la antigüedad de la ciudad (de la que se sienten con razón orgullosos los lurcyquois), casas como al soslayo o salientes sobre la vía pública, junto a barrios nuevos y bulevares con abundancia de árboles corpulentos.

Si el nombre de Lurcy-Lévis es moderno, ya que le viene al parecer de Eugène de Lévis, señor de Polignac en cambio, la fundación de la población parece muy antigua, pues se han encontrado vestigios de los

6 STENDHAL.— *Mémoires d'un touriste*.— París, 1838.

Romanos, como sarcófagos, de los cuales el más importante está actualmente en el patio de la Sala de las Sociedades, descubierto cuando la nivelación de la plaza de la iglesia, en 1847. Asimismo, al final del siglo pasado se encontraron una hermosa estatua de Venus y más de quinientos escudos y medallones, en 1863; y cerca del castillo de Lévis, en 1831, numerosas medallas y monedas con la efigie de los emperadores romanos de los siglos III y IV. A Lurcy llegó, pues, la colonización romana, seguida de la invasión de los Bárbaros; los Alamanes en 262 y 278; los Visigodos en 455. En 1536, los Ingleses pasaron y volvieron a pasar por el Borbonés y sus castillos fueron ocupados por el rey Juan. Esta región, entre el Cher y el Allier, precisamente fue la más agitada, ya que bajo el estandarte inglés se alistaron grupos de aventureros gascones, italianos, catalanes, sedientos de aventura y pillaje.

Durante la Revolución, Lurcy-Lévis, cuyo nombre parecía muy señorial, volvió a tomar el nombre primitivo de Lurcy-le-Sauvage. Pero, desde el año IV (1796), el nombre de Lurcy-Lévis reaparece en sus registros y documentos de la administración central del departamento. Por ventura, la ciudad no tuvo mucho que sufrir de las convulsiones sangrientas que acompañaron dicho período y que contrastaban tan radicalmente con el natural apacible, el carácter suave y acogedor de sus habitantes. Fue, sin embargo, una región donde el Terror revolucionario causó mayor número de víctimas. Se cuenta que hasta la naturaleza, al parecer, participó en tales manifestaciones de lamentables excesos, pues se vieron jaurías de lobos infestar la región y atacar a los habitantes y tropas de paso.

A las agitaciones revolucionarias, en los años de paz, siguieron las actividades seculares de la región; así, los trabajadores de la porcelana dieron nueva vitalidad a la aldea. La construcción del camino que une a Urçay, sobre el Cher, y en la orilla occidental, el bosque de Tronçais, sacó a Lurcy-Lévis de su aislamiento y permitió el desarrollo del comercio de los productos del célebre bosque; las forjas recobraron mayor actividad, a pesar de los pésimos caminos de mulas que evocó George Sand, en *Les Maîtres Sonneurs*.

Si las modernas calles de Lurcy, con sus nombres tan evocadores, parecen dejar en el olvido sus orígenes, en cambio la visita de la iglesia, como la de tantos pueblecitos de la región nos sumerge completamente en la historia de los siglos pasados. Desde comienzos de los siglos XI y XII, la iglesia de Lurcy es ya digna de mención; según la tradición, fue construída sobre las fundaciones de un antiguo templo galorromano. Tiene una sola nave abovedada y artesonada; numerosos capiteles exteriores, de figuras alegóricas y místicas, evocan los primeros siglos del cristianismo,

la personificación de virtudes y vicios. Es decir, es un monumento de la época romana y pertenece al grupo de edificios cuyo plano no es basilical. Otra singularidad que ofrece, única tal vez en Francia: el presbiterio presenta no una, sino tres ábsides agrupadas en trébol. Una amplia fachada se abre sobre el bulevar Gambetta, mientras que un parque y jardín se extienden a lo largo de la calle de los *Suspiros*; es uno de los lugares más amenos en donde se reúnen sus pobladores, especialmente en los días calurosos de verano, como éste de 1974, en que visité la región.

Lurcy se añadió el nombre de Lévis, del señor Charles-Eugène de Lévis, señor de Polignac, quien dio su nombre al castillo situado entre Lurcy y Coulevre. Como tantos-castillos del Borbonés es un regalo para la vista del viajero, por el sitio en que se levanta, por las características que lo destacan. En la escalera de honor, las esculturas representan los blasones de las familias que se han sucedido, hasta 1661, y luego el blasón de los Waldner. En cuanto a la familia de los Lévis tiene la pretensión, nada menos, que de guardar parentesco con la Virgen María. Al parecer existiría en Tolosa o en el castillo de Chevreuse, un cuadro que representa a uno de los señores de Lévis descubierto delante de la Virgen y, en lo alto, esta leyenda:

- *couvrez-vous, mon cousin.*
- *C'est pour ma commodité, ma cousine*<sup>7</sup>.
- *cubríos, mi primo.*
- *Es por comodidad, mi prima.*

Se cuenta también, con mucho pesar, que en 1957, una de las más famosas galerías de Nueva York dispersó, en una almoneda sensacional, una colección particularmente interesante que pertenecía a Georges Lurcy, de su verdadero nombre Georges Lévy, de una familia israelita que cambió su nombre de Lévy, por el de Lurcy, durante el terror nazista. Aquella almoneda fue calificada en América como *la almoneda del siglo*.

Entre los numerosos y bellos documentos que he podido consultar, al realizar estas investigaciones, pocos tan interesantes como el libro: *Lurcy-Lévis en Bourbonnais*<sup>8</sup> de la marquesa de Monspey, nacida Sinety, que se inspiró en los apuntes y recuerdos del marqués de Sinety, su abuelo, y en el que se revive el pasado histórico y legendario de la región. Nos

7 *La Forêt de Tronçais.*— Ediciones Bouard.— 54 - Jolivet-les-Luneville.— 1968.

8 Marquesa de MONSPEY, nacida SINETY.— *Lurcy-Lévis en Bourbonnais.*— Tipografía Plon-Nourrit y Cia, París, 1914, 188 págs.

ofrece, ante todo, datos acerca de su familia, especialmente del marqués André Louis Woldemar Alphée, vizconde y luego marqués de Sinety que nació en el castillo de Neureux, a cuatro leguas de Bourbon-l'Archambault, el 11 de Julio de 1791. A los quince años se alistó en el ejército del duque de Arenberg, su primo. Su carrera, le llevó lejos de Borbones y le permitió conquistar la gloria militar. Capitán cuando el Imperio, edecán de Lauriston en la batalla de Leipzig, fue miembro de la Legión de Honor, en 1813, cuando el Emperador le nombró jefe de escuadrones. Los largos años de su jubilación, que los pasó en el Borbonés, fueron empleados en la educación de su hijo y el cultivo de sus propiedades. Murió en París, en 1868.

El origen de esta familia se halla en el reino de Nápoles; entre otros, se habla ya de Serge Sineti, noble siciliano que después de haber servido al rey René de Anjou en las guerras de Italia, siguió al príncipe y vino a residir en la Provence, en 1442. Uno de sus descendientes, André de Sinety se estableció en el Borbonés, en 1759; mariscal de campo, caballero de San Luis, subgobernador de los herederos de la corona, participó en la educación de los príncipes que reinaron en Francia: Luis XVI, Luis XVIII y Carlos X. En 1770, adquirió las tierras de Lurcy-Lévis que habían formado la muy antigua baronía de Polignac, pues se hace mención que Inés de Chateamoraud aportó como dote de su matrimonio con Bermond de Lévis, en 1422, las tierras de esa baronía. Heredero a lo largo de los siglos fue Jean-Louis de Lévis, segundo del nombre, conde de Charlus, caballero de las Ordenes del rey, que fue asesinado con su hijo François de Lévis de quince años de edad y uno de sus pajes, Bassignac.

André de Sinety, que erigió en marquesado las tierras de Lurcy-Lévis, por letras patentes de 1770, había recibido antes el título de marqués por orden del rey, como se puede ver en los almanaques reales de antes de 1770. Tuvo como sucesor a su hijo André-Marie, marqués de Sinety, caballero de San Luis, mariscal de campo, primer jefe civil de "Monsieur", conde de Provence, hermano del rey. A André-Marie sucedió André-Alphée, marqués de Sinety, abuelo de la marquesa de Monspey, cuya obra ya mencionada se funda en los recuerdos que escribió su noble abuelo.

El recuerdo de esta familia ha quedado profundamente ligado a su obra benefactora y a sus generosidades en la región, como nos lo recuerdan varios párrafos del libro de la marquesa de Monspey y el proceso verbal del comité revolucionario de Lurcy, conservado en los archivos de Misy. Seine-et-Marne, así como el proceso verbal por el que la alcaldía de dicha población le otorgó el título de *benefactor ordinario de la aldea*.

De las valiosas notas y explicaciones que acompañan al libro de la marquesa de Monspey, vale la pena recordar aquí aquellas que se refieren a

la historia de Lurcy-Lévis y a la familia de los Sinety<sup>9</sup>. Por lo que juzgo interesante ofrecerlas en anexos.

Estos son algunos párrafos sobre Lurcy-Lévis, lejana y modesta aldea del histórico e ilustre Borbonés. Gracias al capitán Gabriel Lafond de Lurcy, uno de sus hijos que quiso añadir a su nombre el de la población de origen y de sus antepasados, la pequeña población borbonesa ha llegado a ser conocida hasta en países muy remotos, con el prestigio de los viajes y la obra del infatigable marinero.

Es de esperar, por lo mismo, que al cumplirse el primer centenario de la muerte de Lafond de Lurcy, su memoria y sus libros atraigan a nuevos investigadores y adquieran mayor divulgación, pues no hay duda que cuentan sus relaciones de viaje entre las más interesantes de la primera mitad del siglo XIX.





HERISSON  
(Vestigios de un castillo borbonés).

## CAPITULO II

### DE LAS HAZAÑAS DE UN GENERAL DE LA REVOLUCION A LAS AVENTURAS DE MAR

No disponemos de datos abundantes y precisos como para trazar aquí una biografía completa de Pierre-Gabriel Lafond, general de la Revolución francesa, padre de nuestro viajero, Gabriel Lafond de Lurcy. Sin embargo, no es el fin que nos proponemos y los rasgos que conocemos del joven y valiente general son suficientes para darnos una idea bastante positiva y hasta simpática de ese militar que se atrevió a manifestar su oposición a la coronación de Napoleón. Y, desde luego, las páginas que el mismo Gabriel le consagró en sus obras, particularmente en el Prólogo de sus *Quinze ans de voyages autor du monde*, son sumamente valiosas y destacan perfectamente la personalidad del ilustre general, tan poco conocido. Los datos y documentos que he encontrado en el curso de mis investigaciones vienen a confirmar lo que Gabriel Lafond de Lurcy escribió de su padre.

Por otra parte, la lectura del Prólogo ya mencionado nos servirá para encaminarnos en el conocimiento de las revelaciones que sobre su vida y la de su padre nos ha dejado nuestro viajero; dichas revelaciones las hallamos repetidas, veintiún años más tarde, en su obra *Fragments de voyages autour du monde*: Filipinas, China, Malasia, Polinesia, México, América Central, etc... y en las ocho ediciones que siguieron, Lafond de Lurcy escribe:

*Juzgo necesario dar a conocer los  
motivos que, desde mi primera juventud  
me determinaron a abandonar  
a mi familia y a mi patria para  
consagrarme a la penosa carrera de  
la marina y de los viajes, a la que*

*me dediqué con perseverancia durante  
los quince años más bellos de mi vida<sup>1</sup>*

Y es emocionante anotar que Gabriel Lafond de Lurcy, como hijo bien nacido, destaca que son los “sentimientos de devoción filial” los que le inspiran al escribir esas memorias, con las que quiere rendir como un homenaje a su padre:

*... muerto sirviendo honorablemente  
a su país... un padre que perdí cuando  
era muy niño para que pudiera  
guiarme en la vida, pero cuyos cuidados  
y ternura quedarán profundamente  
grabados en mi corazón<sup>2</sup>*

De acuerdo con la partida de nacimiento que he obtenido en la Alcaldía de Lurcy y el acta de matrimonio en la Alcaldía de Paimboeuf, conocemos exactamente la fecha de nacimiento y algunos detalles más de la biografía de Pierre-Gabriel Lafond. En conformidad con dicha acta, o más bien, la partida de bautismo. Pierre-Gabriel Lafond nació en Lurcy-le Sauvage<sup>3</sup> el 18 de Enero de 1774; fue hijo legítimo de una familia, por lo que se entiende, establecida en Lurcy desde mucho tiempo. Fue bautizado el 19 de Enero; quienes no se han fijado sino en la partida de bautismo: “nacido el día anterior”, han dado el 19 de Enero de 1774 como la fecha de su nacimiento. Sus padres fueron Pierre Lafond y Marie-Jeanne Aubouet. En la misma Alcaldía de Lurcy se encuentra, bajo el número 34, el acta de defunción de: “Pierre Lafond ex-notario y recaudador de los derechos de registro, propietario; de ochenta años seis meses y veintiseis días de edad”; nacido en Lurcy el 30 de Noviembre de 1734, hijo legítimo, a su vez, de Antoine Lafond y Gilberte Joubier, “viudo en primeras nupcias de Jeanne Aubouet y esposo en segundas de la señora Anne Serre”. Pierre Lafond falleció el 25 de Junio de 1815, es decir, ocho años después del general Lafond, su hijo, y cuando Gabriel, su nieto, tenía catorce años y se hallaba de estudiante en Nantes, según veremos adelante.

Son muy escasos los datos acerca de la niñez y de los estudios de Pierre-Gabriel Lafond. Son, por lo mismo, valiosos los apuntes que Gabriel

1 Q.a.V.A.M. —pág. 35.

2 Idem.— pags. 35 y 36.

3 “Los nombres de Sauvage y de Lévy, alternativamente dados a Lurcy, desde 1789 nunca han sido sancionados por ningún decreto”, escribe Régis Fournieris.—

*Histoire de Lurcy-Lévy.*— Ed. “Cahiers du Bourbonnais”, Moulins, 1898.

Lafond de Lurcy ha consignado en *Quinze ans de voyages autor du monde* y que resumen aquellos años de su padre. Leámoslos:

... luego de haber realizado estudios  
satisfactorios en Moulins  
y Nevers, trabajó en una oficina  
de finanzas en esta última ciudad,  
cuando la Revolución estalló<sup>4</sup>.

“¡Cuando la Revolución estalló!” ¡Cuántas ideas sugieren estas cuatro palabras! En ellas se condensan todo aquel entusiasmo, todos los ideales que el 14 de Julio de 1789 despertó en tantos hombres, en tantos pueblos. Ya sabemos que los ecos de la toma de la Bastilla llegaron también a los confines de otros continentes, a las capitales de los virreinos y audiencias reales de las colonias españolas, por ejemplo. ¡Cuántas veces, en el curso de sus viajes por las costas del Pacífico y en sus conversaciones con los dirigentes de la gran revolución hispanoamericana, cuántas veces el joven capitán Gabriel Lafond de Lurcy debió oír la evocación de aquel 14 de Julio, de labios tal vez del mismo Bolívar, de los de San Martín, de Sucre, de los generales que les acompañaban y a quienes nuestro viajero trató tan a menudo! Pero, no nos anticipemos a esos hechos.

“Dotado de una alma ardiente y entusiasta, compartió el arrebato general que despertó este gran acontecimiento”<sup>5</sup>, escribe Gabriel Lafond de Lurcy acerca de su padre. Y, desde la reunión de los Estados Generales (5 de Mayo de 1789), a la toma de la Bastilla (14 de Julio): de la Constitución de 1791, a la abolición de la monarquía (21 de Septiembre de 1792); de la prisión de Luis XVI, en “le Temple”, por orden de la Comuna, a las matanzas de Septiembre de 1792 y las luchas que opusieron a “Girondinos” y “Jacobinos”... todos. todos estos actos de la sangrienta tragedia eran como cañonazos que incendiaban los horizontes de Francia. Y el enemigo golpeaba ya en sus fronteras. Los Austriacos habían franqueado el Rin. Los Prusianos y los Piamonteses les seguían. El mismo Luis XVI se decidió a declarar la guerra a Austria; la Asamblea votó la declaración, el 20 de Abril de 1792.

De diversos puntos de las fronteras de la patria amenazada, los generales franceses escribían a los Diputados solicitando refuerzos. La Asamblea proclamó “la patria en peligro” (2 de Julio de 1792); París hizo retumbar el cañón del combate; sus estruendos se prolongaron hasta las poblaciones más apartadas y sacudieron el patriotismo adormecido de todo

4 Q.a.V.A.M. —pag. 36.

5 Idem.

un pueblo. Se multiplicaron las estradas en las plazas públicas y fueron numerosos los voluntarios que acudieron a inscribirse y darse de alta para correr a las fronteras y detener al enemigo. En todas las ciudades de Francia se imitó el ejemplo de París. Así nació aquel ejército de *voluntarios*, mal equipado, sin ninguna disciplina, ávido de pillaje y que, en el primer momento, no prestó los servicios que de él se esperaba. No era suficiente el entusiasmo patriótico para dar soldados aguerridos. Pero, pronto, el hábito de la disciplina, la costumbre de las fatigas y privaciones y, sobre todo, el contacto con las tropas de carrera, dieron a los *voluntarios* de 1792 las cualidades del oficio y resultaron también excelentes soldados. Pronto, al mando del más brillante general que ya se destacaba en esos días de sangre y de gloria, aquel ejército cubrió de laureles el trono del Imperio y dominó a Europa. Grabados en las piedras del Arco del Triunfo están los nombres de las victorias y de los jefes de aquella epopeya única en la historia de Francia.

Mientras se multiplicaban los motines y seguían los desórdenes y por obra de políticos ambiciosos o demagogos la nación se hundía, miles de patriotas acudían a las fronteras. Fue entonces cuando el joven Pierre-Lafond, modesto funcionario de finanzas, en Nevers, corrió también a darse de alta. Sea porque su carácter le imponía; sea porque un secreto presentimiento así lo exigía y dejaba vislumbrar futuras hazañas, sus compañeros, los jóvenes de Nevers y de los alrededores, le designaron como su *comandante*. Su hijo Gabriel anota con orgullo que no tenía sino: “dieciocho años de edad”<sup>6</sup>. Cuando la compañía, que comandaba Lafond y que venía de Nevers, se presentó al general en jefe de la región, este último le confirmó en el grado de capitán, con el que hizo todas las campañas del 92 y 93, en el ejército del Norte.

De este modo, bajo las órdenes de Dumouriez y su lugarteniente Kellermann, el capitán Lafond participó en la victoria de Valmy (20 de Septiembre de 1792), que salvó a Francia de los Prusianos, y luego en la de Jemmāpes (6 de Noviembre de 1792), que derrotó a los Austriacos y permitió la conquista de Bélgica. Si bajo las órdenes de Dumouriez, por culpa de los bisonños *voluntarios*, conoció la derrota de Nerwinden (1793), que ocasionó la pérdida de Bélgica, Lafond ya no participó en las luchas del Norte ni estuvo en la victoria de Fleurus (1794), pues aquel mismo año había sido trasladado al ejército del Oeste que comandaba Hoche.

A riesgo de alejarme de mi asunto, ¿cómo no recordar aquí la figura de un ilustre Sudamericano a quien, más tarde, el viajero Lafond de Lur-

6 Idem.

cy calificará, muy justamente, de “mártir de la libertad”? Me refiero al general venezolano Francisco de Miranda cuyo nombre va tan estrechamente ligado a las jornadas de Valmy, Argonne, a las campañas de Norte y que, tal vez, tuvo bajo sus órdenes al joven capitán Pierre-Gabriel Lafond que venía entre los voluntarios del Allier, padre de nuestro viajero.

Llegado a París, el 6 de Marzo de 1792, cuando entonces “muy pesada era la atmósfera política en medio de la que iba a encontrarse el Venezolano”,<sup>7</sup> Lafond de Lurcy explica, en cierto modo, el sentido de la presencia de Miranda en Francia:

*La Revolución francesa fue entonces  
un acontecimiento para el mundo  
entero, y de todos los puntos  
de la tierra, se acudía para asistir  
al espectáculo de un pueblo  
que se proclamaba libre y que consagraba  
su libertad en un bautismo  
de sangre!*<sup>8</sup>

Amigo de los Jacobinos, Miranda *se manifestaba como jacobino y extremista*. Pero, no es un aventurero. Y, como lo ha probado magistralmente en su libro *Miranda y la Revolución Francesa* el ilustre historiador C. Parra Pérez:

*Miranda no solicita un empleo en  
Francia: se le ofreció*<sup>9</sup>.

El Ministro de la Guerra, el general Joseph Servan de Gerbey (1741-1808) le ofreció el grado de *Mariscal de campo* en los ejércitos franceses. En realidad, no combatió en Valmy. Como destaca Parra Pérez:

*Los dos títulos verdaderos adquiridos por Miranda para el reconocimiento de Francia durante las operaciones en Argonne son de haber salvado, por su admirable sangre fría, cuando la desbandada de Montcheutin, al ejército entero de Dumouriez. Además, aseguró el éxito de la campaña y ganó, poco antes de Valmy, en el Morthomme, contra el conde KalKreutz, y con fuerzas muy inferiores en número, un com-*

7 C. PARRA-PEREZ.— *Miranda et la Révolution Française*.— pág. 8. 1 Vol., Librería Pierre Roger, París, 1925, 474 págs.

8 V.a.M. et N.C.—pág. 211.

9 C. PARRA-PEREZ.— Obra citada, pag. 9 .

*bate en que, por la primera vez, los Prusianos huyeron ante las tropas de la Revolución*<sup>10</sup>.

Comandante en jefe de los ejércitos que operaban en Bélgica, Miranda conoció muy pronto dificultades y días difíciles después de levantado el sitio de Maëstricht; y, sobre todo, después de la caída de los Jacobinos, la pérdida de Nerwinden y la acusación de traición levantada contra Dumouriez. Luego de haber conocido la prisión de la Conciergerie (19 de Abril de 1793), citado ante el tribunal revolucionario (12 a 16 de Mayo), Miranda fue absuelto por unanimidad y llevado en triunfo (16 de Mayo). Pero, pronto conoció nuevamente la prisión de la Force, en el período del *Terror* que enviaba a las cárceles o al cadalso a tantos políticos, generales o simples ciudadanos. No recuperó definitivamente la libertad sino luego del 9 Thermidor (27 de Julio de 1794), pues la Convención le abrió las puertas de la prisión el 15 de Enero de 1795. De todos modos, es sorprendente que Miranda haya podido escapar a la guillotina, particularmente cuando la caída de los Girondinos (2 de Junio de 1793).

Tendré ocasión de recordar las páginas que Gabriel Lafond de Lurcy escribió acerca del general venezolano y de otros héroes de nuestra emancipación política; seguramente estaba convencido de que su padre, el joven capitán Pierre-Gabriel, estuvo quizás bajo las órdenes de Miranda, cuando participó en la campaña del Norte. Después de trazar una corta biografía, Lafond de Lurcy escribió estas palabras sumamente elogiosas y exactas:

*... Murió el 14 de Julio de 1816 en las mazmorras de la Caraca en Cádiz ... ¡ Así falleció este mártir de la libertad, el fundador de la nacionalidad colombiana, después de haber combatido en los Estados Unidos, en Francia y en su patria, por la libertad de los pueblos! ¡Triste ejemplo de la ingratitud de las gentes y de la fragilidad de la admiración popular!*<sup>11</sup>.

En 1836, el nombre del general Miranda fue inscrito en el Arco del Triunfo, sobre el suelo en donde debían reposar, ochenta y cuatro años más tarde, los restos del soldado desconocido. Y, en 1928, se inauguró el monumento que eterniza su nombre, en los campos de Valmy.

Mientras el período del *Terror* hacía funcionar sin descanso la guillotina en varias plazas de las ciudades francesas, en París principalmente, el *Tribunal revolucionario*, establecido por la Convención enviaba cada día numerosas víctimas al cadalso; después de María Antonieta y Madame Eli-

10 C. PARRA-PEREZ.— Idem, pag. 21.

11 V.a.M. et N.C. — pág. 224.

zabeth, del sabio Lavoisier y el poeta André Chénier, los partidos de la Convención se destruían unos contra otros: los *Girondinos* y los *Hebertistas*, los *Jacobinos* y los *Dantonistas*; hasta que al fin, cansados de tantos crímenes, el 9 Thermidor (27 de Julio de 1794), Robespierre fue acusado de tiranía y colocado *fuera de la ley*; al día siguiente fue guillotinado. Con su muerte se terminó el Terror.

La muerte del rey (21 de Enero de 1793), que conmovió a los tronos europeos y determinó su coalición contra la Revolución, dio lugar también a numerosos estallidos revolucionarios, a luchas civiles en el interior de Francia. En Burdeos, Lyon, Marsella, en Tolón, en la Vandea sobre todo, en la Bretaña y la Normandía, así como en el centro y el Este de Francia se incendiaron centros de combate y se acudió a las armas. Ante este peligro interno, la Convención desplegó una energía calificada, a veces, de *salvaje*; dominada por los feroces *Montañeses*, resolvió escarmentar duramente a los enemigos del interior, a fuerza de crueldad. Así, Lyon, tomada por los Jacobinos, después de un sitio de setenta días, vio los barrios ricos incendiados, sus bellos monumentos arrasados y numerosos ciudadanos guillotinado o ametrallados en grupos. En Burdeos y en Marsella, los *Convencionálistas* ejecutaron a numerosas víctimas. En Tolón, por odio a los Montañeses, se acogió a Ingleses y Españoles. Cuando Bonaparte se disponía a tomar el puerto, gran número de sus habitantes, para escapar a las venganzas de los Jacobinos, prefirió embarcarse en la flota inglesa. Más de trescientos fueron fusilados<sup>12</sup>.

De todas las resistencias, la más violenta fue la de un pueblo altivo y religioso: la Vandea.

*El nombre de la Vandea —escribe Jacques de Maupeou— totalmente desconocido hasta fines del siglo XVIII, entró de golpe en la gran historia, gracias a la resistencia que opusieron las poblaciones del Oeste a los trastornos de la Revolución... y fue el gesto de los Vandeanos, fieles hasta la muerte a la religión y a la monarquía, lo que propagó su nombre como un reguero de pólvora por toda Europa...<sup>13</sup>.*

Historiadores superficiales o interesados han intentado, largo tiempo, demostrar que bajo el influjo y la presión del clero local, las poblaciones

12 *Histoire de France*.— Por una Reunión de Profesores.— Librería General de la Enseñanza Libre, París, 1948, 635 págs.

13 *Les Documents de France*.— La Vandea.— Ediciones Alépée y Cia.— París.— pág. 328.  
*Vue d'ensemble*.— pág. 59.

retardadas de la Vandea se levantaron contra la Revolución. Que hubo algunos exaltados entre los miembros del clero y que interpretaron mal sus obligaciones, nada hay de extraordinario. Las poblaciones del Oeste acogieron favorablemente, en los comienzos, ciertos movimientos de reformas. Emile Gabory escribe:

*Le paysan vendéen, breton ou angevin  
obéit aux mêmes mobiles, déplore  
les mêmes maux, sollicite les mêmes réformes que  
le paysan de la France entière*<sup>14</sup>.

(“El campesino vandeano, bretón o angevino obedece a los mismos móviles, deplora los mismos males, solicita las mismas reformas que el campesino de toda Francia”)<sup>14</sup>.

Esto se observa en los *Pliegos de reclamaciones*, en que se hallan indicaciones útiles. Algunos fueron redactados por los curas y *modelos* pasaban de parroquia en parroquia. La Asamblea provincial de 1787 había establecido un programa económico y financiero y las asambleas municipales, elegidas en 1788, participaron en el movimiento con amplitud de vista.

Aquello que determinó el gesto de la Vandea fueron los excesos de la Revolución. Se exigió el juramento civil al Clero, el mismo que anteriormente se exigió a los funcionarios públicos; el clero regular fue proscrito y se atacó también al clero secular; la constitución de una iglesia local, las persecuciones religiosas, especialmente la ley de 26 de Agosto de 1792 que condenaba al exilio, a la deportación a los sacerdotes *refractarios*, las prisiones, la ejecución del rey... pusieron el colmo a la exasperación. Se pretendió legislar, reglamentar en problemas religiosos: “Grave error, escribe Célestin Port, historiador nada sospechoso de hostilidad hacia la Revolución, falta irremediable, organización imaginada en contradicción con la razón y la justicia”<sup>15</sup>.

La insurrección se dejaba sentir en todas partes. No fue el resultado de un complot, sino de un malestar que se instaló más allá de los límites de la Vandea y estalló, en varios puntos a la vez, entre el 10 y 12 de Marzo de 1793. En Saint-Florent-le-Vieil, se sorteaba a los jóvenes que debían ir a la conscripción y a los combates; esos futuros soldados y el pueblo prefirieron amotinarse el 12 de Marzo. El reclutamiento de 300.000 hombres para ir a las fronteras, cuando ya las milicias (1791) fueron muy mal acogidas por la población, acabó de determinar la insurrección.

14 Idem.— La Revolución.— pág. 87.

15 Idem.— pág. 88.

“Puisqu’ils prétendent nous obliger  
à combattre aux frontières défendons  
chez nous nos libertés en danger...”<sup>16</sup>  
*Puesto que pretenden obligarnos a  
combatir en las fronteras, defendamos  
en nuestro propio territorio  
nuestras libertades en peligro.*<sup>16</sup>

fue el grito lanzado a la Convención.

Jacques Cathelineau, cochero, vendedor ambulante de lana en Pin-en-Mauges, llamado el *Santo del Anjou*, fue designado *generalísimo* por nobles y campesinos y se lanzó a combates en que demostró una bravura heroica. Después de varias victorias, cayó mortalmente herido al atacar la ciudad de Nantes. Los que le reemplazaron: Maurice Gigot d’Elbée, ex-oficial de la caballería, Henri de Vergier de la Rochejaquelin, ex-oficial de la guardia del rey, François-Athanase Charette de la Contrie, ex-oficial de la Marina Real... hicieron suyo el juramento “no regresar sino muertos o victoriosos”; pero, no pudieron dominar el fracaso que constituyó el ataque de Nantes; esto hizo imposible la unión de los Vandeanos y los *Chuanes* de la Bretaña. Sin cañones, armados de instrumentos de labranza, de hoces o rudimentarios fusiles de caza, desplegaron un valor admirable y opusieron a la Convención una lucha de gigantes. Victoriosos en Cholet, Thouars, Chatillon, Saumur, Torfu... vieron sus provincias y sus campos arrasados, sus casas incendiadas y destruidas. Pasaron al Norte del Loira y vencieron a Kléber, cerca de Laval; atacaron Granville, puerto que les había permitido recibir socorros de los emigrados; pero, fueron rechazados de Granville, vinieron hacia el Loira y fueron sorprendidos y aplastados en Le Mans, por los ejércitos de Kléber y Marceau. Su dispersión significó la desaparición de ese *gran ejército católico y realista*. Los últimos resistentes fueron destruidos en Saveney, el 22 de Diciembre de 1793. Así pagaron con su vida todos aquellos jefes improvisados que habrían suscrito estas palabras de Emile Gabory: “La guerra de Vandea fue ante todo una cruzada”<sup>17</sup>.

Y como observa este mismo autor:

La Révolution mit du temps à comprendre  
la raison intime et vraie du soulèvement et la  
la parole d’Elbée: pour pacifier la Vendée, il faut

16 Idem.—pág. 89.

17 Idem.—pág. 94.

rétablir la liberté du culte catholique romain<sup>18</sup>.

*La Revolución tardó en comprender  
la razón íntima y verdadera de la  
sublevación y la palabra de Elbée:  
para pacificar la Vandea, es necesario  
restablecer la libertad del  
culto católico romano* <sup>18</sup>.

Es lo que consiguió el tacto de Hoche y, en especial, de Bonaparte, a quien habían seducido *la valentía y la tenacidad de los gigantes de la Vandea* y rehusó combatirles, afirmando que se habría sentido orgulloso de ser Vandeano. Los dos generales dieron un comienzo de solución al problema vandeano. Si de tiempo en tiempo se alumbró aún esa lucha, la paz no se estableció definitivamente sino durante el Consulado, y después bajo el Imperio.

Soldado de la Revolución, Pierre-Gabriel Lafond fue enviado para dominar la guerra civil del Oeste; allí demostró el mismo ardor que anteriormente contra los invasores de Francia. Así, estuvo bajo las murallas de Angers y en las sangrientas batallas de Le Mans y Saveney. Pero, donde tuvo ocasión de dar pruebas de su excepcional valor, fue en Mortagne, punto estratégico de la más alta importancia. Colocada en el centro de la insurrección vandea, la ciudad se encontraba bloqueada por los rebeldes, numerosos y resueltos. La guarnición, de más de 3.000 soldados, estaba condenada a ser sacrificada; no podía obtener víveres sino a fuerza de sus bayonetas; los convoyes eran interceptados y las tropas se hallaban en los límites del desaliento. Fue cuando llegó Lafond, designado jefe de la guarnición. Ante todo, hizo evacuar a enfermos y heridos, a la plaza de Nantes; personalmente acompañó los convoyes de víveres y atacó a los Vandeanos, sin descanso; pudo burlar sus ataques y llegó a incendiar sus campos. De este modo logró salvar a más de 400 prisioneros destinados a una muerte segura<sup>19</sup>.

Este valor y el sentido de la organización le destacaron ante el general en jefe que no escatimó sus elogios al brillante oficial y Lafond fue designado para el comando de la plaza fuerte de Paimboeuf, en la desembocadura izquierda del Loira, al Este de Saint-Nazaire y Oeste de Nantes.

Si bien alejado del centro de los acontecimientos políticos no participó en las luchas internas de la Convención ni conocemos cual fue su posi-

18 Idem.

19 Q.a.V.A.M. —pág. 37.

ción en la célebre sesión del 9 Thermidor (27 de Julio de 1794) que llevó al cadalso a Robespierre y dio término al período del Terror; su preocupación estuvo dirigida a apaciguar las luchas civiles que le preocupaban más que los sacudimientos que conocía la nación bajo la Convención, bajo el Directorio, luego de votada la Constitución del año III. Es posible que Lafond haya mantenido relaciones con el joven general Bonaparte y que haya aprobado su conducta cuando este último, con los batallones de la guardia nacional, delante de la iglesia Saint-Roch, hizo ametrallar a los Diputados realistas descontentos con la decisión tomada por la Constitución del año III. Y más aún, debió felicitarlo cuando supo que Bonaparte, de regreso de Egipto, en donde se había cubierto de gloria legendaria y, dejando a Kléber a la cabeza del ejército, acababa de desembarcar en Fréjus (9 de Octubre de 1799).

Esta aparición inesperada de Bonaparte excitó el entusiasmo y reavivó la esperanza de muchos Franceses que veían en el general victorioso al jefe incontestable. El Directorio había caído en la desconsideración general, por sus violencias, por su corrupción; había provocado en el exterior una nueva coalición contra Francia y todos los reveses de 1799. Precisamente, la noticia de esa segunda coalición, los fracasos del ejército en Italia, la impopularidad del Directorio resolvieron a Bonaparte a regresar a Francia. Aclamado como un salvador, decidió derrocar el Directorio.

El 18 Brumario (9 de Noviembre de 1799), Bonaparte hizo decretar que los Consejos (el Consejo de los 500 y el de los Ancianos) se trasladasen a Saint-Cloud. Con la complicidad de dos miembros de los cinco Directores, Sieyes y Ducos, especialmente con el apoyo de los generales Leclerc y Murat, al frente de un batallón de granaderos, con las bayonetas caladas, desalojó a los 500. Se decretó la supresión del Directorio y se proclamó el Consulado.

No deja de intrigar el que tales acontecimientos se produjeran tan naturalmente pocos años apenas después del histórico 14 de Julio.

*La operación brumariana habiéndose resuelto así, la primera pregunta que viene al espíritu es la siguiente: ¿cómo es posible que una revolución, saludada en 1789 por la aclamación entusiasta y universal de un pueblo, se haya hundido diez años más tarde sin despertar otra reacción que la de una discreta indiferencia y de cierto alivio?... La respuesta hay que buscarla en otra parte: se encuentra, ante todo, en el recuerdo odioso que los Franceses habían guardado del régimen instaurado por los Jacobinos en 1793 y que precisamente había desnaturalizado*

*la Revolución imponiendo una nueva forma de despotismo, la del partido único y de las sociedades populares...*<sup>20</sup>.

Y sobre la descomposición de esa forma de gobierno se veía levantarse la figura de un general victorioso, seguido por un ejército ya ágil, activo, animado por jefes como Murat, Leclerc, Sébastiani y que se jugaban en esto su fortuna y su cabeza<sup>21</sup>. Se explican entonces la actividad de Bonaparte, el entusiasmo de Sébastiani, comandante del 9.º regimiento de dragones, y las palabras resueltas de Leclerc, jefe de los cazadores, en la Orangerie, donde sesionaba el Consejo de los 500:

*'Le général Bonaparte m'ordonne de faire évacuer la salle! Grenadiers, en avant!*<sup>22</sup>.

*(El general Bonaparte me ordena evacuar la sala! ¡Granaderos, adelante!)*<sup>22</sup>.

Dichos acontecimientos, Pierre-Gabriel Lafond los seguía atentamente desde su plaza militar de Paimboeuf o desde la casa paterna de Lurcy. Y debió entusiasmarse cuando vio a la cabeza del país al más brillante de los generales.

Los días agitados de aquel período y las preocupaciones de constantes batallas no habían apagado, sin embargo, en el corazón del joven militar, otros sentimientos tan nobles y generosos como son los del amor. En Paimboeuf encontró a la encantadora chiquilla que debía ser su compañera en los pocos años que le quedaban de vida.

Jacquette Marie-Madeleine Mayet era una joven rentista, domiciliada en Paimboeuf, en donde había nacido el 3 de Octubre de 1776, del legítimo matrimonio entre Guy de Mayet y Jacqueline Hamon; divorciada de un primer matrimonio con Jean-Baptiste Glotain oficial de Marina, tenía, pues, 24 años cuando contrajo matrimonio con:

*... El ciudadano Pierre-Gabriel Lafond, jefe de batallón de la sesenta y cuatro brigada de infantería, nativo de la aldea de Lurcy-le-Sauvage, departamento del Allier, y domiciliado en ella, de veintiseis años, dos meses de edad, nacido el diecinueve (?) de Enero de mil setecientos setenta y cuatro, del matrimonio legítimo entre Pierre Lafond y Marie-Jeanne Aubouet...*" (Anexos).

20 Pierre BESSAND-MASSNET.— *Le 18 Brumaire*.— pág. 49. Hachette, París, 1965, 159 págs.

21 Idem.— pág. 46.

22 Idem.— pág. 44.

Guy de Mayet, padre de Jacqueline Mayet, era un oficial de la Marina y, según lo que escribe su nieto, nuestro viajero Gabriel Lafond de Lurcy:

*... Oficial de la Marina Real, uno de los primeros capitanes de su tiempo, patentado por el príncipe L.J. de Borbón, duque de Penthièvre, gran almirante de Francia, con facultad de equipar para la guerra todos los buques que quisiera comandar, a fin de hacer la guerra a los enemigos del Estado*<sup>23</sup>.

Si hemos de dar importancia a las leyes de la herencia, quizás esa pasión de Gabriel Lafond de Lurcy por los mares, por los viajes lejanos, por todo cuanto se relaciona con los asuntos de la marina encuentra su explicación en esta ascendencia de hombres que vivieron en el mar.

Muy pronto, a las delicias del hogar y a los encantos de los primeros días de su matrimonio, sucedieron nuevos días de combates, de glorias, pero también de sufrimientos. Cuando el general Leclerc (el mismo que tan activamente actuó el 18 Brumario) organizaba en Lyon una división para reforzar el ejército de Italia, por especial recomendación del Ministro de la Guerra, Bernadotte, futuro Mariscal de Francia y Rey de Suecia y Noruega<sup>24</sup>, Pierre-Gabriel Lafond fue llamado para comandar un cuerpo compuesto de tropas de élite y con el que hizo las campañas de Italia.

El Primer Cónsul había enviado dos ejércitos contra los Austriacos; el primero a Alemania, bajo el comando de Moreau, el segundo a Italia que comandó en persona. Fue cuando concibió el paso de los Alpes, por el monte San Bernardo, con sus 40.000 soldados, y coronó su expedición con la victoria, en las llanuras de Marengo, el 14 de Junio de 1800. Esta victoria, largo tiempo indecisa, se debió, en gran parte, a la llegada de la división del general Desaix, vencedor en las batallas de las Pirámides, quien pagó con su vida el precio de la victoria de Marengo<sup>25</sup>. En calidad de suboficial comandante, se encontraba Lafond en el Estado Mayor del general Desaix. Así se entiende perfectamente que Bonaparte, que lamentó íntimamente la muerte de Desaix, haya destacado particularmente a Lafond. Nuestro viajero ha escrito estas líneas que realzan la figura de su padre:

*... El Primer Cónsul, tan buen juez del mérito, desde largo tiempo había distinguido al jefe de brigada Lafond que entonces estaba en guarnición en París. En la gran revista del Campo de Marte, en 1800, Bonaparte ordenó detenerse a la brigada*

23 Q.a.V.A.M. —págs. 37 y 38.

24 Idem.—pág. 39.

25 *Histoire de France*.— Por una Reunión de Profesores.— págs. 402 y 403.

*comandada por mi padre y, en presencia de las tropas, le dirigió estos elogios que excitaban la emulación, exaltaban el ánimo y mantenían el espíritu militar...<sup>26</sup>.*

Si este año de 1800 fue para Pierre-Gabriel Lafond un año de triunfos y también de amor (en ese año contrajo matrimonio, como vimos antes), su estadía en Italia iba a proporcionarle otras satisfacciones y también sufrimientos. El barco que partió para Egipto y debía llevar a Lafond con destino al ejército de Kléber (asesinado en El Cairo, el mismo día de la victoria de Marengo), había abandonado ya el puerto cuando llegó a Civita-Vecchia. Pero, el general Gouvion Saint-Cyr hizo venir a Lafond para formar parte de su Estado Mayor, en Milán y más tarde el general Joubert le nombró gobernador de Pavía. Finalmente, Murat le llamó a su lado, como su edecán, durante la campaña de Italia. Fue entonces cuando en la retirada del general Scherer<sup>27</sup>, balas enemigas destrozaron un brazo de Lafond y le causaron otras heridas. Tuvo que regresar a Francia, en 1802, año en que Bonaparte fue proclamado Cónsul vitalicio.

Lafond convalecía de sus heridas, cuando Murat fue enviado a Italia para instalar en el trono de Etruria al nuevo rey, el duque de Parma. Pidió a Lafond, a quien tenía una gran deferencia y hasta afecto, que le acompañara, en calidad de Comisario del Gobierno. Y al crearse en esa época el cuerpo de Inspectores del Ejército, Lafond fue designado por Murat, en calidad de Subinspector de Primera Clase. Habría deseado conservar junto a sí a Lafond, pero todavía mal curado de sus heridas, debió regresar a Francia.

Siguieron algunos días de una vida más tranquila y en que pudo disfrutar de la felicidad de su hogar, en Lurcy, donde vivía su padre y había nacido, el 25 de Marzo de 1801, su hijo primogénito, Gabriel. Más tarde, en Nantes, nacieron Olympe en 1803 y Joachim, en 1805.

Soldado de la Revolución, hombre de ideal y decidido partidario de la República, pronto debió conocer graves desilusiones y contrariedades. No vio de buen grado ni aceptó la proclamación del Imperio decretada por el Senado ni la consagración, el 2 de Diciembre de 1804, de Napoleón I, Emperador de los Franceses. Pero, este rasgo muestra claramente la firmeza del carácter, la pureza de los ideales del auténtico soldado que prefería sus convicciones republicanas a las ventajas que podía esperar de un jefe que ya le había distinguido. La conducta de Lafond no agradó al Emperador y se lo hizo sentir, según veremos. Así se comprende también

26 Q.a.V.A.M. —pág. 39.

27 Idem.—pág. 38.

por qué Lafond no fue llamado a participar en la vida de la Corte. Su carrera militar no conoció el coronamiento que podía preverse a quien disfrutaba de la amistad de Murat, de Bernadotte, de los demás mariscales del Imperio y de los generales que escribieron aquel capítulo extraordinario de la historia.

Aquello que conocemos mejor de la vida de Lafond en esos años es su participación en las logias masónicas. Desde 1802, figura entre los miembros de la logia *Paix et Union*, de Nantes, con el grado masónico de maestro y de subinspector de Revistas, como militar. En los años siguientes, 1802 a 1806, figura con grados más elevados, lo que indica que frecuentaba regularmente la logia. En 1807, se le menciona como ausente de Nantes y se indica también que era miembro de la Legión de Honor<sup>28</sup>.

En efecto, cuando el Primer Cónsul había reunido el famoso Gran Ejército en los Campos de Boulogne, en 1804, y se disponía a atravesar la Mancha para castigar a Inglaterra, que rehusaba cumplir el tratado de Amiens (1802), y pensaba dictar la paz en Londres, Lafond había participado en dicha reunión y recibió la decoración de la Legión de Honor; antes había recibido ya un “sable de honor”.

Al formarse la cuarta coalición, cuando Napoleón había colocado a su hermano José como rey de Nápoles (1806), después le colocará en el trono de España (1808), cuando había creado el reino de Holanda para su hermano Luis, y él mismo se había declarado Protector de la Confederación del Rin, descontento de la conducta del rey de Prusia que se había unido a Inglaterra y Rusia, el año de 1806 iba a marcar nuevas campañas y para Lafond las últimas en que participaría.

Dejando las alegrías de su joven hogar y el encanto de sus tres hijos (el mayor, Gabriel, tenía apenas cinco años), Pierre- Gabriel Lafond, como Inspector y general de brigada participó en las nuevas campañas, otra vez acompañando a Murat<sup>29</sup>. De este modo participó seguramente en la más notable campaña: la de Eylau (8 de Febrero de 1807), en que se distinguió especialmente Murat, gran Mariscal, príncipe del Imperio, gran duque de Berg y de Cleves, futuro rey de Nápoles; así como en la batalla de Friedland, contra los Rusos, el 14 de Junio de 1807.

Pocos son los datos que tenemos de ese período que se terminó con la entrevista de Napoleón y el zar Alejandro, en el Niemen, junto a la aldea que dio su nombre al tratado de Tilsit (1807); redujo Prusia a la mitad de su extensión, creó el reino de Westfalia para Jerónimo, el hermano me-

28 Ver Anexos.

29 Q.a.V.A.M. — pág. 39.

nor del Emperador, y en el Este el Gran Ducado de Varsovia, que dio al rey de Sajonia.

Lafond fue nombrado Inspector general en una de las divisiones del Príncipe de Berg. Pero, las fatigas de las campañas, las incomodidades inherentes a una vida penosa, reabrieron las heridas nunca bien curadas de Italia. No pudo recuperarse y murió en la ciudad de Poznan, en Polonia, cuando apenas había cumplido los treinta y tres años. Dejaba en Francia una joven viuda y dos hijos, Gabriel y Joachim, ahijado de Murat; Olympe había fallecido el año anterior.

Al explicar a sus conciudadanos del Loira Inferior los motivos por los que, en 1848, Gabriel Lafond de Lurcy había brigado los sufragios de los electores para representarles en la Asamblea Nacional, presentó un esbozo biográfico de su padre. Creo que será el mejor homenaje a la memoria de ambos, terminar este capítulo con los párrafos de nuestro viajero:

*Conciudadanos, Hijos de nuestro país, pensaba brigar los sufragios de los electores del Loira Inferior para representarles en la Asamblea Nacional, pero por todas partes oigo decir: Nuestra selección está hecha ya ... Me preguntaréis, sin duda, quién soy yo para querer aconsejaros: Ciudadanos del Loira Inferior yo-no soy un extraño para vosotros, si he deseado brigar el honor de representaros en la Asamblea Nacional, es porque mi nombre, tengo la confianza, debía servir de garantía; yo también pertenezco a una de estas familias en que las tradiciones del patriotismo son hereditarias. Mi padre, General Lafond, salió de vuestras filas en 1792, condujo en el ejército del Norte, una compañía de Voluntarios. ¡Digno soldado de la República, la sirvió en 1794 como jefe de batallón bajo el mando del valeroso General Hoche! En el Brumario, año II, combatió valerosamente por esta República que acabamos de restablecer, se distinguió en las sangrientas batallas de Angers, Le Mans y Saveney. Más tarde, salvaba Mortagne y más de 400 prisioneros realistas, incendió el campo de los insurgentes y garantizaba a los heridos a riesgo de su vida! Comandante de plaza en Paimboeuf, que fortificaba, se desposó con la hija de uno de los capitanes más estimados: Guy de Mayet estaba aliado a todas las familias del Loira Inferior, donde he conservado las propiedades paternas. Soldado del ejército de Italia, edecán de Murat, amigo de Kléber, fue herido gravemente al lado de estos guerreros famosos, y fue enviado a Nantes, en 1802, en calidad de inspector de revistas. En vuestra ciudad, en medio*

*de vuestros antepasados, en 1804, rehusó dar su adhesión a las constituciones del Imperio. En vano, el prefecto y el general le incitaron a ratificar el gesto ambicioso del Primer Cónsul. Siempre al servicio de la República, mi padre tuvo el valor de escribir con su propia mano en el proceso verbal: ¡NO!; mancharías tu gloria! ... Fue la sentencia del jefe de brigada Lafond. El Emperador le hizo pagar muy caro sus convicciones republicanas. Enviado al ejército de Polonia en calidad de Inspector de revistas, mi padre murió en esta expedición; ¡tenía apenas treinta y tres años! La herencia que me dejó es sagrada para mí; ciudadano: es un nombre sin tacha, una fama pura, la más sagrada, a mis ojos, de todas las fortunas. He jurado guardar intacto este sagrado patrimonio... ”<sup>30</sup>*

No puede leerse sin emoción palabras tan sinceras, brotadas de un corazón noble y que reflejan la altura de ideales, las arraigadas convicciones republicanas de Gabriel Lafond de Lurcy, digno hijo de un general de la Revolución. Tales cualidades se manifestarán más tarde, en el curso de una vida larga. Este testimonio acerca de su padre, soldado valiente e idealista, republicano íntegro y desinteresado, concuerda perfectamente con los testimonios que sobre Gabriel Lafond de Lurcy emitieron muchos de sus contemporáneos, que le conocieron y le trataron. Esta observación es sumamente importante, como veremos después, para penetrar en la personalidad de nuestro viajero, apreciarle justamente y desmistificar las calumnias de ciertos historiadores que han hablado de Gabriel Lafond de Lurcy, sin conocer nada de sus antecedentes.

Pero, antes de entrar en esos detalles, tracemos luego la biografía de sus primeros años, aquellos en que veremos al hijo de un general de la Revolución lanzarse a las aventuras de los viajes y del mar.





LURCY-LEVY  
Calle Capitán Lafond.

### CAPITULO III

## LOS PRIMEROS AÑOS DE GABRIEL LAFOND DE LURCY Y EL PUPILO DEL IMPERIO EN EL LICEO DE NANTES (1801-1816)

En el registro civil de Lurcy-le-Sauvage, más conocido con el nombre de Lurcy-Lévis o Lurcy-Lévy, se encuentra el acta de nacimiento de nuestro viajero, el capitán Gabriel Lafond de Lurcy. Leamoslo:

*Registro civil de Lurcy-le-Sauvage Del cuarto día del mes de Germinal el año nueve de la República Francesa, una e indivisible.*

*PARTIDA DE NACIMIENTO de Gabriel Pierre-Marie-Mars Lafond nacido ayer a las diez de la noche hijo de Pierre-Gabriel Lafond jefe de batallón, y Jacqueline-Marie-Magdelaine Mayet su esposa, domiciliada en esta aldea.— El sexo del niño ha sido reconocido varón.— Primer testigo, el ciudadano Pierre Lafond notario público; de sesenta y seis años de edad, domiciliado en esta aldea.— Segundo testigo, el ciudadano François... (Ver Anexos).*

Del documento transcrito se deducen varias conclusiones que debemos destacar en esta parte de nuestro estudio. En primer lugar, las funciones que cumplía el padre de nuestro viajero: como se ha dicho antes, *Jefe de batallón*, en la guarnición de Paimboeuf. La madre, Jacqueline Mayet, se hallaba domiciliada por entonces y seguramente con motivo del nacimiento, en Lurcy, en la casa del abuelo de nuestro viajero: Pierre Lafond quien había cumplido las funciones de *ujier de cámara real*, y fue el alcalde de Lurcy, entre 1794 y 1798. En el acta de nacimiento es el primer testigo y firma como *notario público y de edad sesenta y seis años*. En efecto, sabe-

mos que había nacido el 30 de noviembre de 1734. Firma también dicha acta, Anne Serre, segunda esposa de Pierre Lafond, según se vio anteriormente y se lee en los Anexos.

En ese mismo documento, queda bien establecida la fecha del nacimiento de Lafond de Lurcy. Quienes se fijaron en el comienzo del Acta y no en la explicación “nacido ayer”, se han equivocado y dado el 25 en lugar del 24 de marzo de 1801.

Por las actas de nacimiento de la hermana de Gabriel, Rose-Marie-Gabrielle-Marie-Olympe, nacida el 21 ventoso del año 11 (1803), y del hermano Joachim Charles Napoleón Auguste, el 11 vendimiario año XIV (30 de octubre de 1805), ambos nacidos en la ciudad de Nantes, vemos que Gabriel fue el mayor de sus hermanos. Por esos mismos documentos (que van en Anexos), vemos que la hermana de Gabriel, Olympe, falleció el 10 de julio de 1806, a los tres años de edad; mientras que Joachim estudió en el mismo Liceo de Nantes, como Gabriel; ahijado de Murat, siguió la carrera de las armas y murió en el hospital San Nicolás de Verdun, el 6 de enero de 1832. Era teniente en el 19<sup>o</sup>. R.I. en guarnición y tenía apenas 26 años y dos meses.

En esos documentos citados, se hace mención uniforme de la profesión del padre: *subinspector de las revistas, general de brigada en el Ejército de Polonia*; así como es constante la citación del domicilio, en el nacimiento y muerte de Olympe y Joachim, la ciudad de Nantes.

Queda por señalarse también que en algunos documentos aparece la firma de Olympe Glotain; es hermana de madre de Gabriel Lafond de Lurcy, ya que su madre, Jacqueline Mayet, había contraído un primer matrimonio con un oficial de marina, Jean-Baptiste Glotain, el 18 de junio de 1793; Olympe nació en 1796 y el divorcio de sus padres ocurrió en 1798. Olympe Glotain era, pues, mayor a Gabriel Lafond de Lurcy con cinco años. Hemos recordado ya que Jacqueline Mayet, divorciada, contrajo un nuevo matrimonio con Pierre Lafond, el 30 germinal, año VIII (20 de abril de 1800), en Paimboeuf.

Luego de estos datos que sitúan mejor a los familiares de nuestro capitán y viajero, vengamos nuevamente al pueblecito de Lurcy-Lévis donde, como vemos, tan sólo Gabriel tuvo la cuna de su nacimiento, en el seno de sus antepasados paternos.

La casa en donde nació Gabriel Lafond de Lurcy está perfectamente determinada:

*La casa Lafougère, en la esquina de la calle Edouard-Vaillant, de la plaza de la República y de la plaza de la Libertad, es decir*

*el barrio más antiguo de nuestra aldea y de la que una calle lleva su nombre...<sup>1</sup>.*

Al visitar Lurcy, en el verano de 1974, como señalé anteriormente y recorrer la calle del *Capitán Lafond*, me fue fácil identificar la casa en que nació, así como su padre, la misma que ha sido refaccionada y se conserva en muy buen estado; ella sola es ya un testimonio de la condición de sus antepasados que debieron disfrutar de cierta situación económica y social.

Hemos señalado ya los aspectos físicos y artísticos que destacan esta pequeña población y la colocan en un sitio privilegiado entre las comunas que forman el departamento del Allier, aquella vieja región que se ilustró con el prestigioso nombre del Borbonés. Valga mencionar, además, la iglesia de características notables, antes recordadas. Entre los edificios dignos de mencionarse, Régis Fournieris destaca:

*La casa Couret, un edificio del siglo XV con hastial de madera que sobresale a la calle. La fecha de 1619, que figura sobre una piedra empotrada en la pared de la fachada, es muy posterior a la construcción de la casa. Sólo debe recordar el año de una restauración. Según la creencia común, esta casa habría sido, en su comienzo, una comunidad religiosa de hombres o mujeres, bajo la invocación de Santiago...<sup>2</sup>.*

Y a continuación, el autor citado da los motivos que le llevan a dicha conclusión.

Fournieris viene a confirmar que la tierra de Lurcy-Lévis ha sido reconocida, desde mucho tiempo, como apropiada para la fabricación de la loza; circunstancia que había atraído a los industriales, a los expertos a señalar la excelente calidad de la *fábrica real de loza* de la ciudad de Nevers. En efecto, en los archivos de Lévy, en el año de 1625, se registra:

*Un permiso por Charles de Lévis a los señores Godin y Coustode, maestros fabricantes de loza en Ar ma Jolly, en Nevers, para sacar arenas y tierras apropiadas para fabricar vasija de loza en la extensión de las tierras y justicias de Poligny, Lévy, Lurcy, Champ-Fromental, etc. 1625...<sup>3</sup>.*

Ya en el año de 1721 se hace mención de un negociante fabricante de loza que habitaba en Lurcy y cuyo nombre era François Fouquet, se-

1 Régis FOURNIERIS.— *Histoire de Lurcy-Lévis*.— pág. 195, Ed. "Cahiers du Bourbonnais", Moulins, 1898.

2 Idem.— pág. 40.

3 Idem.— pág. 41.

gún consta en los registros parroquiales.

Por otra parte, en las Actas del Registro de Deliberaciones del Concejo Municipal de Lurcy, en fecha de 9 de agosto de 1887, se encuentra el Acta por la que la Comuna ha querido honrar a dos de sus hijos preclaros: el doctor Vinatier, ex-diputado del Allier y el viajero y capitán Gabriel Lafond de Lurcy. La lectura de este documento del siglo pasado, con las palabras del Alcalde, señor Petitjean, servirán para completar todas estas informaciones. Si de menor importancia, no por eso interesantes y curiosas para conocer en detalle la vida de esas lejanas comarcas, en los siglos pasados. Es la razón por la que en los Anexos van algunos de esos documentos que considero curiosos.

Una vez bien esclarecidos estos datos acerca de la población en que nació nuestro héroe, la búsqueda de tales documentos de su biografía me ha llevado al encuentro de otros que creo vale la pena mencionar en esta parte de mi estudio. Y, ante todo, el relativo al apellido LAFOND. Como los apellidos Durand, Duval, es seguramente uno de los más corrientes y auténticamente franceses, por consiguiente, muy generalizados en las diferentes regiones, como lo han observado los especialistas de estos asuntos. Así, Albert Dauzat señala que:

*Muchos apellidos revelan su sentido a primera vista: Charpentier, Legros, Renard no necesitan ninguna explicación etimológica... El conocimiento del francés y de los dialectos basta para explicar gran número de ellos...<sup>4</sup>.*

Y luego de explicar que la manera más sencilla de formar un apellido fue *volver hereditario el nombre individual*, el mismo autor destaca la influencia que en estos apellidos tienen la propiedad, el país de nacimiento, nombre de origen y que, en definitiva:

*... se relacionan todos... con el suelo y, más o menos directamente, con los nombres de lugares, constituyen entre los apellidos una de las categorías más importantes...<sup>5</sup>.*

Los nombres que evocan particularidades topográficas o geográficas, el vecindaje de un árbol, de un bosque, de un río o de una fuente... se hallan al origen de una cantidad impresionante de apellidos los más antiguos, como: Dumont, Vallée, Laval, Duval, Delaval, Dubois, Dubosq, Laforêt, Rocher, Duroc, Duprès, etc. No hay duda que la cercanía de una fuente

4 Albert DAUZAT.— Les noms de Personnes. Origine et Evolution.— pág. 75, Librería Delagrassé, París, 1925.

5 Idem.— pág. 85.

(principalmente en esa región en que tanto abundan las fuentes como es el Borbonés) debe hallarse al origen también de LAFOND.

En su diccionario, Larchey Lorédan ha estudiado el significado, la etimología y la composición de los principales apellidos franceses y, naturalmente, ha señalado las palabras *fuelle*, *manantial*, en las lenguas de *oc* y de *oil*, para los apellidos Lafon, Lafond, Lafond, Lafontan<sup>6</sup>, a los que añade luego: Laffon y Fontaine<sup>7</sup>; mientras que al señalar las palabras *fuelle*, *manantial de agua viva*, en la lengua de *oc*, cita estos otros apellidos: Fontan, Fontanet, Fontelle, Fonteneaux, Fontenay, Fonteneau, Fontenelle, Fontenille, Fontenoy, Fontet, con su común origen de: *manantial*, *terreno húmedo*, *lugar pantanoso de donde brotan manantiales*, *pequeño manantial*, así en la lengua de *oc*, como en la de *oil*, y con esta observación que son *nombres de lugar*<sup>8</sup>.

Queda, pues, muy clara la comprensión de este apellido LAFOND, uno de los que seguramente más variaciones tienen en la lengua francesa; pues, a los arriba citados, es posible añadir aún otras formas que se prestigian por figurar entre autores que constan en el *Catálogo General de los Libros Impresos de la Biblioteca Nacional*, de París. Se dan estas dieciséis variantes: Lafon, Laffond, Lafonds, Lafone, La Fons, Lafont, La Font, La Fonta, La Fontaine, Lafontaine, Laffon, Laffond, Laffont, Lafontan, La Fontan, La Fontanelle.

Gabriel Pierre Marie Mars Lafond, o sencillamente Gabriel Lafond, siguiendo un uso antiguo, quiso añadir a su nombre y apellido el de su lugar de origen y así se firmó *Gabriel Lafond de Lurcy*. Como observa Régis Fournieris, en la obra antes citada, ve en este rasgo de unir a su patronímico el de su ciudad natal una prueba evidente de su afecto a la patria chica. Esta costumbre de añadir al nombre individual el de la propiedad, el de su pueblo fue muy antigua y, como explica Albert Dauzat, la partícula *de* usada en estos casos por sí misma no tiene ningún valor nobiliario. Familias de auténtica y rancia nobleza no la usaron. Sin embargo, la mayoría de la aristocracia tomó la partícula *de* y casi todos los nombres antiguos de propiedades precedidos de la partícula *de* son de familias nobles. Esta costumbre se extendió particularmente en la Edad Media, a través de los países de Europa occidental y, en especial, Alemania, Francia, España, Italia.

Queda, pues, establecido que Gabriel Lafond de Lurcy, sin antece-

6 LARCHEY LOREDAN.— *Dictionnaire des noms*. pág. 260, Imp. por la Casa Berger-Levrault y Cía, en Nancy, 1880.

7 Idem.— pág. 259.

8 Idem.— pág. 168.

denes nobiliarios históricamente comprobados, al firmarse de este modo no hizo sino demostrar su apego, su afecto al pueblo en que vio la luz del día y en el que habían nacido también sus antepasados paternos, en el departamento del Allier.

Se comprende por qué cuando mi ilustre amigo, cuyo nombre es recordado en algunos países latinoamericanos, el Profesor Georges Lafond, en las pocas investigaciones que realizó sobre nuestro viajero, al solicitar datos a la Alcaldía de Nantes y, en particular las fechas de nacimiento y muerte, se comprende digo, por qué le informaron que “el interesado no figura ni en los registros de nacimiento de 1768 a 1815”, y con razón; pero, en cambio le remitieron la partida de nacimiento de un tal Gratien Lafont, como se verá en los Anexos y una nota muy interesante acerca del mariner nacido en Nantes y muerto en las costas de Holanda. Pero, evidentemente, nada tienen que ver con el capitán Gabriel Lafond de Lurcy. Ya la ortografía del apellido bastaba para provocar la duda. Esto servirá para mostrar en qué estado se hallaban las investigaciones acerca de nuestro viajero hace apenas veinte años; y como era casi desconocida su fecha de nacimiento y sí totalmente la de su muerte. (Ver Anexos: “Archivos del Profesor Georges Lafond”).

Si el capitán de barco mercante, Gratien Lafont nada tiene que ver con nuestro viajero, en cambio mis investigaciones me han llevado a determinar dos nombres que posiblemente algo tienen que ver con Lafond de Lurcy; de todos modos, hay muchas analogías en sus biografías. El primero es el general Guillaume Joseph Nicolas Lafon-Blaniac, nacido en Villeneuve-sur-Lot (o Villeneuve d’Agen), el 29 de julio de 1773, es decir, un año antes que el general Pierre-Gabriel Lafond, padre de nuestro héroe. Conquistó sus grados brillantemente en los combates de la Revolución; siguió a Napoleón y, después, a su hermano José a España. Fue su edecán y ascendido a general de división. La Restauración le dejó de lado; fue reincorporado por el Gobierno de julio, en 1830. Se sabe que murió en Vico, en Córcega, el 28 de septiembre de 1833.

Sin embargo, mucho más novedosa es la noticia que he logrado despolvar relativa a otro viajero del mismo apellido que Lafond de Lurcy. Dicha relación fue publicada en Rouen en mayo de 1753; y es seguramente poco conocida por lo que juzgo interesante darla en Anexos. Con el título:

**RELACION VERDADERA, curiosa y edificante, del Incendio ocurrido en alta mar de la Nave Le Prince...**

**Por el señor de Lafond, Alférez de las Tropas en dicha Nave...**

Este trágico naufragio, tan vivamente narrado por el señor de Lafond, recuerda tantos otros de los que Gabriel Lafond de Lurcy fue el narrador ameno y variado y en alguno de los cuales, como se verá después, estuvo personalmente, salvándose casi por milagro, como se salvó aquel alférez en los mares de la India, viniendo a terminar su viaje en las costas del Brasil desde donde, gracias a la humanitaria conducta de las autoridades portuguesas, pudo regresar a Lisboa y, finalmente, a Morlaix, en Francia.

Si he traído a cuento estos personajes es para mostrar como nuestro viajero, de un modo u otro, estuvo unido a tan célebres nombres que se ilustraron gracias a sus hazañas en los campos de batalla, como su propio padre, o en las aventuras a veces heroicas de los mares.

Conocido ya que Gabriel Lafond de Lurcy nació en esa pequeña población que la ha vuelto célebre, veamos ahora algunos datos de su infancia y adolescencia.

Muy pocos detalles nos quedan de sus primeros años y todo lo que sabemos, además del nacimiento de su hermano Joachim y su hermana Olympe, nos lleva a creer que muy niño debió dejar Lurcy para instalarse en Nantes, cerca de la familia de su madre. Los Mayet eran, como hemos visto, originarios de Paimboeuf.

Cuando la muerte de su padre, el general Pierre-Gabriel Lafond, la viuda residía en dicha ciudad, así se explica que Gabriel haya frecuentado el Liceo de esa ciudad bretona ya desde 1811, como escribió él mismo:

*En 1811, había sido matriculado en el Liceo de Nantes: dos años después fui designado por Murat para formar parte de su casa en Nápoles y ser admitido entre sus pajes; los acontecimientos lo dispusieron diferentemente...<sup>9</sup>.*

Es de lamentar que no se hayan encontrado huellas de estos estudios en Nantes. El provisor del actual Liceo Clémenceau, señor J. Chazelle, a la solicitud de informaciones, contestó *que no disponía más de los archivos del único Liceo que existía en esa ciudad, a comienzos del siglo XIX*, según se puede leer en la carta que va en Anexos.

Felizmente, los *Archivos de Francia* nos han permitido realizar importantes aclaraciones acerca de este período de la vida de Lafond de Lurcy. Gracias a su Director que nos ha comunicado varios documentos, podemos establecer puntos muy precisos: la muerte del general Lafond, *oficial superior*, en Polonia, y los estudios realizados por su hijo Gabriel, en Nantes, en calidad de *pupilo* del Imperio. En efecto, un decreto impe-

rial de 1814, viene a darnos luz sobre este capítulo bastante oscuro de la biografía de Lafond de Lurcy. Encontrándose en su cuartel general de Troyes, el 4 de Febrero de 1814, el Ministro del Interior propone a la aprobación de Napoleón: *Emperador de los Franceses, Rey de Italia, Protector de la Confederación del Rin y Mediador de la Confederación Suiza*, un decreto por el que varios estudiantes *son inscritos en diferentes Liceos de nuestro Imperio* y siguen los nombres de estudiantes *pupilos del Imperio de pensión completa o de media pensión*, etc. Como se podrá comprobar en los Anexos, Gabriel Lafond de Lurcy consta en el primer grupo y se dan los siguientes detalles:

*Hijo de un Oficial Superior muerto en Posen, ya de media pensión en el Liceo de Nantes.*

Este decreto firmado en Troyes, lleva esta indicación: *expedido el mismo día a París* (Anexos).

Del mismo modo, conocemos que el hermano de Gabriel, Joachim, *hijo de un jefe de batallón muerto en Posen*, por decreto del 1o. de mayo de 1815, es nombrado *pupilo de pensión completa*, en ese mismo Liceo de Nantes.

Sin embargo, nada nos sirve para conocer mejor, en ausencia de otros datos, como las líneas dejadas por el mismo Gabriel Lafond de Lurcy. El escribe:

*Quedé pues en el Instituto hasta 1816, época en que fuimos licenciados al mismo tiempo que el ejército. La mentalidad de los alumnos era, según decían, demasiado insoportable...<sup>10</sup>.*

Sorprendente lección, y severa, para quienes pretenden que la juventud actual de la segunda mitad del siglo XX es indisciplinada, ingobernable y se la quiere cargar con todas las taras y defectos como si desde tiempos inmemoriales la naturaleza humana no fuera la misma y cuando sabemos que hace ya más de un siglo, también se clausuraban establecimientos de educación porque *la mentalidad de los alumnos era mala*. Las mismas explicaciones hallamos en siglos pasados y hasta en la Edad Media, cuando sabemos las dificultades de los estudiantes de la Sorbona, por ejemplo, en el siglo XIII.

Por consiguiente, Gabriel Lafond de Lurcy no tuvo tiempo de terminar sus estudios en el Liceo de Nantes ni en ningún otro establecimiento; pues, como lo anota, fueron licenciados, cuando tenía apenas 15 años. Su

10 Idem.

gran escuela sería, en adelante, la vida y el inmenso libro de los viajes. Son estos los que en adelante formarían esta personalidad admirable, en varios aspectos. Bella demostración de lo que pueden una inteligencia despejada y, en especial, una voluntad resuelta a lograr una meta, a obtener un éxito.

Aquí es cuando se han de destacar dos factores o fuerzas que van a decidir primero, a empujar después la orientación de toda una vida o, por lo menos, de aquellos quince años de viajes.

El primero de estos factores es de carácter histórico. Luego de la segunda abdicación de Napoleón, después de la batalla de Waterloo (18 de junio de 1815) y de la segunda restauración de Luis XVIII en el trono de Francia, la paz parecía definitivamente establecida, o por lo menos, para largo tiempo. Así razonaba aquel jovencito en cuyas venas circulaba la sangre de un brillante militar:

*La paz, que al parecer ya no sería perturbada, me prohibía toda esperanza de distinguirme en la carrera militar y tuve que renunciar al porvenir en el que había soñado tan a menudo...*<sup>11</sup>.

Creyó, pues, definitivamente cerrada para él la carrera de las armas y los éxitos de los campos de batalla. Escogerá otra vía y, por un azar de las cosas, el camino de los mares le llevará, en nuestra América, si no a participar directamente en los campos de la emancipación hispanoamericana, a colaborar directamente y de modo brillante en las luchas que San Martín, que Bolívar y sus generales libraban por la independencia de América española.

El segundo y, tal vez principal factor, hay que encontrarlo en la psicología de ese adolescente en quien las leyes misteriosas de la herencia le llamaban, le determinaban para una vida de acciones heroicas, en todo caso, fuera del marco ordinario y mediocre en el que se contenta la mayoría. En otros términos: el ejemplo de su joven padre, idealista, brillante general de la Revolución, influyó directamente en la personalidad naciente de Gabriel que debió, cuando la muerte de su progenitor, determinarle para seguir su ejemplo. Leámosle:

*La carrera tan honorablemente realizada por mi padre, había impresionado vivamente mi imaginación desde mi niñez. Me figuraba que podría caminar un día en sus huellas y adquirir también la gloria sirviendo a mi país...*<sup>12</sup>.

11 Idem.— pág. 41.

12 Idem.— págs. 40 y 41.

La era de paz en que parecía haber entrado Francia vino a contrariar tales ardores alimentados por el ejemplo del padre que incitaba al joven Lafond a lanzarse en la carrera militar, para la que sentía, además, cualidades innegables:

*Joven, ardiente, devorado por el deseo de crearme una existencia, y sobre todo de adquirir la celebridad, estaba movido sin cesar por estas ideas ambiciosas que perturbaban e inflamaban mi joven imaginación...<sup>13</sup>.*

Tal vez, no eran sino sueños de un alma ardiente, impresiones de heroísmo en la mente de un joven que vivía aquellos años exaltantes de las jornadas gloriosas que había conocido todo un pueblo; pero que, después de ese capítulo épico, se sentía también fatigado, cansado de guerras y laureles... que finalmente fue también decisivo en la caída del Emperador.

Se comprende que en esta dramática encrucijada de su vida, Gabriel Lafond de Lurcy, joven ardiente e idealista, como todos los que se encuentran ante una dificultad para la prosecución de un ideal, haya orientado aquella corriente vital y anímica que le llamaba a las alturas hacia otros ideales, hacia otras metas. Lo esencial era dar un cauce normal, una forma de desahogo que no perturben las energías o desborden impetuosamente y sin freno en manifestaciones catastróficas tan comunes en esa época de la adolescencia. Lo importante era dominar ese ímpetu vital y dirigirlo hacia objetivos nobles, si no brillantes.

Este fue el caso de Gabriel Lafond de Lurcy. Obligado a renunciar a la carrera de su padre —con la que tanto había soñado— otro campo se abrió de pronto a su atención y le acaparó de tal modo y tan totalmente que vino a decidir de los mejores años de su vida: la lectura de los viajeros vino a colmar su imaginación:

*Cada vez que hojeaba las relaciones de los Bougainville, de los Cook, de los Wallis, etc., estaba estremecido de admiración, y comprendía que las palmas de aquellos grandes navegantes equivalían a las de los conquistadores...<sup>14</sup>.*

Y, nuevamente, la herencia. Ya que no le era posible seguir la carrera militar a la que le disponía el ejemplo de su padre, pues bien buscaría sus ideales ambiciosos de celebridad en la carrera que siguió su abuelo Guy de Mayet, en la aventura extraordinaria, a veces callada, a veces exaltante, de los mares. Escribe:

13 Idem.— pág. 41.

14 Idem.

Me decidí a ser marinero, deseando seguir la carrera honorable de mi abuelo, Guy de Mayet, puesto que ya no podía proseguir con éxito la de mi padre...<sup>15</sup>.

Esta carrera exige condiciones particulares y no es de extrañarse que las circunstancias actuales de la vida en los mares requieran estudios especiales. No era el caso en nuestro futuro marinero, como no lo fue en tantos otros valerosos navegantes que se lanzaron a esa vida aventurera y han llenado la historia con sus crónicas y sus hazañas. Para ellos, como lo será para Gabriel Lafond de Lurcy, la vida diaria en el mar y el ejemplo constante de los demás será la mejor escuela, la única, la verdadera; aprendieron el heroísmo en la dura realidad. Pero, tales casos no pueden darse sino en seres excepcionales y en épocas también únicas, como nos lo recuerda la historia de tantos valerosos aventureros y conquistadores de los siglos pasados.

Aunque falto de escuela y de conocimientos teóricos, Lafond de Lurcy estaba preparado para esa vida y estaba plenamente consciente:

*Tenía mayor madurez y razón que la que se tiene de ordinario a mi edad; me consultaba a mí mismo, y, después de un severo examen, mi vocación fue decidida...<sup>16</sup>.*

Queda, pues, claro que esta vocación que se descubrió en él tenía sólidos fundamentos. Y es posible que desde entonces concibió o formuló cierta idea de los viajes. Las lecturas que realizó debieron contribuir a ello y le llevaron a formular algo así como su *filosofía del viaje*, que eso es, en definitiva, la bella *Introducción* que escribe para presentar sus dos volúmenes de *Quinze ans de voyages autor du monde*. Evidentemente, tal *Introducción* ha sido escrita mucho más tarde, exactamente en 1839, es decir, cosa de veinte años después de esa época de sus sueños, de su decisión de lanzarse a la vida de los mares. Pero, es posible que las ideas del joven Lafond de Lurcy hayan sido las mismas que formulara después en su *Introducción*:

*Las relaciones de los hombres entre ellos, de ciudad en ciudad, de región en región, son una condición providencial de la existencia de las sociedades; esta es la causa más activa del desarrollo y de los progresos de la inteligencia así como de las facultades morales; porque sin estas relaciones, el género humano permanecería en el embrutecimiento...<sup>17</sup>.*

15 Idem.— pág. 42.

16 Idem.

17 Idem.— págs. 7 y 8.

Se comprenderá así, como para Lafond de Lurcy, tales relaciones creadas por la necesidad han contribuído al mismo fin: “el de poner en contacto a los hombres, obligarles a verse, conocerse y apagar o calmar así sus odios, sus prejuicios, sus antipatías”. Y naturalmente llegará a esta comprobación:

*Los grandes exploradores han cumplido pues una alta y noble misión; promotores de conocimientos humanos, han ensanchado los límites del mundo y abierto nuevas rutas al comercio... 18.*

En nuestro siglo, cuando se ha desarrollado de manera increíble esta nueva *industria* del viaje y del turismo; cuando, gracias a los progresos modernos, todo el mundo puede trasladarse de un continente a otro y cuando ya los grandes circuitos no son un privilegio reservado a una pequeña casta: cómo no quedar sorprendidos ante algunas de las ideas de Lafond de Lurcy que tan nobles ideales atribuía al viaje. Aquella meta *de las relaciones de los hombres entre ellos*, la considera como la causa activa del desarrollo y del progreso de la inteligencia y de las facultades morales; sin tales relaciones: “el género humano permanecería en el embrutecimiento”. Las necesidades de los pueblos, las migraciones y hasta las conquistas pacíficas o violentas, han tenido como fin, según se ve en la historia, relacionar a los hombres, obligarles a conocerse, a tener ideas objetivas y a sobrepasar prejuicios y odios.

De allí el interés, la importancia de las relaciones de viaje que, en cierto momento de la historia, han cumplido y siguen cumpliendo cierta manera de descubrir la geografía; pero, sobre todo al hombre; la diversidad de civilizaciones y el desarrollo de la sociedad. Y en este relato, que muy bien puede compararse a una novela en que el lector participa activamente, Gabriel Lafond de Lurcy le atribuye un puesto importante, al punto de afirmar: *el mismo lector es el héroe*; pues, puede participar en la vida del mismo viajero, casi como en el descubrimiento interior de una personalidad.

Dentro de este descubrimiento que ofrece el viaje, Lafond de Lurcy destaca el interés particular que en los lectores despiertan las escenas cuando el peligro amenaza, cuando los grandes fenómenos de la naturaleza colocan al hombre a merced de un obstáculo o en lucha abierta contra los elementos desencadenados.

18 Idem.—pág. 8.

*Las catástrofes —escribe— tienen sobre todo un poderoso atractivo para una clase numerosa de lectores; los naufragios, las maravillosas aventuras de viajeros abandonados en islas desiertas o en playas desconocidas, son siempre una fuente fecunda de vivas impresiones; se vuelve uno muy indulgente por la fidelidad, si el narrador posee el feliz don de agradar y de cautivar...<sup>19</sup>.*

Es acaso la explicación que justifica su decisión de publicar, luego de sus volúmenes de viajes en que participó personalmente, algunos volúmenes en que recuerda naufragios célebres en la historia; eso sí, aquel en que estuvo mezclado él mismo, como mencionamos en otra parte.

Viajero de enorme experiencia, relatista de gran honradez intelectual, Lafond de Lurcy nos pone en guardia contra tantos autores que se han complacido en contar historias de viajes que se diría tan sólo han existido en su imaginación; viajes cuyos narradores, según escribió Paul-Louis Courier, “se sospechaba que nunca abandonaron sus escritorios”; como los historiadores que han descrito batallas en las que no participaron. Por lo mismo, para nuestro viajero:

*La verdad es, pues, la primera condición de una relación de viajes; pero aun esta verdad no es cosa tan fácil de descubrir, y es necesario ir a buscarla, a menudo, en el fondo del pozo donde la escondió la mitología...<sup>20</sup>.*

En esta admirable *Introducción* que considero como la síntesis de su experiencia después de tantos años de viajes, como resultado de sus observaciones y meditaciones de aquellos sus mejores años de vida, Lafond de Lurcy destaca el papel, el puesto que la investigación, la observación deben cumplir en el conocimiento de los países alejados del centro de la civilización. Pero, para sobrepasar este simple estado de relatista, de *narrador*, el viajero necesita cierta dosis de filosofía, dicha dosis de filosofía:

*... que nos presenta la fisonomía de los pueblos y añade sin cesar nuevos capítulos al gran libro de la razón y de la locura humana...<sup>21</sup>.*

Como es fácil observar, Lafond de Lurcy, como en general todos los que en los siglos pasados realizaron sus viajes como una *misión*, con un *ideal*, tiene del viaje una concepción totalmente diferente del viajero de

19 Idem.— págs. 9 y 10.

20 Idem.— pág. 11.

21 Idem.— pág. 12.

nuestros días. En realidad, no es ya un *viajero* en el sentido pleno de esta palabra. Como ha escrito un cronista actual, Michel Nuridsany:

*El viajero no es ya un viajero; es un consumidor que almace-  
na porque teme carecer...<sup>22</sup>.*

Influído por la civilización actual de la industria y del provecho, el viajero es hoy simplemente un *consumidor*, un agente de consumo; por lo mismo, su visión se halla deformada y el placer del viaje deformado también. Nada extraño, pues, que este exceso que priva al viaje de su sentido esencial de descubrimiento, de maravilla y de contacto humano haya influído profundamente en la calidad del viajero moderno y en la calidad de los relatos, si los confrontamos con los siglos pasados.

Después de haber trazado sus grandes concepciones acerca del viaje y de los viajeros, modestamente Gabriel Lafond de Lurcy confiesa que:

*Si no tengo la pretensión de reunir en esta obra todas las cla-  
ses de mérito de las que acabo de hablar, a lo menos me es  
permitido esperar que no será completamente inútil al progre-  
so de las ciencias geográficas... he buscado poner en él interés  
por la fidelidad y la variedad de mis relatos...<sup>23</sup>.*

Y, trazando como un amplio y maravilloso fresco, Lafond de Lurcy nos presenta un panorama de todo aquello que vio en sus años de viajes. Los detalles más curiosos de las costumbres de pueblos diferentes; con las características geográficas e históricas; sus obras están llenas de descripciones de fiestas religiosas y otras, de ceremonias, juegos, ocupaciones diarias y todas las actividades a las que puede consagrarse el hombre en los diferentes sitios del planeta. La agricultura y el comercio, de la industria más primitiva a las acciones más brillantes de los pueblos (pienso en los hechos de nuestras guerras de la emancipación política de que fue testigo en América del Sur), todo se halla presente en sus obras que, desde su aparición, fueron apreciadas y merecieron un sitio de privilegio precisamente porque eran el reflejo de una personalidad en la que se traslucían la veracidad, la dignidad, el sentido humano. Comprendemos así las elogiosas palabras de Poulain de Bossay, ante la *Sociedad de Geografía*, en la sesión del 23 de enero de 1865, al leer su Informe sobre una de las obras de Lafond de Lurcy: *Fragmens de voyages*.

Ante la frecuente desilusión que producen los títulos de tantos libros de viajes, comienza su Informe con estas bellas palabras:

22 Michel NURIDSANY.— LE FIGARO.— Agosto de 1974.

23 Q.a.V.A.M.— pág. 12.

*Si dirigiera un reproche a nuestro honorable colega Lafond de Lurcy, sería el reproche de haber caído en un exceso completamente opuesto. El título que ha adoptado es demasiado modesto, y no da una idea exacta de todo lo que contiene el largo y concienzudo trabajo del que acabo de daros cuenta...*<sup>24</sup>.

En su estudio valioso, de Bossay, al ofrecer la síntesis de los viajes de Lafond de Lurcy, destaca diversas escenas las más variadas, las más asombrosas para fundamentar sus comentarios elogiosos:

*... No debemos equivocarnos; al publicar el libro del que acabo de daros cuenta, Lafond de Lurcy no tuvo la intención única de interesar al lector por el relato de sus viajes, de sus aventuras personales, o por la historia, a veces, sorprendente de las personas con las que estuvo relacionado. Se propuso un objetivo más importante...*<sup>25</sup>.

Ningún comentario más elogioso acerca de los relatos de nuestro viajero, ninguna síntesis más consagrada como las palabras con que Poulain de Bossay da término a su estudio:

*Este libro conviene, pues, a toda clase de lectores...*<sup>26</sup>.

Una vez trazadas las grandes líneas que reflejan las ideas del viajero Gabriel Lafond de Lurcy y que servirán para comprender mejor su obra, volvamos al desenvolvimiento normal de los acontecimientos, a la época en que un colegial del Liceo de Nantes paseando por las orillas del mar se forjaba ilusiones y trazaba capítulos de una soñada travesía. Para realizarla no le faltaba sino la ocasión propicia que le permitiría dar forma a sus sueños y partir en busca de aventuras; quizás también, de la gloria.

Dicha oportunidad se presentó muy pronto cuando Gabriel Lafond de Lurcy, apenas cumplidos los 17 años, pudo embarcarse al fin. El mismo nos lo refiere en términos entusiastas:

*Un hermoso barco, le Fils de France, iba a partir para China. Uno de mis compañeros, Adolphe Hummel, pariente del arma-*

24 POULAIN de BOSSAY.— *Rapports sur les Fragments de voyages autour du monde du Capitaine Gabriel Lafond de Lurcy, Ancien Ministre Plénipotentiaire.*— pág. 3.

Hecho por M. Poulain de Bossay en la Sociedad de Geografía, en su sesión del 23 de enero de 1863.— Imprenta de L. Martinet, calle Mignon, 2, París, 1863.

25 Idem.— pág. 7.

26 Idem.— pág. 10.

*...dor, me consiguió en él un empleo; me embarqué en el mes de junio de 1818, en calidad de aprendiz de marinero. Desde este día datan mis viajes que han durado quince años...<sup>27</sup>.*

Gabriel Lafond de Lurcy tenía exactamente 17 años y tres meses cuando se lanzó a esa aventura que durará hasta 1833 y de la que en sus dos volúmenes de *Quinze ans de voyages autour du monde*, en sus ocho volúmenes de *Voyages autor du monde et naufrages célèbres*, y en su volumen *Fragmens de voyages autor du monde* (especie de síntesis de sus obras anteriores), y en varias otras publicaciones o monografías, nos ha dejado el relato apasionante, el mismo que vamos a ensayar de presentar en los capítulos siguientes. Si bien nuestro estudio está enfocado principalmente a lo que se refiere a Lafond de Lurcy en América del Sur, no podemos dejar de evocar aquellos viajes del período de 1818 a 1820.

27 Q.a.Ū.A.M.— págs. 42 y 43.



LURCY—LEVY.— Plaza de la República.  
A la derecha, casa natal de  
Gabriel Lafond de Lurcy.

## CAPITULO IV

### EL PRIMER VIAJE A BORDO DEL FILS DE FRANCE (1818)

Como se ha recordado en las páginas anteriores, cuando Gabriel Lafond de Lurcy se embarcó por vez primera tenía apenas 17 años. Desde luego, para este primer viaje debió vencer una grave dificultad: la oposición de su madre. “Después de muchas lágrimas”, madre generosa, hija de marineros y que, tal vez, en su sangre ardía también la llama de la generosidad y de la aventura, como escribe Lafond de Lurcy, “ella consintió en mi partida”.

En el mes de junio de 1818, Gabriel Lafond de Lurcy se lanzó, pues, a la aventura del viaje, aventura que debía durar hasta 1833, luego de haber surcado los mares de Oriente, los Océanos Atlántico y Pacífico. Desde luego, gracias al mismo viajero tenemos un valioso cuadro sinóptico de aquellos 15 años, con la indicación del año del viaje, del nombre del barco en que navegó, del itinerario, así como de las funciones que cumplió. Nada mejor que reproducir en página especial este cuadro que deberá servirnos en cada momento como punto de mira (Ver Anexos).

Vemos en él como en una enorme pantalla, todo ese período que va de 1818 a 1833. Desde luego, sus dos primeros viajes a bordo del *Fils de France*, de Nantes a Manila y China, para luego regresar a Francia. En su segundo viaje, que lo realiza en el mismo barco, en 1819, será el viaje de la larga ausencia, pues de Manila pasará a México, a América Central y América del Sur. En 1821, llegará a Guayaquil, el gran puerto del Ecuador, en el Pacífico, y hasta 1828, viajará por esas regiones, en un momento histórico, cuando se terminaban las guerras de la emancipación. Rumbo nuevamente hacia las Filipinas y China, recorrerá la India, Madagascar, las islas de aquellos océanos para después embarcarse en dirección a Francia, a

donde llegará en 1833. El adolescente de 17 años ha madurado y se ha convertido ya en un hombre, lleno de experiencia, cargado de documentos y noticias sobre la vida de los pueblos.

Cuando emprendió su primer viaje, como lo recuerda él mismo viajero:

*Era muy joven... dotado de un espíritu naturalmente observador, de una excelente memoria, he conservado perfectamente el recuerdo de las menores circunstancias de mis viajes, y, por otra parte, siempre he tenido cuidado de mantener un diario de todo lo que me parecía digno de atención...<sup>1</sup>.*

Este punto es importante, pues esto garantiza, como él mismo lo repite, los detalles que nos da en su Q.a.V.a.M. que los escribe en 1839; en 1861, volverá sobre ese primer viaje, en F.V.A.M.

Sin embargo, aunque este sinóptico de sus viajes aparezca bastante sencillo y al parecer muy claro, no es así en realidad. En general, es muy parco en dar fechas; de modo que es una primera dificultad para seguir fielmente el desarrollo de su relato. Felizmente, las grandes etapas están bien señaladas. Después, en la narración de sus viajes entra en tantos detalles de islas, accidentes del mar, cabos, estrechos, con nombres que han variado, lo que hace difícil seguirle en una geografía tan complicada, en especial en los mares y costas de los países orientales. No es el caso, felizmente, en las costas de nuestra América. Finalmente, como hice notar en otra parte, en el relato de sus viajes, muchas veces no sigue un plan cronológico, lo que presta a confusión y, a veces, es difícil enlazar claramente la continuidad de los hechos. A lo que se debe añadir la cantidad de detalles de carácter geográfico e histórico que le lleva a largas explicaciones.

Pero, no hay duda que sobrepasados estos inconvenientes, sus relatos se siguen con interés y, en muchos casos, con entusiasmo por la riqueza de la descripción, la novedad del acontecimiento que animan todas las páginas de su obra.

Vamos, pues, a seguirle a través de sus primeros viajes.

Lafond de Lurcy, para su primer viaje, se embarcó, el 4 de junio de 1818, en Nantes, en calidad de *alumno oficial*, a bordo del *Fils de France*, un buque de 850 toneladas, con sesenta hombres de equipaje; los oficiales habían servido en la marina real.

Al decidir la expedición de este buque hacia los mares de China, el

1 Q.a.V.a.M. - Tomo I.— pág. 44.

señor Duboisviolet fue el primero en dar un impulso al comercio de Nantes. Por otra parte, se embarcó él mismo, en calidad de sobrecargo; su misión consistía en tener cuidado del cargamento, como representante de los armadores, los señores Thomas Dobrée y Cia..., negociantes de Nantes.

Para Lafond de Lurcy era el primer paso en la carrera que ambicionaba:

*... Sentí desde este momento que iba a deberlo todo a mí mismo, a la constancia de mis esfuerzos, y que ninguna pena, ningún obstáculo debían desalentarme...<sup>2</sup>.*

Sus compañeros pertenecían todos a familiares muy honorables y una buena comprensión reinaba entre los oficiales y los alumnos oficiales. Lafond escribe:

*El señor Duboisviolet tenía para nosotros tanta deferencia, tantas bondades, que el capitán y los oficiales, siguiendo su ejemplo, nos trataban con una benevolencia muy paternal. El señor Collinet, nuestro capitán, tenía el grado de alférez de navío en la marina real... alto, de buena apariencia y de rostro comunicativo y sincero, estas excelentes cualidades le ganaban el aprecio de todo el mundo...<sup>3</sup>.*

El segundo era el vizconde Arthur de Saint-Blain; los demás oficiales: Delaroche, Brislainé, Dupuis y Genu.

Algunos días más tarde, cruzaron Madera y las islas Canarias, pero no se detuvieron.

*Puesto que sólo divisamos estas islas, no hablaré de ellas, porque no quiero referir a mis lectores sino únicamente lo que he visto, lo que he sentido, y las nociones que he podido recoger sobre los países vecinos que he visitado<sup>4</sup>.*

Se dirigían, poco a poco, hacia la línea equinoccial y el paisaje magnífico “venía a romper la monotonía de la vida a bordo”<sup>5</sup>, escribe Lafond de Lurcy. Se encontraron pronto a la altura de las islas del Cabo Verde y se dirigieron hacia San Yago, donde fondearon en el puerto de la Praya.

La Praya es el puerto principal de la isla de San Yago, cuya capital, que lleva el mismo nombre, está situada en el interior. Estas islas ofrecían

2 Idem.— pág. 47.

3 Idem.— pág. 48.

4 Idem.— pág. 50.

5 Idem.

pocos recursos para el comercio. La principal transacción era la trata de negros que hacían los habitantes en las costas de Africa; vendían los negros a los buques portugueses que abordaban a la Playa, antes de irse al Brasil. San Yago, la capital, es la sede del gobierno; los valles que la rodean son productivos cuando llueve, desdichadamente, la sequía es la plaga del país.

El archipiélago de las islas del Cabo Verde se compone de diez islas:

*Su aspecto es horriblemente triste: por todas partes una naturaleza árida y yerma, la imagen de la desolación; rocas amontonadas de manera confusa en sus riberas, donde nada descansa la vista de estas escenas severas y monótonas; todo, en una palabra, descubre una tierra cuyas entrañas son trabajadas aún por los fuegos subterráneos, mientras que los ardores del cielo quemán su superficie...<sup>6</sup>.*

Habiéndose embarcado víveres frescos, así como una nueva provisión de agua, el *Fils de France* podía continuar su ruta, pasando entre la isla de Foco y la de San Yago; Lafond de Lurcy declara entonces:

*La estadía que acababa de pasar allí había ensanchado mis ideas singularmente y había excitado en mí, cada vez más, la pasión por los viajes; todo lo que había visto, hombres y vegetales, era tan nuevo para mí, que sentía acrecentarse el deseo de ver otros objetos más dignos aún de mi admiración...<sup>7</sup>.*

El navío franqueó sin problemas la región de los vientos alisios y se acercó a la línea equinoccial; el paisaje estaba animado por la vecindad de multitud de peces que Lafond de Lurcy se complace en describir<sup>8</sup>; vino el paso de la línea, ceremonia que no ha cambiado mucho con el transcurso de los siglos, según la descripción pintoresca y viva que nos hace Lafond de Lurcy<sup>9</sup>, semejante a tantas otras narraciones que leemos en los libros de viajes. Sin dificultades de navegación, el buque llegó a la punta de Java. El equipaje entero estaba contento de encontrar, por fin, los trópicos y un clima caliente después de las brumas y el frío de las altas latitudes. Tres meses después de su salida de Francia, divisaban la isla de Java:

6 Idem.—pág. 60.

7 Idem.—págs. 61 y 62.

8 Idem.—pág. 62.

9 Idem?—págs. 79, 80 y 85.

*La vista de estas primeras tierras de la India me causó un placer indecible*<sup>10</sup>.

A medida que adelantaba el buque hacia Aniére, el número de las piraguas aumentaba y comenzó el trueque. Apenas echada el ancla, una verdadera feria se instaló en la cubierta y hasta en el bauprés<sup>11</sup>. Pero dejemos a Lafond de Lurcy el cuidado de presentarnos a los indígenas:

*Los Malayos me parecieron esbeltos: con la cabeza redonda de los mongoles, la frente aplastada y corta, la nariz chata... Tienen los dientes negros, color que proviene del uso inmoderado que hacen del betel... Todos tienen una caja, llamada Siri, de oro o de plata entre los ricos, de cobre entre los pobres... donde guardan hojas de betel, nueces de 'areck', 'gambir' o 'gomme-gutte', cal y tabaco...*<sup>12</sup>.

Sigue luego una larga descripción detallada del traje y después de los barcos utilizados por los indígenas. Es un verdadero reportaje sobre las costumbres y la vida cotidiana de los Malayos.

Después de algunos días de descanso, las últimas disposiciones tomadas, zarparon el ancla e izaron la vela para continuar el viaje hacia Manila y Cantón.

Dejando el estrecho de la Sonda, el *Fils de France* se dirigió hacia el de Gaspar, situado entre las islas de Banca y de Billiton, que lleva el nombre de un capitán español de Manila que lo cruzó en 1724. La pequeña de Pulo-Léat (*Pulo*, en malayo, significa *isla*) divide el estrecho en dos ramas principales: la del oeste, por el lado de Banca, se llama muy a menudo *estrecho de Macclesfield*; la del este, el estrecho de Clemente, lleva el nombre de un capitán inglés que lo franqueó en 1781. Al entrar en el estrecho, el capitán hizo disponer los cañones y preparar la mosquetería y los trabucos: era siempre prudente ponerse en guardia contra los ataques de los piratas que infestaban estos mares. Al salir del estrecho de Gaspar, singlaron hacia las islas Anambas, Natunas, Pulo Condor y Pulo Sapata, de donde se orientaron hacia Manila y Cantón.

El 6 de octubre de 1818, después de una navegación de cuatro meses, se hallaban frente a la isla de *Las Cabras*, al sur de la bahía de Manila.

“Pocas bahías hay en el mundo tan bellas como la de Manila”, escri-

10 Idem.—pág. 93.

11 Q.a.V.A.M.—pág. 98.

12 Idem.—pág. 100.

be Lafond de Lurcy<sup>13</sup>. Es un pequeño mar interior cuyas riberas ven alzarse una ciudad grande y poblada: Manila, metrópoli de la colonia y otra, menos importante, Cavite, sede de los establecimientos militares, donde se encuentra un arsenal y un puerto carenero.

Al día siguiente, se acercaron a la punta de San Gley y fondearon en Cavite, el 8 de octubre de 1818. Dos buques franceses estaban en rada: la *Victorine*, de Nantes, capitán Martin, y la *Célestine*, de Saint-Nazaire, capitán Lacroix. Una anécdota sucede en este momento y nos la cuenta Lafond de Lurcy:

*Era el sábado... al día siguiente, domingo, la mitad del equipaje bajó a tierra. Al llegar estuvimos muy sorprendidos de encontrar las tiendas abiertas y toda la gente trabajando.*

*No podíamos entender cómo en una colonia española, y por consiguiente muy católica, se respetara tan poco la santidad de un día consagrado al descanso y a las prácticas religiosas. Algunos hombres de los equipajes de los buques franceses a los que encontramos, nos informaron, a nuestra gran estupefacción, que sólo era sábado y no domingo... Aunque las causas de esta diferencia son conocidas, sin embargo voy a dar la explicación, tomando Manila como ejemplo... Las Filipinas fueron descubiertas por Magallanes, que se dirigía del Este hacia el Oeste. Llegado a 180° de longitud, y habiendo olvidado de adelantar de doce horas la fecha del día en que estaba, siguió contando siempre la misma longitud Oeste 181°, 182°, 183°, sin cambiar el día, lo que a su llegada a este puerto le dio aproximadamente dieciseis horas de retraso; nosotros, al contrario, viniendo del Oeste y habiendo adelantado de ocho horas, llegamos a las Filipinas por 120°, más o menos, de longitud Este, esto daba ocho horas de diferencia con París, lo que daban las doce, ocho horas más tarde que en las Filipinas. Estas ocho horas añadidas a las dieciseis de Magallanes, que había contado en dirección opuesta, completaban un día que teníamos de adelanto sobre el día del mes dado por los Europeos, fundadores de la Colonia<sup>14</sup>.*

El descargue del buque empezó; se encontraba entonces en la ensenada formada por la punta de San Gley y la península en que Cavite está

13 Idem.— pág. 122.

14 Idem.— págs. 125 y 127.

edificada. Hace un siglo, era una ciudad más considerable; pero, las olas del mar la han socavado y han destruído varios edificios importantes: conventos, cuarteles, hospitales, etc. La Compañía de Filipinas tiene sus tiendas, su arsenal y su material de armamento en Cavite, lo que da mucha actividad a esta pequeña ciudad cuya población alcanza casi los 3500 habitantes. En esta época, los astilleros estaban animados; el comercio entre América y Filipinas conservaba aún alguna actividad. El gobierno español mandaba construir a menudo en Cavite buques muy grandes; pero, las construcciones que ejecutaban mejor eran las de la marina colonial, es decir las lanchas cañoneras.

Joven, apasionado, Gabriel no podía escapar, en el curso de sus viajes, a algunas aventuras amorosas o breves idilios sin grandes consecuencias. Esto sucedió en Cavite. Casilda, sobrina del aduanero llamado Castillo, era una: “ encantadora Filipina de quince años... alta, esbelta, cuyos ojos achinados, tiernos y cariñosos, habían impresionado vivamente mi corazón de adolescente...”<sup>15</sup>. Volvió a encontrarla durante su segundo viaje a Manila: “más alta, más bonita, elegante...”; pero, era ya la novia de un joven y guapo mestizo. Una entre tantas otras historias románticas, como lo veremos a través de las numerosas páginas de este joven Francés elegante y refinado.

Era el cambio del monzón; se acercaba el fin de noviembre; en cuanto el *Fils de France* tuvo parte de su cargamento de azúcar, aparejó, para completarlo en Manila. Lafond de Lurcy habla poco de esta ciudad porque es su primer viaje; después, residirá más tiempo en ella, en 1832. Pero lo que nos dice de esta ciudad basta para presentarla:

*Esta capital se divide en dos partes distintas: Manila y Binondo, separadas por el río Passig, y reunidas por un puente de piedra. Manila, propiamente dicha, o la plaza de armas de Luzón, la ciudad militar, está edificada en la ribera izquierda del Passig y está rodeada por fosas, murallas, flanqueadas de bastiones: estas fortificaciones han sido aumentadas de año en año desde 1762, época en que esta ciudad fue tomada por los Ingleses... Casi todas las autoridades superiores de la colonia están establecidas en esta parte de la ciudad, así como las personas del gobierno... También es allí donde se encuentran el presidio y los galeotes, encerrados en el castillo de la Fuerça... Binondo es el nombre dado a la ciudad mercante, situada en la ribera opuesta al río... Allí es donde reside la mayoría de los*

*negociantes españoles y extranjeros; los Chinos tienen en ella sus tiendas y sus talleres: en fin, es la ciudad industrial y comerciante, el centro de la actividad de los negocios. Por consiguiente, tiene una población superior a la de Manila misma...<sup>16</sup>.*

Lafond de Lurcy no omite describir el vestido y la vida de los habitantes<sup>17</sup> cuya principal afición es el combate de gallos:

*Su afición por el juego y sobre todo por los combates de gallos se explica por esta necesidad de emociones vivas y fuertes ... Un Tagalo lleva siempre consigo su gallo; en sus compras, en sus visitas, en la ciudad, en el campo; es el objeto de su cariño más tierno... En efecto, un buen gallo, bien amaestrado, valiente en el combate, puede ser para su dueño una fuente de riqueza, gracias a las numerosas apuestas que puede ganar... El gobierno de Manila aprovecha esa pasión para explotarla; su producto forma parte de la renta pública...<sup>18</sup>.*

Entre los principales negociantes de Manila, Lafond de Lurcy evoca el nombre del señor Félix Dayot, francés nacido en Redon, que había adquirido cierta fama *por haber trazado las costas de la Cochinchina; allí murió ejecutado, así como su hermano*. Por otra parte, los dos hermanos han desempeñado un papel en los acontecimientos de Cochinchina, durante los últimos años del siglo precedente. Formaban parte de esta veintena de Oficiales Franceses que vinieron, en 1789, a prestar el concurso de su experiencia al emperador Gya-Long, muerto en 1819. Lafond de Lurcy evoca también, entre tantos otros, el nombre de Don Luis Baretto, negociante bengali-portugués, que le recibió con un lujo y un fasto típicamente asiáticos, y al capitán Don Lucas Fruneaux, nacido en Nantes, casado en el país, comandante de un buque de la marina colonial.

Luego fue la partida, no sin pena, explica Lafond de Lurcy. El barco costó Luzón hasta el cabo Bojador:

*Después de tres días de una navegación penosa llegamos a subir un poco al Este y pasando delante de las Patras, rocas o islotes que salían un poco del nivel del agua, llegamos hasta la costa de China<sup>19</sup>.*

16 Idem.— págs. 150 y 153.

17 Idem.— págs. 154 y 155.

18 Idem.— págs. 159 y 160.

19 Idem.— pág. 167.

El barco no estaba aún a vista de tierra, ya el horizonte estaba cubierto de un bosque de mástiles; eran los pescadores chinos. A pesar de las leyes rigurosas que prohíben, sin poder contenerla, una emigración regular invade Batavia, Java, Manila, Filipinas, Cochinchina, el Archipiélago indio y la península malaya; por otra parte, una multitud de pescadores ha establecido su domicilio flotante sobre barcas y a lo largo de las costas, en la desembocadura y en las orillas de los ríos; es una vida doméstica en plena mar. La costa de China ofrecía un aspecto monótono; el golfo que precede la desembocadura del Tigre está sembrado de una multitud de islas que ofrecen un paisaje árido y cubierto de malezas. Eran guarida de terribles bandidos a la orden del célebre pirata *Ching-Yih*, que había tomado el título de *rey de los mares* y cuyas depredaciones durante los años 1807 a 1810 habían hecho temblar al Emperador en su trono. La más considerable de estas islas es *Ngao-Men*; hacia mediados del siglo XV, cuando el poderío portugués brillaba con su más vivo esplendor en la India, esta nación obtuvo del gobierno chino la autorización de levantar allí un establecimiento; los Portugueses solicitaron la concesión de la isla, pero sólo consiguieron una pequeña parte. Este centro de ventas fue largo tiempo una fuente de riquezas, hasta que la competencia holandesa e inglesa viniera a poner fin a su prosperidad; ahora Macao es más bien una ciudad china que una colonia portuguesa. La ciudad de Macao, *Ou-Moun* en chino, era la única posesión europea en el imperio chino, cada día más disputada por el gobierno imperial.

De Macao, el navío aparejó para la embocadura del Tigre y luego desembarcaron en Wampoa, la rada de Cantón. El puente estaba cargado de gente porque era el primer navío francés que abordaba la China desde hacía cerca de 30 años. Era el mes de diciembre de 1818.

El buque ocupaba un sitio importante entre los Chinos; los había de formas diferentes, reservados a usos distintos; en cada junco, embarcación, se encontraba un nicho con un ídolo delante del cual velas de colores y lamparillas estaban encendidas día y noche, pues los marineros chinos eran muy religiosos.

En las cercanías de Cantón, el río se animaba y se cubría de barcos mercantes, cargados de frutas, pescado y otros productos alimenticios. Lo que sorprende a Lafond de Lurcy al llegar a Cantón es lo extraño de todo lo que le rodea; esta ciudad flotante con sus calles alineadas, sus millares de barcas habitadas y construídas sobre el modelo de las casas de la ciudad<sup>20</sup>. En frente de los primeros suburbios, se veía una isla con una fortaleza, que

perteneció antaño a los Holandeses; allí al llegar a China, habían establecido su centro de venta. Las factorías europeas se desarrollaron después en el muelle de la ribera izquierda. Las terribles invasiones que China sufrió habían inspirado al gobierno y al pueblo un profundo sentimiento de aversión y de desconfianza hacia las otras naciones. Cuando China consintió establecer relaciones comerciales con los Europeos, al mismo tiempo quiso precaverse contra los efectos del contacto de su pueblo con estos extranjeros, rodeó la concesión de una multitud de trabas y restricciones. Sólo, el puerto de Cantón les fue abierto, pero se les prohibió adquirir inmuebles, residir algún tiempo en la ciudad fuera del tiempo necesario, traer su familia. Las transacciones no eran directas, se instituyó la Compañía del *Hong-Hang* que fue colocada bajo la vigilancia del *Hopoo*, director de la aduana. El *Hong* reunía doce negociantes de Cantón que gozaban del privilegio exclusivo del comercio con los Europeos u otros extranjeros: si uno de ellos hacía bancarota, los acreedores eran pagados por los once restantes. A la llegada de un navío a Wampoa, el capitán escoge un "hanista" que permanece encargado de la venta del cargamento, así como de la compra del de vuelta. La nación china estaba dividida entonces en tres clases muy distintas:

- Los *letrados* o gente instruída entre los cuales se escogía a los mandarines; y
- Los *negociantes*, que se subdividían en tantas clases como hay profesiones; y
- Los *cultivadores*; este pueblo eminentemente agricultor en su país, descuida este arte en cuanto se expatría<sup>21</sup>.

En la época de la llegada de Lafond de Lurcy, Wampoa era el teatro del contrabando del opio; antaño, sólo las clases ricas lo fumaban; pero, en la época de este viaje, el consumo era enorme y todos lo fumaban<sup>22</sup>. Lafond de Lurcy reproduce a este respecto un artículo de Alphonse de Candolle *Sobre las causas interiores de la prohibición del opio por el gobierno chino*<sup>23</sup> y dedica varias páginas al cultivo, al uso y al comercio del opio, así como a las consecuencias funestas para los fumadores.

Lafond de Lurcy no omite en su relato la descripción de los trajes chinos y de las costumbres, como la de los pies reducidos, que califica de bárbara:

21 Idem.— págs. 233 y 234.

22 Q.a.V.A.M.— págs. 240 y 241.

23 Idem.— pág. 243.

*Los pueblos que están aún en la infancia, como los Cafres, las Pielas Rojas, los Nuevos Zelandeses y otros pueblos salvajes, no tienen la triste valentía de seguir durante largos años los dolorosos progresos de estos sufrimientos, de estas torturas. No; hay que venir a China para encontrar madres que consienten en ser las impasibles testigos y a menudo, las cómplices de estas frías crueldades...*<sup>24</sup>.

Dedica también largas páginas al matrimonio, a la religión y a los suplicios<sup>25</sup>. Lafond de Lurcy y algunos oficiales fueron recibidos en casa de un "hanista"; la recepción da lugar a un minucioso relato, gracias al que revivimos las costumbres tan refinadas de esta época<sup>26</sup>.

Pero la partida de Cantón se acercaba; hicieron provisiones para el viaje y dejaron Wampoa en los últimos días de enero de 1819. El barco pasó delante de Linting, dejando a su derecha Macao y la gran Ladrone, entró en el mar de China. Una suave brisa lo llevó rápidamente al estrecho de Gaspar; de allí, frente a Anière, salió por el gran pasaje, entre la isla del Príncipe y la costa de Sumatra. Costeó Madagascar hacia la punta Sur. La punta de Africa apareció pronto y el 26 de marzo, después de cincuenta días de travesía, fondearon en la bahía de la Mesa para renovar el agua.

Los Portugueses tuvieron la gloria de penetrar los primeros en los mares de las Indias doblando la punta de Africa; cuando en 1484, Bartolomé Díaz intentó doblar el Cabo, vino a recalar en la costa occidental de Africa. El natural huraño de los indígenas opuso obstáculos insuperables al establecimiento de toda relación pacífica. Sólo a la vuelta fue cuando divisó el Cabo, donde desembarcó y al que dio el nombre de *Cabo de las Tempestades*, a causa de los huracanes. Cuando volvió a Lisboa, el rey de Portugal, Juan II substituyó a este nombre el de *Cabo de Buena Esperanza*. Pero, sólo en 1497 fue cuando Vasco de Gama tuvo el honor de doblarlo y de mostrar, por la primera vez, navíos europeos en el Océano Indio. En 1652 los Holandeses se fijaron allí. Van Riebeck fue el fundador de la ciudad del Cabo. El establecimiento ofreció asilo a los protestantes expulsados de Francia que se establecieron en ella veintitrés años después de su fundación. Fundaron un cantón francés *Franske-Hock*<sup>27</sup>.

La ciudad del Cabo está situada al Sudeste de la bahía, al pie de la montaña de la Mesa. La ciudad es muy regular y muy limpia durante las

24 Idem.— págs. 224 y 225.

25 Idem.— Capítulo XI.— pág. 223.

26 Idem.— Capítulo XII.— pág. 239.

27 Idem.— pág. 283.

estaciones secas, pero cuando llega la estación de las lluvias, todas las calles no adoquinadas se vuelven horriblemente sucias. Cuando Lafond de Lurcy estuvo allí, la población se componía de 3.500 a 4.000 blancos y de 13.000 a 14.000 esclavos. Los blancos descendían de una mezcla de Europeos: Holandeses, Ingleses, Franceses; los esclavos eran naturales del país y de los Cafres. Existía una clase intermediaria de mestizos de todo matiz. La extremidad de Africa o territorio del Cabo estaba habitada por los Hotentotes que parecían ser los aborígenes de esta región y vivían pobremente y de manera primitiva. Al lado de estas clases muy bien delimitadas, había una tribu que vivía sin formar poblaciones, raza mendicante, saqueadora y cruel: los "Sabbes". Los Cafres y los Hotentotes eran despiadados para estos parias y les mataban cuando les encontraban.

La sociedad del Cabo no era homogénea, porque había sido dominada sucesivamente por diversas naciones y había recibido una infinidad de emigrantes, pero el tipo holandés dominaba entonces. Era una sociedad grave, cuyos ritos y cuyas costumbres estaban bien definidos<sup>28</sup>.

En cuanto los Franceses ocuparon Holanda en 1795, los Ingleses se apoderaron del Cabo que devolvieron en 1802, cuando la paz de Amiens. En 1806 la colonia volvió a los Ingleses y la conservaron para pacificarla; pero tomaron cuidado de hacerse adjudicar por los tratados de 1814 y 1815. El Cabo era, quizás, el punto del globo que debía llamar más la atención de una nación comerciante. Bulevar de la India, domina los mares australes, lugar de escala forzosa para sus flotas, refugio contra los corsarios, se comprende que ventajas de tan alta importancia no podían ser desdenadas: así Gran Bretaña conservó el Cabo, donde se instaló sólidamente<sup>29</sup>. En cuanto a la Africa central, Inglaterra había empezado a explorarla, bajo el pretexto de investigaciones científicas.

Habiéndose hecho las provisiones, aparejaron y se dirigieron hacia Santa Elena, donde vivía entonces Napoleón. Sir Hudson Lowe se ocupaba de la guardia y no dejaba desembarcar a nadie. Al día siguiente, divisaron la isla de la Ascensión, donde los Ingleses habían implantado un fuerte destacamento, para impedir toda tentativa de secuestro del Emperador. De Ascensión, se dirigieron hacia la línea equinoccial y doblaron las Azores. Luego hicieron rumbo hacia el Este para llegar a las costas de Europa.

Pronto estuvieron a la vista de Belle-Ile. Hacía justo un año, día por día, que el *Fils de France* había dejado Francia; salido el 4 de junio de 1818, volvía el 4 de junio del año siguiente, después de una travesía sin

28 Idem.— pág. 304.

29 Idem.— págs. 306 y 307.

problemas; el navío volvió a fondear en la desembocadura del Loira, en Saint-Nazaire. El señor Duboisviolet y el señor Ritter tomaron una barca para Nantes. En la noche, Lafond de Lurcy recibía una carta de su madre que, así como toda su familia de Paimboeuf, estaba enterada de la llegada del *Fils de France*.

Una vez descargado el navío, Lafond de Lurcy pidió la autorización para visitar a su madre en Nantes, y de allí, salió para Angers a ver a su hermano menor Joachim. Los dos hermanos no imaginaban que esta visita sería la última de su vida. Después del segundo viaje de Gabriel, Joachim se fue al ejército. Oficial de gran mérito, como lo recordamos en los primeros capítulos, murió en 1832, al regresar de la segunda campaña de Bélgica, muy joven aún, mientras que su hermano navegaba allá en algún sitio de las Filipinas.

Lafond de Lurcy guardará de esta primera travesía un recuerdo inolvidable y su gusto por los viajes se acrecentará enormemente. Estos descubrimientos lo han enriquecido y basta leer los dieciocho capítulos de este primer volumen consagrado a este viaje, para probarlo y conocer sus reflexiones sobre la historia de las civilizaciones antiguas y las grandes posibilidades de comercio con los pueblos de los continentes, entonces tan lejanos.

### QUINCE AÑOS DE VIAJES (1818-1833)

(Según Lafond de Lurcy:

Quinze ans de Voyages autour du monde; pág. 43 y Fragments de Voyages autour du monde; págs. 2 y 3)

1818 —	<i>Fils de France.</i>	De Nantes a Manila, China y regreso.	Voluntario
1819 —	Idem.	Voluntario, y sobre el Bergantín <i>La María</i> , de Manila.	2o. Capitán
1820 —	<i>Santa Rita.</i>	De Manila a la Nueva España.	Alférez
1820 —	<i>Mentor.</i>	De San Blas a Guayaquil.	Idem.
1821 —	<i>Venturoso.</i>	Expedición del Chocó.	Alférez de navío.
1822 —	<i>Santa-Rita.</i>	De Guayaquil.	Comandante
1822 —	<i>Estrella.</i>	Del Perú.	Idem.
1822 —	<i>Aurora.</i>	Perú y Chile.	Idem.
1825 —	<i>Le Général Bolívar.</i>	Perú.	Sobrecargo

1826	–	<i>Infatigable</i> <sup>1</sup>	Lima, Payta, Guayaquil, Chile.	Sobrecargo Armador
1827	–	<i>Le Général Pinto</i>	Viaje al Perú.	Capitán Armador
1828	–	<i>Alzire.</i>	Sandwich y Manila.	Pasajero
1828	–	<i>María y América.</i>	Dos viajes a China	Idem.
1829	–	<i>Soledad y Carmen.</i>	Singapur, Macasar, Molucas, Sulu, Manila.	Comandante de estas dos goletas y ar- mador.
1830	–	<i>Candide.</i>	Nueva Holanda, islas de los Amigos, naufragio en Tongatabú.	Capitán y ar- mador
1831	–	<i>Lloydis.</i>	De Tongatabú a las islas Marianas.	Pasajero
1831	–	<i>Royaliste.</i>	De Guaham a Manila.	Idem.
1832	–	<i>Laure.</i>	De Manila a Borbón.	Idem
1833	–	<i>Nayade.</i>	De Borbón a Nantes.	Oficial

1 Este navío, cuyo nombre se había cambiado, era el antiguo *Calder*, que, bajo las órdenes del capitán Dillon, descubrió en las costas de la isla de Vanicoro, los primeros restos del naufragio de Lapeyrouse.

## CAPITULO V

### EL SEGUNDO VIAJE EN EL FILS DE FRANCE (1819) Y A BORDO DEL MENTOR HACIA LA AMERICA ESPAÑOLA (1820)

Gabriel Lafond de Lurcy realizó su segundo viaje a bordo del mismo navío: el *Fils de France*. Su capitán, el señor Collinet, había fallecido. Fue reemplazado por el señor de Saint-Blain que no gozaba, sin embargo, de la misma popularidad en la tripulación. Todos conocían el humor de este oficial y muchos temían sus inconvenientes. Nuestro viajero estaba plenamente consciente de esto, pero, hizo caso omiso de ello, pues nada podía desviarle de este ideal al que aspiraba desde hacía tanto tiempo. La ocasión que se presentaba era única y Lafond de Lurcy no era una persona como para no aprovechar la suerte que le sonreía. Declara, además, a este respecto y refiriéndose, en primer lugar, al señor de Saint-Blain:

*Pero, estaba investido del comando; era la voluntad de los armadores; teníamos que someternos o no partir; y ¡cómo renunciar a un segundo viaje en un buque tan bello!*<sup>1</sup>.

Lo que de ningún modo le impide considerar la posibilidad de dejar el navío, al desembarcar en las Filipinas, si una mejor ocasión se presentara para él. Gracias a la experiencia del primer viaje, se rodean de las mejores condiciones. El fin de esta segunda expedición era comprar con pias-tras las producciones de la India.

Salieron de Saint-Nazaire el 10 de agosto de 1819. De la desembocadura del Loira al estrecho de Alas, al Este de las islas de la Sonda, no abordaron ninguna costa. Lafond de Lurcy juzga inútil describir aquella travesía, "cuya duración fue la única cosa notable". Sin embargo, fueron víctimas de los elementos; en efecto, después de franquear el límite de los

1 Q.a.V.A.M. - Tomo II; pág. 2.

Trópicos, el *Fils de France* fue sorprendido por borrascas. Muy afortunadamente no causaron sino perjuicios materiales. Poco después divisaron las dos islas de Saint-Paul y de Amsterdam, situadas a una distancia casi igual de la costa de Africa y de la de Australia. Después de navegar más allá de estas islas, subieron hacia el Norte, para buscar uno de los estrechos, al Este del de la Sonda.

Pronto, divisaron Java a la que se acercaron, a fin de reconocer el estrecho por el que debían entrar en los mares de Malasia. En realidad, buscaban el estrecho de Alas. Fondearon ante Petjou, situado en el codo de la isla de Lombock, hacia la parte Sur del estrecho, pero no se detuvieron mucho. Volvieron a navegar y, después de dejar Lombock, costearon otras dos pequeñas islas, Sumbawa y Menggaray; divisaron una tercera, Flores, más vasta que las anteriores.

Pasaron cerca de las Célebes, luego se dirigieron rumbo hacia las Molucas. Las primeras tierras de este archipiélago que divisaron fueron las islas de Bouton. De allí, ganaron alta mar y las Filipinas.

Pero, antes de dejar las islas Molucas, Lafond de Lurcy echa “una mirada rápida sobre el origen de los establecimientos formados por los Europeos en la India, de la que las Molucas fueron consideradas, largo tiempo, como la joya más brillante”. Nos propone, en cierta manera, una síntesis histórica, remontando para ello a los grandes descubrimientos realizados por los Españoles y los Portugueses, desde el fin del siglo XV. Subraya la entrada en la escena de una nueva potencia marítima, los Holandeses que han empezado a echar sus miradas en las ricas comarcas de la India; pronto intentaron atacar a los Portugueses en las Molucas y, en realidad, lograron expulsarles totalmente. Conviene observar que durante mucho tiempo esas islas han excitado la codicia de las potencias europeas. Desde el fin del siglo XVII, los Portugueses, los Españoles, los Holandeses y los Ingleses se disputaban su posesión con encarnizamiento. El objeto de esta rivalidad, de esta terrible animosidad, no era otra cosa sino “la conquista de la nuez moscada y del clavo de especia”. A este propósito, se recordará cuán prodigioso era antaño el consumo de las especias. En este caso, el cultivo de las dos plantas citadas anteriormente era una fuente de riqueza para los Holandeses, que no las ponían en circulación sino con reserva para mantener su precio elevado. Así, aprovechando de la afición universal, realizaban enormes beneficios que les aseguraron, durante cierto tiempo, la supremacía. Más tarde, algunas naciones comerciales de Europa, en particular Francia e Inglaterra, les causaron perjuicios.

Desde el comienzo del año 1820, una circunstancia iba a tener gran

influencia en el resto de la carrera de Lafond de Lurcy. Pero, sigamos su relación.

El 10. de febrero de 1820, divisaron la isla del Corregidor, situada en la entrada de la bahía de Manila y donde acostaron. Aprovechando la ocasión para reanudar sus antiguas relaciones, nuestro viajero se mostró particularmente atento a lo que le anunció uno de ellas, a saber que:

*... se buscaba en Manila un oficial para comandar un pequeño navío que se quería armar en este puerto; y si lo deseaba, me pondrían en contacto con el armador. Esta oferta estimulaba bastante mi ambición para desdeñarla: la acepté; me tomó la palabra, y sin más demora fuimos a ver al propietario del buque<sup>2</sup>.*

Se trataba de un negociante armenio, llamado *Pe-Tiong*. El asunto se concluyó rápidamente. No había ningún impedimento para nuestro viaje; por el contrario, todo le empujaba para no demorar su decisión:

*Si a mi pasión por los viajes se añade mi vivo deseo de abandonar el Fils de France, o, mejor dicho, a su capitán que nos hacía pasar una vida poco agradable, se comprenderá que mi resolución debió tomarse pronto<sup>3</sup>.*

En cuanto se liberó de sus obligaciones con el señor de Saint-Blain, es decir, desde el 8 de febrero, subió a bordo de la *María*, nombre dado al navío del Armenio *Pe-Tiong*. Los dos primeros días, Lafond de Lurcy se sintió verdaderamente transportado por su nueva situación: nada más normal, en realidad, para un hombre muy joven aún y que, a los diecinueve años, era casi el "jefe de un bonito bergantín". Pero, la desilusión no se hizo esperar mucho tiempo. En efecto, el armamento de la *María* no igualaba en absoluto al de *Fils de France*: en el navío faltaba de todo. Lafond de Lurcy se lo dijo a *Pe-Tiong*, pero nada pudo contra la avaricia del Armenio, que rehusaba aún lo esencial: por ejemplo, una chalupa.

Sin embargo, en estas condiciones desastrosas aparejaron en los primeros días de marzo de 1820 para la costa de Coromandel, en el golfo de Bengala.

En cierto modo, se puede comprender la razón por la que *Pe-Tiong* no consentía en invertir dinero en la *María*: este navío, en verdad, no le pertenecía. Estaba sólo encargado de llevarlo y entregarlo al establecimiento holandés de Sadras, en la costa de Coromandel. Sin duda, había

2. Idem.— págs. 70 y 71.

3. Idem.— pág. 71.

calculado que esto le costaría menos que pagar paso y flete por las piastras que debía llevar.

El equipaje se componía de: Pe-Tiong, armador y sobrecargo; Lafond de Lurcy, piloto y capitán; un segundo o contra maestre, Portugués de nacimiento, hombre de experiencia y buen mariner; por fin diez marineros.

Apenas embarcados, encallaron y se vieron en la obligación de desembarcar en la costa de Mariveles. Conocieron una larga espera. Solos, no podían salir de este percance, pues, recordémoslo, faltaban de todo. En fin, una lancha cañonera de una cuarentena de hombres, comandada por un segundo alférez, vino a sacarles de esta situación muy desagradable.

Evidentemente, se vieron obligados de poner a flote la *María* y, cuando todo estuvo en orden a bordo, Pe-Tiong trató de continuar el viaje. Entonces, haciéndose el portavoz de sus compañeros, Lafond de Lurcy expresa:

*Tuvimos enormes dificultades en hacerle comprender que no se podía navegar sin víveres, y sobre todo sin chalupa, así como acabábamos de experimentarlo. Unánimemente lo rechazamos, y como él no podía conducir solo su buque, tuvo que volver a Manila, adonde llegamos sin accidente*<sup>4</sup>.

Después de una penosa travesía de veinte días, están otra vez en su punto de salida. Un oficial inglés se encargará de transportar al Armenio y sus cajas de piastras a la costa de Coromandel.

Llegado a este punto de su relación, Lafond de Lurcy abandona momentáneamente el "viaje" propiamente dicho y consagra dos capítulos completos a la ciudad de Manila. La profusión de detalles que nos da son preciosos: primero, por las informaciones que nos ofrece; segundo, porque nos presenta una ciudad tropical según la visión de un viajero europeo.

En un primer momento, recuerda el desarrollo y el prestigio de ese puerto, principalmente en la época de las relaciones comerciales de esa colonia con México. Manila era entonces un gran centro y en el país abundaba el oro. Refiriéndose a esto, Lafond de Lurcy nos da a conocer un elemento por lo menos sorprendente: los principales poseedores de esas riquezas eran las cofradías religiosas y los conventos; es decir, los monjes. Eran sumamente ricos; casi todas las casas de la ciudad les pertenecían; además, poseían haciendas extensas y magníficas, cuya renta era considerable. Lafond de Lurcy recuerda que las Filipinas son una conquista de las

4 Idem.— pág. 91.

órdenes religiosas. En efecto, cuando en 1565, España envió una expedición bajo las órdenes de Don López de Legaspi para apoderarse de las Filipinas, Agustinos y Franciscanos estaban a bordo. Se revelaron verdaderos colonizadores, pues supieron dar a su colonización un carácter de estabilidad y homogeneidad del que ninguna nación había dado el ejemplo aún. Leamos lo que Lafond de Lurcy refiere a esto propósito:

*Las predicaciones de los monjes subyugaron pronto poblaciones ignorantes y dóciles; otros monjes llegaron, y se puede decir que la actividad de su celo conquistó a Jesucristo y a España más fieles que las armas; hay que añadir también, en su honor, que las Filipinas no fueron manchadas por actos atroces de crueldad de los que la humanidad tuvo que sufrir en otras partes<sup>5</sup>.*

Los monjes vinieron a ser muy poderosos y gobernaron soberanamente más de un millón de aborígenes que habían convertido.

Pero, este estudio sería incompleto si no se hiciera mención de los Chinos. De tiempo inmemorial, los Chinos han frecuentado esta región y cuando los Españoles se apoderaron de ella, los encontraron un gran número; este número aumentó aún considerablemente en razón del desarrollo del comercio entre Manila y América. Sin embargo, el gobierno español permanecía algo hostil a su implantación en la isla. Los acontecimientos le dieron razón, porque los levantamientos de los Chinos se sucedieron con frecuencia y, dos veces, en 1603 y 1639, pusieron la colonia al borde de su ruina. Poco tiempo después, la Audiencia Real de Manila publicó un decreto para limitar a veinte mil el número de Chinos que podrían ser admitidos en la colonia. Numerosos fueron los que emigraron entonces a las regiones vecinas. La mentalidad del Chino que emigra es, desde luego, muy particular: sabe que no se ha expatriado sino para hacer fortuna, y esto nunca lo pierde de vista. Naturalmente laboriosos e industriosos, los Chinos ejercen en Manila todas las profesiones manuales, desde la más modesta hasta la más compleja; desde el oficio de zapatero al de mecánico, orfebre, joyero; se distinguen por su notable espíritu de imitación. Sin embargo, es raro, por lo menos en Manila y en las Filipinas, verles ocuparse en la agricultura. Pero, este pueblo sobresale particularmente en todo lo que se refiere al comercio; además, concluye Lafond de Lurcy, “este pueblo ha nacido para el comercio”.

Un detalle nos permite situar de nuevo a nuestro viajero del que

5 Idem.—pág. 100.

habíamos perdido, un poco, las huellas desde que dejó la *María*. Una simple frase basta para hacer el enlace:

*Una vez desembarazado de mi Armenio, vine a establecerme en casa del doctor Genu, esperando un nuevo empleo*<sup>6</sup>.

Este descanso será para él la ocasión de describirnos la vida en Manila, a la que se integra personalmente. Se detiene particularmente en los hábitos y las costumbres de los blancos. Desde las ocho de la noche, es decir, después de un día de trabajo cuyas diferentes etapas están relacionadas con la intensidad del sol, llega el momento de las visitas. A menudo, se suele hacer tres o cuatro visitas en la misma noche y se vuelve a casa hacia las once.

Lafond de Lurcy nos pinta de manera detallada el ambiente de estas reuniones dominadas, inútil es precisarlo, por el elemento femenino. Esas mujeres saben reemplazar admirablemente la instrucción que les falta con la vivacidad de su espíritu. Numerosas son las que por su fortuna, su nacimiento, sus alianzas, pertenecen a las clases más altas y, a menudo, apenas si saben leer y escribir, lo que de ningún modo les impide mostrar un espíritu brillante en su conversación. Por otra parte, como destaca nuestro viajero, estas mujeres naturalmente graciosas y atractivas, se imponen en esas reuniones por una soltura que adquieren desde su más tierna edad:

*Formadas desde su niñez para organizar círculo en un salón, adquieren muy pronto la costumbre de atenciones amables, de deferencias seductoras que atraen y subyugan: en una palabra aprenden casi desde la cuna el arte fácil y propio del bello sexo, de halagar y encantar*<sup>7</sup>.

Lafond de Lurcy hace una descripción menos elogiosa de la condición masculina:

*Los hombres tienen una aversión innata para el trabajo; les gustan las mujeres, como suele amarse en esos climas ardientes; pero, ninguna tiene para ellos el encanto de la dama de la baraja, y, muy a menudo, el juego u otras locas prodigalidades disipan fortunas que sus padres habían formado tan laboriosamente*<sup>8</sup>.

Además, ni en la necesidad ni en la miseria consienten ejercer una profesión manual. Porque, para esos blancos, dignos representantes de

6 Idem.— pág. 115.

7 Idem.— pág. 123.

8 Idem.— pág. 125.

la aristocracia colonial, ¿sería perder su rango! Los jóvenes abrazan la carrera de las armas o del derecho, con una preferencia muy marcada por la primera.

En regla general, “la instrucción pública se halla retrasada en este país”. Pocos colegios hay en Manila y en ellos no se realizan nunca estudios superiores de alto nivel. No es tampoco lo que podríamos llamar una ciudad culta: tiene dos imprentas, la más importante está aún incompleta; la otra, la más antigua, está fuera de servicio. Tal comprobación conduce nuestro viajero a emitir propósitos severos:

*En Manila la gente no lee y no se imprime; se busca realizar fortuna rápidamente y preservarse del calor*<sup>9</sup>.

Además, esta ciudad no conoce ninguna actividad teatral ni musical. Pero, muy afortunadamente, la naturaleza le ha dotado pródigamente y Lafond de Lurcy le consagra entonces numerosos párrafos elogiosos. La ciudad de Manila vive en la facilidad, la multiplicidad de las comunicaciones interiores (ríos, canales) y medios de transporte (navíos, chalupas, canoas), el suelo más rico y los sitios más hermosos. Lafond de Lurcy recibe una impresión de movimiento, de actividad y de vida intensa. Subraya el carácter jovial de esta población que sabe, muy a propósito, aprovechar el instante que pasa. Nos presenta, a este respecto, toda una serie de cuadros rápidos, pero perfectamente vividos: mercados coloreados, reuniones, fiestas de pueblos, paseos y ceremonias religiosas. En telón de fondo aparece una naturaleza risueña que viene a alegrar más aún la diversidad de las fisonomías y de los trajes. Nuestro viajero queda particularmente impresionado por la originalidad del conjunto:

*... Véis en esta ciudad rostros blancos, negros, amarillos, con todos los matices intermedios; el cura en sotana, el monje en sayal, el oficial en uniforme, el indio en camisa, el Chino con su larga cola, la mestiza con manta, la bella dama con vestido largo y el ciudadano con traje o chaqueta ligera; y esta prodigiosa variedad de rostros, de trajes, da a este conjunto un carácter de originalidad de la que un baile de máscaras en la Ópera apenas podría ofrecer una pálida imitación*<sup>10</sup>.

Cuando Lafond de Lurcy regresó a Manila, después de su fracasado viaje, fue solicitado por el señor Félix Dayot para participar en una expe-

9 Idem.— pág. 301.

10 Idem.— pág. 130.

dición a las costas de México. Pero, escuchemos más bien lo que nos dice de ella:

*El señor Félix Dayot armaba, con Don Andrés Palmero y algunos otros negociantes de Manila, un barco de tres palos llamado la Rita, que destinaba a los viajes de la costa de México; me propuso formar parte de la expedición y me ofreció el cargo de tercer oficial, que acepté con gusto<sup>11</sup>.*

Pronto cargaron el navío y tendieron las velas, a finales del mes de marzo de 1820. Don Andrés Palmero asumía las funciones de capitán. Su primera escala fue una estadía forzosa en Salomagué, por motivo de incidentes técnicos: había tropezado con arrecifes y se veían momentáneamente en la imposibilidad de continuar el viaje. Tuvieron que esperar más de un mes los socorros que habían pedido a Manila, adonde habían enviado un mensajero a esta intención.

Fue la oportunidad para Lafond de Lurcy de visitar la región y de describirnos la belleza, así como las costumbres y la hospitalidad de sus habitantes. Por todas partes le llaman *Castilla*, nombre que los indígenas dan sin distinción a todos los blancos. Los monjes le reservaban siempre una acogida calurosa. Durante estos descansos, intercambiaban numerosas ideas. En Lapo, hablaron entre otras cosas “de España, de Europa, de las guerras del Imperio, del irrespetuoso Voltaire y de Jean-Jacques”. Lo que lleva a nuestro viajero a concluir que la civilización, a pesar de todo, había alcanzado, lo que llamará más lejos, “el fin del mundo”.

Lafond de Lurcy consagra numerosos párrafos al estudio de los Negros del interior de las Filipinas. Habiendo tenido la posibilidad de tratar con este pueblo primitivo de muy cerca, las precisiones y las informaciones que nos da sobre sus costumbres y sus hábitos son un testimonio precioso sobre esta raza, de la que ya, en esta época, sólo subsistían vestigios: lengua, creencias religiosas, vivienda, alimento, comportamiento, es decir, los principales temas desarrollados. A lo largo de este estudio de carácter puramente étnico, Lafond de Lurcy nos expresa sólo sus propias ideas, sus recuerdos y sus conclusiones, sin consultar a ningún autor. Esto nos permite apreciar su curiosidad insaciable, así como el aspecto siempre juicioso y pertinente de sus análisis.

Terminada esta relación, vuelve a su escala en Salomagué. El servicio del navío exigía, a menudo, su presencia en Lapo, que nos describe como “una población grande y bonita”. Muy pronto fueron aceptados por sus habitantes y tuvieron así la posibilidad de asistir “a los sponsales de la

11 Idem.— pág. 137.



Entrevista de Bolívar y San Martín.  
Guayaquil, 1822.  
(En "Voyages autour du Monde").

hija del *capitán del pueblo* (especie de alcalde) de Lapo". Se trataba de una familia indígena. Sus dos jóvenes compañeros y él fueron recibidos por la familia del futuro esposo y con los miramientos y el respeto de que originalmente gozan los *Castillas*.

En este momento preciso, va a conocer una aventura que nos cuenta en sus menores detalles y que nos hace vivir intensamente. Tiene como mérito introducir una nota romántica en el conjunto y, de esa manera, renovar el interés del lector, cuya atención habría podido aflojarse; la relación de preocupaciones de orden puramente material corre el riesgo de volverse finalmente fastidiosa.

Así pues, durante dicha ceremonia, Gabriel Lafond de Lurcy tuvo un encuentro que iba a inflamar vivamente su imaginación. Se trataba de una joven indígena que nos pinta, en una larga descripción, con los rasgos más elogiosos:

*Era una belleza en su aurora; contaba apenas dieciseis años, y su rostro casto y modesto habría podido servir de modelo para pintar el pudor;... sus cabellos negros se escapaban a profusión bajo de un pañuelo que parecía no poder contenerlos; su tez era tan blanca como la de una mestiza; y un ligero tinte encarnado venía a veces a colorear sus mejillas, según las sensaciones que experimentaba; sus ojos medio velados, lánguidos y poco abiertos, como los de los Chinos, se animaban a menudo de un vivo esplendor y anunciaban que suaves pasiones podían cultivarse en esa alma cándida. Las cosas del amor van rápidamente; nuestras miradas se encontraron, y nos tradujeron elocuentemente, sin duda, el secreto de nuestros corazones<sup>12</sup>.*

Desde entonces, nada escatimará para volver a encontrarla; cuando lo juzga necesario va hasta revestirse del traje indígena, a fin de que no le reconozcan en el pueblo donde vivía aquella graciosa belleza. Consigue sus fines y vuelve a encontrarla en su cabaña. Volverán a verse varias veces, y más particularmente, cuando la boda de la hija del *capitán*, que no es otra sino su propia prima. Lafond de Lurcy nos describe esta ceremonia de manera muy detallada. En medio de toda esta muchedumbre, sólo Dolores contaba para él. Pero, una voz interior le decía que no había llegado aún el momento de comprometerse. Entonces, en el límite extremo, logrará escapar a esta situación, rechazando así los proyectos de matrimonio propuestos por la chiquilla. Sus propósitos demuestran el gran esfuerzo de

12 Idem.— pág. 206 y 207.

voluntad de qué dio pruebas para retirarse:

*... a su lado, creo, y Dios me lo perdone, habría olvidado el suave cielo de la patria y el último abrazo de una madre querida. ¿Cuántos jóvenes de mi edad habrían resistido a estas seducciones? Sin embargo, tuve esta fuerza; medité sobre mi conducta y me armé de valor; hay sin duda, algún mérito en este esfuerzo para dominar una pasión naciente e impetuosa*<sup>13</sup>.

Como lo veremos más lejos, a lo largo de sus viajes, Lafond de Lurcy conocerá otras aventuras de esta clase, naturales en un joven. Pero, nunca se fijará, porque su destino es el de los viajes y éste le llama sin cesar hacia horizontes nuevos. De todos modos, quedó muy marcado por esta aventura. De vuelta a Salomagué, se dedicó exclusivamente a su trabajo.

En los capítulos siguientes, Lafond de Lurcy se extiende más largamente sobre el archipiélago de las Filipinas. Estudia las condiciones climatológicas, los volcanes, los terremotos, las fuentes termales y lo saludable de sus aguas, las riquezas mineras: hierro, cobre, oro, carbón, diamantes. Siguen luego las descripciones zoológicas. En realidad sólo se trata de una visión general; sin embargo, perfectamente válida, si se tiene en cuenta la falta de especialización de nuestro viajero.

Pero no basta a Lafond de Lurcy que, al juzgar estas informaciones demasiado someras, da al lector, al fin del volumen, un cuadro muy detallado para completar todas estas indicaciones. Dicho cuadro empieza por una nota geográfica sobre las Filipinas, describe las diferentes islas del archipiélago, las ciudades y las provincias, señalando, a la vez, para cada una su población, sus producciones y sus especialidades. Se propone un objetivo muy preciso, cuyo desarrollo nos expone:

*... aunque las Filipinas han sido colonizadas desde hace trescientos años, este archipiélago no es aún conocido perfectamente. Los viajeros que lo han visitado, han caído a veces en errores que es útil rectificar. Es lo que he hecho, comparando sus diversas relaciones con las informaciones que he recogido personalmente durante una estadía de varios años, y las que me han llegado de fuentes auténticas, desde 1838*<sup>14</sup>.

En conclusión, esta descripción, que aspira dar a conocer bien las posesiones españolas en esas islas, prueba una investigación y una honra-

13 Idem.— pág. 225.

14 Idem.— págs. 321 y 322.

dez poco corrientes. En realidad, se trata de dos constantes que volveremos a encontrar a lo largo de toda su obra.

Una nomenclatura de árboles, plantas, vegetales y animales de este archipiélago sigue al informe geográfico. Lafond de Lurcy nos da, a este respecto, la precisión siguiente:

*... Estos nombres científicos de animales y plantas me los ha dado el sabido botánico, el señor Guadichaud, que ha realizado trabajos admirables sobre la flora de las Filipinas y de las islas oceánicas, en sus viajes de circunnavegación, y que ha tenido la bondad de comunicarme la FLORA DE FILIPINAS, por el padre Fr. Manuel Blanco Agostino Galzado, libro del que he tomado y completado esta nomenclatura<sup>15</sup>.*

Esta nomenclatura es notable desde varios aspectos: por una parte, su gran riqueza de detalles; por otra parte, da los diferentes nombres en tres idiomas, a saber Filipino, Francés y Latín. Y ¡comprende no menos de veinte páginas!; una vez más, pone de relieve el gran cuidado de precisión y exactitud de nuestro viajero.

Cerrado este paréntesis, Lafond de Lurcy pasa después al gobierno, a la política y a la administración de las Filipinas. No deja de recordar la organización administrativa de esta colonia, en la que toda la autoridad está concentrada en una sola mano. Insiste mucho sobre el papel preponderante que desempeña el clero en las Filipinas, hasta tal punto que lo considera como: “el primer vehículo gubernamental de estas islas”. Este mismo clero ejerce un ascendiente omnipotente sobre los Indígenas. Pero, ya hemos dado numerosos detalles sobre estas nociones, en los párrafos consagrados a la ciudad de Manila. Por lo mismo no nos retardaremos más en este punto. Las páginas siguientes están consagradas al ejército y la milicia, con el cálculo cuidadoso de los hombres para las dos formaciones y el total de su sueldo. Traza luego un cuadro comparativo de los sueldos, en piastras. Pero, las explicaciones estarían incompletas sin una ligera idea sobre las finanzas, las rentas y los tributos, y Lafond de Lurcy nos enumera concienzudamente los ingresos y los gastos de la colonia. Las principales producciones son el arroz, el azúcar, el algodón, el índigo, el café, el cacao, el betel. Las tierras son ricas. Los árboles abundan y sus hojas sirven de alimento a los gusanos de seda. En las Filipinas, se da poca atención a la calidad de las tierras. El trabajo y el cultivo les dan su precio. El gobierno no dispone de la propiedad ni del tiempo de los Indígenas.

Lafond de Lurcy subraya, entonces, el papel preponderante de uno de sus compatriotas, que ha dado una impulsión considerable a la agricultura filipina:

*En nuestro tiempo, un Francés, cuyo nombre merece una honorable distinción, ha prestado un servicio inmenso a la colonia enseñándole el cultivo del café; este hombre es el señor Paul Proust de la Girtonnière, mi compatriota y mi amigo*<sup>16</sup>.

El comercio se realiza principalmente con China. Luego, se desarrolló el comercio con el Occidente y América del Norte, frecuentó también los puertos de Manila, dando vida y riqueza a varias provincias de las Filipinas.

Pero, no es suficiente tener proyectos para hacer prosperar una colonia; hace falta encontrar un hombre capaz de ejecutarlos. Desgraciadamente, es lo que ha faltado casi siempre a las Filipinas. Sin embargo, recuerda Lafond de Lurcy, habían encontrado a este hombre: *Don Andrés García Camba* tenía todo lo que se necesitaba para hacer prosperar a este país, y, si hubieran nombrado como superintendente a un hombre progresista, habría podido continuar los mejoramientos de los que su suegro, el intendente *Don F. Enríquez*, era el autor. Las Filipinas han guardado fidelidad a España; pero, esta fidelidad fue puesta a prueba y habría fallado sin el ánimo del *General Martínez*. Lafond de Lurcy relata entonces este acontecimiento poco conocido.

En 1824, Novales, un capitán de la guarnición de Manila, sublevó a su regimiento, secundado por su teniente Ruiz. Los rebeldes ocuparon las murallas y las baterías y Novales, seguro del éxito se hizo proclamar "emperador de las Filipinas". Pero, la ciudadela estaba intacta y los oficiales, dirigidos por el gobernador general, les aplastaron y este reino efímero sólo duró una noche.

España, según Lafond de Lurcy, sólo tenía una posibilidad de conservar su colonia: desarrollar en ella todos los medios de prosperidad, hacerla floreciente. También sería necesario prohibir la entrada a los súbditos de las nuevas repúblicas de América, porque podían incitarles a la independencia tarde o temprano. Inglaterra tampoco perdía de vista esta rica presa de la que deseaba apropiarse.

Una empresa más amplia ha sido propuesta al gobierno español por una compañía de capitalistas franco-españoles; el autor de este proyecto era un rico financista, *el señor Aguado*. Las negociaciones fueron apoyadas

16 Idem.— pág. 281.

por el gobierno francés; se trataba de crear una compañía bajo el patrocinio del gobierno francés, con domicilio en París. La colonia debía ser dirigida por jefes a elección de los directores. España no dio su acuerdo y este proyecto nunca fue ejecutado.

Después de esta escala forzada en Salomagué, el navío prosiguió su ruta hacia México. Estamos entonces en julio de 1820. Pasaron al Norte de la isla de Luzón y fueron sorprendidos por un terrible tifón.

La descripción que hace da una idea bastante exacta de este fenómeno que suscita, a la vez, espanto y admiración; nos hace vivir intensamente este drama del mar que no deja de recordar el naufragio del Saint-Géran, sacado de la famosa novela de Bernardin de Saint-Pierre, *Paul et Virginie*. Esta novela anuncia ya la gran corriente romántica del siglo XIX. Recordemos estos hechos:

*La ráfaga venida de las nubes hizo primero cabrillear las olas, los vientos redoblaron de violencia, el relámpago brilló en el horizonte, luego los ecos del océano contestaron al mugido salido del seno de los nubarrones, y los fragores del trueno llenaron los espacios con sus brillantes amenazas: el mar se volvió terrible; por todas partes hervía a causa de sus olas, antes de un bonito verde esmeralda, ahora negras y lívidas; montañas de agua, desenrollándose una después de otra desde el fondo del horizonte, se precipitaban con furia contra los costados del navío. La noche vino a añadir al horror de esta escena cubriéndola con sus sombras. Durante cortos intervalos sólo estaba alumbrada por los rayos de la luna, cuyo disco pálido y lúgubre asomaba entre negras nubes y las olas que se alzaban rugiendo, amenazaban, a cada instante, sepultarnos en el abismo. Espectáculo lleno de magnificencia y de poesía, pero visto desde la orilla, y ¡estábamos lejos de ella!*<sup>17</sup>.

La tempestad duró cinco días completos, al final de los que se registraron importantes perjuicios materiales y de personas. En efecto, cinco hombres desaparecieron en esta lucha contra los elementos desencadenados. Lafond de Lurcy no se extiende tampoco sobre esta travesía que no ofreció, indica, “ningún otro incidente notable”.

Llegaron, pues, sin problemas a las costas de México. La primera tierra que vieron fue la isla de Guadalupe. La *Rita* se dirigió hacia el cabo

San Lúcar. Como se informaron del bloqueo de Lima por el ejército del general San Martín y del Callao y de los otros puertos del Perú, por la escuadra chilena, prefirieron dirigirse hacia Mazatlán, antes de ir a San Blas, más al Sur de Mazatlán. Tranquilizados por la ausencia de barcos corsarios insurgentes, fondearon entonces en San Blas, o más exactamente en la rada de San Blas, ya que la ciudad está situada a “cuatro millas de la orilla”.

Lafond de Lurcy restablece aquí una realidad deformada por los tratados de geografía, en los que se leía: “San Blas: puerto de mar y arsenal; era la sede principal de la administración de la marina del virreinato de Nueva España en el gran Océano”. Entonces, como lo subraya juiciosamente nuestro viajero:

*Se debe, así, esperar ver un verdadero establecimiento marítimo, almacenes, talleres de construcción, arsenales o algo por el estilo*<sup>18</sup>.

Ahora bien, nada de esto. La pobreza no tiene nada de igual como la de la rada. No presenta ningún edificio notable. Sólo posee algunas casas de piedra, de pobre apariencia: las otras no son más que cabañas de ramajes, tan miserables como las que se puede ver en la playa. No hay agua en San Blas, puesto que no hay ni un pozo ni una fuente ni una cisterna. Además, la vida se vuelve insalubre a causa de la presencia de un pantano “del que se exhalan vapores deletéreos que, durante seis meses, vuelven esta ciudad casi inhabitable”; y el verano sofocador la transforma en verdadero horno.

El único atractivo poderoso de San Blas es el comercio importante que en él se desarrolla y que es fuente de enormes fortunas. ¿No existía, entonces, una razón para compensar estos numerosos encantos al más horrible clima? Desde la época de las lluvias, entre mayo y octubre la casi totalidad de la población emigra hacia Tepic, ciudad del interior. Los habitantes llevan sus efectos más preciosos y se van en masa, la mayoría en mulas, los demás sencillamente a pie. Sólo quedan en San Blas el gobernador, algunos empleados, el pueblo bajo, un pequeño número de obreros, empleados de aduanas y soldados. Lafond de Lurcy no fue testigo de esta migración periódica, pero, en cambio, asistió a su regreso. Nos trae de este fenómeno un cuadro de los más curiosos:

*La población que se había marchado en masa volvió aproximadamente en las mismas condiciones, a lo menos llegó en el intervalo de dos o tres semanas; iba a colocarme en la extre-*

18 Idem.— pág. 115.

midad de la ciudad en un cerro de donde se descubre el campo; veía la carretera serpentear en las sinuosidades del terreno tan lejos como mi vista alcanzaba, largas filas de mulas cargadas con equipajes, hombres a caballo o a pie siguiendo su huella, que caminaban hacia la ciudad y que hacían una entrada casi solemne, en medio de las felicitaciones de los infelices que habían quedado, que se conocían sin dificultad por sus rostros muy pálidos, su vientre hinchado, y que parecían temblar aún de fiebre<sup>19</sup>.

Habiéndose desembarcado el cargamento de la Rita, casi todo el equipaje bajó y quedó en tierra. Lafond de Lurcy se estableció en una posada, “la única de la ciudad un poco decente” y no tardó en ser introducido en casa de los principales habitantes “bajo los auspicios del señor Morgado”. No tuvo ninguna dificultad en relacionarse:

*Había sido recibido en las casas de mayor consideración, y cuando así sucede, es para siempre; no se debe esperar una invitación particular, seguía, pues, todas las tertulias con la asiduidad y el ardor de mi edad. Los viajeros han hablado a menudo de estas picantes asambleas, donde se traza, por lo menos bajo su aspecto más seductor, el carácter amable de los Hispanoamericanos..*<sup>20</sup>.

Estas tertulias, en San Blas como en otras antiguas colonias españolas, no ocasionan casi ningún gasto y la sencillez de los mobiliarios correspondía perfectamente a las pocas pretensiones, a la familiaridad de estas reuniones, que Lafond de Lurcy resume así:

*Charlar, hablar mal de la gente, bromear, fumar, bailar, jugar al monté (juego de cartas muy conocido en España), eran las principales ocupaciones de estas veladas*<sup>21</sup>.

Esto, en lo que se refiere a la vida mundana. Por su parte, al pueblo bajo, formado de las razas más diversas, le gusta bailar con pasión y a las mujeres con furor.

Una nueva oportunidad iba a permitir a nuestro viajero efectuar una visita al interior del país, como lo refiere él mismo:

*Una parte del cargamento de la Rita pertenecía al señor Morgado; además, era propietario de otro navío cargado por su*

19 Idem.— pág. 116.

20 Idem.— pág. 117.

21 Idem.— pág. 118.

*cuenta y que entonces se encontraba en rada: sus mercancías se habían desembarcado, pero no se daba mucha prisa para venderlas, y decidió ir a Tepic, en donde esperaba sacar más ventajas que en San Blas, y proseguir aún su viaje hasta Guadalajara, si Tepic no ofrecía un mercado satisfactorio*<sup>22</sup>.

El señor Morgado pidió entonces a Lafond de Lurcy que le acompañara; este último aceptó su oferta inmediatamente. Pocos días después, salieron pues para Tepic, la ciudad de emigración. Allí parecía que la naturaleza cultivada había reemplazado la naturaleza inhóspita de San Blas. La ciudad era próspera, limpia y alegre; su población era activa y laboriosa. Las noches se pasaban en reuniones o *tertulias* y, en general, de la misma manera que en San Blas.

Algunos días más tarde, nuestro viajero y el señor Morgado se fueron a Guadalajara. Antes de darnos sus impresiones personales, Lafond de Lurcy recuerda algunas nociones generales sobre la ciudad. Fue fundada por Nuño de Guzmán sobre las ruinas de Tonalá, antigua ciudad azteca. Guadalajara, cuya población alcanza los 50.000 habitantes, es en la realidad la segunda ciudad de México. Siempre ha sido considerada como la émula y la rival de México, a causa de su importancia, de sus monumentos, de sus instituciones y de las ventajas de su situación.

Lafond de Lurcy verdaderamente queda cautivado por Guadalajara que le impresiona, ya al llegar, por "su apariencia de grandeza y de opulencia". Sus principales monumentos demuestran una riqueza incomparable. Es, además, una ciudad culta; posee, en esta época, seis imprentas y en ellas se publican varios periódicos. La sociedad de Guadalajara era la más distinguida que Lafond de Lurcy había encontrado entonces en México, lo que le deja suponer un alto nivel de civilización.

La temporada que pasó allí sólo fue de quince días. Pero, la impresión que tiene de ella es la más elogiosa:

*... El poco tiempo que pasé en Guadalajara contará siempre en mis recuerdos entre los momentos más agradables de mi vida; esta ciudad me había seducido, y en mis sueños de joven deseaba establecerme allí; pero, una voz secreta me recordaba que tenía una madre y una patria*<sup>23</sup>.

Prosiguieron luego su camino hacia San Blas, después de una alta de dos días en Tepic. Lafond de Lurcy, que había vuelto a encontrar

22 Idem.— pág. 120.

23 Idem.— pág. 128.

allí a dos viejos amigos, reanudó sus actividades: la pesca y la caza ocuparon desde entonces todos sus momentos libres. Pero, este puerto de San Blas no conocía sólo momentos felices: algunos de sus compañeros fueron víctimas de las fiebres, tan terribles para los Europeos. Lafond de Lurcy tampoco pudo evitarlas. Quedó una semana en el hospital totalmente inconsciente. Muy gravemente enfermo, sus días estaban amenazados de manera muy seria. Pero, su firme resolución de salir de esta situación garantizó su convalecencia. Se informó, sin embargo, con tristeza que el capitán Don Andrés Palmero había sucumbido bajo este clima mortífero.



DE LAS PLAYAS DE FILIPINAS Y MEXICO A LA CIUDAD  
INDEPENDIENTE DE GUAYAQUIL

Conocemos ya que Gabriel Lafond de Lurcy, en calidad de segundo alférez, se embarcó a bordo del barco de tres palos la *Rita* que, de Manila, se dirigía hacia el puerto de San Blas, en Nueva España. El equipaje se componía de representantes de numerosos países: Andrés Palmero, el capitán, era español; en realidad, representaba a los propietarios; el primer piloto, Felipe Peña, español también. Venían luego Ingleses, Angloamericanos, Holandeses, Portugueses, Filipinos, Hindúes y hasta marineros del Ganges.

Habían pensado efectuar esta travesía del Océano Pacífico sin detenerse en ningún sitio y, por consiguiente, habían tomado todas las precauciones necesarias; sin embargo, dificultades de la navegación les obligaron a refugiarse en las costas de Luzón, en el puerto de Salomagué; esto les ocasionó una pérdida de tiempo; tuvieron que regresar a Manila para volver a abastecerse en víveres. Luego debieron sufrir uno de estos terribles tifones que se desencadenan en el mar de China. Lafond de Lurcy, testigo por primera vez de este “terrible espectáculo”, nos ha dejado una amplia descripción de este fenómeno que empezó en la tarde “de un caluroso día de julio (1820)”; ésta es la única indicación que nos permite situar este viaje a mediados de 1820; así como la tormenta que duró cinco días y puso la *Rita* al borde del naufragio. Cinco hombres perecieron y muchos salieron heridos de esta lucha contra la tormenta. Afortunadamente, una vez terminadas estas angustias, la navegación fue más tranquila hacia el Este, hasta las costas de México.

Lafond de Lurcy menciona la isla de la Guadalupe como “la primera tierra que vimos en la costa de América”; la *Rita* se dirigió hacia el cabo de

San Lúcar; es también, para el viajero francés, la ocasión de referirse, por primera vez, a los acontecimientos de la emancipación de las colonias hispanoamericanas:

*Durante la travesía, el equipaje había sido adiestrado, a veces, en el manejo del cañón y de la mosquetería: en efecto, estábamos armados para la guerra, y nos esforzábamos para adiestrar a nuestros Indígenas en el manejo de las armas, a fin de estar en condición, a lo menos, de rechazar un ataque; por eso las responsabilidades habían sido distribuídas a los oficiales: unos comandaban la maniobra, otros la mosquetería, la batería o el abordaje. Sin embargo, a pesar de nuestra actitud guerrera, pronto pude sospechar que las disposiciones de nuestro equipaje no eran de las más heroicas. Fuimos informados, por un navío que habíamos detenido, del bloqueo de Lima, por el ejército del general San Martín y del Callao y otros puertos del Perú por la escuadra chilena, a órdenes de lord Cochrane, y temíamos encontrar, en la costa de México, corsarios o buques de guerra de las nuevas repúblicas de América <sup>1</sup>.*

Por esta misma razón, en lugar de ir a San Blas, se dirigen hacia Matatlán. Al final, divisaron aquel enorme peñón: *Piedra blanca de mar*:

*Que la naturaleza parece haber echado en la entrada de la bahía de San Blas para señalar su proximidad (1bis).*

La descripción que Lafond de Lurcy nos ha dejado del puerto de San Blas y de su región no presenta el atractivo de otros lugares, como lo veremos, por ejemplo, cuando describe las tierras ecuatorianas. De todas maneras, se trata de capítulos de un interés particular, que se refieren a la historia, la civilización, las costumbres mexicanas de la época; capítulos que naturalmente salen de los límites de nuestro estudio.

Una vez descargada la Rita, parte de las mercancías fue destinada a ser vendida en el interior de las tierras; esta circunstancia permitió a Lafond de Lurcy realizar una visita a Tepic y Guadalajara, visita de la que nos da amplios detalles. A su regreso del interior del país, se encuentra otra vez en San Blas: varios navíos habían llegado al puerto y, por primera vez, menciona en sus escritos, los nombres del Ecuador y de la ciudad de Guayaquil. Escribe:

1 F.V.a.M.- pág. 114.

1bis V.a.M. et N.C.- pág. 21.

*Durante mi ausencia, varios navíos habían llegado a San Blas; el Tibère, bergantín inglés que pertenecía a un Alemán, el señor, Virmont, a quien, luego, conocí en América; su navío venía de Guayaquil, cargado de cacao; nos anunció la sublevación de esta ciudad contra los Españoles y la fundación de la república de Guayaquil; estaban a bordo de este navío varios pasajeros españoles comprometidos en los acontecimientos y que habían huído, entre ellos don José María Calvo, de la familia Ansuátegui, una de las más poderosas de Guayaquil; Rodrigues padre e hijo, y otros más*<sup>2</sup>.

En estas mismas páginas; nos informa también de lo que sucedía en las colonias españolas del Sur, es decir, las luchas por la emancipación:

*Una goleta del Perú, llamada Proserpina, llegó de Lima; nos anunció el bloqueo de toda la costa por la escuadra de lord Cochrane, y el desembarco del ejército insurgente, bajo las órdenes del general San Martín, que sitiaba esta capital. Estas noticias nada tenían de consoladoras para los Españoles, que preveían que, tarde o temprano, México acabaría también por proclamar su independencia*<sup>3</sup>.

Dignas de interés son también las líneas que siguen y dan una idea de los acontecimientos en este continente, cuando la llegada a México del viajero francés:

*En esto, llegó de España el hermoso bergantín armado para la guerra y cargado con mercancías, el Griego, comandado por don Manuel Mata; nos traía la noticia de la revolución constitucional de España, operada por los oficiales del ejército expedicionario reunido en Cádiz y destinado a América, revolución encabezada por los famosos Riego y Quiroga. Todos los oficiales, los pasajeros, el capellán, llevaban la escarapela constitucional rojo y verde, y el navío también había enarbolado los colores nacionales con una trencilla verde. Esta vista excitó un entusiasmo extraordinario que debía ser peligroso, porque las canciones constitucionalistas, las palabras de libertad no herían en vano los oídos mexicanos*<sup>4</sup>.

Finalmente, en este puerto de San Blas, murieron varios

2 F.V.a.M.- pág. 128.

3 Idem.

4 Idem.

compañeros de navegación, víctimas de fiebres malignas, terribles para los Europeos que desembarcan en esas regiones. Lafond de Lurcy estuvo a punto de morir; pasó una semana en el hospital, completamente inconsciente; sólo su juventud y su ardiente voluntad de vivir pudieron salvarle. Apenas repuesto de su enfermedad, en una situación desesperada “en una tierra extranjera y en un lugar tan horrible”, Lafond de Lurcy encuentra entonces un hombre y un barco que van a cambiar completamente su destino:

*Poco más o menos en esta época, un navío americano, que venía de Cádiz, llegó a San Blas con un cargamento del comercio de esta última ciudad: el capitán había estado descontento de sus oficiales y se había visto en la obligación de desembarcarles; necesitaba otros para volver a viajar con su navío, y me propuso embarcarme en calidad de alférez. Le previne que, como no hablaba inglés, sería para mí difícil comandar el cuarto a bordo; pero, este obstáculo no le detuvo; me contestó que en muy poco tiempo estaría al corriente de todo, que su segundo era de Santo Domingo, y con su ayuda y un poco de inteligencia, al cabo de ocho días sabría bastante inglés para comandar la maniobra. Nos arreglamos de esta manera, y me embarqué en calidad de alférez, a bordo del barco americano de tres palos, de cuatrocientas toneladas, el Mentor; capitán Georges Gardner* <sup>5</sup>.

Pronto se despidió de sus amigos y, sin esperar más, se embarcó a bordo del *Mentor*. Este último estaba cargado con manteca que se debía vender, a buen precio, sea en Guayaquil, sea en Lima. Como queda indicado, se embarcó en calidad de alférez. No dejó de informarse, entre sus viejos compañeros de navegación, de las condiciones de la misma en los mares del Pacífico Sur, especialmente en las costas de México, de Panamá, del Chocó y en la entrada del golfo de Guayaquil.

Cuando los vientos fueron favorables, dejaron el puerto de San Blas; Lafond de Lurcy menciona la fecha del 10. de febrero; pero, sin precisar el año; evidentemente, si dejó las Filipinas y China aproximadamente en el mes de julio de 1820, nos encontramos en 1821. Este dato es importante para determinar su llegada a Guayaquil, es decir, después de la fecha histórica de 9 de octubre de 1820. El día 17 del mismo mes de febrero, mientras “el sol salía majestuosamente sobre la Cordillera del Anáhuac”, llegaron al puerto de Acapulco. Ni el clima, ni la situación económica, conse-

5 Idem.- pág. 129.

cuencia directa de la Independencia, atraen al viajero francés que, por lo demás, nos deja de ese puerto una pintura más bien desagradable. No ignora, claro, las ventajas del mismo y al que augura un gran porvenir.

Desde su llegada a Acapulco hasta su salida para Guayaquil, Lafond de Lurcy consagra veintitrés capítulos de este volumen a la historia de México, a su civilización, a todos los aspectos de ese inmenso país: desde sus orígenes hasta las luchas de la Independencia, y los años en que visitó esas regiones. Páginas de enorme interés, pero que tampoco entran en el cuadro de este estudio.

Durante su segundo viaje, debemos mencionar las circunstancias de su estadía en Acapulco; sus expediciones, siempre bajo las órdenes del capitán Gardner, a diversos puertos y ciudades de Nicaragua, como León y Managua. Aquí precisamente se sitúa el célebre episodio que por sí solo constituye una pequeña novela o un relato que mereció una edición aparte, como una de las publicaciones de Lafond de Lurcy<sup>6</sup>. Es el episodio de *don Juan Matralla*, en el curso de su viaje a Managua, el mismo que reviste todas las características de una página romántica, en el gusto de la época.

Desde las primeras líneas de este episodio, Lafond de Lurcy nos recuerda la misión de alta importancia que le había encargado el capitán Gardner: ir a buscar en Nicaragua a su socio, *don Juan Matralla*, negociante español reputado, ya mencionado anteriormente.

La naturaleza, a menudo hostil, vuelve el viaje difícil. Pero, la descripción de nuestro viajero destaca el encanto pintoresco de una flora y de una fauna impregnadas de exotismo. También es sensible a la hospitalidad de la población.

Entonces surge el acontecimiento que cambiará el curso de su expedición:

*Habíamos llegado a uno de esos pasos los más agrestes y los más inhóspitos de esas montañas, cuando creímos divisar a lo lejos, en la cumbre de una roca escarpada, una chiquilla que parecía sostenida por una mujer de color; aceleramos el paso. No era una ilusión; era verdaderamente una jovencita cuyas señales de auxilio y la violenta agitación reclamaban imperiosamente una rápida asistencia<sup>7</sup>.*

Seguido por dos arrieros, Lafond de Lurcy se precipitó en su ayuda.

6 V.a.M. et N.C.- Capítulo 36 "Episodio".- pág. 331. Ver la Bibliografía de Lafond de Lurcy.

7 Idem.- pág. 332.

Se informaron entonces, por la mulata, que el padre de su ama había sido proyectado, por una coz de su mula, en un precipicio que bordeaba el declive opuesto; dos criados, que habían intentado socorrerle, no habían vuelto a aparecer.

Con cuerdas y correas sólidamente atadas a árboles, Lafond de Lurcy y sus compañeros bajaron al abismo. En el fondo del precipicio, vieron el cuerpo del padre horriblemente mutilado. Uno de los criados estaba muerto; el otro, gravemente herido, tuvo, sin embargo, bastante fuerza para revelarles las circunstancias del drama.

Luego de haber enterrado al primero, llegaron, no sin dificultad, a transportar a la cumbre de la montaña al fiel servidor y el cuerpo difícil de reconocer de su amo.

Nuestro viajero es presa entonces de la más fuerte emoción:

*La escena que siguió nunca se borrará de mi corazón y de mi recuerdo: nada tan desgarrador como la desesperación de esta jovencita; se arrojó sobre el cadáver mutilado de su desgraciado padre, dirigiéndole las palabras más conmovedoras y más apasionadas. ¡No, nunca el dolor encontró un lenguaje más patético! Nunca el sentimiento del amor filial, este sentimiento tan santo y tan sublime, se manifestó más vivo y más ardiente!*<sup>8</sup>.

Se refugiaron todos en una choza de Indígenas. Este descanso fue de los más saludables para doña Luisa, la “joven y bella protegida” de Gabriel Lafond de Lurcy; tal choque había producido en ella una fiebre ardiente que se acompañaba de un delirio profundo.

Luego de haber resuelto el problema del abastecimiento, volvieron a ponerse en marcha. La camilla preparada para doña Luisa sirvió para transportar el cuerpo de su padre. La joven seguía a pie, ayudada por la solicitud de su compañero. Este pasaje ofrece el ejemplo del romanticismo más puro; la naturaleza deja de ser un simple decoro y concuerda secretamente con la situación de los personajes:

*... el apoyo de mi brazo le era necesario. Nuestra marcha en esas soledades tenía algo de lúgubre y de solemne; el silencio del bosque se armonizaba con nuestros pensamientos tristes y dolorosos; pronto se alzó la luna, y su luz, al principio pálida y tímida, se mostró en haces de plata, a través de las enramadas transparentes de los bosques*<sup>9</sup>.

8 Idem- págs. 334 y 335.

9 Idem.- pág. 339.

Por fin, llegaron a la aldea de Galenga. Una sorpresa digna de las historias más fantásticas esperaba a nuestros viajeros.

Llevaron al padre de doña Luisa a la iglesia. Gabriel Lafond de Lurcy solicitó la ayuda de un monje: por una parte, le exhortó a dar una última bendición al difunto y, por otra parte, a consolar a su piadosa hija. Este último preguntó por su identidad. Ahora bien, estas sencillas palabras: "Soy la hija única de don Juan Matralla, aquí están sus pobres restos", provocaron en el monje la reacción menos esperada. Quiriendo adelantarse hacia el cuerpo que se le presentaba, cayó sin conocimiento. Doña Luisa, por su parte, le encontraba un parecido sorprendente con su padre. Esta realidad no puede asombrarnos, pues se trataba de su propio hermano, como el monje se lo reveló. Eran gemelos y no habían vuelto a verse desde hacía 18 años. Esta escena, bañada a la vez de misterio y de maravilloso, encierra acentos muy conmovedores.

Surge entonces otra coincidencia: en efecto, el padre de doña Luisa era el socio del capitán Gardner, a quien Lafond de Lurcy iba a buscar en Nicaragua. Este relato podría parecer de los más inverosímiles si no conociéramos la probidad y la honradez de nuestro viajero.

Los funerales de don Juan Matralla tuvieron lugar al día siguiente. Lafond de Lurcy no puede disimular la intensa emoción que le infunde esta ruda situación:

*Sostenía a doña Luisa; ella estrechaba mi brazo convulsivamente; yo sentía latir sus arterias con la más grande violencia, mientras que sus lágrimas y sus sollozos estaban a punto de ahogarla. Sí, lo confieso, habría dado en ese momento hasta mi vida para aliviar la amargura de sus pesares<sup>10</sup>.*

Decidieron no volver a ponerse en marcha inmediatamente y aceptaron la hospitalidad del monje. Pero, doña Luisa había sido muy profundamente trastornada por momentos tan duros; nuestro viajero, por su parte, no sentía la fuerza de abandonar a este "ángel de belleza y de dulzura". Quizás se dejaba llevar también por un suave sentimiento que acababa de nacer en él, por ese impulso irresistible que le conducía hacia la chiquilla. Nada más natural para dos jóvenes: ella tenía diecisiete años y él apenas veinte.

Sin embargo, por delicadeza, no le dijo nada e hizo callar sus impulsos. Por otra parte, tenía obligaciones que cumplir con su capitán y de ninguna manera quería traicionarle. Le informó, por carta, de los acontecimientos de que fue testigo y de su intención de permanecer al lado de la

10 Idem.- pág. 340.

chiquilla, hasta su próximo restablecimiento.

El estado de esta última mejoraba; el padre Anselmo, su tío, decidió que podían partir. Se dirigieron a Nindo. El viaje se efectuó sin dificultad en medio de una naturaleza más bien acogedora. Sin embargo, doña Luisa no pudo soportar el encontrarse en esos lugares familiares donde se amontonaban tantos recuerdos felices. Nada podía salvarla: ni los más hábiles médicos de Nicaragua y de Granada, ni las "tiernas atenciones" de Gabriel Lafond de Lurcy. La desesperación más profunda devoraba a nuestro viajero:

*La crisis llegó demasiado temprano. Era una noche, un poco después del crepúsculo; nunca este recuerdo se borrará de mi alma; todavía la veo en su lecho fúnebre abandonarme su mano, que yo mojaba con lágrimas amargas, mientras que con su mirada me dirigía un adiós eterno y doloroso. Pronto esa bella alma se hundió en otros pensamientos, y su venerable tío le abrió las puertas del cielo, en medio de gemidos, oraciones y sollozos de la muchedumbre que llenaba la habitación. Así murió, en la aurora de la vida, esta inocente víctima de la piedad filial<sup>11</sup>.*

El lector no quedará insensible ante el lirismo de esta última escena en que se adivina el alma de Gabriel Lafond de Lurcy: melancolía, exaltación apasionada, sentimiento desesperado por una fatalidad hostil a la felicidad humana.

Tal intensidad de pasiones no hace más que reforzar el romanticismo dominante en el conjunto del episodio. Además, esta escena, por el asunto, los sentimientos, el luto de la naturaleza asociado al de los hombres ¿no evoca acaso los tres temas predilectos de los románticos? Desde luego, se puede comprobar la influencia de Lamartine y Chateaubriand en nuestro viajero. Así se comprende por qué este volumen está dedicado precisamente a Lamartine, que le honró con una carta, 25 de noviembre de 1841; carta que sirve de prólogo al libro.

Esto no impide a Lafond de Lurcy referirse a otros aspectos interesantes en su obra; como, por ejemplo, a sus consideraciones sobre una vía interoceánica, de que hablaremos en otro capítulo.

Luego de haber embarcado los *índigos* que habían recogido en esas regiones y una vez cargado completamente el barco, decidieron dirigirse a Guayaquil. Lafond de Lurcy da esta explicación reveladora:

11 Idem.- pág. 346.

... Salimos de la costa de Guatemala para Guayaquil en donde el capitán Gardner quería abordar para completar su carga de cacao, zarzaparrilla, quinquina de Loxa, y vender la manteca que había tomado en San Blas. Levantamos velas, llevando el cabo al Sur y Sur-sur-este, para pasar por las islas Galápagos<sup>12</sup>.

Es la única vez que menciona esas célebres islas; no pertenecían en ese entonces a ningún país y no eran sino un simple refugio, muy apropiado, como escala de piratas o barcos que cruzaban esas regiones y buscaban agua o víveres. Conocemos que fue solamente en 1832, una vez constituida la República del Ecuador, cuando el coronel Ignacio Hernández tomó posesión de ellas, en nombre del Presidente-General Juan José Flores.

Acabamos de mencionar el nombre del general venezolano, héroe de la Independencia hispanoamericana, del Ecuador en particular; colaborador íntimo de Bolívar y Sucre. Al llegar a las costas ecuatorianas, los relatos de viajes de Lafond de Lurcy van a guardar muy estrechas relaciones con los hechos de la historia de aquellos años y, por consiguiente, con la biografía de aquellos célebres personajes a quienes el viajero francés, además de muchos otros, encontró y conoció en Guayaquil. Pero, para comprender mejor tales acontecimientos, debemos referirnos aquí a otro título de las obras de Lafond de Lurcy, título desconocido hasta hace poco en la bibliografía ecuatoriana. Este testimonio es, pues, sumamente valioso y vamos a referirnos a dicha publicación particularmente ligada al desarrollo de los hechos y a las relaciones de los hombres que marcaban una etapa decisiva para los pueblos de América. Todo ello referido por un testigo ocular, de gran probidad moral, actor desinteresado, lo cual da a estos documentos un gran valor de sinceridad e imparcialidad.

En un artículo de agosto de 1973<sup>13</sup>, al anunciar el recobro —casi diría el “rescate”— de ochenta y más cartas de Bolívar al general Juan José Flores, parte de los bienes que descendientes<sup>14</sup> de este último general habían donado a la Universidad Católica de Quito, me referí al interés, a la importancia del estudio que tienen entre sus manos los historiadores en-

12 Idem.- pág. 379.

13 Periódico *El Tiempo*.- Quito, sábado 11 de agosto de 1973.

14 Bajo la designación de *Sucesión de la Vizcondesa de la Villesbrune*, título de nobleza de la señora Elvira Flores Ruiz, hija de Antonio Flores Jijón y viuda del Vizconde Xavier de la Villesbrune.

cargados de analizar semejante documentación. Manifesté, así mismo, que si aquellas cartas creíamos eran inéditas, no era imposible que alguna fuera, tal vez, conocida ya. “El investigador, el historiador que tendrán el honor de estudiar tales archivos para hacer público el mensaje bolivariano, nos comentarán seguramente tan preciosos documentos de un período histórico fundamental, aquel que siguió a la gloria de Junín y precedió al ocaso del genio”<sup>15</sup>.

No imaginaba, al escribir estas líneas, que pronto me sería dado aportar una comprobación a aquella hipótesis mía: “A menos que mediante copias, algunas cartas sean ya del dominio público gracias a traducciones”.

En efecto, al completar mis investigaciones en la Biblioteca Nacional de París, a fin de verificar algunos datos sobre Gabriel Lafond de Lurcy, tuve la suerte de encontrar el folleto *Etudes sur l'Amérique-Espagnole sous le Rapport du commerce maritime de France - de l'Equateur - par le Capitaine Gabriel Lafond de Lurcy*<sup>16</sup>. En otras ocasiones había visto esa publicación; pero, no había llamado mi atención. Esta vez, el subtítulo “de l'Equateur” despertó mi interés y mi sorpresa fue grande al comprobar que en su estudio, Gabriel Lafond de Lurcy se refería casi exclusivamente al Ecuador y a algunos hechos de aquel período histórico tan agitado de la emancipación política de las repúblicas sudamericanas, entre 1820 y 1830.

Pero, mi sorpresa y también mi alegría subieron de punto al ver que en esa curiosa monografía del Ecuador, el célebre viajero transcribe —en francés— íntegra o parcialmente algunas cartas de Bolívar a Flores, correspondencia de los años 1825 a 1830. Exactamente el período de las cartas remitidas a la Universidad quiteña, el mes de julio de 1973, y de que dí cuenta en el artículo periodístico antes mencionado. De acuerdo con las fechas, de las diez cartas que publicó Lafond de Lurcy, seis solamente corresponden a las enviadas a Quito; quedan, por consiguiente, cuatro cartas (y tal vez tres, como veremos más adelante) cuyos originales, en español, no están en ese archivo.

En realidad, *Etudes sur l'Amérique-espagnole...* publicado en folleto

15 Artículo del 11 de agosto de 1973, ya mencionado. *Viajeros Franceses al Ecuador en el siglo XIX*.- Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana.- 1972, In-8º, 206 págs., 40 págs. de documentos, ilustraciones.- Prólogo de Carlos de la Torre Reyes: *Ecuador (siglo XIX): una incógnita despejada por los viajeros*.

16 *Etudes sur l'Amérique-espagnole, sous le rapport du commerce maritime de la France. De l'Equateur, par le capitaine Gabriel Lafond de Lurcy*.- París, oficina del periódico *La Flotte*.- 1848, In-8º, 27 págs.

aparte, en 1848<sup>17</sup>, por la dirección de “La Flotte”<sup>18</sup>, había aparecido en dos artículos de este diario, en las ediciones de 17 de octubre y 7 de noviembre de 1847. El folleto de 1848 va con una dedicatoria:

*Al señor Teniente General, Barón de Gazan, Director del personal del Ministerio de La Guerra, Gran Cruz de la Legión de Honor, etc... su amigo reconocido, Capitán G. Lafond de Lurcy. - París, 25 de diciembre de 1847*<sup>19</sup>

Desde luego, vale destacar que a los editores del diario “La Flotte” no pasó inadvertida la calidad excepcional de esta colaboración del capitán francés. Así al publicar el primer artículo, leemos esta nota:

*Este trabajo, que se recomienda por el interés de cartas inéditas de un personaje célebre y por documentos originales sobre el comercio y el estado político de América del Sur, nos es enviado por el Señor Lafon(d) de Lurcy, quien ha navegado muchos años y residido en esas regiones*<sup>20</sup>.

Por otra parte, *Etudes sur l'Amérique- espagnole...* es una de las varias publicaciones que yo llamaré “menores” del infatigable viajero; y siguieron a otras publicaciones de mayor importancia y valor, como son: *Quinze ans de voyages autour du monde*<sup>21</sup>, y sobre todo *Voyages autour du monde et Naufrages Célèbres*<sup>22</sup>. En esas publicaciones “menores”, Lafond de Lurcy da a conocer a sus lectores algunos puntos o capítulos, después de sus largos años de viaje, como son, por ejemplo, las monografías: *Les Iles Marquises et les colonies de la France*<sup>23</sup>. *Notice sur le Golf Dulce, dans l'*

- 17 En el *Catálogo General de los Libros Impresos de la Biblioteca Nacional de París*, edición de 1925, se mencionan 18 títulos u obras de Lafond de Lurcy, págs. 1027, 1028 y 1029, del tomo 85; E. sur A-E es el No. 2.
- 18 *La Flotte*.- Periódico de la Marina Real, del Comercio marítimo y de las colonias. Aparece los 7, 17 y 27 de cada mes.- Oficina de redacción, 3 rue d'Alger, París, 7<sup>o</sup> año, No. 29, 17 de octubre de 1827 y No. 31, 7 de noviembre de 1827.
- 19 *La Flotte*.- N<sup>o</sup>. 29, pág. 332.
- 20 Idem.
- 21 Q.a.V.A.M.- por Gabriel Lafond (de Lurcy).- París, Sociedad de las publicaciones cosmopolitas.- 1840, 2 volúmenes.- In-8<sup>o</sup>.
- 22 V.a.M. et N.C.- por el capitán G. Lafond.- París, *Pourrat hermanos*.-- 1843-1844, GR.- In-8<sup>o</sup>, láms. grabadas en negro y en color, retrats. grabados. (I-II Viajes en las Américas). (III-V- Mares del Sur, de China, y archipiélagos de la India). (VI-VIII- Naufragios Célebres).
- 23 *Des îles Marquises et des colonies de la France*.- Firmado: el capitán Lafond de Lurcy.- París, impr. de Vda Dondey-Dupré (1843), In-4<sup>o</sup>, 47 págs.

Etat de Costa Rica<sup>24</sup>, *Nouvelle route pour la Californie et de la colonisation de Costa Rica*<sup>25</sup>, y otras como la que nos ocupa sobre el Ecuador. En estas monografías, sigue bastante de cerca el texto, la relación de sus obras fundamentales: resume, cita, añade observaciones y comentarios los más variados y de mucho valor para la historia, la geografía política y económica, así como para el comercio con Francia y los países que visita.

Además, y es el caso de *Etudes sur l'Amérique-espagnole...* Lafond de Lurcy, miembro de la "Sociedad de Geografía" y otras sociedades marítimas y de comercio, ha presentado sus trabajos en calidad de "Comunicaciones" a esas entidades, lo que explica la publicación de las mismas en folletos separados, aunque por lo esencial formen parte de sus obras fundamentales. Se comprende, por lo mismo, que *Etudes sur l'Amérique-espagnole* comience con estas palabras:

*En mis comunicaciones a las Sociedades de Geografía y Marítima de Francia y en mis diversas obras, me he propuesto siempre como fin indicar los medios de ayudar a nuestra marina comercial en su lucha con las marinas extranjeras...*<sup>26</sup>.

Efectivamente, a través de sus largos viajes por los países sudamericanos, por los mares lejanos de la China, de la India, de los océanos Pacífico y Atlántico, sus páginas están llenas de preciosos datos, de reflexiones extraordinariamente interesantes para estimular las relaciones comerciales de Francia con aquellas distantes naciones del globo. Con este fin también, publicó obras particularmente detalladas como: *Guide général des assurances maritimes et fluviales*<sup>27</sup>.

Pero, no es mi intención referirme ahora a estos aspectos de la obra de Lafond de Lurcy ni tampoco voy a detenerme en el detallado análisis que hace de la geografía del Ecuador o la encantadora narración de su viaje de Guayaquil a Quito, en páginas de belleza literaria excepcional; motivos por los que le consagraré un capítulo especial. Aquí deseo analizar con ciertos detalles las circunstancias en que vino al Ecuador; desde su llegada

24 *Notice sur le Golfo Dulce, dans l'Etat de Costa Rica... et sur un nouveau passage entre les deux océans.*- Por G. Lafond de Lurcy.- París, Fontaine, 1836, In-8<sup>o</sup>, 59 págs.

25 *Nouvelle route pour la Californie et de la colonisation de Costa Rica, para l'auteur de "Quinze ans de voyages autour du monde"* (G. Lafond de Lurcy).- París, Dauvin et Fontaine, In-8<sup>o</sup>, 15 págs.

26 E, Sur A-E.- pág. 1.

27 *Guide général des assurances maritimes et fluviales ... par Gabriel Lafond de Lurcy.*- París, Robiquet, 1855, In-8<sup>o</sup>, VI-II-510 págs., cuadros.

a la *ciudad independiente* de Guayaquil, al día siguiente del 9 de octubre de 1820, fecha en que esta ciudad proclamó su separación de la metrópoli. Será muy importante saber como conoció a Bolívar, San Martín, Flores y otros personajes de nuestra emancipación; cuáles fueron sus impresiones sobre esos años históricos, así como una cantidad de informaciones sobre los hombres y algunos hechos olvidados por nuestros historiadores.

Luego de haber señalado el interés que presentaban para los armadores y negociantes, “aquellos países nuevos abiertos a su industria y a sus especulaciones” y afirmar que “el momento me parece favorable”, Lafond de Lurcy se detiene a explicar el motivo de haber escogido nuestro país para estudio.

*Hablaré, ante todo, del Ecuador —escribe— y esto por dos motivos: el primero porque es un suelo rico, que produce mucho y puede producir más aún, si su gobierno logra atraer a él trabajadores europeos; el segundo, porque este país ha recibido la visita del señor Ministro de La Marina<sup>28</sup> y que mis opiniones*

- 28 No cabe duda que el Ministro de la Marina que visitó las costas ecuatorianas y estuvo en Guayaquil, fue el almirante barón de Mackau quien recorrió las costas del Pacífico, entre 1821 y 1823, cuando comandaba la fragata *La Clorinde* y Lafond de Lurcy se encontraba también en esas regiones.- Ange René Armand barón de Mackau nació en París, el 19 de febrero de 1788, de una familia de origen irlandés. A los 19 años, ingresó en la marina y sus brillantes servicios en los mares del Norte, de la India, de las Antillas le permitieron escalar rápidamente los grados militares. En 1819, capitán de navío, era gentilhombre de la cámara del rey; en 1821, fue encargado de negociar, en nombre de Francia, con Chile y el Perú. Contralmirante en 1825 entró en el Consejo del Almirantazgo y en 1830 representó a Lorient en la Cámara de Diputados. Vicealmirante en 1831, al frente de una flota, fue encargado de exigir reparaciones al dictador Rosas y cumplió esta misión, más diplomática que militar, con enorme habilidad y concluyó el Acuerdo de 29 de octubre de 1840. El año siguiente entró en la Cámara de los Pares y el 24 de julio de 1843, fue designado Ministro de la Marina. Trabajó con mucho éxito en la reorganización de la flota y de los arsenales; pero, sus proyectos de inaugurar en las colonias una política que lentamente debía llevarlas a la abolición de la esclavitud no fue del agrado de la Cámara de Diputados y debió dejar el gobierno, el 10 de mayo de 1847. Poco después fue ascendido a almirante, 23 de diciembre de 1847 y gracias a este título entró en el Senado, 26 de enero de 1852, luego del golpe de Estado de 1851. Murió en París, el 15 de mayo de 1855.- Algunos de estos datos los debo al distinguido colega, Charles-Albert Jézéquel, Profesor de la Universidad de París-X, quien ha consagrado una tesis doctoral a: *La presencia marítima de Francia en Chile y el Perú en la época de la Independencia*.- Centro de Estudios e Investigaciones Ibéricas y Latinoamericanas, Director Sr. Ch. Minguet, París-X, Nanterre, 1973.

*serán juzgadas en perfecto conocimiento de causa...<sup>29</sup>.*

Para quienes no han oído hablar del Ecuador, Lafond de Lurcy escribe estas líneas que actualmente, más de una vez, debemos repetir aún a los despreocupados Europeos que sitúan nuestro país en regiones africanas. Lafond de Lurcy escribe:

*El Ecuador, nombre bien conocido de los astrónomos, de los geógrafos y de los marineros, que designa la línea equinoccial y de separación entre el Norte y el Sur del mundo, es también la denominación que se ha dado a un Estado considerable de América del Sur <sup>30</sup>.*

Y recordando que a la Nueva Granada se la llamó Colombia, en memoria del ilustre marino genovés; que “para perpetuar el recuerdo de su nombre, Bolívar le dio al Alto Perú, que llamó Bolivia, cuando él lo separó del Perú”, Lafond de Lurcy rinde ya este homenaje al fundador de nuestra República:

*El general Flores supo mantenerse mejor en guardia contra las seducciones de una vanidad personal; rehusó llamar Floreana, a la nueva república de la que fue el fundador, y le dio el nombre de Ecuador que conservará tan largo tiempo como durarán sus destinos, porque es apropiado a las circunstancias y a la posición geográfica de su capital <sup>31</sup>.*

Como no volveré aquí sobre este asunto, quizás tenga interés mencionar estas líneas de un testigo de esos años. Al señalar las provincias que componen esta nueva República, Lafond de Lurcy escribe:

*El Ecuador debería poseer aún en el Sur, las provincias de Jaén y de Mainas que el Perú retiene a pesar del tratado concluído en Guayaquil, en 1832, y la provincia de Tumaco, guardada por Nueva Granada<sup>32</sup>.*

Le disculpamos lo de la fecha, pues claramente vemos que se refiere al “Tratado de Paz”, firmado en Guayaquil el 22 de septiembre de 1829; pero, retengamos el valor de su testimonio.

En sus dos volúmenes *Quinze ans de voyage autour du monde*, Lafond

29 E. Sur A-E.- pág. 2.

30 Idem.

31 Idem.

32 Idem.- págs. 13 y 14.

de Lurcy refiere sus dos viajes a los países del Oriente<sup>33</sup>. Y en su primer volumen de *Voyages autour du monde et naufrages célèbres*, su viaje de Manila a México, y a América Central. En las costas de Guatemala, a órdenes del capitán Gardner se embarcó en el *Mentor* con rumbo a Guayaquil y Valparaíso.

En los dos últimos capítulos de este primer volumen narra las circunstancias en que se realizó este viaje. En esta travesía, el *Mentor* fue interceptado por el bergantín el *Galvarino*, que a servicio de Chile recorría las costas del Pacífico, a órdenes del capitán Stary y su segundo, Roberston. El diálogo entre el capitán Gardner y Roberston nos ilustra ya de lo que sucedía en el Ecuador. Roberston se dirige al capitán del *Mentor*:

- *¿Viene Usted de San Blas y de Guatemala, Capitán?*
- *Sí, Señor.*
- *¿Tiene Usted un cargamento español?*
- *No; es mi propiedad.*
- *¿A dónde va?*
- *A Guayaquil.*
- *¿Sabe Usted que es un puerto español?*
- *Lo sé.*
- *Pues bien: No. Es independiente.*
- *Poco me importa; voy a buscar allí cacao y no independientes o Españoles...*<sup>33bis</sup>.

Igualmente, cuando interroga a Lafond de Lurcy: “¿Cómo me habla en español si es Usted norteamericano?”. “Yo soy francés, comandante, segundo a bordo del *Mentor*; me embarqué en San Blas. Mi capitán ha creído que su barco estaba comandado por sudamericanos y que yo les explicaría mejor en su lengua lo que desearan conocer”.

Lafond de Lurcy conocía, pues, el español —este detalle es importante— y llegó a Guayaquil a bordo del *Mentor*, en 1820, en aquel período extraordinario que sugiere la fecha del 9 de octubre. Inmediatamente, pasa a darnos detalles de aquella jornada histórica y a mencionar los nombres de los que prepararon y participaron en la emancipación de Guayaquil. Algunos tan conocidos, como los tres nombres de la Junta: Olmedo, Jimena y Roca<sup>34</sup>. Otros menos conocidos como: Manuel Loro, Antonio Luzárraga y, claro, los Franceses Poncher y Soumastre: “quienes se encontra-

33 V.a.M. et N.C.- Volumen I.- pág. 384 (edición de 1847).

33bis Idem.- págs. 384 y 385.

34 Lafond de Lurcy los nombra así: “Una junta de tres miembros se formó; tenía como presidente el doctor Olmedo, quien, hoy es Embajador de Colombia

ban en ese momento en Guayaquil y fueron hechos Alféreces y Comandantes de chalupas cañoneras”<sup>35</sup>.

Una vez independiente Guayaquil, Lafond de Lurcy no desconoce los proyectos de anexión de la ciudad, tanto por parte de San Martín como de Bolívar:

*Guayaquil quería constituirse entonces —escribe Lafond de Lurcy— en república independiente, y, más tarde, comprendiendo mejor que no era bastante fuerte para hacer respetar su independencia, deseaba anexarse al Perú. Bolívar, que tenía necesidad de un puerto para Colombia en el Océano Pacífico y que conocía la importancia de esa rica provincia, atravesada por el único río navegable de toda la costa occidental de América Española, salvó la dificultad, y, contra la voluntad de sus habitantes, como también contra la de los Peruanos, formó de Guayaquil una provincia colombiana*<sup>36</sup>.

Que Bolívar contrarió las aspiraciones de San Martín, del Perú, no hay duda alguna. Pero, no es exacto que obró contra la voluntad de todos sus habitantes, como vamos a verlo en las páginas siguientes.

Vale la pena recordar que la ciudad de Guayaquil nunca dejó de pertenecer al Distrito de la Audiencia de Quito. Su ingreso a la Gran Colombia, en 1822, no cambió la situación de dicho puerto; fue una mera aplicación del principio del *uti possidetis juris* que rige la determinación del territorio en los Estados hispanoamericanos. En 1803, el rey había dictado una Cédula por la que incorporaba determinadas jurisdicciones de esa provincia al Virreinato del Perú, pero conservando su vinculación territorial y gubernativa esencial con Quito, como se acostumbraba dentro de la legislación española colonial de la época. Sin embargo de esto, las autoridades peruanas empezaron de hecho a ejercer jurisdicción sobre esa provincia. Guayaquil no se allanó a esta irregularidad y en varias oportunidades pidió al Soberano que se restaurase la ciudad a su estado anterior a 1803. El rey acogió estas solicitudes y mediante Cédula Real de 23 de junio de 1819 dispuso que el “Virrey y la Audiencia de Lima” arreglasen sus procedimientos “A LO DISPUESTO EN LAS LEYES”; señaló además que Guayaquil y “SU PROVINCIA... CORRESPONDE PRIVATIVAMENTE A LA AUDIENCIA DE QUITO, POR SER DE SU DISTRITO...”

en Inglaterra; los otros Ximenes y Rocca” (V.a.M. et N.C., Volumen II, págs. 9 y 10).

35 Idem. pág. 10.

36 E. Sur A-E.- págs. 2 y 3.

Eso sí, es exacta la reflexión de Lafond de Lurcy cuando anota:

*Guayaquil, la única y sola ciudad de toda la república, no podía seriamente pretender constituirse independiente, a menos de ser rica como Hamburgo o Bremen. Su posición la constreñía a unirse o a la república del Perú, o, en fin, a la de Colombia*<sup>37</sup>.

Y muy acertada también la afirmación del viajero francés acerca del problema de la anexión de Guayaquil: “De la contrariedad de esas afecciones y de esos intereses nacieron graves motivos de discordia”<sup>38</sup>.

Lafond de Lurcy refiere en qué circunstancias entró en contacto con los patriotas de Guayaquil y a prestar sus servicios.

*Como era el único a bordo que conocía la lengua española*<sup>39</sup>, iba todos los días a tierra para descargar las mantecas que habíamos cargado en San Blas o para embarcar el cacao que el Mentor cargaría para Gibraltar. Así conocí sucesivamente a la mayor parte de los Franceses que habitaban entonces en Guayaquil: el señor Drinot, de Saint-Malo; el señor Poncher, el señor Soumastre; el señor Drouet, antiguo oficial del Congreso de Buenos Aires, comandante de la goleta La Golondrina... Todos esos señores me aconsejaron hacer causa común con ellos y de alistarme; acepté y Soumastre se encargó de presentarme a Luzárraga. El día de nuestra visita, encontramos al coronel Morales<sup>40</sup> quien, informando por nuestra conversación de que yo sabía levantar planos, me aseguró de un pronto éxito y me recomendó a Luzárraga de la manera más lisonjera. Este último me encontró un poco joven, pero apto sin embargo para hacerme alférez de marina.

*Como se trataba nada menos que de levantar los planos del Estero Salado e instalar baterías volantes a fin de defender el paso de Las Cruces, creí la misión bastante importante y la recomendación del coronel Morales bastante buena para permitirme poner el grado de alférez como condición expresa de mi alistamiento.*

**A renglón seguido sabemos que:**

*Al salir de casa de Luzárraga, encontré al señor Villamil,*

37 V.a.M. et N.C.- Volumen II, pág. 10.

38 E. Sur A-E.- pág. 3.

39 V.a.M. et N.C. - Volumen II, pág. 12.

40 El coronel Antonio Morales, ascendido después a general.

*quien me felicitó de mi determinación y me invitó a un gran baile que daba en honor del general Sucre, que había llegado esa misma mañana a Guayaquil*<sup>41</sup>.

Sintiéndose muy fatigado, Lafond de Lurcy presentó sus excusas a Villamil y no asistió a la reunión. Pensaba descansar; pero, los oficiales de los barcos anclados junto a Guayaquil (los capitanes asistían a la fiesta de Villamil) vinieron a pedirle que les sirviera de Cicerone. No pudo evitar y salió en compañía de marineros ingleses, americanos: “que tienen una manera de saborear los placeres de la vida que se asemeja a la rabia; se diría que se proponen recuperar, cuando llega la hora de la alegría todo el tiempo perdido...”<sup>42</sup>. Pasaron una noche de juerga total que terminó en una embriaguez general y en el calabozo. Tan sólo la amistad de Lafond de Lurcy con Villamil les permitió, al día siguiente, salir libres, “los vestidos en jirones, los rostros ensangrentados y lastimados”. Y con trito, añade Lafond de Lurcy: “¡Qué comienzo, qué recomendación para un futuro oficial de la marina de la República de Guayaquil!”<sup>43</sup>.

Nos encontramos en aquellos meses agitados que siguieron al 9 de octubre de 1820. En Guayaquil, no existía unidad de criterio acerca de su organización política entre los dirigentes de la revolución de la que Bolívar llamaba despectivamente “*Republiquita*”. En febrero de 1821, Bolívar envió a Guayaquil al general José Mires y, en el mes de mayo del mismo año, al general Sucre.

El mariscal Antonio José de Sucre nació el 18 de junio de 1796. En 1820, era ya un veterano de la lucha por la independencia de Venezuela, desde hacía diez años. Su experiencia era tan variada como profunda. Había ganado el grado de general de brigada por sus propios méritos; pero, Bolívar le había escogido para una carrera más gloriosa aún. Su primera misión, escribe Gabriel Lafond de Lurcy, le llevó a Santo Tomás, en las pequeñas Antillas, para comprar armas. Luego, debió tratar con Pablo Morillo, virrey de Nueva Granada y comandante en jefe de las fuerzas realistas. Fue nombrado también ministro interino de la guerra. A su regreso de Santo Tomás, Sucre recibió el comando de una de las divisiones estacionadas en Cúcuta. Su misión consistía en defender las rutas que conducían a Cundinamarca y operar en los llanos<sup>44</sup>. Pero, pronto recibió una misión

41 V.a.M. et N.C.- Volumen II, pág. 13. Lafond de Lurcy escribe: Willamil.

42 Idem.- pág. 13.

43 Idem.- pág. 16.

44 John P. HOOVER.- La Ruta de Sucre a Guayaquil.- Traducción de Alicia

más importante aún: Bolívar le eligió para negociar un armisticio con Morillo. Todo el tiempo que duraron las negociaciones, Sucre fue el Secretario de Bolívar. Desde el principio de octubre de 1820, cumplía el doble cargo de jefe del Estado Mayor y de ministro interino de la guerra; estaba, pues, en contacto estrecho con Bolívar, viviendo sus esperanzas y sus preocupaciones. Este último, desde el comienzo del mes de noviembre, ensanchó las negociaciones proponiendo un tratado para poner fin a la guerra de exterminación y a las prácticas de terror que causaban estragos en ambos lados. Parece que fue Sucre quien le sugirió esta decisión<sup>45</sup>.

El 17 de noviembre, las negociaciones empezaron y el 25 se firmó un armisticio, que suspendía las hostilidades durante seis meses, mientras que un acuerdo ponía fin a la "guerra a muerte". Poco tiempo después, Morillo y Bolívar se encontraron personalmente para celebrar el éxito de sus negociaciones.

A principios de 1821, Sucre fue encargado por Bolívar de comandar una delegación político-militar que iba a Guayaquil. Esta misión era, sin duda, la más importante porque la toma de Guayaquil y de Quito era el segundo paso que conduciría a la formación de la Colombia de Bolívar. El 21 de enero de 1821, Sucre se dirigió hacia Popayán, en el Sur de Nueva Granada, donde los realistas ocupaban la ruta de Quito. Encontró las tropas del general Manuel Valdez, su predecesor, en un estado lamentable, agotadas, diezgadas a causa de las deserciones y la incapacidad, 600 hombres de los que la mitad no tenía armas. Debíó reforzar el ejército y consiguió la cooperación de los civiles. Desde el Sur, en donde se hallaba, Sucre aconsejaba a Santander sobre la mejor manera de conducir una campaña contra Quito<sup>46</sup>. El ejército debía pasar por Guayaquil y no por Pasto que era un asiento realista<sup>47</sup>. El consejo de Sucre fue seguido. La base de operaciones se instalaría en Guayaquil, de donde se prepararía una campaña contra Quito. Pero, apenas firmado el armisticio de 1820, Bolívar decidió ganar ventaja sobre el enemigo violando la tregua y, el 2 de febrero, Santander escribía a Sucre:

*El Libertador me dijo le advirtiese que a los 40 días de terminarse el armisticio se avise ir a romper las hostilidades y que de hecho se rompan, pues aunque él ajuste otro armisticio, como*

Coloma de Reed.- *Museo Histórico*. Órgano de los Archivos Municipales de Quito.- 19<sup>o</sup> año, junio-diciembre de 1972, No. 54, págs. 55 a 73.

45 Idem.- pág. 59.

46 Idem.- pág. 63.

47 Idem.

*es probable, no obligará a Usted hasta que no se le comunique*<sup>48</sup>.

Mientras la tregua de Bolívar cubría el Sur, Santander la extendió de modo que cubrió también la expedición de Sucre.

Sucre tuvo que afrontar en el Sur más problemas que los que había previsto; debió reclutar, reformar y adiestrar a 1000 hombres en un país hostil; tuvo que afrontar también la incomprensión de la Iglesia que se oponía a la independencia y, en particular, el Obispo de Popayán. Otro obstáculo se levantaba delante de él: Melchor Aymerich, presidente de la Real Audiencia de Quito y comandante de un fuerte ejército; éste admitía la existencia de una línea de demarcación entre las fuerzas respectivas, pero, rehusaba incluir Guayaquil en los límites de la tregua.

Sucre estaba al corriente de la atmósfera política que reinaba en Guayaquil. El sentimiento revolucionario existía mucho antes de este histórico 9 de octubre de 1820, y aun del 10 de agosto de 1809, año en que Quito proclamó su independencia; sólo la presencia de las fuerzas realistas había podido impedir un levantamiento similar en la ciudad de Guayaquil. Pero, el sentimiento revolucionario se acrecentó y se fortificó con la ayuda conjugada de corsarios que, de vez en cuando, afrontaban los barcos españoles, con las victorias de Bolívar en Nueva Granada, con la revolución liberal en España y el desembarco en 1820, en el Perú, de un ejército argentino-chileno comandado por José de San Martín.

El sentimiento popular estaba dividido en tres tendencias: unos preferían la unión con el Perú, otros con Colombia y otros, en fin, reclamaban la independencia o por lo menos, una autonomía provincial<sup>49</sup>. Pero, todos temían la invasión española comandada por Melchor Aymerich. La Junta había pedido ayuda a San Martín, al vicealmirante Lord Cochrane y a Bolívar.

El 11 de noviembre, el Colegio Electoral, en asociación con la Junta, declaraba a Guayaquil independiente, "pero libre de unirse a toda otra entidad política más importante, susceptible de crearse en América del Sur"<sup>50</sup>. San Martín deseaba para el Perú la posesión de este puerto, con todas sus facilidades para las construcciones navales, y sus recursos naturales, porque el que controlara Guayaquil, controlaría el mar. "La política

48 Carta de Santander a Sucre, de 2 de febrero de 1820.- *Idem.*- pág. 64.

49 *Idem.* pág. 67.

50 *Idem.*- pág. 68.

de San Martín hacia Colombia era clara y agresivamente organizada”<sup>51</sup>. El objetivo de Bolívar también era claro; consideraba Guayaquil y Quito como parte integrante de Colombia y había incluido a Quito y Guayaquil dentro de los límites territoriales señalados en la Constitución de 1819, así como en los términos del Armisticio firmado con Morillo, en 1820<sup>52</sup>. Por estos motivos, rehusaba la idea de la independencia. Envió al general José Mires con 1000 fusiles y, el 21 de enero de 1821, ordenaba a Sucre entrar en la escena con plenos poderes y fuerzas militares reforzadas. En cuanto a la Junta, ella preveía la necesidad de unirse a “un Estado que, por sus luces, afirme y consolide el orden social, que vuelva a lanzar la industria, dé nuevo desarrollo al comercio y alce esta provincia al nivel de prosperidad al que le llamaba la naturaleza”<sup>52bis</sup>.

Sucre llegó en esta situación con cuádruple finalidad: la posesión de Guayaquil y de Quito por Colombia; el establecimiento de un protectorado interino en Guayaquil; la derrota de los realistas y la preparación de su ejército para una campaña en el Perú. Además, debía preparar el terreno para la llegada de Bolívar. Un factor favorecía su acción: Colombia había terminado casi su independencia, hacia el fin del año 1820, mientras que el Perú nada había conseguido. Sucre debía, pues, extender el poder de Colombia hacia el Sur. Su llegada a Guayaquil, el 7 de mayo, reanimó las esperanzas de los patriotas e impidió que las fuerzas españolas acantonadas en el interior avanzaran hacia el puerto<sup>53</sup>.

Por otra parte, habiendo vivido al lado de Bolívar, Sucre conocía perfectamente la estrategia genial del Libertador y, quizás, vislumbraba también su futuro destino glorioso en Pichincha y en Ayacucho.

El general Antonio José de Sucre llegó con el fin de ayudar a los independientes, pero también para decidir la adhesión de Guayaquil a la Gran Colombia. San Martín, por su parte, y los dirigentes peruanos tenían fijos los ojos en el gran puerto; y fue muy clara la misión que trajeron los militares argentinos, Tomás Guido y Toribio Luzuriaga enviados por el “Protector del Perú”, y después sus agentes, los generales Francisco Salazar y José de la Mar; este último fue nombrado “Comandante Militar” de Guayaquil, en reemplazo del coronel Antonio Morales que había salido con Sucre en la campaña que le llevó hasta la victoria de Pichin-

51 Idem.- pág. 69.

52 Idem.- pág. 70.

52bis Idem.- pág. 71.

53 Idem.

cha. Como resume admirablemente nuestro escritor Alfredo Pareja Díezcanseco, sintetizando aquel período agitado de traiciones (como la sublevación, el 17 de julio de 1821, de la escuadrilla que anclaba en Guayaquil, en favor de los realistas y en la que participaron Nicolás López de Aparicio, Venezolano, el Español Caamaño y el Guayaquileño Ramón Ollague<sup>54</sup>), de intrigas y vacilaciones alrededor del caso de “Guayaquil”:

*Geográficamente, pues, la pretensión peruana resultaba impracticable. Políticamente, una avanzada que haría peligrar a Colombia. Y jurídicamente, un desconocimiento de derecho. Sin embargo, los jefes peruanos convencieron al general José de San Martín, Protector del Perú. Y empezaron las intrigas<sup>55</sup>.*

Pero, Sucre (“Que desenvuelve su conducta con gran sagacidad y discreción”), ha logrado que se firme un Convenio, el 15 de mayo de 1821:

*La Junta Superior de Guayaquil, declara la provincia que representa bajo los auspicios y protección de la República de Colombia. En consecuencia, confiere todos los poderes a S.E. el Libertador Presidente, para proveer a su defensa y sostén de su Independencia...<sup>56</sup>.*

Sucre siguió la preparación de su ejército para avanzar a Quito; y, a pesar del fracaso del segundo Huachi: “Se vencieron todos los obstáculos, hasta la renuncia de San Martín que no enviaba un prometido buque para transportar las tropas colombianas que arribarían a Guayaquil”<sup>57</sup>.

Seguramente, en esos días, cuando era urgente transportar tropas colombianas para la defensa de Guayaquil, se presentó la oportunidad que refiere Lafond de Lurcy, permitiéndole participar y contribuir en la independencia sudamericana. El Francés Drinot recibió el comando del bergantín el *Venturoso*, que debía conducir a Colombia un “emisario” para pedir tropas. Drinot nombró a Lafond de Lurcy su primer alférez. Esta misión le sirvió para conocer algunas regiones de Colombia; realizar algunas excursiones

54 Lafond de Lurcy, en V.a.M. et N.C., pág 53 y siguientes menciona al coronel López, al español Rodríguez, y a Ullague, de Guayaquil. Alfredo Pareja Díezcanseco menciona al coronel Nicolás López de Aparicio, venezolano; al español Caamaño y Ramón Ollague, de Guayaquil. (*Historia del Ecuador*.- Edición de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1958, Volumen I, pág. 386).

55 Alfredo PAREJA DIEZCANSECO.- Obra citada, Volumen I, pág. 374.

56 Idem.- pág. 376.

57 Idem.- pág. 386.

siones en el río Chiquinquirá y visitar el interior del país hasta la ciudad de Cali, pero, sobre todo, los puertos de Tumaco y Buenaventura y recorrer las costas del Chocó: “para preservarlas de los navíos españoles que habrían podido venir allá para traer socorros a las fuerzas enemigas”<sup>58</sup>, que combatían a Bolívar. Y Lafond de Lurcy recalca en esta oportunidad de ayudar al ejército del Libertador: “Salimos varias veces del puerto —escribe— para vigilar los movimientos que habrían podido hacer los destacamentos del ejército español del interior”<sup>59</sup>. En Cascajal, recibieron la feliz noticia de la victoria de Carabobo, el 24 de junio de 1821, y por la colaboración indirecta en la batalla, estuvo entre los que recibieron las recompensas otorgadas al ejército victorioso, a título de *empleado en el servicio activo*. Recibió pues, así como su comandante, la condecoración de Carabobo y la estrella de los *Libertadores de Cundinamarca*<sup>60</sup>. Lafond de Lurcy tenía 19 años y era “alférez de la marina de Guayaquil”.

Luego de aquella misión y de haber contribuido indirectamente en la victoria de Carabobo, después de dos meses de espera, el batallón *Vargas*, que había participado en esa batalla, fue destinado a Guayaquil y se embarcó en el *Venturoso*. El batallón estaba comandado por los coroneles Leal y Diego Ibarra, edecán de Bolívar. Lafond de Lurcy presenta así a este último oficial:

*Don Diego tenía entonces de veinticinco a veintiseis años; su compañía nos fue muy agradable, porque él era de una extremada benevolencia y su conversación manifestaba que poseía mayor instrucción que la que en general tienen los Americanos. A pesar de su bondad, su carácter no era menos firme y resuelto y le volvía capaz de cumplir las funciones más importantes, según lo ha demostrado cuando fue ascendido a general*<sup>61</sup>.

Después de su misión en Colombia y dejadas las tropas en Manta —de donde debían marchar a Montecristi— Lafond de Lurcy estuvo de regreso a Guayaquil hacia el 20 de noviembre de 1821. Fue entonces cuando entabló nuevas amistades; entre otras con el señor Klinger: “joven oficial francés”; el señor Stevenson, secretario de Lord Cochrane:

58 V.a.M. et N.C.- Volumen II, pág. 97.

59 Idem.- pág. 53.

60 Idem.- “La condecoración otorgada a los vencedores, nos fue enviada a Cascajal, por nuestra real cooperación, aunque indirecta, en los éxitos, del ejército colombiano”, explica Lafond de Lurcy, pág. 99.

61 Idem.- pág. 102.

*quien después ha escrito una relación muy interesante de sus viajes en América del Sur, pero al que se puede reprochar con justicia de haber sido muy parcial con el almirante y de no haber reconocido el carácter noble y desinteresado del general San Martín*<sup>62</sup>.

Mientras las campañas de 1821-1822, que se terminaron con la victoria del 24 de mayo y la independencia de Quito, es decir, del Ecuador, Lafond de Lurcy cumplió otras misiones en el Perú. En 1821, en calidad de comandante del bergantín la *Rita*, fue enviado con un mensaje a Lima. Este viaje particularmente difícil le dio la ocasión de demostrar sus cualidades de mariner y le mereció un enorme prestigio entre los pasajeros “que habían jurado propagar una reputación colosal de valor y habilidad; hablaron, en este sentido al gobierno peruano, al general Cruz, comandante de la marina y a todos sus amigos...”<sup>63</sup>. Nada extraño que su compatriota Soyez, comisario de la marina, le recomendará especialmente al general Cruz y le presentara a Su Excelencia el general San Martín que “organizaba entonces la marina del Perú”. En ese primer viaje a Lima, tuvo, además, ocasión de conocer a muchos Franceses, militares, negociantes, que cooperaban de algún modo en las luchas de la independencia; en especial, a los que encontró en el hotel en que todos se alojaban y a los que Soyez “cuya urbanidad nunca se ha desmentido, me presentó de la manera más cortés”. Menciona a los señores Bandzen, coronel Raulet, Millet, Bouchard, Soulanges, Bruix, d’Albe, Giroust, los capitanes Gosse, Destebecho y G. Prunier, entonces al servicio del Perú, y a los negociantes Bardel y Lamotte.

*Esa reunión —escribe— era para nosotros todos, una verdadera fiesta nacional. ¡El recuerdo de la patria es tan suave en la ausencia! Entonces vuestros compatriotas se asemejan a hermanos que la Providencia os envía para ayudarlos a soportar los sufrimientos de una vida aventurera*<sup>64</sup>.

62 Idem.- págs. 124 y 125.

63 Idem.- pág. 280.

64 Idem.- pág. 292.

## CAPITULO VII

### LA ENTREVISTA DE BOLIVAR Y SAN MARTIN EN GUAYAQUIL (1822) Y LA CARTA LAFOND

Antes de presentar un capítulo tan importante de la historia hispanoamericana, ecuatoriana, en particular, es preciso recordar ciertos hechos históricos que completen aquellos ya evocados en el capítulo anterior. Después de la independencia de Guayaquil (9 de octubre de 1820) y antes de la de Quito (24 de mayo de 1822), “dos poderosas comunidades militares” se enfrentaban en las colonias españolas de América del Sur que luchaban por su emancipación: el Perú, bajo el comando militar del general José de San Martín; y Colombia, bajo el comando del Libertador Simón Bolívar. La *República* de Guayaquil acababa de crearse también; como carecía de fuerzas militares para mantener su independencia, trataba de remediarlo por “una diplomacia hábil, suave y ambigua”<sup>1</sup>.

Desde su declaración de independencia, la nueva República llamó la atención del Perú y de Colombia. Tres circunstancias, según explica el autor antes citado, despertaron esta atención. La primera, de orden *jurídico*: el 27 de mayo de 1717, el Gobierno español había creado el virreinato de Santa Fé de Bogotá que comprendía Quito y Guayaquil, al mismo nivel que los otros virreinos. Se suprimió el virreinato de Santa Fé, en 1723; fue restablecido el 20 de agosto de 1739 y así quedó hasta 1803, fecha en que el gobierno de Madrid, por orden real, decidió “que el gobierno de Guayaquil dependiese del Virrey del Perú”<sup>2</sup>. Después de la revolución de 1810, el Virrey Abascal reintegró las provincias de Cuenca y Guayaquil a

1 David J. CUBITT.— *Guerra y Diplomacia en la República de Guayaquil (1820-1822)*.— Revista Museo Histórico.— Año XIX, Quito, Junio-Diciembre de 1972, No. 54, pág. 104.

2 Idem.— pág. 105.

Lima. Pero, por un edicto real de 23 de julio de 1819 y luego de las vacilaciones sobre la independencia civil de Guayaquil, el rey anunció:

*He venido en declarar que estando ya restablecido el Virreynato de Santa Fé, y en ejercicio de sus funciones el Presidente y Audiencia de Quito, a ésta toca atender en todas las causas así civiles y criminales del gobierno de Guayaquil como en los asuntos de mi Real Hacienda, permaneciendo el mismo Gobierno sujeto en lo militar a ese Virreynato (del Perú)*<sup>3</sup>.

Desde luego, la jurisdicción sobre Guayaquil, como podrá comprobarse, estaba dividida entre el Perú y Colombia.

La segunda circunstancia era de orden *estratégico*. Bolívar expresó claramente su concepción de “la utilidad estratégica de la provincia”, en una carta a Sucre, escrita desde Quito, el 21 de junio de 1822:

*Renunciar a Guayaquil es imposible, porque será más útil renunciar al Departamento de Quito. Además de ser contagioso el ejemplo inicuo e impolítico de Guayaquil, su territorio está enclavado en nuestra frontera por el sur; está protegido por el Perú que tiene a sus órdenes todos los militares del Sur de América, y que es rico y por consiguiente capaz de muchas tropas. El país de las fronteras con el Perú es afeminado y nada militar; Pasto es enemigo de los colombianos, y además terrible. Popayán ya no puede resistir grandes guarniciones, y sus contornos son guerrilleros y enemigos. Tiene Ud., en fin, que el momento de hacer prueba de nuestras fuerzas y nuestra fortuna es ésta para no vernos relegados del otro lado de los Andes en los llanos de Neiva*<sup>4</sup>.

Pero, al mismo tiempo, la provincia era codiciada por el Perú. Los astilleros navales y los recursos en madera eran un complemento natural para el puerto del Callao y para su costa árida. San Martín y Bolívar estaban de acuerdo sólo sobre un punto: Guayaquil “no podía seguir como estado independiente”<sup>5</sup>. La mejor definición estratégica fue dada por un guayaquileño, don Francisco María Roca: “Un vacío de poder inevitablemente atrae las fuerzas de las cercanías, las que tratan de llenarlo con su influencia y fuerza”.

3 *Recopilación de documentos oficiales de la época colonial (y) la independencia de Guayaquil.*— (Guayaquil, 1894), págs. 139-142.— Citado por Cubitt.— Revista citada, pág. 106.

4 Cartas de Bolívar a Sucre.— Revista mencionada; págs. 106-107.

5 David J. CUBITT.— Obra citada, pág. 107.



Un camino a través de los Andes.

Esta tercera circunstancia *económica* demostraba que los intereses del Perú eran más importantes. Desde hacía años, el comercio entre Guayaquil y el Perú era muy activo y necesitaba una flota de más de cien barcos; mientras que el comercio con Colombia era insignificante.

Analizadas estas tres circunstancias, se comprende cuán complejo era el problema de Guayaquil; existían poderosas razones de ambos lados, y ambos van a tratar de sacar del gobierno independiente una respuesta sin equívoco. La primera ventaja tuvo San Martín; pero, la batalla de Carabobo, 24 de junio de 1821, terminó la guerra de Colombia y permitió a Bolívar mirar hacia el Sur.

El último acto iba a empezar. A finales de 1821, el Libertador se dirigió al Sur de Colombia para abrir la campaña contra Quito; logró ganar la batalla de Bomboná (7 de abril de 1822), mientras el general Sucre ganaba la de Pichincha (24 de mayo de 1822). La población de Guayaquil estaba entusiasmada y los partidarios de Colombia exigieron que el Colegio Electoral decidiera de la suerte de la provincia de una vez por todas. El 11 de julio de 1822, Bolívar entraba en Guayaquil con 1300 hombres, bajo las aclamaciones de la muchedumbre. La Junta, los partidarios del Perú y de la autonomía huyeron. La provincia estaba anexada a la Gran Colombia.

En resumen, la historia diplomático-militar de Guayaquil conoció cuatro fases. En la primera, de 9 de octubre de 1820 a 3 de enero de 1821, las posibilidades de anexar la provincia al Perú fueron mayores para San Martín. A causa de las comunicaciones entre Guayaquil y Colombia, Bolívar no recibió al enviado de Guayaquil sino en diciembre y, por consiguiente, no pudo actuar inmediatamente. La derrota de Huachi sufrida por los patriotas (22 de noviembre de 1820), colocó a la provincia en posición desventajosa frente a San Martín. Este no aprovechó la situación al máximo y se contentó con un acuerdo que reconocía al Estado teóricamente independiente de Guayaquil.

En la segunda fase, de febrero a agosto de 1821, los Colombianos recobraron la ventaja. Sucre pudo intimidar a la Junta con la superioridad de sus tropas. Los acontecimientos interiores (contrarrevolución y crecimiento del partido procolombiano) le ayudaron, así como los acontecimientos exteriores: victoria de Yaguachi y debilitamiento de los realistas.

En la tercera fase, septiembre de 1821 a mayo de 1822, la posición de San Martín mejoró con la derrota del segundo Huachi (12 de septiembre de 1821) que destruyó la diplomacia colombiana. Pero, San Martín no sacó provecho del debilitamiento colombiano, porque debió afrontar graves problemas en el Perú. La posición colombiana se restableció, ayudada por la inestabilidad de la política interna y el éxito militar.

En la cuarta fase, después de las victorias de Carabobo y Pichincha, Bolívar en persona entró en el escenario, con una fuerza militar en Pasto y Quito, y una diplomacia activa, mientras en el Perú las dificultades de San Martín empeoraban. Los Colombianos fácilmente se impusieron en Guayaquil, gracias a la presencia del Libertador y, en especial, después de la retirada voluntaria de San Martín, luego de la histórica y célebre entrevista de los dos Libertadores, entrevista de la que vamos a ocuparnos.

Gabriel Lafond de Lurcy se hallaba en Guayaquil cuando la entrevista de Bolívar y San Martín. Es indispensable conocer la versión del viajero francés sobre la entrevista. Y, desde luego, esta afirmación:

*Desde mucho tiempo el general San Martín deseaba tener una entrevista con Bolívar a fin de convenir con él sobre los medios que debían emplear para terminar la guerra del Perú. El 8 de febrero de 1822, se había embarcado en el Callao para Guayaquil; pero, esta entrevista no tuvo lugar porque las necesidades de la guerra, en ese momento, habían llamado a Bolívar a otro punto<sup>6</sup>.*

Efectivamente, conocemos que Bolívar salió de Bogotá en diciembre de 1821 y trataba de avanzar a Quito; tan sólo lo consiguió después de la batalla de Bomboná (7 de abril de 1822) y la victoria de Pichincha (24 de mayo de 1822).

“La necesidad de decidir de la suerte de Guayaquil indujo al Protector para realizar un segundo viaje”<sup>7</sup>, escribe Lafond de Lurcy y afirma que San Martín vino a bordo de la goleta el *Montezuma* y llegó a Guayaquil el 26 de julio. Ahora bien, sabemos que San Martín llegó el 25, a bordo de la goleta *Macedonia*:

*El general San Martín salió del Callao para Guayaquil con el objeto ostensible de tener una entrevista con el general Bolívar; pero muy reservadamente con el de apoderarse de aquel importante Departamento que se había declarado en favor del Perú, anticipándose al general Bolívar, cuyas intenciones y movimientos de sus tropas al efecto, habían llegado a noticia del Gobierno Peruano. Para esta empresa se embarcaron dos batallones y con parte de la escuadra zarpamos del Callao con dirección al referido Departamento, adelantándose del convoy la goleta Macedonia, en*

6 V.a.M. et N.C.— Volumen II.— págs. 134 y 135.

7 Idem.— pág. 135.

que iba el general San Martín y el autor de estas líneas. Llegados a la Puná, se supo allí con sorpresa que ya el general Bolívar se había apoderado del punto codiciado; noticia que nos dieron varios jefes y oficiales del Ejército Argentino que se habían retirado de Guayaquil con motivo de aquel suceso inesperado por ellos. Entonces el general San Martín, variando de plan, porque ya no podía llevar a cabo su propósito, se decidió por la Entrevista, que era lo que todo el mundo sabía y creía. A este fin hizo salir al momento una lancha de las que llevaba la goleta Macedonia con órdenes para el convoy, que av... debía estar muy distante para que en el acto de recibirlas cambiase de rumbo y regresase al Callao<sup>8</sup>.

Bolívar había llegado el 14 de julio, afirma Lafond de Lurcy; pero, en realidad, se encontraba en esa ciudad desde el 11 y conocemos ya las consecuencias de su presencia en Guayaquil.

Lafond de Lurcy escribe que San Martín traía con él "algunos edecanes y a nuestro compatriota Soyez, en calidad de secretario general". Este detalle es muy importante y nos revela un punto interesante de la historia: la amistad que se había iniciado ya entre San Martín y Gabriel Lafond de Lurcy, gracias al francés Soyez. De modo que después de la célebre entrevista, podrá afirmar:

*Stevenson, Miller y Baralt confiesan en sus obras que ignoran los asuntos tratados entre los Libertadores de América española y que no les ha sido dado levantar el velo que los cubre. Yo he sido más afortunado y he podido remontar a las fuentes mismas. He aquí las informaciones que he obtenido del general San Martín y del edecán de Bolívar, que en esta ocasión les sirvió de secretario...<sup>9</sup>.*

Lafond de Lurcy pasa a enumerar los tres principales puntos discutidos: 1) La anexión de Guayaquil al Perú; 2) El reemplazo de los soldados de la división peruana muertos en la campaña de Quito y 3) Los medios para la conclusión de la guerra del Perú.

Pero, lo que es mucho más importante, luego de referirse a la separación definitiva de San Martín, publica en francés la célebre carta del general argentino al Libertador, fechada en Lima, el 29 de agosto de 1822.

8 Rufino GUIDO, general.— Revista de Buenos Aires, B.A. 1868, t. XV, No. 57.— Citado por Eduardo L. Colombes Mármol.

9 V.a.M. et N.C.— Volumen II, págs. 135 y 136.

Sigue a continuación el texto español de la carta que Lafond de Lurcy publicó, por primera vez, en 1843 y que se la conoce como la *Carta Lafond*:

*Excmo. Señor Libertador de Colombia,  
Simón Bolívar.*

*Lima, 29 de agosto de 1822. Querido General: Dije á usted en mi última, de 23 del corriente, que habiendo reasumido el mando supremo de esta república, con el fin de separar de él al débil e inepto Torre-Tagla, las atenciones que me rodeaban en aquel momento no me permitían escribirle con la extensión que deseaba; ahora al verificarlo, no sólo lo haré con la franqueza de mi carácter, sino con la que exigen los grandes intereses de la América.*

*Los resultados de nuestra entrevista no han sido los que me prometía para la pronta terminación de la guerra. Desgraciadamente, yo estoy íntimamente convencido, ó que no ha creído sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes con las fuerzas de mi mando, ó que mi persona le es embarazosa. Las razones que usted me expuso, de que su delicadeza no le permitiría jamás mandarme, y que, aun en el caso de que esta dificultad pudiese ser vencida, estaba seguro que el congreso de Colombia no consentiría su separación de la república, permítame general le diga, no me han parecido plausibles. La primera se refuta por sí misma. En cuanto á la segunda, estoy muy persuadido, que la menor manifestación suya al congreso sería acogida con unánime aprobación cuando se trata de finalizar la lucha en que estamos empeñados, con la cooperación de usted y la del ejército de su mando; y que el alto honor de ponerle término refluirá tanto sobre usted como sobre la república que preside.*

*No se haga V. ilusión, general. Las noticias que tiene de las fuerzas realistas son equivocadas; ellas montan en el Alto y Bajo Perú a más de 19.000 veteranos, que pueden reunirse en el espacio de dos meses. El ejército patriota diezmado por las enfermedades, no podrá poner en línea de batalla sino 8.500 hombres, y de éstos, una gran parte reclutas. La división del general Santa Cruz (cuyas bajas según me escribe este general, no han sido reemplazadas á pesar de sus reclamaciones) en su dilatada marcha por tierra, debe experimentar una pérdida considerable, y nada podrá emprender en la presente campaña. La división de 1.400 colombianos que V. envía será necesaria para mantener la guarnición del Callao, y el orden de Lima. Por consiguiente, sin el apoyo del*

ejército de su mando, la operación que se prepara por puertos intermedios no podrá conseguir las ventajas que debían esperarse, si fuerzas poderosas no llamaran la atención del enemigo por otra parte, y así la lucha se prolongará por un tiempo indefinido. Digo indefinido, porque estoy íntimamente convencido, que sean cuales fueren las vicisitudes de la presente guerra, la independencia de la América es irrevocable; pero también lo estoy, de que su prolongación causará la ruina de sus pueblos, y es un deber sagrado para los hombres á quienes están confiados sus destinos, evitar la continuación de tamaños males.

En fin, general; mi partido está irrevocablemente tomado. Para el 20 del mes entrante he convocado el primer congreso del Perú, y al día siguiente de su instalación me embarcaré para Chile, convencido de que mi presencia es el sólo obstáculo que le impide á usted venir al Perú con el ejército de su mando. Para mí hubiese sido el colmo de la felicidad, terminar la guerra de la independencia bajo las órdenes de un general á quien la América debe su libertad. El destino lo dispone de otro modo, y es preciso conformarse.

No dudando que después de mi salida del Perú, el gobierno que se establezca reclamará la activa cooperación de Colombia, y que usted no podrá negarse á tan justa exigencia, remitiré á usted una nota de todos los jefes cuya conducta militar y privada pueda ser á usted de alguna utilidad su conocimiento.

El general Arenales quedará encargado del mando de las fuerzas argentinas. Su honradez, coraje y conocimientos, estoy seguro le harán acreedor que usted le dispense toda consideración.

Nada diré á usted sobre la reunión de Guayaquil á la república de Colombia. Permítame, general, que le diga, que creí que no era á nosotros á quienes correspondía decidir este importante asunto. Concluida la guerra, los gobiernos respectivos lo hubieran transado, sin los inconvenientes que en el día pueden resultar á los intereses de los nuevos estados de Sud-América.

He hablado á usted, general, con franqueza, pero los sentimientos que exprime esta carta, quedarán sepultados en el más profundo silencio; si llegasen á traslucirse, los enemigos de nuestra libertad podrían prevalecerse para perjudicarla, y los intrigantes y ambiciosos para soplar la discordia.

Con el comandante Delgado, dador de ésta, remito á usted una escopeta y un par de pistolas, juntamente con un caballo de paso

*que le ofrecí en Guayaquil. Admita usted, general, esta memoria del primero de sus admiradores.*

*Con estos sentimientos, y con los de desearle únicamente sea usted quien tenga la gloria de terminar la guerra de la independencia de la América del Sud, se repite su afectísimo servidor.*

*José de San Martín*<sup>10</sup>.

Gabriel Lafond de Lurcy añade:

*No haré ningún comentario a esta carta publicada hoy por la primera vez*<sup>11</sup>.

A continuación nos ofrece las "OPINIONES del general San Martín sobre Bolívar, sobre Sucre"<sup>12</sup>.

En su biografía de Bolívar, el escritor ecuatoriano Darío Guevara escribe:

*El 26 de julio San Martín llegó a Guayaquil y la historia de América escribió este acontecimiento, sobre la base de la entrevista del Libertador del Sur con el Libertador de la Gran Colombia. Libros enteros se han hecho en torno de ella y nosotros le dedicaremos un capítulo, porque su contenido concurre también al ideal sustentado por Bolívar en aras de la Gran Patria Continental*<sup>13</sup>.

En la obra mencionada, el mismo autor añade estas líneas de enorme interés histórico:

*La conferencia fue secreta y larga. De ella no quedó documento escrito alguno. San Martín debió informar verbalmente al gobierno de Lima. En cambio Bolívar hizo tres relaciones de ella, dos oficiales y una en carta privada, de 29 de julio de 1822*<sup>14</sup>.

Sintetizando lo que escribió Vicente Lecuna sobre este denso capítulo de la historia, con la claridad que le da su talento pedagógico, Guevara resume el pensamiento de San Martín y los documentos oficiales de Bolívar: una Nota dirigida al Secretario de Relaciones Exteriores de Colom-

10 Idem.— págs. 138 a 141 (Texto francés).— El texto español que presentamos aquí reproduce las páginas 615-617, tomo IV de la *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*. Por Bartolomé Mitre (Buenos Aires 1980).

11 Idem.— pág. 142.

12 Idem.— págs. 142 y 144.

13 Darío GUEVARA.— *Bolívar Libertador y Arquitecto de la Unidad Americana*.— pág. 82.— Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana.— Quito, 1974.

14 Idem. pág. 99.

bia y otra al Intendente del Departamento de Quito, así como la carta particular a la atención de Santander, Vicepresidente de Colombia. Leamos el pensamiento de Lecuna y la síntesis de Darío Guevara:

1o) *San Martín dijo espontáneamente a S.E., y sin ser invitado a ello, que nada tenía que decirle sobre los negocios de Guayaquil, en los que no quería mezclarse; que la culpa era de los guayaquileños (divididos en bandos de bolivarianos, sanmartinianos e independientes, o de colombianistas, peruanistas y autonomistas).*

2o) *El Protector se quejó altamente del mando y, sobre todo, se quejó de sus compañeros de armas que últimamente lo habían abandonado en Lima. Aseguró que iba a retirarse a Mendoza.*

3o) *San Martín dijo que también renunciaría la reelección que contaba se haría en él.*

4o) *El mismo agregó que luego que se obtuviera el primer triunfo, se retiraría del mando militar, sin esperar el término de la guerra; pero añadió que antes de retirarse, dejaría bien establecidas las bases del gobierno.*

5o) *Dijo, además, que éste no debía ser demócrata en el Perú, porque no convenía.*

6o) *Añadió que debía venir de Europa un príncipe aislado y solo a mandar aquel Estado.*

Bolívar contestó:

1o) *Que no convenía a la América ni tampoco a Colombia la introducción de príncipes europeos porque eran partes heterogéneas a nuestra masa.*

2o) *Dijo que se oponía por su parte, si pudiera, pero que no se opondrá a la forma de gobierno que quiera darse cada Estado.*

Por otra parte San Martín expresó:

1o) *Que Guayaquil le parecía conveniente para residencia de la Federación, la cual ha aplaudido extraordinariamente como la base esencial de nuestra existencia.*

2o) *Que creía que el gobierno de Chile no tendrá inconveniente de entrar en ella; pero sí el de Buenos Aires, por falta de unión y sistema en él; pero que, de todos modos, nada, nada desea tanto el Protector como el que la federación del Perú y Colombia subsista, aunque no entre ningún otro Estado más en ella.*

3o) *Que juzgaba necesario que los reclutas de ambos estados se*

*remitan recíprocamente a llenar las bajas de los cuerpos.*

*4o) Que en materia de límites no habría ninguna dificultad.*

*5o) Que Bolívar pida al Perú todo lo que guste, que él no hará más que decir sí, sí, sí, a todo, y que él esperaba se haga en Colombia otro tanto*<sup>15</sup>.

He querido recordar las opiniones generalmente repetidas por los historiadores antes de evocar el problema de la *Carta Lafond*, consecuencia de los acontecimientos que siguieron a la entrevista secreta entre los dos generales y que dio origen a la leyenda que se ha llamado el *Secreto de Guayaquil*.

El misterio comenzó a dilucidarse en 1915, cuando la publicación del informe de la conferencia, escrito por el secretario del Libertador. Este informe, que contenía una carta de Bolívar al general Santander, es hoy el documento oficial de la entrevista. Gracias a dicho documento, conocemos que desde el comienzo de su encuentro, los generales manifestaron sus sentimientos de mutua admiración y amistad sincera. El Protector del Perú se abrió a Bolívar de la manera más franca, asegurándole que no quería mezclarse más del asunto de Guayaquil y que iba a retirarse a Mendoza sin esperar el fin de la guerra, renunciando al Protectorado y al comando militar del ejército peruano. Añadió que se debería hacer venir un príncipe de Europa, porque él personalmente no aspiraba al trono; aprobó con entusiasmo el gran proyecto de Bolívar relativo a la Federación de los Estados de América del Sur; expresó su pensamiento que los soldados y los jefes españoles eran menos fuertes que él y que iba a emprender inmediatamente una expedición marítima. En materia de límites territoriales entre Colombia y el Perú, todo sería resuelto sin ninguna dificultad. En fin, y Bolívar vuelve a repetir las mismas palabras en su carta a Santander, que todo marcharía bajo el signo de la unión entre los dos países. Bolívar añade que “no hay gesto de amistad ni oferta que no me haya sido hecho”; hace luego un elogio del Protector, de su carácter militar, activo y rápido, y de su facultad de saber sacar provecho de todo.

Al examinar el contenido de este informe sobre la entrevista de Guayaquil se comprueba que los problemas tratados son de interés general, de tal modo que cuatro horas fueron suficientes para las conversaciones de estos dos personajes cuya responsabilidad histórica, sin embargo, era extraordinariamente pesada.

El historiador argentino Ricardo Rojas afirma:

15 Idem.— págs. 98-100.

*Si queremos saber de qué se trató durante la entrevista, lo mejor es averiguar primero, según las declaraciones de Bolívar y San Martín, de qué no se trató...*<sup>16</sup>.

Y, según el mencionado historiador, los puntos de que no se trató fueron:

- El asunto de la anexión de Guayaquil a Colombia que ya estaba eliminado por anticipado;
- La posibilidad de instalar una monarquía, el coronamiento de San Martín, porque esto no interesaba al Protector;
- La ayuda de 1.400 Colombianos para el ejército del Perú, porque esta ayuda estaba ya sobrentendida antes de la entrevista; ni del plan definitivo de la campaña del Perú, porque, sostiene Rojas, ésta debía estar subordinada a la unión preliminar de los dos ejércitos.

No menos importantes son los acontecimientos políticos y militares que siguieron a la histórica entrevista.

A propósito de la renuncia de San Martín, el ministro de la guerra y de la marina, general Tomás Guido, nos ha revelado las confidencias que le hizo el Protector. San Martín había considerado siempre la independencia del Perú como cosa segura, deduciendo así la inutilidad de conservar el poder. Guido da cuenta del éxito de San Martín en la Comisión del Congreso, que, conmovido por su actitud digna y modesta, aceptó la dimisión del Protector del Perú. La verdadera razón de la renuncia —el mismo San Martín la sugiere— es que no se sentía capaz de tal cargo, persuadido de que existían hombres que podían asumirlo en su lugar. Por lo menos en lo que se refiere a la misión futura de Bolívar los términos son muy claros. En resumen, la acción de San Martín sólo podía ser eficaz en el establecimiento de la nueva república del Perú, reuniendo el primer Congreso Nacional.

De esta misma opinión es el ministro peruano Bernardo Monteagudo cuando afirma: "... Todos exigimos de él (San Martín) el sacrificio de ponerse a la cabeza del comando, si ocupábamos Lima, porque pensábamos que era la única manera de asegurar el éxito de las empresas militares", proposición que aceptó, pero sólo "por un tiempo limitado". Después de lo cual, en efecto, se retiró definitivamente a Chile, dejando a los enemigos la ocasión de obtener una batalla memorable. Por su parte, Bolívar, sabiendo que San Martín había sobrestimado las posibilidades militares del Perú frente a los Españoles, dirigió una carta a los gobiernos del Perú, Chile y Argentina, ofreciéndoles reforzar el ejército peruano. La

Junta Suprema que sucedió a San Martín en el gobierno no aceptó el refuerzo colombiano de 4.000 hombres. Más tarde, al ver que sus ejércitos sufrían numerosos fracasos, Argentina, Chile y el Perú se mostraron cada vez más hostiles al Libertador de la Gran Colombia cuyos éxitos militares y políticos se acumulaban.

La controversia sobre la entrevista de Guayaquil y, en general, sobre este extraordinario capítulo de la historia hispanoamericana cobró especial vigor cuando fue del dominio público, la traducción de la carta de San Martín a Bolívar, fechada en Lima el 29 de agosto de 1822, la *Carta Lafond*, un mes exactamente después de la entrevista de Guayaquil, cuyo texto va en páginas anteriores.

Lo que sorprende en esta carta, en primer lugar, es la visión casi profética de San Martín sobre los acontecimientos que siguieron: el desastre de los ejércitos peruanos, chilenos y argentinos; la negativa de la oferta militar de Bolívar; y su elevación a la cabeza de las fuerzas militares patriotas para dar fin a la independencia del Perú y de América del Sur. La *Carta Lafond* tiende a probar que los documentos oficiales establecidos previamente sobre la entrevista de Guayaquil eran erróneos, en el sentido de que estos últimos querían probar la rivalidad que existía entre los dos Libertadores. La oposición entre la Carta Lafond y la mayoría de los demás documentos sobre el asunto radica en que la primera afirma que, durante la entrevista, San Martín habría reclamado la ayuda militar de Colombia; mientras que algunos historiadores, Mitre especialmente, declara que el objetivo de la entrevista en ningún caso podía ser una petición de ayuda de parte de San Martín, puesto que éste estaba a punto de declarar la guerra a Colombia. Las afirmaciones del general Guido citadas anteriormente confirman las palabras de Mitre.

Entonces, ¿por qué abdicó San Martín en aquel momento preciso, dejando a Guayaquil en manos de Bolívar, como gran puerto de la Gran Colombia? ¿Estaba cansado del poder, decepcionado por sus compatriotas? ¿Había perdido toda ambición militar y de mando? La pregunta, mejor, las preguntas quedan planteadas y conocemos que la discusión histórica continúa entre los defensores de uno u otro de los dos máximos Libertadores del continente sudamericano.

En estas páginas me corresponde esclarecer otros problemas y fundamentalmente la *autenticidad* de la *Carta Lafond* que ha desencadenado una de las polémicas más candentes entre los historiadores sudamericanos.

Comenzaré recordando que por la correspondencia de Gabriel La-

fond de Lurcy conocemos que el viajero francés, al escribir sobre las guerras de la independencia del Perú, solicitó al ilustre proscrito y obtuvo de él documentos para la redacción de la obra que preparaba. Lafond de Lurcy escribe:

*No le ocultaré, mi general —leemos en la carta de 5 de septiembre de 1839— que busco la verdad y la verdad enteramente y como Usted es el único hombre en el mundo, Usted el generalísimo de aquella expedición que puede proporcionarme los documentos que me faltan, para encontrarla me dirijo a Usted con confianza...*<sup>17</sup>.

Se debe tener presente que San Martín vivía entonces en los alrededores de París, exactamente en Grand-Bourg, en las orillas del Sena y del bosque de Senart. Así, conoció antes de su muerte la publicación, en francés, de la *Carta Lafond*. La primera publicación en español la hizo Alberdi, también en París, en 1843, Sarmiento que afirma:

*Fuí, creo, el primer americano que arrojó alguna luz sobre aquella entrevista misteriosa de donde salió el desenlace de la lucha...*<sup>18</sup>,

escribió palabras tan precisas después de su visita a San Martín, en 1846; después del discurso que pronunció en el Instituto Histórico de Francia, en el que fue recibido en ese año. San Martín asistía al acto y Sarmiento en su intervención se refirió a la carta de 29 de agosto de 1822. En París, igualmente, Sarmiento publicó el texto en francés y, en Valparaíso, la traducción española. San Martín que conoció el texto de Lafond de Lurcy, publicado en 1843, así como las publicaciones de Alberdi, de Sarmiento: *no rectificó absolutamente nada y, por el contrario, toda su correspondencia contribuye a confirmar los términos de la Carta Lafond*.

Con sobrada razón, Ariosto D. González anota:

*Esas cuatro ediciones (dos en francés y dos en español) del documento que da detalles importantes de la entrevista de Guayaquil —viva y profundamente relacionada con la acción, el destino y la gloria del general San Martín— fueron hechas en vida de éste, por hombres que le estaban vinculados y en publicaciones que llega-*

17 Carta de Gabriel Lafond de Lurcy a San Martín; 5 de septiembre de 1839.— En el volumen II de mi tesis doctoral (ANEXOS) presenté las fotocopias de los originales de las ocho cartas de Lafond de Lurcy a San Martín.

18 Domingo Faustino SARMIENTO.— *Obras completas de Sarmiento*, tomo XXI, pág. 42.

ron a su conocimiento cuando se encontraba en aptitud espiritual de penetrar y medir su alcance<sup>19</sup>.

El silencio de San Martín después de la publicación de la carta del 29 de agosto de 1822 por Lafond de Lurcy y más tarde por Alberdi y Sarmiento, este silencio para quienes aprecian las altas cualidades morales del héroe argentino es, tal vez, una de las pruebas más convincentes de la autenticidad de dicha carta.

Pero, no voy a detenerme en argumentos ya conocidos por quienes han participado en la histórica controversia. Sin embargo, después de más de veinte años de haber estudiado las obras completas del capitán Gabriel Lafond de Lurcy, de haber examinado todos los documentos actualmente existentes sobre su biografía, los comentarios acerca de su personalidad, de haber prácticamente revelado su nombre a la historia de Francia (así lo han reconocido en su Prefacio el señor Edmond Giscard d'Estaing y en las ceremonias del centenario de su muerte, mayo de 1976, los historiadores del Borbonés, como veremos adelante), después de todo esto, estoy en condición de rechazar rotundamente la acusación que Vicente Lecuna lanzara contra Lafond de Lurcy al sostener que el viajero francés *pensaba disminuir la grandeza del Libertador Simón Bolívar* o contribuir a lo que el historiador venezolano afirma:

*... la propaganda contra Bolívar con documentos falsificados, comenzada en 1843 por el francés Lafond... esa infame leyenda forjada por un Francés sin conciencia contra Bolívar...*<sup>20</sup>.

Por lo mismo, hago mía la apreciación de Ricardo Rojas sobre Lafond de Lurcy, como totalmente ajustada a la realidad histórica:

19 Citado por Ariosto D. González.— Durante la sesión pública de la ACADEMIA NACIONAL DE HISTOIRA, el sábado 22 de octubre de 1949, cuando fueron recibidos los historiadores y profesores delegados al IV CONGRESO HISTORICO MUNICIPAL INTERAMERICANO, que tuvo lugar en Buenos Aires, el historiador uruguayo Ariosto D. González, Presidente del INSTITUTO HISTORICO Y GEOGRAFICO DEL URUGUAY, dictó una conferencia sobre: *Autenticidad de la Carta de 29 de Agosto de 1822*.— En la forma más clara, con admirable conocimiento de la historia, presentó una síntesis cabal del problema y con argumentos irrefutables llegó a conclusiones que finalmente se impondrán a todo investigador imparcial.— En estas páginas me referiré algunas veces a la conferencia de Ariosto González, publicada en: BOLETIN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA.— Volumen XXIII, 1949; Buenos Aires, 1950, págs. 271-287.

20 Ariosto D. GONZALEZ.— *Autenticidad de la Carta de 29 de Agosto de 1822*.— Obra citada, págs. 271 y 278.

*El capitán Lafond de Lurcy es, por linaje, educación y conducta un caballero digno de respeto, su obra Voyages un trabajo monumental lleno de interés humano, útil por sus informes sobre cosas que atañen a la geografía y a la historia del mundo*<sup>21</sup>.

O, como afirma justamente, Ricardo Levene:

*Las cartas del capitán Lafond a San Martín que conocemos son reveladoras de su cultura y alto espíritu... fue uno de los nobles amigos de San Martín que le acompañó moralmente en su ostracismo*<sup>22</sup>.

El estudio de la biografía de Gabriel Lafond de Lurcy, tarea que ningún historiador se había impuesto anteriormente, como lo he recordado ya, es, sin duda alguna, la mejor contribución a la autenticidad de la *Carta Lafond*; pues, de la calidad excepcional de un testigo incorruptible y desinteresado se ha de sacar un argumento fundamental para su credibilidad.

Ni Vicente Lecuna, que acusó a nuestro viajero de haber contribuído a: “la propaganda contra Bolívar con *documentos falsificados*” y que le trató de “Francés sin conciencia” (sic)<sup>23</sup>; ni los demás adversarios de la autenticidad de la carta, entre otros el Ecuatoriano Pío Jaramillo Alvarado, que calificó de “documento apócrifo” la *Carta Lafond*, nadie conocía la biografía del viajero francés; los defensores de la autenticidad la ignoraban igualmente. En estas condiciones, era difícil formarse una idea del valor que podía atribuírse al testimonio de Lafond de Lurcy. Por la presentación que he trazado de este personaje excepcional, por sus cualidades que le destacaron desde su juventud y que sobresalieron en el curso de toda su vida, conocemos que fue un hombre de honor, en el profundo significado que esta palabra tenía en siglos pasados; que fue un auténtico caballero, “un gentil hombre digno de respeto”, como ha escrito Ricardo Rojas. Desde luego, incapaz de lo que le han acusado gratuitamente sus enemigos: la falsificación de la carta de San Martín a Bolívar.

Quienes sostienen, por otra parte, que el borrador de la célebre carta pudo ser redactado por un grupo de militares peruanos enemigos de Bolívar y que entregaron dicho borrador al viajero francés durante uno de sus viajes a Lima, no hacen sino demostrar su ignorancia y desconocimiento de la biografía de Lafond de Lurcy. En efecto, cuando éste relata uno de sus naufragios al dejar América del Sur y dirigirse no a Francia, sino

21 Idem.— pág. 274.

22 Idem.

23 Ver Nota 20.

al Oriente, refiere cómo perdió todos sus documentos mientras viajaba de Manila a China, a bordo del *Candide*. El barco naufragó, después de tres días de tormenta, el 23 de abril de 1831 y tan sólo pudo salvar su: “caja con papeles en que se hallaban las cuentas de la expedición...”<sup>24</sup>. Por consiguiente, este texto es una confirmación irrefutable de que el original o el borrador de la carta de 1822 no lo tenía cuando dejó el Perú, y que tuvo conocimiento del original o de una copia cuando preparaba sus obras, en París; es decir, cuando frecuentaba la casa de San Martín, en Grand-Bourg o gracias a sus relaciones con los testigos destacados de la célebre entrevista.

Me he referido a “sus relaciones con los testigos destacados”. Y aquí debo referirme a otro hecho histórico igualmente desconocido u olvidado por quienes han tomado parte en esta controversia; defensores o adversarios de la autenticidad de la *Carta Lafond*. Quienes han defendido la autenticidad de dicha carta han mencionado invariablemente los nombres de los edecanes de Bolívar que pudieron comunicar a Lafond de Lurcy el original o una copia de la carta de 1822. El general Diego Ibarra, amigo del viajero francés, viene en primer lugar; siguen: J. Gabriel Pérez, Tomás Cipriano Mosquera, el coronel Delgado. A todos ellos trató Lafond de Lurcy y los menciona en su obra.

Pero, hay otro nombre especialmente valioso. Lafond de Lurcy conoció y trató íntimamente a su compatriota Charles-Eloi Demarquet, quien había sido presentado a Bolívar por el almirante Louis Aury (1788-1822); la ayuda de éste último había sido valiosa al Libertador, en Haití, luego del éxito de Morillo y de su terrible represión.

Lafond de Lurcy no ha escatimado sus elogios para Demarquet. Nacido en París, el 13 de junio de 1796, joven aún combatió en Waterloo y pasó a Haití. Bolívar le elevó al grado de capitán del ejército de Colombia y le hizo su edecán, cargo que cumplió hasta la muerte del Libertador; ascendió a coronel, luego a general y se casó en Quito; lo que no le impidió, como vamos a recordar, visitar varias veces su país natal. Edecán y amigo, cumplió a veces el papel de secretario y enviado especial del Libertador. Baste recordar su misión cuando la guerra con el Perú, antes de Tarqui. Fue amigo especial del mariscal Sucre y del general Juan José Flores. “Recomiendo a Ud. también a mi querido Demarquet que cada día es más hombre de bien”, escribe Bolívar a Flores, en su carta de Bogotá, de 14 de octubre de 1827. Podría multiplicar las citas indefinidamente.

24 V.a.M. et N.C.— Volumen VIII, capítulos 5 y 6, págs.293 y 313.

Lafond de Lurcy ha ponderado la lealtad de Demarquet a Bolívar:

*Es uno de esos hombres únicos cuyo nombre conserva la historia, pues, fue tan fiel a Bolívar como Sully lo fue a Enrique IV y Bertrand a Napoleón. Es, además, el único de los edecanes del general colombiano que nunca le ha abandonado y ha hecho con él todas las campañas de Colombia y del Perú*<sup>25</sup>.

Así se comprenderá el valor de las informaciones que Demarquet pudo ofrecer a Lafond de Lurcy, ya para conocer la biografía del Libertador, ya también para el grave asunto de la entrevista de Guayaquil. El texto que sigue es de fundamental importancia:

*He tenido frecuentes relaciones con el coronel Demarquet en Guayaquil, en 1823, en Lima, en 1826 y, en fin, el año pasado*<sup>26</sup> *en París, y a su extremada fineza debo los documentos más interesantes que poseo sobre Colombia y el Perú. El coronel Demarquet fue uno de los hombres que más honor han dado a Francia en América, porque, aunque sirviendo con ardor la causa de la independencia, nunca ha olvidado su patria, sus derechos y su misión civilizadora en el mundo entero*<sup>27</sup>.

Es extraño que un texto tan claro y tan preciso haya sido ignorado por todos los que se preocuparon de la autenticidad de la *Carta Lafond*.

En su valioso libro *La Entrevista de Guayaquil - Hacia su esclarecimiento*<sup>28</sup>, Eduardo L. Colombres Mármol escribe estas líneas que considero de capital interés:

*... No hay que descartar la posibilidad de que el texto de la carta pudo haber llegado por encargo de algún secretario de Bolívar a manos de Lafond, por obra de alguno de sus camaradas americanos de visita a Europa o por intermedio de algún compatriota suyo que se reintegraba definitivamente a Francia... No tenemos noticias de que algún ex secretario de Bolívar haya viajado en*

25 Idem.— Volumen II, capítulo 15, pág. 236.

26 Si se tiene en cuenta que la primera edición de esta obra es de 1843, la expresión “el año pasado” puede corresponder muy bien a 1840, 1841 ó 1842.— Lafond de Lurcy evoca las visitas de Demarquet a Francia lo cual es fundamental para mi conclusión.— (N. del A.).

27 V.a.M. et N.C.— Volumen II, capítulo 15, pág. 236.

28 Eduardo L. Colombres Mármol.— *La Entrevista de Guayaquil-Hacia su esclarecimiento*.— Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires, 1972, 230 págs.

tre 1830 y 1843 al Viejo Mundo. Pero esta eventualidad tampoco hay que eliminarla sin una previa investigación. Queda en manos de algún estudioso que haga la biografía de ellos, el averiguarlo<sup>29</sup>.

El razonamiento de Colombres Mármol (defensor de la autenticidad de la *Carta Lafond*) es de una admirable exactitud. Su presunción de cómo el texto de la carta de 29 de agosto de 1822 pudo llegar a Lafond de Lurcy por un ex secretario de Bolívar “que haya viajado entre 1830 y 1843 al Viejo Mundo” ha podido cumplirse perfectamente. En líneas anteriores, he citado un párrafo olvidado, desconocido y trascendental del viajero francés acerca de sus relaciones con Charles Eloi Demarquet. La afirmación: ... y a su extremada fineza debo los documentos más interesantes que poseo sobre Colombia y el Perú, es, quizás, la prueba irrefutable de la autenticidad de la *Carta Lafond* que buscaba Colombres Mármol y que me ha sido dado aportar, luego de haber investigado durante largos años sobre la biografía de Gabriel Lafond de Lurcy y de algunos de sus amigos más ilustres que frecuentó en América del Sur, en el Ecuador particularmente.

Finalmente, hay otro argumento decisivo y de gran valor en favor de la autenticidad de la *Carta Lafond*, argumento igualmente ignorado hasta el descubrimiento al que me he referido en la página 166 de este estudio. Nadie hasta hoy día ha mencionado, según recuerdo en la Introducción, la publicación que, en 1848, hizo Lafond de Lurcy de varias cartas de Bolívar al general Flores, o fragmentos de algunas cartas.

Supongamos un momento que los originales, en español, se hubiesen extraviado. Conocemos, y O’Leary lo afirma claramente, que eso ocurrió con muchos documentos del Libertador, en los años difíciles de sus gloriosas campañas a través del continente. Supongamos, como acabo de decirlo, que los originales de las cartas de Bolívar a Flores se hubiesen extraviado. Ya podemos imaginar el escándalo que esto habría provocado entre los enemigos del general Flores (que son muchos aún ¡y ciegos!) a quien el Libertador colma de elogios y dirige las palabras más afectuosas, como aquellas con que termina su carta de Cartagena, el 1o. de julio de 1830; o la carta de Barranquilla, el 9 de noviembre de 1830: “Acepte Ud. mientras tanto las seguridades de mi amistad y aún más de mi gratitud, por sus antiguas bondades y fidelidad hacia mí, y reciba Ud. por último mi corazón”. Sin duda alguna, tales historiadores ciegos habrían aplicado a

29 Idem.—pág. 94.

Lafond de Lurcy los mismos epítetos que Vicente Lecuna empleó al evocar la carta de 1822 para un testigo de la historia de quien poco o nada conocía.

Afortunadamente, poseemos los originales de las cartas de Bolívar a Flores y los pasajes que tradujo Lafond de Lurcy. Así, vemos que no ha inventado nada y no ha falsificado ninguna carta. Sencillamente traduce y publica en francés, en 1848, fragmentos de las cartas de Bolívar al general Flores, amigo de nuestro viajero y que se encontraba en Europa después de su dimisión, en 1845. Desde luego, Lafond de Lurcy prefirió traducir y publicar los fragmentos más elogiosos, las frases más cálidas de Bolívar a su fiel y devoto soldado. Esto es otro asunto, pero que en nada resta a la autenticidad de tales documentos.

Observemos, pues, de paso como un argumento importante, la analogía que puede establecerse entre lo que pudo ocurrir con la célebre carta de San Martín a Bolívar. Tantos eruditos y doctores han amontonado artificiosas suposiciones, después de complicadas disquisiciones *morfológicas*, *aleológicas*, *hermenéuticas*, *axiológicas* (sic) y más lindezas de la especie, como si la historia fuera una ciencia que ellos acabaran de inventar. Lafond de Lurcy, del mismo modo que obtuvo los originales o las copias de la correspondencia de Bolívar con el general Flores, ya sea del general ya sea de su hijo, asimismo, con la mayor naturalidad del caso, el *noble* Francés, si no de San Martín, en su alrededor: Mercedesita, hija del Protector, Balcarce su esposo..., pudo obtener una copia del borrador; o, lo que es más seguro, de uno de los edecanes de Bolívar: de Demarquet, una copia del original, según recordé anteriormente. Esto es todo; pero, que no se ergotice y afirme sin fundamento que la *Carta Lafond* ni es auténtica ni —lo que es sencillamente una infamia— se ponga en duda la honorabilidad del héroe argentino prestándose a una falsificación. Es decir, como observa acertadamente Colombre Mármol:

*Además de acusar a San Martín de un acto deleznable, implica exhibirlo premeditadamente frente a la historia como un empecinado farsante*<sup>30</sup>.

se acusa también temerariamente al marinero francés y se pone en duda, sin fundamento, su honorabilidad. La personalidad de Lafond de Lurcy no merece semejante injuria y la obra que ha escrito, dando a conocer tantos datos de aquellos años heroicos, merece el reconocimiento de los Hispanoamericanos.

30 Idem.—pág. 29.

Lafond de Lurcy refiere minuciosamente los hechos que siguieron a la entrevista de Guayaquil, el desenlace y la heroica decisión de San Martín. Pero, su admiración al héroe no le impide expresar un juicio muy severo:

*La historia imparcial le reprochará, sin embargo, de haber desertado su puesto, como consecuencia de un desprendimiento demasiado grande y de una desconfianza muy grande de las fuerzas del país que organizaba, cuando se tenía aún necesidad de él; de haber abandonado el poder antes de haberlo consolidado y antes de haber cerrado las puertas a todas las intrigas y a todas las corrupciones, y, sobre todo, de haber creído demasiado en la necesidad de la presencia de Bolívar en el Perú y en el desinterés político del héroe colombiano<sup>31</sup>.*

Lafond de Lurcy recuerda como el teniente-general español, don Andrés García Camba, en sus *Memorias para la Historia de los Ejércitos españoles en el Perú*<sup>32</sup>, reprochaba también a San Martín de no haber sabido conciliar aquellos diversos intereses para su fusión y la unión de las provincias bajo un imperio constitucional fuertemente constituido. No hay duda que el militar español recordaba la histórica entrevista de San Martín con el virrey La Serna, en Punchauca, el 23 de mayo de 1821. Y, al escribir *Etudes sur l'Amérique-espagnole*, Lafond de Lurcy confirma su opinión:

*He dicho que San Martín había dudado mucho de sus fuerzas y de su poder y que él se debía a la causa que tan valiente y felizmente había defendido; pero, yo alabaré siempre el no haber ensayado renovar, en su provecho, el personaje de Iturbide; y no podría vituperarle de haber depuesto, a los cuarenta y cuatro años, en la fuerza de la edad, en el apogeo de su gloria, entre las manos del presidente del Congreso, su espada, sus dignidades, para no asustar, por su presencia en el poder, a los amigos de la libertad<sup>33</sup>.*

31 V.a.M. et N.C.— Volumen II, pág. 371.

32 Lafond de Lurcy cita de este militar español: *Memorias para la Historia de los Ejércitos españoles en el Perú*, tomo II, pág. 25.— Madrid, 1846.— Y añade: “El general Camba era entonces ayudante general del estado mayor general español”.— (E. sur A-E, pág. 3).— Este militar español publicó igualmente: *Apuntes para la Historia de la Revolución del Perú, sacados de los Trabajos del Estado Mayor del Ejército de Operaciones*.— Imprenta del Ejército: Tomada a los Enemigos en Lima, Año de 1824.

33 E. sur A-E.— pág. 3.

Luego de la desaparición de San Martín, Lafond de Lurcy ofrece este comentario muy sombrío:

*Bolívar intentó dar a América del Sur su unidad. No pensaba constituir un imperio gobernado por un príncipe europeo, y se creía con el poder de realizar por sí mismo este gran proyecto. Con este fin, imaginó la constitución boliviana, que fue para él lo que el sistema continental había sido para Napoleón, el escollo contra el que fracasaron su poder y su gloria*<sup>34</sup>.

Después de la entrevista de Guayaquil, Lafond de Lurcy viajó al Perú. Escribe:

*Había ido a Lima para llevar comunicaciones oficiales que me había confiado el gobierno colombiano y, luego de haber cumplido mi misión, desligado de las obligaciones que me unían a Colombia, a pedido del general San Martín, ingresé en la marina peruana. Tomé el comando del transporte Aurora y conduje a Valparaíso dos comisionados del gobierno peruano*<sup>35</sup>.

Pronto otra misión le condujo nuevamente a la ciudad de Guayaquil:

*A nuestra llegada —escribe— el país estaba triste y descontento, sentía no haberse unido al Perú; el comercio declinaba y los Colombianos se apoderaban para su provecho de los productos de la aduana, cuando habrían debido hacerlos servir para las necesidades de la ciudad y el mejoramiento de las vías de comunicación. Sin embargo, como Guayaquil ha sido siempre una ciudad de placeres, se apresuraba a buscar un alivio para sus males en los encantos de una contradanza y en los acordes alegres y animados de las guitarras*<sup>36</sup>.

Lafond de Lurcy quedó al servicio del Perú hasta 1824 y nos ha dejado páginas muy interesantes de la historia de aquellos años que tanto influyó en la del Ecuador. Su situación le permitió tomar, en calidad de capitán y de armador, el comando de diversos navíos, como el bergantín el *Calder* que compró en Valparaíso, en 1823, al señor Dillo, “el historiador del naufragio de la *Pérouse* y, por lo mismo, muy conocido en Francia”. En dicho bergantín, que fue bautizado el *Infatigable*, realizó varios recorridos por las costas del Pacífico y llevó a Valparaíso numerosos pedidos de

34 Idem.

35 V.a.M. et N.C.— Volumen II, pág. 145.

36 Idem.

sombreros de paja de Jipijapa, lugar que conocía muy bien, como toda esa región del litoral; según menciono en otro capítulo, en esa región ecuatoriana vivió una de sus aventuras amorosas.

En esa época se sitúa también su viaje de Guayaquil a Quito, en 1826, en compañía del capitán francés Fournier. Este relato llena el capítulo XII de su segundo volumen<sup>37</sup> y lo sintetiza admirablemente en *Etudes sur l'Amérique-espagnole...*<sup>38</sup>. Después de sus excursiones por la costa ecuatoriana, las descripciones que nos ha dejado del paisaje, de las costumbres, de los habitantes del interior de nuestro país y, en especial, de la ciudad de Quito, tienen un valor imponderable. No es el momento de referirme a dicho viaje, pero no puedo dejar de citar un pasaje perfectamente ligado con el asunto de este capítulo y que nos servirá para comprender mejor el ambiente político de aquellos años, luego de Junín y Ayacucho, poco antes de 1830.

Un día, ya en Quito, Lafond de Lurcy cenaba en casa del señor Ferraud, de Santo Domingo. Asistían como invitados los Franceses: coronel Mercher, capitán Séraphin Amanieu y el coronel Tomás Mosquera que había sido edecán de Bolívar:

*Hablamos del estado actual de los espíritus en Colombia y en el Perú y de la posición de Bolívar, con respecto a los diversos estados a donde había llevado las armas. El coronel Mosquera nos dijo francamente que su convicción íntima era que Bolívar debía proclamarse presidente vitalicio o emperador de Colombia, de Bolivia y del Perú; consideraba como una desgracia para el país que el Libertador no quisiera decidirse a este golpe de estado, que según él, era la sola manera como podía dominar las facciones e impedir el desmembramiento de las provincias de Colombia y del Perú, constituyendo una poderosa unidad política de la que él sería el representante...*<sup>39</sup>.

Lafond de Lurcy no parece muy convencido por las opiniones del militar colombiano y escribe esta reflexión:

*Predije entonces todas las disensiones que después han abrumado a esos Estados y dije al coronel que precisamente el sistema de Bolívar causaría la desgracia de su patria. De todos modos, las ideas de Mosquera eran por lo menos prematuras y causaban un*

37 Idem.— págs. 169 a 186.

38 E. sur A-E.— págs. 22 a 27.

39 V.a.M. et N.C.— págs. 185 y 186.

*mal considerable a Bolívar, prestándole indirectamente segundas intenciones de dominación que, si alguna vez las había concebido, no podían ser aplicadas sin restricción. La relación de aquellas contiendas y guerras no pueden ser comprendidas bien sino en cuanto se conozca la historia misma de Colombia...<sup>40</sup>.*

Después de la abdicación y separación de San Martín y de las victorias de Bolívar y Sucre, en Junín el 6 de agosto y en Ayacucho el 9 de diciembre de 1824, Lafond de Lurcy relata detalladamente los acontecimientos de aquel período tan agitado y muy particularmente las repercusiones políticas de la creación de Bolivia y la constitución que dictó Bolívar:

*Este proyecto revelaba la sangre patricia de su autor y encubría una monarquía constitucional bajo una forma republicana<sup>41</sup>.*

Finalmente, en varias páginas Lafond de Lurcy se refiere a las dificultades y oposiciones que experimentó Bolívar en todo aquel período, así como a las manifestaciones que en el Perú y en Colombia se pronunciaron, a veces violentamente, contra el Libertador, hasta su separación de la vida pública y su muerte, en diciembre de 1830.

40 Idem.—pág. 186.

41 E. sur A-E.—pág. 4.



## CAPITULO VIII

### LAFOND DE LURCY Y SUS RELACIONES CON EL GENERAL JUAN JOSE FLORES (1827-1848)

En aquel período turbio fue precisamente cuando Lafond de Lurcy se encontró, por vez primera, con el general venezolano Juan José Flores. Veamos en que circunstancias.

El 26 de enero de 1827, el coronel Delgado y el comandante Bustamante, de la tercera división colombiana que estaba en Lima, apresaron a su jefe, el general Jacinto Lara, comandante de la división y a otros jefes que no estaban en la conspiración; embarcaron las tropas colombianas para Guayaquil, permitiendo así que el Perú cambiara su forma de gobierno. Diversos movimientos insurreccionales sacudieron por todas partes la autoridad de Bolívar. La división colombiana fue bien recibida en Guayaquil, en donde los enemigos de Bolívar no perdían tiempo. Pero, no se ha de olvidar, como observa Alfredo Pareja Diezcanseco: "Todos los indicios hacen concluir que esta frustrada aventura fue una nueva tentativa del gobierno peruano para apropiarse de Cuenca, Guayaquil y el litoral. Muy poco tiempo después, el Perú provocaría el primer conflicto bélico con nosotros"<sup>1</sup>.

El general Flores, Jefe Superior del Distrito del Sur y comandante del tercer departamento militar, fue encargado de sofocar la rebelión. Aunque con fuerzas inferiores, gracias a su habilidad, logró ganar a su partido al capitán Ramón Bravo, enviado de Santander (principal enemigo de Bolívar y contra quien conspiraba) ante el coronel Bustamante que ocupaba Cuenca. Apresado este último, Flores marchó hacia Babahoyo:

1 Alfredo PAREJA DIEZCANSECO. - *Historia del Ecuador*, Volumen 1, pág. 436.— Edición Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1958.

las tropas de la división colombiana se pasaron a su lado y, en Babahoyo, se celebró un convenio con delegados enviados por el Municipio de Guayaquil. Los jefes de la traición fugaron al Perú, en donde continuaron conspirando contra Bolívar.

En esos días de insurrecciones, de disturbios en la Gran Colombia, Flores llegó a Guayaquil. Leamos a Lafond de Lurcy, testigo valioso:

*Este general hizo su entrada en Guayaquil, acompañado de un numeroso estado mayor. Se hospedó en casa del cónsul americano, señor Wilreath, donde me hospedaba también luego de mi regreso de Lima. Alojados bajo el mismo techo, sentados a la misma mesa, jóvenes ambos, un lazo amigable se estableció entre el general y yo. Por otra parte, mi calidad de francés acreditaba dicha amistad y, sobre todo, por mis relaciones íntimas con algunos personajes los más influyentes de Colombia y del Perú<sup>2</sup>.*

Como es fácil comprender, esta afirmación de nuestro viajero reviste una importancia fundamental para la comprensión de los hechos que siguen y para darnos una explicación de la forma como pudo llegar a manos de Lafond de Lurcy la correspondencia de Bolívar a su compatriota, el joven general venezolano.

Pero, será interesante conocer antes algunos detalles más que Lafond de Lurcy da de Flores. Y, desde luego, su retrato físico y moral:

*El general Flores —escribe— tenía entonces alrededor de treinta años<sup>3</sup>. Pocas personas he conocido que tuviesen apariencias más seductoras y cualidades más amables como las suyas. Su estatura, más bien pequeña que elevada, era bien proporcionada; su rostro notablemente bello, lleno de expresión y de benevolencia, y sus modales marcados de una graciosa distinción anunciaban al hombre del mundo educado en los hábitos de una vida elegante. De un saber sin pedantería, escuchaba fácilmente, hablaba con facilidad, y encantaba agradablemente a sus oyentes por su voz suave y armoniosa. Había demostrado un valor a toda prueba, y solo sus capacidades militares y administrativas le habían merecido ser escogido por Bolívar para comandar el Ecuador<sup>4</sup>.*

2 V.a.M. et N.C. - Volumen II, págs. 262 y 263.

3 El general Juan José Flores nació el 19 de julio de 1801 y Gabriel Lafond de Lurcy, el 24 de marzo de 1801.

4 V.a.M. et N.C. - pág. 263.

En E. sur A-E, pág. 5, Lafond de Lurcy repite nuevamente estos párrafos, con ligerísimas variantes. Escribe:

*El general Flores se dirigió en esa época a Guayaquil, en donde entró acompañado de un numeroso estado mayor. Se hospedó en casa del cónsul americano, señor Wilreath, quien me había dado hospitalidad a mi regreso de Lima. Alojados bajo el mismo techo, sentados a la misma mesa, jóvenes ambos y de la misma edad, un lazo amigable se estableció entre el general y yo. Juan José Flores tenía entonces veintiséis años. Pocas personas he conocido que tuviesen apariencias más seductoras y cualidades más amables como las suyas. Su estatura, más bien pequeña que elevada, era bien proporcionada; su rostro notablemente bello, lleno de expresión y de benevolencia, y sus modales, marcados de una graciosa distinción, anunciaban al hombre del mundo educado en los hábitos de una vida elegante. De un saber sin pedantería, escuchaba de buena gana; hablaba con facilidad y encantaba agradablemente a sus oyentes por su voz suave y armoniosa. Tenía un valor a toda prueba y, a pesar de su juventud, solas sus capacidades militares y administrativas le habían merecido ser escogido por Bolívar para comandar el departamento del Sur de Colombia.—*

Si expresamente doy la doble versión que Lafond de Lurcy escribió acerca de su encuentro con el general Flores, es porque he leído con extrañeza la que ofrece el doctor Jorge Villacrés Moscoso. A pesar de su conocimiento del francés, publica una traducción incorrecta del pasaje que nos ocupa. A menos que cite a otro traductor; pero, nada se puede saber, ya que es muy parco en darnos sus fuentes de consulta. Lea el lector tal traducción y juzgue:

*El General Flores se dirigió en esa época (1828), a Guayaquil, ciudad a la que entró acompañado de un numeroso Estado Mayor. Frecuentaba donde el cónsul norteamericano Señor Wilreath, que me había dado hospitalidad a mi regreso de Lima. Alojados bajo el mismo techo, sentados alrededor de la misma mesa, jóvenes los dos, y de la misma edad, un nexo amigable se estableció entre el General y yo. Juan José Flores tenía entonces veinte y seis años. Yo he conocido pocas personas del exterior que tuviesen más persuasivas y cualidades más amables que las suyas. La talla, más bien pequeña que grande era bien proporcionada; su cara, notablemente bella, era plena de expresión y de benevolencia; y sus maneras impresas de una graciosa distinción, anunciaban al hombre del mundo hecho a los hábitos de una vida elegante. De un saber sin pedantería, él escuchaba con gusto, hablaba con facilidad y encanto a sus interlocutores, con una voz dulce y armoniosa. Era valiente a toda prueba, y a pesar de su juventud, sus capacidades militares y administrativas, ellas todas le habían merecido ser escogidas por Bolívar para comandar el Departamento Sur de Colombia".— EL GENERAL FLORES Y SU PROYECTADO PROTECTORADO FRANCÉS PARA EL ECUADOR.— Por el doctor Jorge W. VILLACRES MOSCOSO.— Cuadernos de Historia y Arqueología.— Publicación de la Casa de la Cultura Ecuatoriana.— Núcleo del Guayas.— Número 22-23-24, Diciembre de 1958, págs. 36 y 37.— Al referirse, además, a Lafond de Lurcy (págs. 36, 37, 71... del mencionado artículo) sin dar ninguna prueba, sin mencionar ningún documento, escribe afirmaciones perentorias que yo considero erradas, mientras no nos compruebe con la autenticidad del documento histórico. Necesariamente volveré a tratar este asunto.*

Lafond de Lurcy, a pesar de su juventud, es ya un fino psicólogo y ha aprendido a sondear a los hombres y penetrar en lo más íntimo de sus pensamientos. La magnífica impresión que le causa Flores no le impide vislumbrar que el joven general, si bien ama al Libertador y le está totalmente ligado: en su conducta, en sus maneras; buscaba formarse un partido en Guayaquil; lo demostraba en su afabilidad natural, en la preocupación por los intereses de la ciudad y el oído que prestaba a las quejas de sus habitantes. Y, si no criticaba también la constitución bolivariana, “escuchaba censurarla con satisfacción”. Inclusive, como escribe Lafond de Lurcy:

*No temía declarar que el proyecto concebido por el Libertador de reunir, en sus manos, a Colombia, Perú y Bolivia, traería la destrucción de la unidad colombiana, y él preveía las contiendas sangrientas y las guerras intestinas que han tenido lugar. Yo le recordé un día la discusión que había tenido, en 1826, con don Tomás Mosquera:*

*—‘Usted tiene razón, me respondió Flores, Bolívar es un gran hombre; pero, no es un dios, no puede volver a crear lo que ha destruído: la unidad del poder absoluto. Las ideas políticas de San Martín han sido sagaces y más racionales que las del Libertador, y su conducta también ha sido más desinteresada, se ha sacrificado por la independencia de América del Sur. Usted comprende, me decía aún Flores, que si el país me recibe bien, no podré rehuír los votos de mis conciudadanos, porque siento aquí —y se golpeaba el pecho— el deseo y el poder de hacerles felices; pero, seré fiel hasta el fin a la amistad que Bolívar me ha demostrado, y le serviré con mi espada y hasta con mi vida si ésta le es necesaria’<sup>5</sup>.*

No he de detenerme aquí a analizar tal o cual afirmación de Flores y de Lafond de Lurcy. Me interesaba dar a conocer la iniciación de una amistad, en aquellos difíciles momentos de la historia. Si antes de tocar el asunto de fondo: las cartas de Bolívar a Flores, voluntariamente me he desviado recordando acontecimientos históricos, tal vez no muy bien conocidos, ha sido porque quería presentar mejor a Lafond de Lurcy; situarle en medio de los hombres y de los acontecimientos de aquellos años agitados y excepcionales. Por otra parte, el asunto de la histórica carta del 29 de agosto de 1822, habrá servido para comprobar de qué manera Lafond

5 E. sur A-E págs. 7 y 8. V.a.M. et N.C.— págs. 263 y 264.

de Lurcy estuvo relacionado con San Martín: para recordar la correspondencia que mantuvo con el héroe argentino y la amistad que les unió, cuando el voluntario destierro de este último, en Francia. Estos hechos, por analogía, nos servirán para ver lo que pudo suceder en las relaciones de Lafond de Lurcy con el general Juan José Flores. Por el momento, no dispongo de otros documentos. No conozco si se ha publicado la correspondencia entre los dos hombres, ni si los biógrafos de Flores se han referido a este punto. Como no tengo en la actualidad mayor documentación —que seguramente será posible hallar en Quito— poco podré decir de las relaciones de Lafond de Lurcy con Flores, aparte de lo que expresamente escribe el Francés en la obrita que pretendo presentar, quizá por la primera vez, por lo menos a mis compatriotas. Ni en *V.á.M.* ni en ninguna otra obra de Lafond de Lurcy, no he encontrado, hasta el momento, otro dato acerca de esta amistad que se ligó en Guayaquil, en 1827. No he encontrado tampoco ningún documento que indique el que Flores y Lafond de Lurcy se hayan entrevistado en Europa, después que nuestro primer Presidente debió abandonar el país, luego del convenio de la *Virginia*, el 17 de junio de 1845. Es muy probable y casi seguro que fue así y que volvieron a verse en Francia cuando “la locura de la reconquista” llevaba al general de la Independencia, desde la corte de Francia, donde la reina María Cristina de Borbón. Expondré después cuáles fueron las impresiones del viajero francés frente a este capítulo de la vida del general Flores.

Luego de haber presentado al joven general a quien ha conocido en Guayaquil, como prueba de los méritos de su amigo, Lafond de Lurcy escribe:

*La publicación de algunas cartas inéditas de Bolívar a Flores bastará para apreciar el valor de este joven general por aquellos lectores que conocen cuán sobrio era Bolívar en congratulaciones*<sup>6</sup>.

Nos hallamos en 1824, Flores tenía 23 años<sup>7</sup>; Bolívar le ha confiado el comando de las tropas para pacificar la provincia de Pasto que se ha sublevado contra el gobierno central. Flores entró vencedor en Pasto y regresó a Quito. Fue ascendido a general de brigada. Desde Oruro, el 26 de septiembre de 1825, Bolívar le envió esta carta que tradujo Lafond de Lurcy:

*Oruro, a 26 de septiembre de 1825.*  
*Sr. coronel Juan José Flores.*

6 E. sur A-E- pág. 5.

7 Ver la Nota 3.

*Mi querido coronel:*

*Por las comunicaciones que me ha dirigido el general Castillo, dándome parte de los últimos acontecimientos de Pasto, he visto con infinito placer la conducta que Ud. ha tenido en una guerra de tantas dificultades, triunfando al fin, de un modo glorioso para nuestras armas y para Ud. mismo. Al dejar a Ud. en los departamentos del Sur de Colombia, bien conocía yo que Ud. sería en ellos muy útil; porque sé de cuanto es Ud. capaz. Aseguro a Ud. mi querido coronel, que aunque he admirado su triunfo en Sucumbío no me ha sorprendido; porque confiaba en su buen corazón, en sus virtudes militares y en los bravos que están a sus órdenes. Felicítelos Ud. a mi nombre y asegúreles que me han dado un día de alegría al ver sus nombres en el boletín que Ud. ha publicado.*

*He sentido infinito la muerte del coronel Calderón: él era uno de los bravos de Colombia y su pérdida es muy sensible. Soy de Ud. mi querido coronel amigo de corazón.*

*Bolívar*<sup>8</sup>.

Como vamos a ver, Lafond de Lurcy ha reunido, ante todo, una serie de párrafos de las cartas en que Bolívar insistentemente recalca en los méritos de Flores, sus cualidades de militar y su lealtad.

Nos encontramos en 1827. Me he referido anteriormente a los desórdenes acontecidos en el Perú, luego de la sublevación de la tercera división de Colombia "que había quedado en el Perú para proteger allí la constitución colombiana; al contrario, favoreció secretamente el movimiento peruano, escribe Lafond de Lurcy<sup>9</sup>; y recuerda la sublevación de los oficiales Delgado y Bustamante que después de apresar a su jefe el general Lara, se dirigieron a Guayaquil. Bolívar encargó a Flores la pacificación, terminada la cual, el general venezolano comenta así este acontecimiento, según escribe Lafond de Lurcy:

*En 1827 tenía a Bolívar por jefe y amigo; por consiguiente, era para mí un deber que yo debía cumplir sin deliberar. Como hombre de principios, no podía permitir, además, que los soldados de Ayacucho se convirtieran en genizaros y dictaran la ley al pueblo y al gobierno; y, como general en jefe del Ecuador, no podía facilitar un triunfo que hubiera manchado mi reputación*<sup>10</sup>.

8 E. sur A-E - págs. 5 y 6.

9 Idem.— pág. 6.

10 Idem.

Y añade el viajero francés: "Flores tenía 25 años".

Flores entró triunfante en Guayaquil cuando se encontraron nuestros hombres, Lafond de Lurcy y el "general en jefe del Ecuador". Es el momento de la segunda carta de Bolívar a Flores, fechada en Cartagena, el 10 de julio de 1827.

*Cartagena, julio 10 de 1827.*

*Sr. Gral. J. J. Flores.*

*Mi querido general y amigo:*

*Al llegar hoy a esta plaza he tenido el placer de recibir noticias de Ud. y no quiero perder un momento en darle las gracias por todo lo que Ud. ha hecho en favor del honor y de la gloria colombianas.*

*...Continúe Ud. como hasta ahora, y cuente con que será sostenido por toda la república, que toda irá conmigo si es preciso a vengar el ultraje que le han hecho.*

*...Muy pronto tendré el gusto de remitirle mis cartas desde Bogotá, donde espero encontrar algunas noticias directas de Ud. y de sus operaciones.*

*Adiós mi querido general, créame Ud. siempre su amigo de corazón.*

*Bolívar<sup>11</sup>.*

Como se ve, es una breve felicitación y el anuncio de una próxima carta. Efectivamente, en septiembre del mismo año y de Bogotá, Bolívar le escribe:

*Bogotá, septiembre 12 de 1827.*

*Señor general Juan José Flores.*

*Mi querido Flores:*

*En Saboyá, antes de llegar a esta ciudad, he recibido la apreciable de Ud. en que me comunica las ocurrencias que han tenido lugar en el Sur: ellas son bastante temibles para los buenos servidores de la patria...; pero también presentan un vasto campo a Ud. ... para distinguirse. Siempre he contado con sus esfuerzos de Ud. y en estos últimos meses la conducta de Ud. me ha dejado como siempre satisfecho; y sin duda Ud. ha sido el genio que ... ha hecho cambiar el triste y lamentable cuadro que presentaba aquel país.*

*... La política de Ud. en estas circunstancias nos va a ser muy*

11 Idem.— págs. 6 y 7.

*útil. Ud. es el hombre del Sur, y así sus talentos de Ud., su valor y sus nobles ideas son el más firme apoyo del gobierno.*

*... Confío en la buena elección que hará Ud. de los jefes... No todos tienen las virtudes de Ud., aparente para el campo de batalla y útil al frente del pueblo, como prudente en sus consejos.*

*... Llamándome siempre suyo de corazón.*

*Bolívar*<sup>12</sup>.

A las felicitaciones por la conducta del general, Bolívar añade algunas frases muy decidoras y que anuncian el papel político que Flores va a cumplir en el Sur.

He mencionado anteriormente los comentarios de Lafond de Lurcy acerca de las ambiciones personales de Flores, pese a su fidelidad total al Libertador. Pocos meses después tuvo una nueva oportunidad de manifestar su adhesión a Bolívar, a Colombia y, recordaré después, una brillante ocasión en que va a salvar la autonomía del Ecuador, frente a las ambiciones peruanas. Estamos en el primer gran conflicto internacional de la Gran Colombia.

Desde luego, el comentario que nos hace Lafond de Lurcy (y es, tal vez, una de las pocas ocasiones en que debo rectificar su opinión) no es exacto. En efecto, escribe: "Bolívar, profundamente herido del trastorno de su sistema político, se valió del pretexto más frívolo para declarar la guerra al Perú..."<sup>13</sup>.

Conocemos perfectamente las causas de esta guerra que Bolívar trató de evitar hasta el final y con demostraciones de admirable generosidad<sup>14</sup>. La lectura de la correspondencia de este período, tanto de Bolí-

12 Idem.—pág. 7.

13 Idem.—pág. 8.

14 Muy diferente y más conforme con la verdad es la opinión de Abel Victorino Brandin, médico francés, a quien conoció Lafond de Lurcy, en el Perú, y que ha escrito páginas interesantes, en especial: *L'Amérique espagnole en 1830 par un témoin oculaire* (Imprenta Demonville, París, 1830). Al referirse a las agitaciones y luchas internas de aquellos años, escribió una versión muy acertada de este conflicto: *El Perú que tanta necesidad tenía de los servicios del fundador de su libertad, el valiente y hábil generalísimo San Martín, de pronto le perdió por la intriga y la perfidia del más despreciable triunvirato del que la historia haga mención. El Perú, desde ese instante corrió a su pérdida; estos últimos años se armó contra sus vecinos, pero vencido por los Colombianos, el 27 de febrero de 1829, en la batalla de Tarqui (aldea situada en las altas montañas de los alrededores de Cuenca, en el Azuay), el Tratado de Girón, que fue su consecuencia, puso fin a los destinos políticos del presidente de esta república, el general Lamarre. S.E. el Libertador, presidente de Colombia, el ilustre*



Viaje del autor a través de las ciudades de los Andes.  
(En "Voyages autour du Monde")

var como de Sucre, Santander, O'Leary, entre otros, da a esta página de la historia una claridad y una precisión totales. Alfredo Pareja Diezcanseco (quien muy justamente afirma que "no cree en la mala fé de los pueblos, sino en la de los gobernantes") acusa a la ambición de militares peruanos el que retuvieran indebidamente "la provincia de Jaén y parte de la de Mainas, al Sur y al Sureste de Loja y aspiraban a conquistar las de Loja y el Azuay"<sup>15</sup>. Además de la retención de Jaén y Mainas, el mencionado autor señala: la negativa peruana al tránsito de las tropas colombianas que volvían de Bolivia; la invasión peruana a este país, aliado de Colombia; los preparativos bélicos en la frontera peruana; la negativa del pago de las deudas por la guerra de la Independencia; la ocupación por el capitán peruano Orellana, 21 de febrero de 1828, de Zapotillo (en Loja) y finalmente la pretensión de anexar Guayaquil al Perú. Este problema de Guayaquil, ya evocado, va a desempeñar otra vez y por algunos años, un papel importante en las relaciones entre el Ecuador y el Perú.

Sucre, el Mariscal de Ayacucho, fue nombrado Director de esta guerra. Al general Flores le correspondió la parte activa del comando de las tropas. Según Lafond de Lurcy: "Dirigió al pueblo del Ecuador una proclama para disponerle a esta guerra. Bolívar le escribió de Bucaramanga, el 14 de mayo de 1828"<sup>16</sup>. Es la carta siguiente:

*Bucaramanga, a 14 de mayo de 1828.*

*Al Sr. general Juan José Flores.*

*Mi querido Flores:*

*Acabo de recibir el oficio de Ud. que ha traído el coronel Cordeiro que llegó a Ocaña con la representación... Doy a Ud. las gracias por esta representación que es la más elocuente, la más bella entre miles que se han hecho en Colombia. Me dicen que Ud. es el autor y en verdad que le hace mucho honor, por lo que doy a Ud. la enhorabuena.*

*Soy de Ud. de corazón.*

*Bolívar*<sup>17</sup>.

*general Bolívar, por la moderación y la política cuerda de su Tratado de paz de Guayaquil, de fecha de... julio de 1829, entre el Perú y Colombia, aseguró nuevamente la tranquilidad de los dos países.—* Obra citada, págs. 5 y 6.

15 "Esa ambición (la del Perú) iba también por otro lado, y retenía indebidamente la provincia de Jaén y parte de la de Mainas, al Sur y Sureste de Loja, y aspiraba a conquistar las de Loja y el Azuay".— Alfredo PAREJA DIEZCANSECO.— *Historia del Ecuador*.— Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1958, Volumen I, pág. 440.

16 E. sur A-E - pág. 8.

17 Idem.

Declarada esta guerra, Lafond de Lurcy nos ha dejado una síntesis de los hechos principales y, en su admiración para Flores, destaca casi exageradamente la actuación del general:

*El gobierno peruano envió barcos de guerra para apoderarse de Guayaquil, e hizo invadir la frontera de Colombia por un ejército fuerte de 7700 hombres, bajo el comando del general La Mar. El ejército colombiano estaba comandado por Flores. Este encontró a los Peruanos en el desfiladero de Tarqui, se arrojó sobre ellos, a la cabeza de 1200 hombres solamente, y los derrotó después de un combate de dos horas<sup>18</sup>.*

Evidentemente, simplifica un poco los hechos de aquella gran victoria de Tarqui, el 27 de febrero de 1829. De todos modos, Bolívar sorprendido por la rapidez de la victoria, desde Cumbal escribe a Flores, que ha sido ascendido a general de división, el 12 de marzo de 1829, la siguiente carta:

*Cumbal, 12 de marzo de 1829.*

*Diez millones de gracias, mi querido Flores, por tan inmensos servicios a la Patria y a la gloria de Colombia. Yo debo a Ud. mucho, infinito; más que lo que puedo decir.*

*Los servicios de Ud. no tienen precio ni recompensas, pero era mi deber mostrar la gratitud de Colombia hacia Ud. Quise enviar desde Popayán el despacho de General de División, mas no había vía segura.*

*Tarqui se lo dió y esto vale más.*

*Enhorabuena sea mil veces.*

*Soy de Ud. de corazón.*

*Bolívar.*

*Diga Ud. al ejército cuanto yo puedo expresar de gozo<sup>19</sup>.*

Y el 28 de marzo, Bolívar que ha llegado a Quito, le escribe la siguiente carta en que se refiere a las heridas sufridas por Flores y como su pérdida sería irreparable para Colombia, para la amistad y para nuestra gloria. A esta carta, Lafond de Lurcy añade una *postdata* que, en realidad, es un párrafo de la carta de Quito, 20 de marzo de 1829, en que Bolívar colma de elogios a su amigo, a quien da los nombres de *ángel* y *joven héroe*.

18 Idem.

19 Idem.— págs. 8 y 9.

Quito, marzo 18 de 1829.

Sr. Gral. Juan J. Flores.

Guayaquil.

Mi querido general:

...Las heridas que Ud. deseara las hubiera sufrido mi corazón con más dolor que Ud. mismo. Su pérdida sería irreparable para Colombia, para la amistad y para nuestra gloria. Ya Ud. se ha sentado entre los inmortales, y por lo mismo no debe perecer. Estoy lleno de gratitud por Ud., pues sus servicios en esta ocasión han sido incomparables. Todo el mundo está lleno de admiración por Ud., pero la mía creo no tiene igual...

Soy de Ud. mi querido general, su afectísimo amigo de todo corazón.

Bolívar<sup>20</sup>.

Postdata:

Mi querido general. Por más que diga mucho de Ud., nunca diré bastante. En un brindis que he dado antes de ayer expuse 'que tenía vergüenza de hablar de Ud. porque lo reputaba como anexo a mi persona', y a pesar de todo lo titulé ángel y joven héroe... Todos aplaudieron, porque una victoria es un gran crisol de virtudes... Concluiré con decir a Ud. que es benemérito de la patria y de mi corazón, y que le ama entrañablemente.

Bolívar<sup>21</sup>.

Pero, los vencidos no cumplieron el convenio de Girón.

Bolívar lanzó una nueva proclama y abrió la campaña en el litoral ecuatoriano<sup>22</sup>, hasta obligar a los invasores a entregar Guayaquil y firmar en esa ciudad un Tratado que puso fin a la guerra, el 22 de septiembre de 1829.

Cuando los preparativos de esta campaña, Bolívar escribió desde Quito, el 7 de mayo de 1829, la carta en que le da algunas instrucciones; le anuncia que irá a reunirse con él y con la magnífica división de Córdova. Estaba animado de un gran optimismo cuando lanzó esta campaña del litoral.

20 Idem.—pág. 9.

21 Idem.—pág. 10.

22 Esta proclama de 3 de abril de 1829 está firmada en el Cuartel General de Quito.—(Ver *Discursos y Proclamas*.—Simón BOLIVAR.—Ediciones Garnier Hermanos, París, págs. 284 y 285).

Quito, 7 de mayo de 1829.

Al Sr. Gral. Juan José Flores.

Mi querido general:

Me alegro mucho que Ud. haya reunido su ejército para que no tengamos que hacer movimientos retrógrados delante del enemigo. Esto mismo he dicho a Ud. antes de ahora, y por lo mismo le repito que no separe sus tropas por nada, nada, nada...

Ud. no debe dar batalla sino en el caso de poderla ganar, sea por la posición o por el número de las tropas...

Sea Ud. muy prudente y haga en todo cuanto tenga a bien. Yo me acercaré a San Miguel dentro de quince a veinte días con toda la división Córdoba que es magnífica. Allí combinaremos las operaciones y obraremos conforme a las circunstancias.

No haga Ud. caso del oficio que se le escriba con esta fecha por el estado mayor, debiendo Ud. atenerse al tenor de esta carta...

Por acá va todo bien. Se está trabajando con actividad... Pienso que pronto tendremos una posición muy importante...

Quedo de Ud. su mejor amigo.

Bolívar<sup>23</sup>.

Lafond de Lurcy en su relato no menciona sino las hazañas de Flores, quien "tan infatigable como valiente, no toma ningún reposo y marcha sobre Guayaquil"<sup>24</sup>. Como conocía aquellos caminos, pondera con justicia las dificultades para conducir las tropas, el material de campaña, a través de:

*Esas quebradas que se deben franquear, esas montañas escarpadas que se deben trepar, esos caminos tan resbaladizos y tan estrechos, en los que no se avanza sino con gran dificultad... Un ejército europeo, entorpecido por sus equipos y alimentado solamente de bananos, o, en los días más propicios, de algunas raciones de carnes secas, no resistiría largo tiempo a tan terribles pruebas. Bolívar terminó la guerra de la Independencia, a pesar de todas esas dificultades y a pesar de esas mismas dificultades Flores, después de la batalla de Tarqui, atacó a Guayaquil, dispersó las tropas que le enfrentaban, se apoderó de los navíos de guerra peruanos y terminó esta guerra fratricida<sup>25</sup>.*

23 E. sur A-E - pág. 10.

24 Idem.— pág. 9.

25 Idem.

Después de los días victoriosos de Tarqui, los acontecimientos se precipitaron en esos últimos meses de la era bolivariana. A los desórdenes y motines de Bolivia y el Perú; a la traicionera guerra del Sur; a la rebelión del general Córdova, nuevos movimientos vinieron a añadirse y a dividir la familia grancolombiana. La salud del Libertador, minada por la fatiga de sus numerosas campañas, más aún por las decepciones que ocasionaron muchos de sus compatriotas, comenzaba a inspirar inquietudes. Para buscar una solución a esta situación, Bolívar convocó el Congreso Constituyente de Bogotá, en donde se reunió en enero de 1830.

Antes de abandonar definitivamente las tierras ecuatorianas, el 22 de octubre de 1829, desde Quito, Bolívar escribió a Flores para informarle que salía para Bogotá; que le designaba jefe superior del Sur, con el comando general de todas las tropas y de la escuadra. Y, como temía aún un ataque del Perú, le instruía para tomar las medidas necesarias, en caso de que una nueva guerra se declarara:

*Quito, octubre 22 de 1829.*

*Sr. Gral. Juan José Flores.*

*Mi querido general:*

*... Yo he determinado seguir al Norte... Ud. quedará de jefe supremo del Sur o prefecto general y quedarán todas las tropas que he indicado a Ud. antes. Si el Perú les declara la guerra, las fragatas serán muy útiles... Mientras tanto tome Ud. sus medidas militares, para que nada falte en caso de peligro, y piense Ud. como hará para defenderse solo...*

*Adiós, mi querido general. Soy de Ud. de corazón.*

*Bolívar*<sup>26</sup>.

Bolívar había salido de Quito y en Ibarra recibió un mensajero de Flores que le traía el Tratado firmado en Guayaquil, días antes. Inmediatamente, el 1.º de noviembre, Bolívar le dirigió una nueva carta, desde esa ciudad. Le confirmaba que partía tranquilo, pues dejaba todo en buenas manos y sin peligro inminente. Todo eso se debe a Tarqui, subraya el Libertador, y recuerda que Flores fue el héroe de esa campaña y el creador del ejército vencedor. Leamos una líneas de esa carta:

*Ibarra, noviembre 1.º de 1829.*

*Al señor general Juan José Flores.*

*Mi querido general:*

*Anoche a las tres de la mañana llegó el capitán Padrón, trayéndo-*

*me la ratificación del Tratado de Guayaquil... Voy pues tranquilo, dejando todo en buenas manos y sin peligros de nuevos apuros que nos atormentarán... Todo esto es debido a Tarqui, a Ud. mismo que fue el héroe de la campaña y el creador del ejército... Yo me quedaré mañana aquí para despachar el correo que ha llegado hoy... Soy de Ud. de corazón.*

*Bolívar*<sup>27</sup>.

Nos encontramos en el año histórico de 1830, en el que se desarrollaron acontecimientos de tanta trascendencia para los países bolivarianos, para el Ecuador particularmente.

Reunido el Congreso de Bogotá, el mariscal de Ayacucho fue elegido Presidente. Una vez más, Bolívar renunció a la presidencia y el 3 de mayo fue designado para sucederle el general Joaquín Mosquera. De estos acontecimientos, Lafond de Lurcy nos ha dejado la siguiente versión:

*Llegado a Bogotá, Bolívar instaló el Congreso, el 20 de enero de 1830. Hizo vanos esfuerzos para que se adoptara su proyecto de constitución boliviana. El Congreso había dado pruebas que deseaba sinceramente la unidad de Colombia; pero, se mostraba tan hostil a las teorías republicanas del Libertador como a los proyectos federalistas de algunos ambiciosos. Vivamente irritado, Bolívar envió su dimisión; contra lo que esperaba, el Congreso la aceptó y dio la presidencia a Joaquín Mosquera, hermano mayor del Encargado de Negocios de Nueva Granada en Francia e Inglaterra, y del general Mosquera, presidente actual de esta república. Algunos días después, Bolívar, ya simple ciudadano, se trasladó a Cartagena, con la intención de embarcarse para Europa. En pocas palabras, ha pintado él mismo la situación en la que dejaba la república: Me ruborizo al decirlo: la Independencia es el único bien que hemos adquirido a costa de los demás...<sup>28</sup>.*

La renuncia de Bolívar precipitó los hechos: se consumó la separación de Venezuela; se realizó en Quito la pacífica transformación del 13 de mayo, que desligó al Distrito del Sur de la subordinación a Colombia y el 14 de agosto se instaló el Congreso Constituyente del *Estado del Sur de Colombia*, como provisionalmente se lo denominó. Lafond de Lurcy resume así:

27 Idem.

28 Idem.

*La noticia de la separación de Bolívar acabó de difundir la confusión y la desunión; consagró y apresuró definitivamente el desgarramiento de Colombia. El 6 de mayo, treinta y tres diputados venezolanos se reunieron en Congreso, en Valencia, proclamaron la independencia de su país, con el nombre de República de Venezuela y dieron la presidencia a Páez. Las autoridades, las corporaciones y los principales habitantes de Quito, impulsados por el procurador general, proclamaron el 13 de mayo, la independencia de los departamentos de Quito, Guayaquil y Azuay, bajo el nombre de República del Ecuador. El general Flores fue nombrado su presidente por la convención reunida en Río-Bamba. El inmortal Sucre acababa de ser asesinado. Bolívar, retirado en Barranquilla<sup>29</sup>, escribió esta última carta a Flores, que había permanecido su amigo adicto<sup>30</sup>.*

Efectivamente, sigue la última carta que Lafond de Lurcy publicó; no señala ni la fecha ni el lugar de donde Bolívar escribió a Flores. Pero, indudablemente es la carta de Barranquilla, de 9 de noviembre de 1830, la misma que corresponde a la última de las cartas remitidas a la Universidad Católica de Quito<sup>31</sup>. Leamos el texto que tradujo nuestro viajero:

*Mi querido general:*

*He recibido la apreciable carta de Ud., de Guayaquil... que ha puesto en mis manos el comisionado de Ud., Urbina. No puede Ud. imaginarse la sorpresa que he tenido al ver que Ud. se sirve dirigir su atención y destinar expresamente un oficial para venir a responderme y a darme noticia de lo que pasa en el Sur y pasa con Ud. No esperé nunca que un simple particular fuese objeto de tanta solicitud y benevolencia. Ud. al dar este paso, ha llenado la medida de su excesiva bondad hacia mí. No puede Ud. hacer más, por lo que hace a la amistad. Con respecto a la patria, Ud. se conduce como un hombre de estado...*

*Mi carta... sólo por la salud de Ud. la hubiera escrito...*

*Acepte Ud. mientras tanto las seguridades de mi amistad, y aun más de mi gratitud, por sus antiguas bondades y fidelidad hacia mí, y reciba Ud. por último, mi corazón.*

*Bolívar<sup>32</sup>.*

29 Lafond de Lurcy escribe: Barranquilla.

30 E. sur A-E - pág. 12.

31 En la página 190 y siguientes se ha mencionado la recuperación de más de 80 cartas de Bolívar a Flores.

32 E. sur A-E - pág. 12.

Como podemos leer, Bolívar se interesaba por lo que acontecía en el Sur y estaba profundamente conmovido por la delicadeza de Flores, a quien reconoce como un verdadero *estadista*. Lafond de Lurcy añade este comentario muy lógico: “El Libertador aprobaba, pues, la conducta de Flores, aun después del movimiento del Ecuador; aquella adhesión que sobrevivió a su renuncia, no podía curarle sus amargos pesares... murió el 17 de diciembre de 1830 a la edad de cuarenta y siete años”<sup>33</sup>. Y lacónicamente observa: “Faltaba a Bolívar, como a San Martín, la *legitimidad*. Tenían uno y otro en contra suya su origen, a los republicanos y a los ambiciosos de todos los partidos. El país no estaba maduro para la transformación que el uno había deseado, tal vez, y que el otro había llevado adelante”<sup>34</sup>.

Pero, añadiré un comentario más, con motivo de esa famosa carta de 9 de noviembre. Al iniciar este estudio manifesté, recordando mi artículo de *El Tiempo*, que seguramente “mediante copias y traducciones, como las realizadas por Lafond de Lurcy, algunas cartas de Bolívar a Flores eran ya del dominio general”. Así, la última carta de 9 de noviembre de 1830 del Libertador a Flores es muy conocida. Parcialmente la cita, entre otros, Víctor de Urquiza Anchorena, en su estudio “Año cumbre en la visión política de Bolívar: su constitución para Bolivia de 1826”<sup>35</sup>. Y Antonio Flores Jijón, hijo del general, cuando publica el folleto *PROTESTA*<sup>36</sup>, reproduce también parcialmente, luego de unas líneas de la carta de 1o. de julio de 1830, dos párrafos de la carta de Barranquilla, de 9 de noviembre de 1830, que tradujo Lafond de Lurcy. Leámoslos:

*Cartagena, 1o. de julio de 1830.*

*(Mes y medio después que el Ecuador se constituyó en Estado independiente).*

*Aseguro a Ud. con la más grande franqueza que ni ahora, ni nunca he dudado de la acendrada amistad de Ud. hacia mí, ni de su HEROICA FIDELIDAD a quien le ama de todo corazón y le ofrece los sentimientos más puros de amor y consideración.*

*Bolívar*<sup>37</sup>.

33 Idem.

34 Idem.— págs. 12 y 13.

35 Víctor de URQUIZA-ANCHORENA.— *Año culminante en la visión política de Bolívar: su Constitución para Bolivia, de 1826.*— Publicación de la Casa de la Cultura Ecuatoriana. Núcleo del Guayas; 8o. año, Volumen VIII.— No. 22-23-24.— Diciembre de 1958.— págs. 3 a 34.

36 Antonio FLORES-JIJON.— *Protesta.*— Imp. Lamaignère, Bayonne-Biarritz, 1906, pág. 12.

37 Idem.

Barranquilla, 9 de noviembre de 1830. (Última carta del Libertador que falleció el mes siguiente)

...No esperé nunca que un simple particular fuese objeto de tanta solicitud y benevolencia. Ud. ha llenado la medida de su excesiva bondad hacia mí. No puede Ud. hacer más por lo que hace a la amistad. Con respecto a la Patria, Ud. se conduce como un hombre de Estado, obrando siempre conforme a las ideas y a los deseos del pueblo que le ha confiado su suerte. En esta parte cumple con los deberes de Magistrado y de Ciudadano. Acepte Ud. la seguridad de mi amistad y aun más de mi gratitud por sus antiguas bondades y FIDELIDAD hacia mí y reciba Ud. por último mi corazón.

Bolívar<sup>38</sup>.

Cumplido mi propósito de presentar la correspondencia de Bolívar a Flores, correspondencia que Lafond de Lurcy publicó en 1848, seguramente por primera vez, aquí debería terminar este capítulo. Sin embargo, como el viajero francés se refirió tanto a la administración del primer Presidente del Ecuador, como al espinoso capítulo de su vida política que Alfredo Pareja Diezcanseco califica de su *locura de la reconquista*<sup>39</sup>, cuando se hallaba en Europa, después del convenio de *la Virginia*, 17 de junio de 1845, juzgo necesario recordar brevemente algunos hechos no bien conocidos, tal vez.

Desde luego, al evocar estas páginas de la historia ecuatoriana, creo oportuno adelantar algunas observaciones indispensables.

La primera: Gabriel Lafond de Lurcy *no es un historiador* y nunca ha pretendido escribir ni la historia del Ecuador ni la de ninguno de los países que recorrió en sus quince años de viajes alrededor del mundo. Lanzado muy joven a la aventura del viaje y en busca de la gloria (su padre la había conquistado y brillante en los ejércitos de la gran Revolución, como recordé en la biografía de Gabriel), sus obras tienen otro carácter. Son relaciones de sus viajes, observaciones las más variadas y curiosísimas de los pueblos que visitó; eso sí, de un valor excepcional y que merecieron elogiosos comentarios cuando su publicación. En la comunicación que Poulain de Bossay leyó ante la *Sociedad de Geografía*, el 25 de enero de 1865, sobre *F.V.A.M.* entre otros elogios subrayó que:

38 Idem.

39 Obra mencionada.— Volumen II, pág. 42.

... El título que ha adoptado (*Lafond de Lurcy*) es demasiado modesto y no da una idea exacta de todo lo que contiene el largo y concienzudo trabajo del que voy a dar cuenta... Sus impresiones, sus juicios, los ha consignado en este libro, añadiendo detalles sobre las costumbres, descripciones pintorescas, anécdotas interesantes y comentarios históricos muy completos<sup>40</sup>.

Si bien es verdad que la lectura de su obra conviene a toda clase de lectores, como afirma Poulain de Bossay, y si en ella encontramos datos sobre la geografía, las tradiciones, la vida de los pueblos en que residió, Lafond de Lurcy no ha escrito una obra histórica propiamente tal. No podemos, pues, juzgarla como una obra rigurosamente científica. El mismo así lo ha reconocido y confirmado. Por consiguiente, no hemos de exigirle el rigor del historiador que escribe una obra documentada; que recurre a archivos y fuentes de consulta. Escribió sus relaciones gracias a breves notas que había reunido. Evidentemente, consultó algunos libros para ciertas largas digresiones, como por ejemplo, la conquista española o la civilización de los pueblos aborígenes de América y de otros continentes. Señala en ocasiones los libros que le han servido. Pero, en ningún momento tiene la ambición de escribir una obra histórica. Tan sólo así se entienden: la falta de ordenación en el desarrollo de algunos capítulos; la amena mezcla de asuntos que lleva de un continente a otro, de un período histórico a otro, sin la menor preocupación de un plan lógicamente ordenado. Después de haber narrado las guerras de la independencia hispanoamericana, vuelve a temas de la prehistoria; o cuando ha referido los hechos de su época, visitado un sitio... se extiende en consideraciones de la antigüedad. Así mismo, creo que no se le debe tener rigor por ciertos detalles menores, como son: la alteración de ciertas fechas o en la ortografía de nombres geográficos, patronímicos, etc...<sup>41</sup>.

Por consiguiente, no es extraño que las apreciaciones y juicios de Lafond de Lurcy acerca de la administración del general Flores, primer Pre-

40 POULAIN de BOSSAY.— *Rapports sur les Fragments de voyages autour du monde du Capitaine Gabriel Lafond de Lurcy, Ancien Ministre Plénipotentiaire*.— Por el señor Poulain de Bossay en la *Sociedad de Geografía*, en su sesión de 23 de enero de 1863. Imp. de L. Martinet, París, 1863.

41 Quienes en nuestras investigaciones debemos verificar, más de una vez, la exactitud de una fecha, de un nombre, aun en autores modernos, especialistas y bien documentados, conocemos la dificultad que ofrece determinar tal o cual punto. Y, en lo que a ortografía o fonética de nombres extranjeros se refiere, sabemos la dificultad para los hispano-parlantes de idiomas como el francés, el inglés, el alemán.

sidente del Ecuador, 1830-1835, y luego de Rocafuerte, de 1839 a 1845, y en general de lo que conocemos en nuestra historia como *el período floreano*, además de ser sumamente sucintos, contengan varios errores, carezcan de un plan histórico.

Esto se comprende y explica fácilmente. De regreso a Francia, en 1833, después de quince años de viajes, pocos documentos debió disponer, antes de 1848<sup>42</sup>, para el estudio que ofrece sobre el Ecuador en *E. Sur A-E* y para enjuiciar la administración floreana. Más aún, debió estar informado directamente por el mismo general (su amigo desde Guayaquil, en 1827), cuando el ex-Presidente recorría los países europeos y alimentaba proyectos que han sido diferentemente comentados, como vamos a ver. Además, Lafond de Lurcy debió tener en sus manos el *mensaje o proclama* a los Ecuatorianos que Flores había hecho imprimir en Bayona, en francés y en español, en 1847: "... *Para daros cuenta razonada de mi conducta en Europa, porque os incumbe conocerla y compete examinarla...*"<sup>43</sup>. Prueba muy clara que Lafond de Lurcy ha leído el folleto de Flores, es la cita de algunos párrafos del ex-Presidente:

*La revolución de Guayaquil sólo podía legitimarse con el tratado de Virginia: anulado éste, como lo fue, todos quedábamos en la obligación de propender al restablecimiento del orden constitucional... Después de serias y profundas meditaciones, concebí el proyecto de organizar en Inglaterra, Francia y España una pequeña expedición mixta de inmigrados, de manera que, ni por la composición de ella, ni por el número de sus individuos, pudiese inspirar justos recelos a la Europa, ni menos alarmar a los demás Estados de la América del Sur...*<sup>44</sup>.

No retengamos, pues, de las apreciaciones de Lafond de Lurcy sino la fidelidad a una amistad ligada en los años exaltantes de aquel tiempo heroico; su preocupación por explicar a sus contemporáneos acontecimientos que aparecían tan distantes, en una época en que las comunicaciones eran tan difíciles, entre ambos continentes. Son un testimonio más de cómo nuestra historia ha sido y es, hasta en nuestros días, incomprendida o muy

42 El 28 de junio de 1847, Lafond de Lurcy escribe a San Martín: "Hace algunas semanas el general Flores me había dicho de preguntarle si le agradecería recibirle, que deseaba conocerle personalmente..."

43 *El General Flores al Pueblo Ecuatoriano*.— Bayonne, Imp. Foré y Lasserre, 1847.— pág. 3.

44 *Idem*.— págs. 11 y 12. Citado por Lafond de Lurcy en *E. sur A-E*, págs. 26 y 27.

mal interpretada por tantos autores europeos. “Yo no quiero hacer la historia de sus desgarramientos interiores después de 1830”, confiesa Lafond de Lurcy<sup>45</sup>.

La segunda observación que recordaré al referirme a este capítulo de la obra del viajero francés y la administración del general Flores se refiere al sistema de gobierno que Lafond de Lurcy preconiza para los países independizados de España. Claramente reconoce que:

*... En el momento de su emancipación las colonias españolas no estaban maduras para el gobierno representativo de los Estados Unidos que quisieron darse; no tenían el espíritu de unidad que nace de la idiosincrasia en los individuos y de la costumbre en las masas. Cada ciudad aspiraba por egoísmo a la independencia, y cada personaje un poco sobresaliente, colocado algo más alto, aspiraba al poder<sup>46</sup>.*

Gabriel Lafond de Lurcy, por nacimiento, por educación y hasta por herencia se sentía profundamente republicano. Su padre fue un general de la Revolución y si conoció algunas dificultades, fue porque “el Emperador le hizo pagar caro sus convicciones republicanas...”<sup>47</sup>. En 1848, recuerda a sus compatriotas del Loira Inferior (hoy Loira Atlántico):

*... La herencia que él (su padre) me ha dejado es sagrada para mí, ciudadanos: era un nombre sin mancha, una reputación pura, la más santa a mis ojos de todas las fortunas. He jurado guardar intacto este santo patrimonio... por instinto pertenezco y por tradición al gran movimiento liberal que llevó a cabo la revolución de 1830 y terminó la de 1848<sup>48</sup>.*

Sin embargo, por la experiencia de los años vividos en nuestros países, por el contacto que mantuvo con algunos gestores de nuestra emancipación (y de los más notables), se convenció y lo expresó claramente que, para evitar las catástrofes que preveía: desgobierno, anarquía, militarismo, caudillismo, odiosas dictaduras y guerras civiles interminables, la única solución era un gobierno fuerte; una monarquía mejor adaptada para esos países. Y estas ideas las resumió en estas líneas:

45 E. sur A-E - pág. 26.

46 Idem.

47 *El capitán Gabriel Lafond a sus conciudadanos del Loira-Inferior. (Declaración electoral o mejor su declaración de no presentación a las elecciones legislativas* .— Documento comunicado a Georges Lafond, por el señor H. Billy, de la ciudad de Nantes).

48 Idem.

Hoy día, la mayor parte de los Estados Americanos piensan que la mejor forma de gobierno sería para ellos una monarquía constitucional. Ella les daría la estabilidad que les falta, conteniendo las ambiciones de los jefes que aspiran, no como en Europa, al ministerio, sino a la dictadura; deteniendo las invasiones de los Estados Unidos; la monarquía les permitiría ocuparse de su bienestar material, de su comercio, de su agricultura, y de provocar emigraciones bienhechoras que aumentarían por sus brazos y sus capitales la riqueza natural del suelo<sup>49</sup>.

Recordemos que no fueron diferentes el pensamiento, el razonamiento de algunos jefes de la Independencia. De San Martín, por ejemplo, y no solamente cuando su entrevista con el virrey La Serna en Punchauca, el 23 de mayo de 1821; de varios otros generales del Libertador, como lo confesaba Tomás Mosquera, según recordé antes (página 188). Bolívar, dictador de la Gran Colombia, del Perú, por la urgencia del momento y la necesidad vital de esos países, fue partidario de un Senado hereditario, conservador y moderador, compuesto de personalidades ilustres; por otra parte, de *censores* a la romana; “los que protegen a la moral, las ciencias, las artes, la instrucción y la imprenta”; un Vicepresidente hereditario; un poder ejecutivo fuerte, un Presidente vitalicio, ya que, según sus propias palabras: “En democracia todo conspira contra ella”<sup>50</sup>. Pero, Bolívar no quiere la monarquía para los países que ha libertado. Ni aspira a la “ambición de un reino”, según lo ha declarado en múltiples ocasiones. “Nunca, os lo juro, declara ante el Congreso de 1826, ha manchado mi mente la ambición de un reino, que mis enemigos han forjado artificiosamente para perderme en vuestra opinión”. Esto no le impide comprobar, al final de sus días, el fracaso de sus ideales, como lo manifiesta a través de toda su correspondencia de esos años. Así, en la célebre carta de Barranquilla, 9 de noviembre de 1830, al general Flores:

... Ud. sabe que yo he mandado 20 años y de ellos no he sacado más que pocos resultados ciertos:

- 1o. La América es ingobernable para nosotros.
- 2o. El que sigue una revolución ara en el mar.

49 E. sur A-E - pág. 13.

50 Citado por Jean-Toussaint BERTRAND: *Histoire de l'Amérique-Espagnole. Depuis les origines jusqu'à nos jours.*-Ediciones Spes, París, 1929.— Volumen II, “El hombre político”, págs. 80 y 83.

Y Francisco GARCIA-CALDERON: *Les Démocraties Latines de l'Amérique.*— Librería Flammarion, París, 1912.— pág. 57.

3o. La única cosa que se puede hacer en América es emigrar.

4o. Este país caerá infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada, para después pasar a tiranuelos casi imperceptibles, de todos colores y razas.

5o. Devorados por todos los crímenes y extinguidos por la ferocidad, los europeos no se dignarán conquistarnos.

6o. Si fuera posible que una parte del mundo volviera al caos primitivo, éste sería el último período de la América<sup>51</sup>.

Ideas tan pesimistas del Libertador encuentran su confirmación en cualquier historiador que se detenga a referirnos la historia de aquellos años. Las páginas, por ejemplo, en que Luis Robalino Dávila enfoca la situación del Ecuador entre 1830 y 1859<sup>52</sup>:

*Ignorancia general de las masas; un militarismo insolente y rudo... erario misérrimo que se valía, a veces, hasta de la moneda falsa; pobreza general; falta de vías de comunicación... indisciplina nativa; rivalidades regionales; demagogia en todos los espíritus; conspiraciones, insurrecciones, revoluciones; miseria...*

No es más optimista el cuadro que pinta Gabriel Cevallos García y, en particular, de uno de los mayores males de la época:

*El militarismo de la primera hora republicana fue incontenible... Hasta entrada en años la república, no se vio al militarismo ceder su puesto preeminente; puesto que mantuvo a costa del fisco, de la hacienda pública y privada, de la economía y del progreso de la nación<sup>53</sup>.*

Además de ciertas ideas monárquicas de algunos libertadores y ensayos de establecimiento de algunos tronos, no se debe olvidar que varias naciones europeas estuvieron interesadas en su éxito. Directa o indirectamente obraban para obtener ventajas y su intervención en los asuntos de las naciones independizadas fue múltiple. Basta recordar los nombres de algunos *agentes, comisionados, enviados, mensajeros*, de quienes extensamente se ha tratado en tantas obras. Me contentaré con mencionar dos, entre centenares, en que se descubren las intervenciones de las potencias europeas en la historia de nuestras jóvenes democracias.

Me refiero a las obras de André Gain, Profesor en la Facultad de Le-

51 Citado por Víctor de URQUIZA-ANCHORENA (nota 35).— Volumen III.

52 Luis ROBALINO-DAVILA: *Orígenes del Ecuador de hoy*. García Moreno.— Talleres Gráficos Nacionales, Quito, 1949.— pág. 118.

53 Gabriel CEVALLOS GARCIA.— *Historia del Ecuador*.— pág. 304.

tras de Nancy<sup>54</sup> y la última obra del historiador Jean Descola<sup>55</sup>. En estos mismos días, la Universidad de París-X acaba de publicar una comunicación excepcionalmente interesante del Profesor Jacques Penot<sup>56</sup>, consagrada a un punto no muy conocido de aquel grupo de Franceses que “por ideal político o por espíritu de aventura”, en especial “los emigrados bonapartistas sueñan raptar a Napoleón de Santa Elena y esperan dar, tal vez, a Napoleón o a su hermano José una última oportunidad en el inmenso suelo americano”<sup>57</sup>. Y el mismo Lafond de Lurcy, que ha reconocido que esos países “no estaban maduros para la transformación” realizada por nuestros libertadores, añade:

*Bajo el ministerio liberal del señor de Martignac, Francia envió a Colombia al señor Bresson (que fue más tarde el negociador del matrimonio del señor duque de Montpensier) en calidad de encargado de negocios, para estudiar el estado de esa república y tratar de su reconocimiento. Se decía aún que el señor Bresson estaba encargado de proponer a Colombia un príncipe francés para rey constitucional; que Inglaterra se oponía a esta combinación, pero que ella favorecería el advenimiento de un príncipe español. Si este proyecto ha existido, de lo cual dudo, era prematuro*<sup>58</sup>.

Desde luego, debo confesar que hasta hoy no he encontrado ningún documento probante de que Lafond de Lurcy estuviera en relación con el Presidente Flores después de su elección, en 1830, y hasta el final de su segundo período, en 1845. Como tampoco nada prueba las relaciones que pudieron mantener durante la estadía de Flores en Europa o cuando su regreso al Ecuador, luego de la reconciliación con García Moreno, en 1860. Es seguro que se encontraron en Francia. Lo curioso es que el viajero

54 André GAIN.— *De la Lorraine au Brésil*: 1o.) Una familia francesa durante la Revolución; 2o.) Un diplomático francés en el Brasil bajo la Restauración.— Sociedad de Impresiones tipográficas, 1930.

55 Jean DESCOLA.— *Les Messagers de l'Indépendance. Les Français en Amérique Latine: de Bolívar à Castro*.— Ediciones Robert Laffont, París, 1973.

56 Jacques PENOT.— *Militaires, Corsaires et Marins français au service de l'Indépendance du Mexique: 1813-1821*.— Publicaciones del Centro de Investigaciones de Lingüística y Ciencias Humanas, América Ibérica. Centro de Estudios Latinoamericanos, Fascículo II - Junio de 1974.— Universidad de París-X Nanterre.— Director: Profesor Charles Minguet.

57 Idem.— pág. 6.

58 E. sur A-E - pág. 13.

francés no haya recibido ninguna promoción de su amigo el Presidente ecuatoriano y que más bien, Lafond de Lurcy haya sido designado Cónsul General de Costa Rica, en París, y luego Ministro, Encargado de Negocios, eso sí, como lo confiesa honestamente:

*Había sido nombrado Cónsul General de la república de Costa Rica, por influencia del general Juan José Flores, ex presidente de la república del Ecuador, su amigo, y que en esta época, forzado por la revolución de expatriarse, 1849, se encontraba en San José de Costa Rica*<sup>59</sup>.

Y como veremos en otra parte, inclusive le obtuvo una concesión para su proyectado canal, en esa zona de Costa Rica.

Por lo mismo, debo calificar de temerarias las afirmaciones de Jorge Villacrés Moscoso cuando escribe:

*... Cuando Flores desempeñaba la Intendencia del Departamento Sur, llegó al actual territorio ecuatoriano el capitán Gabriel Lafond de Lurcy, oficial francés, quien efectuaba un recorrido por los países latinoamericanos, por orden del Ministerio de Guerra de su país. Según se desprende de las informaciones que da en sus diversas obras sobre los países americanos, particularmente del Ecuador, este Oficial vio por primera vez a Flores, en 1828, para luego convertirse en un amigo íntimo del que llegará luego a ser Presidente del Ecuador; y cuando este último viajara a Europa, fue Lafond de Lurcy su compañero inseparable en los diversos recorridos que realizará en el viejo continente... Después de haber residido por algún tiempo en Bayona, París y Londres, el ex-mandatario ecuatoriano, emprendió su regreso a América, pero dejando a muchos Irlandeses, Franceses y Españoles, en calidad de sus agentes en las más importantes ciudades de los antes citados países, a fin de que siguieran difundiendo los planes de colonización europea para el Ecuador... Entre estos agentes se encontraba el capitán Gabriel Lafond de Lurcy*<sup>60</sup>.

Ante todo, subrayemos algunas inexactitudes en las líneas citadas:

- 10.) Lafond de Lurcy vio, por primera vez, al general Flores, en Guayaquil, en 1827 y no en 1828, según se recordó anteriormente<sup>61</sup>.

59 E.V.A.M.—pág. 193.— Esta obra de Lafond de Lurcy tuvo nueve ediciones, entre 1861 y 1873.

60 Estudio citado, (Ver la Nota 4 de este capítulo).

61 Ver la página 185 de este capítulo.

- 2o.) Cuando llegó a Guayaquil, en su viaje de Manila-México-Guayaquil, Lafond de Lurcy no era *oficial francés*; era un simple marinero improvisado de un barco mercante que a los 18 años se había lanzado a la aventura, según refirió en su biografía.
- 3o.) Mucho menos “*efectuaba un recorrido... por orden del Ministerio de Guerra de su país*”. A menos que (según recordé anteriormente) mi compatriota nos presente los documentos que comprueben sus aseveraciones y, sobre todo, que Lafond de Lurcy haya sido *agente* de Flores para sus “*planes de colonización del Ecuador*”. He recordado al principio de este trabajo como el nombre de Gabriel Lafond de Lurcy no se encuentra en los Archivos de la Marina, del Quai de Orsay, etc...; todo lo que ha dificultado las investigaciones sobre este viajero, tan desconocido aún en Francia.

Al término de este estudio, luego de haber consultado varios documentos, leí algunas obras de aquel período que va de 1820 más allá del *floreano*, es el momento de llegar a una conclusión que coincide con lo que se ha dicho en las páginas citadas de Gabriel Lafond de Lurcy. Esta podría ser, tal vez, una *reconsideración* de algunos hechos de nuestra historia; una apreciación más justa de la personalidad del fundador de nuestra república, *Padre y Protector del Estado*<sup>62</sup>. Lejos de mí aceptar o justificar sus errores políticos (que fueron muchos), de encubrir sus fracasos y menos de aceptar *la locura de la reconquista*, que dijo Pareja Diezcanseco. Pero, he quedado sorprendido que a los especialistas de la historia de aquellos años no se les vino a las mentes dos reflexiones muy sencillas que me han acompañado en el curso de estas investigaciones:

- 1o.) Cuando en 1830, el general Flores fue elegido Presidente de la nueva república (ha hecho todo para que así suceda<sup>63</sup> y Bolívar le aprobó, como se lee en la carta de Barranquilla, 9 de noviembre de 1830), tenía entonces 29 años; había guerreado, y brillantemente, desde los trece; en 1814, sitiada Venezuela por las tropas de Boves y Morales, Ricaurte le expidió el grado de alférez<sup>64</sup>. Por consiguiente, pese a

62 El Congreso de 1831 declaró al general Flores: “Padre y Protector del Estado” y la Convención Nacional de 1835: “Fundador de la República”, en un decreto firmado por Olmedo, Presidnete de la Convención y una sentencia ejecutoria firmada por Rocafuerte.— Nota tomada en PROTESTA de Antonio Flores Jijón.— Imp. Lamaignère, Bayonne-Biarritz, 1906, pág. 4.

63 Citado por Alfredo PAREJA DIEZCANSECO.— Obra citada.

64 B. PEREZ.— *Diccionario biográfico del Ecuador*.— Edición Ecuador.— Director, Gerente y Autor, B. Pérez.— Quito, 1928, 4o. m., 515 págs., muchos retratos.

sus notables cualidades naturales y militares, no tenía aún la experiencia necesaria para asumir semejantes responsabilidades, cuando era preciso organizar todo en un nuevo Estado naciente, envuelto en problemas de todo orden: político, militar, económico, cultural..., después de más de veinte años de anormalidad completa en la administración, como consecuencia de las luchas de la Independencia. Se necesitaba ser un genio, un gigante para lograr no el éxito total, pero un resultado aceptable. Tales problemas fueron tan complejos que, desde cierto punto de vista, los máximos representantes de la revolución, es decir, Bolívar, San Martín, conocieron también el fracaso, en una u otra forma, y lo reconocieron, sin que por ello mengüe en nada su gloria. Y después, ¿no conocemos en nuestra historia (como en la de todos los pueblos) a gobernantes de indiscutibles méritos, preparación universitaria, edad madura y experiencia, con medios, recursos modernos y que, a pesar de todo, han conocido el fracaso en su administración y comprometido así la paz, el progreso de sus compatriotas?

2o.) Los errores del gobernante, del *floreanismo* han dado como resultado el que se olvide o minimice la gloria del militar, del brillante colaborador de Bolívar y de Sucre y que se ilustró, sobre todo, en el suelo ecuatoriano. Vale que recordemos los párrafos de las cartas de Bolívar (que publicó Lafond de Lurcy) destacando, sin escatimar elogios, al gran luchador de la Independencia. Son suficientemente conocidas las tres ocasiones en que Flores preservó la integridad del territorio nacional frente a las ambiciosas pretensiones del Perú, pero que algunos escritores se diría las ignoran:

- a) En 1827, cuando la sublevación encabezada por Bustamante y Delgado, en Lima, contra el jefe de la división colombiana, según se recordó anteriormente, página 185 y siguientes<sup>65</sup>.
- b) En 1829, cuando la invasión peruana. Si bien es verdad que Sucre fue designado director de la guerra, Flores organizó y comandó el ejército e *hizo cosas notables por el valor y la pericia*, lo que le

65 Que esta sublevación fue un peligro para la integridad del Ecuador, basta para asegurarse de esto, leer estas líneas de la carta que el Mariscal Sucre escribió, el 10 de julio de 1827 a Santander: "... La nota del General La Mar de 12 de mayo al General Flores justifica que las pretensiones de estos sediciosos eran sustraer a Colombia los departamentos del Sur y agregarlos al Perú, en cambio de un poco de dinero ofrecido a Bustamante y sus cómplices".— Citado por PEDRO Fermín CEVALLOS: *Historia del Ecuador*.— Imprenta de "La Nación", Guayaquil, 1886, tomo IV, págs. 211-213.

mereció ser ascendido a general de división;

- c) En 1860, en una de las crisis políticas más graves que ha conocido el Ecuador, Flores (ya de regreso de Europa y establecido en Lima) ofrece sus servicios a García Moreno que ante la gravedad del peligro, no tiene *otro recurso: la reconciliación con Flores*<sup>66</sup>, el enemigo de ayer a quien ha combatido con violencia inusitada. Luego de la reconciliación, Flores *hizo una campaña brillante y rápida y salvó al Ecuador de su disolución*<sup>67</sup>. Sin embargo, poco se recuerda de una cuarta actuación en que Flores salvó también la integridad nacional. Al terminarse su primer período presidencial, el desconcierto era total. Rocafuerte que le ha combatido violentamente (la guerra de los *chihuahuas*), fue proclamado “Jefe Supremo del Departamento del Guayas”, en asamblea popular, mientras Loja, después de Cuenca, ha tomado partido por José Félix Valdivieso *que continuaba la contienda y rehusaba constantemente la paz*<sup>68</sup>. El 5 de julio de 1834 los partidarios de Valdivieso entraron en Quito y su ejército *restaurador* que ocupaba el Norte y el Sur, amenazaba al ejército *convencional* de Flores y Rocafuerte. La victoria de Miñarica, el 18 de enero de 1845, salvó la unidad nacional. Flores aplastó a los *restauradores* en una de las batallas más cruentas de nuestra historia. “Miñarica es una de las grandes fechas del calendario de nuestra nacionalidad, pues, de no haber vencido Flores ese día, probablemente el Estado ecuatoriano hubiera desaparecido entre Colombia y el Perú. En cuanto se conoció en Quito la derrota, la Convención que los revolucionarios de Valdivieso tenían reunida desde el 7 de enero, *decretó peregrinamente la muerte del Estado y la incorporación del Departamento de Quito —desde el Carchi hasta las fronteras con el Guayas— como una provincia de Nueva Granada... el Perú hubiera movilizad sus fuerzas para ocupar Loja, el Azuay y el litoral hasta Manabí*<sup>69</sup>.

Se trataba, pues, de una vergonzosa “conspiración reflexivamente concebida” y el “apresurado reconocimiento que Nueva Granada hiciera de la Jefatura Suprema de Valdivieso” sirve para comprobar la infame traición que la reconciliación de Flores y Rocafuerte desbarató gracias a Miña-

66 Luis ROBALINO-DAVILA.— Obra citada, pág. 219.

67 Alfredo PAREJA DIEZCANSECO.— Obra citada.— Volumen II, pág. 47.

68 Idem.— pág. 26.

69 Idem.— págs. 27 y 28.

rica. Si en realidad fue una lucha fratricida, provocada por “la ambición personal” de Valdivieso que había sido Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores durante los tres primeros años de la administración floreana, y se evitó la disolución del Ecuador: “La batalla de Miñarica, por eso, debe permanecer en la memoria de los Ecuatorianos como uno de los acontecimientos de mayor importancia en los orígenes e integración de nuestra nacionalidad”, añade Pareja Diezcanseco<sup>70</sup>, que se complace en recordar “aquella anécdota que nos ilustra como eran esos tiempos: los partidarios fanáticos de Valdivieso hicieron acusaciones a la Virgen del Quinche por haberlos abandonado<sup>71</sup>. Conocemos que el traidor Valdivieso tenía el apoyo del general colombiano Obando, el asesino del mariscal Sucre.

Flores ha salvado, como vemos, más de una vez la integridad nacional amenazada por ambiciosos del exterior y traidores del interior. Con razón en el mensaje a los Ecuatorianos<sup>72</sup> recuerda con orgullo aquellas gloriosas jornadas, desde 1824. Estos títulos parecen suficientes para opacar o aminorar aquellos otros de *déspota*, *traidor*, *extranjero* que suelen echarle al rostro, con tanta facilidad, algunos historiadores, olvidando que “para comprender la época —y esto debe hacer todo el que ama la historia— hay que recordar que el Perú tenía un presidente colombiano hijo de Cuenca; el Ecuador tendría un Venezolano; Bolivia también; San Martín, argentino, fue Jefe Supremo del Perú; Vicente Rocafuerte, diplomático de México... Los ejemplos abundan”<sup>73</sup>. Las nacionalidades, en aquellos años, no estaban aún bien definidas ni las fronteras perfectamente determinadas.

70 Idem.— pág. 29.

71 La batalla de Miñarica salvó la integridad nacional, así lo sintió Olmedo y así se comprende también su Oda: “*Al General Flores Vencedor en Miñarica*”.— Al publicar en “OCIOS POETICOS” esta Oda, el general Flores subraya estos versos:

*Y en medio de la pompa más solemne  
las imágenes santas derribadas,  
— ¡qué horror!— del alto pedestal cayeron  
del incienso sacrílego indignadas...*

y añade esta explicación: “Alusión a la notable circunstancia de haberse caído la santa imagen del Quinche en la solemne procesión que hizo el gobierno revolucionario de Quito (de Valdivieso) para obtener el triunfo”.— (*Ocios Poéticos del General Flores y una Oda en su obsequio*: por J.J. OLMEDO.— París, Imprenta de A. Appert, 1846.— pág. 52).

72 Ver la Nota 43 de este capítulo.

73 Alfredo PAREJA DIEZCANSECO.— Obra citada.— Volumen I, pág. 450.

Es lástima que Lafond de Lurcy no haya traducido el párrafo de la carta del primero de julio de 1830, dirigida por Bolívar a Flores y que se refiere al asesinato del mariscal Sucre, ocurrido el 4 de junio de 1830:

*Ud. será víctima, mi querido Flores: Sucre fue llamado el hombre de la fortuna; la de Ud. pues, no lo salvará a Ud., por lo mismo es necesario que Ud. se cuide tanto como una niña bonita*<sup>74</sup>.

Sin ninguna duda, el Francés tuvo conocimiento de la acusación más horrible que los enemigos de Flores lanzaron contra él: su complicidad en este asesinato, porque aprovechaba al general venezolano. Pero, el punto de vista de Lafond de Lurcy es muy claro.

Luego de haber rendido un homenaje conmovedor al mariscal de Ayacucho:

*Es difícil creer que Sucre tuvo enemigos. Sus opiniones eran demasiado juiciosas y demasiado moderadas para haberle merecido el odio de aquellos mismos que combatía. Su desinterés, la nobleza de sus modales, la generosidad de su corazón le habían conciliado la estima y afección de las masas...*<sup>75</sup>,

escribe estas líneas que merecen la reflexión de quienes, muy a menudo, se han dejado guiar por las pasiones al comentar aquel triste capítulo de la historia hispanoamericana:

*Este homicidio fue preparado con premeditación; los papeles públicos del tiempo predijeron hasta la muerte del general, e indicaban que JOSE MARIA OBANDO sería el asesino... De todas las informaciones judiciales sobre este acontecimiento, resultó que no fueron ladrones los que cometieron el crimen, porque el cuerpo fue dejado en el terreno sin haber sido despojado. José María Obando comandaba el departamento...*<sup>76</sup>.

Y Lafond de Lurcy añade estas líneas que reflejan perfectamente el sentimiento general:

*El (Obando) trató de manchar el nombre del general Flores asociándole a este crimen; pero, la opinión pública, haciendo justicia a los verdaderos culpables, ha designado a Obando y al general López*<sup>77</sup>.

74 Carta del 1o. de julio de 1830.

75 V.a.M. et N.C.— Volumen II, pág. 270.

76 Idem.— pág. 271.

77 Idem.— pág. 272.

Para terminar con este último homenaje al vencedor de Pichincha:

*El asesinato del Bayardo de Colombia clama aún venganza*<sup>78</sup>.

Lafond de Lurcy vuelve a ratificar por última vez su admiración al general Flores. Debió escribir estas páginas, más o menos, en los años de 1840:

*Hoy aún, el Ecuador tiene como presidente a Flores, quien lo gobierna con esta prudencia y esta madurez intelectual que mostraba en todos sus actos antes de que sus conciudadanos lo hayan llevado a este alto puesto...*<sup>79</sup>.

Hemos visto como historiadores que parecen serios y bien documentados, sostienen tal acusación contra Flores. Conocemos, evidentemente, que este capítulo de la historia hispanoamericana ha suscitado polémicas apasionadas entre investigadores e historiadores. Así, cuando Camilo Orbes, presidente de la Casa de la Cultura de Nariño, miembro de la Academia Colombiana de la Historia Eclesiástica, anunció que la "Última carta del Mariscal Sucre está inédita"<sup>80</sup>, luego de haber afirmado que:

*Por breves instantes tuvimos en nuestras manos un valioso documento: la postrer carta escrita por el colibertador de Cinco Repúblicas: DON ANTONIO JOSE FRANCISCO DE SUCRE Y*

78 Idem.

79 Idem.— Evidentemente, nada tuvo que ver en el asesinato de Sucre. Sus enemigos que argumentaban que el ilustre Mariscal se oponía a la separación del Distrito del Sur de la Gran Colombia, desconocen su última carta que escribió ocho días antes del crimen de Berruecos y que es como el testamento político del vencedor de Pichincha y Ayacucho. En carta de Popayán, el 27 de mayo de 1830, al general Vicente Aguirre, Sucre escribe: ... *Este acontecimiento (la separación del Ecuador) será provechoso. Colombia no puede existir por mucho tiempo sino compuesta de los tres grandes Estados confederados... pero, la Nueva Granada podrá tener a la larga pretensiones sobre el Sur (el Ecuador).*— Sucre pide al general Aguirre mostrar esta carta al general Flores. Bolívar, por su parte, después del asesinato de Sucre, escribe a Flores: ... *Yo pienso que la mira de este crimen ha sido privar a la Patria de un sucesor mío, y dejar a Usted en el Sur solo en la arena para que todos los golpes y todos los conatos se dirijan únicamente contra Usted.*— Notas tomadas en "EL ASESINATO DEL GENERAL SUCRE- EL DISCURSO DE MONSEÑOR GONZALEZ SUAREZ", por Antonio FLORES JIJON.— Imprenta Wattier Hermanos, París, 1900, págs. 7 y 8.

80 Camilo ORBES M., Presidente de la Casa de la Cultura de Nariño: "Última carta del Mariscal Sucre está inédita".— Exclusivo para *El Comercio*.— Quito, Domingo 17 de agosto de 1975, pág. 5.

*ALCALA, con destino al genio inmortal de América Simón Bolívar Palacios.*

Después de algunos propósitos ridículos sobre los dos grandes Libertadores, y una tentativa de explicación psicológica de la correspondencia, publicó la carta de Sucre a Bolívar, fechada en Bogotá, el 5 de mayo de 1830, que consideraba como *inédita*, y añadió: “Es fiel copia del original que guarda un buen amigo americano”<sup>81</sup>.

El escritor ecuatoriano Hugo Alemán, autor, entre otros libros, de una biografía bien documentada del mariscal de Ayacucho<sup>82</sup>, recordó que era absolutamente falso y que la última carta no era la de 5 de mayo, sino la que conoce todo el mundo, fechada también en Bogotá, pero del 8 de mayo de 1830. Esta carta de Cumaná, J.A. Cova, la calificó de “última elegía”.

Además, Hugo Alemán, crítico severo y erudito, afirma que la carta publicada por Orbes “no deja de infundir sospechas sobre su autenticidad, por razones de simple observación”<sup>83</sup>. Después de un análisis bien documentado, llega a esta conclusión:

*Por el contexto íntegro de esa comunicación, es fácil reconocer que no refleja el estilo propio del más noble y leal de los generales de la independencia, manifestado en cuantas ocasiones debió expresar su pensamiento por escrito... Consideramos suficientes las razones que anteceden para restarle crédito a una apresurada aserción del Presidente de la cultura Nariñense, con relación a tan alardeado descubrimiento*<sup>84</sup>.

Luego de haber expresado su “devoción” a Sucre, Patricio Valdés Marambio, chileno, confirma la opinión de Hugo Alemán; recuerda la autenticidad de la carta de 8 de mayo y considera la de 5 de mayo, presentada por Orbes, como “una promoción comercial de la carta inédita” utilizada en repetidas ocasiones.

Pero, la afirmación más interesante del chileno Valdés Marambio y que conviene recordar aquí textualmente, es este párrafo que viene a reafirmar una idea enraizada en la conciencia americana de los que han juzgado imparcialmente la historia y que no quieren dejarse llevar por las pa-

81 Idem.

82 Hugo ALEMÁN: *Sucre, Parábola Ecuatorial*.— Edit. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1970, 341 págs.

83 Hugo ALEMÁN: *La Última Carta del Mariscal Sucre al Libertador Bolívar*.— En *El Comercio* - Quito, Domingo 14 de agosto de 1975, pág. 3.

84 Idem.

siones, inspiradoras de páginas como las de Luis Martínez Delgado que mencionaré, pues, se refieren al asesinato del Gran Mariscal. Valdés Marambio escribe:

*Por último, parece cosa ya fallada en el juicio de la historia el asesinato del Gran Mariscal. Todos los razonamientos y todas las pruebas documentales coinciden en que el autor intelectual fue el inquieto, misterioso y trágico general José María Obando, en cuya vida posterior, sombría, se advierte un poco la expiación de aquel crimen. No se ve por qué el señor Orbes afirma: 'Porque Juan José Flores mandó a matar al libertador de Bolivia, del Ecuador y del Perú, no en la montaña de Berruecos, sino en el sitio de los Robles, vereda del Municipio de la Unión, en el departamento de Nariño. Querría esto significar que hubo dos atentados y que el de Berruecos, preparado por Obando, fue el que cobró su víctima' ...<sup>85</sup>.*

Entre los historiadores de estos últimos años, nadie ha atacado más violentamente la personalidad del general Flores, primer presidente del Ecuador, como Luis Martínez Delgado, ex-presidente de la Academia Colombiana de Historia y miembro de la Academia de la Lengua. Su obra *Traiciones a la Independencia Hispanoamericana*<sup>86</sup>, es una virulenta condenación de la personalidad y de la obra de Flores, como militar, hombre de estado y hombre sencillamente.

No voy aquí a refutar la obra de Martínez Delgado; sería necesaria otra obra, a lo menos tan importante como la del colombiano. Como nos da una idea tan diferente del héroe reconocido por Bolívar, por Sucre y que nos evoca Lafond de Lurcy, no puedo dejar de señalar las abominables falsificaciones que saltan a la vista, en estos dos volúmenes.

Tomemos, por ejemplo, la campaña de Tarquí. Para Luis Martínez:

*Analizando situaciones de diverso orden, Flores que abundaba en oportunismo y astucia, no pensó que todo le impedía desalojar a Sucre como militar superior indiscutible de la campaña contra el Perú, que culminó con la victoria de las armas colombianas en Tarquí, y que quiso atribuirse empleando medios vedados...<sup>87</sup>.*

85 Patricio VALDES MARAMBIO: *A propósito de la Carta inédita del Mariscal Sucre.*— *El Comercio*, Quito, Domingo 5 de octubre de 1975.

86 *Traiciones a la Independencia Hispanoamericana.*— Biblioteca de Historia Nacional.— Editorial Kelly, Bogotá, D. E. - Volumen I, 1974; Volumen II, 1976.

87 Obra citada.— Volumen I, pág. 40.

Evidentemente, Martínez Delgado no señala cuales fueron estos "medios vedados" y se diría que no conoce en absoluto documentos irrefutables. Así, la comunicación de Sucre anunciando la victoria de Tarqui y destacando la acción de Flores, a quien asciende al grado de general de división, al mismo tiempo que a O'Leary, en el campo de batalla. Bolívar es más explícito y más generoso. En su carta de 12 de marzo, escribe a Flores:

*Diez millones de gracias, mi querido Flores, por tan inmensos servicios a la Patria y a la gloria de Colombia. Yo debo a Ud. mucho, infinito; más que lo que puedo decir...*<sup>88</sup>.

Y en la carta de 10. de noviembre de aquel mismo año:

*Todo esto es debido a Tarqui, a Ud. mismo que fue el héroe de la campaña y el creador del ejército...*<sup>89</sup>.

¿Cuáles son las pretensiones del historiador colombiano? ¿Por quién se toma en lo que se refiere a capacidad militar? ¿Por qué se atreve a contradecir tan abiertamente palabras categóricas de Sucre, del Libertador? ¿O se coloca tan encima de Bolívar que (recordando a otro Francés, Louis Peru de la Croix) situaba al general Flores, como militar, inmediatamente después del mariscal Sucre?<sup>90</sup>.

No dejaré de señalar otro punto en la obra del colombiano, cuando se refiere a algo igualmente horrible. Martínez Delgado escribe:

*Pero hay varias cartas de Bolívar, falsificadas, hecho que explica el historiador Andrade diciendo que el archivo de Sucre pasó a poder del ex-general Flores aprovechando la amistad que tenía con la Marquesa de Solanda. Es posible que ciertas cartas de Sucre fueran escogidas por Flores, alteradas conforme le era conveniente, conservadas con cautela y en secreto hasta que desaparecieran los testigos peligrosos; por eso fueron publicadas muchos años más tarde, cuando ya había muerto Bolívar, el principal de estos testigos...*<sup>91</sup>.

Es decir, Flores acusado de haber alterado, falsificado las cartas de

88 E. sur A-E - págs. 8 y 9.

89 Idem.— pág. 11.

90 Louis PERU de la CROIX.— *Efemérides Colombianas sobre Venezuela, Colombia, Ecuador.*— Este libro tiene otro título: *Raciocinios del Libertador Simón Bolívar.*— Imp. Walder, París, 1869-1870.

*Diario de Bucaramanga.*- Colección "Andrés Bello", Caracas, 1949, pág. 23.

91 Obra citada.— Volumen I, pág. 37.

Bolívar y de Sucre. Pero, Martínez Delgado no cita ni un ejemplo, no presenta ni una fotocopia del original con la falsificación que Flores habría cometido. Personalmente he examinado con sumo cuidado, en junio de 1973, las ochenta y un cartas a las que me refiero al principio del capítulo, para catalogarlas antes de enviarlas a Quito. Debo declarar que en ninguna de ellas, conservadas hasta 1973 por la familia del general Flores, se encuentra la menor alteración, como se podrá observar en los archivos de la Universidad Católica de Quito. Por consiguiente, esta observación es un desmentís total al historiador colombiano. Nos deja entrever el valor que se debe atribuir a su obra.

El colombiano no podía dejar de reprochar a Flores la acusación según la que la amenaza de la presencia del mariscal de Ayacucho “le llevó a planear, organizar y ordenar el asesinato del gran mariscal de Ayacucho, crimen incalificable, que consumado, al único que benefició fue a Juan José Flores”<sup>92</sup>.

He evocado ya este punto y las acusaciones de Martínez Delgado no añaden nada; al contrario, prueban que él desfigura la historia; así cuando se refiere a la acusación según la que Flores “ha promovido la separación del Ecuador y de Colombia... aprovechando del ocaso definitivo del Libertador”. Y finalmente, para no detenerme más, “la pretensión de separar de Colombia la provincia de Pasto...”, se diría que nunca ha leído las cartas de Bolívar de 1830.

A las acusaciones del historiador colombiano, como no enfrentar aquí estas líneas históricas y elogiosas que leemos en un documento esencial de la creación de la República del Ecuador. Reunidas en Quito, el 13 de mayo de 1830, las personalidades más importantes que representaban a la “muy noble y muy leal” ciudad, para decidir de su porvenir después de la separación de Venezuela, declaran solemnemente:

*Queda encargado del mando supremo, civil y militar, el señor general de división Juan José Flores, en quien deposita toda su confianza, convencidos por los respectivos testimonios que les ha dado de propensión a conservar el orden y tranquilidad, por haber salvado tan gloriosamente al Sur en las circunstancias más difíciles, por el acierto, integridad y tino con que se ha conducido en la carrera de su mando conciliándose con sus talentos y virtudes el*

92 “El temor fundado de perderlo todo, lo llevó a planear, organizar y ordenar el asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho, crimen incalificable, que consumado, al único que benefició fue a Juan José Flores”.— Idem.— Volumen I, pág. 41.

*aprecio general de estos pueblos que le son deudores de inmensos beneficios...*<sup>93</sup>.

¿Cómo el escritor colombiano puede imaginar que hombres que asumían la responsabilidad de organizar una República, hubieran manifestado así su confianza a un general que él califica de traidor? La opinión de los patriotas de Quito, que concuerda también con la del viajero francés, para nosotros es mucho más preciosa que la de un falsificador de la historia.

No seguiré refiriéndome a la historia (¿historia o panfleto?) de Martínez Delgado. Sólo quiero recordar que Gabriel Lafond de Lurcy tuvo otra opinión del ilustre general y que nos ha dejado una versión más conforme con la realidad, del vencedor de *Tarqui*, de *Miñarica*, del *Estero Salado*, en Guayaquil.

Es curioso, y vale la pena señalarlo, que es otro Francés-ecuatoriano, autor de una valiosa historia y otros libros bien documentado, José Le Gouhir y Rodas<sup>94</sup>, quien con más objetividad que numerosos historiadores ecuatorianos e hispanoamericanos, nos ha presentado la personalidad del general Juan José Flores. Sin ignorar las dificultades del momento, Le Gouhir y Rodas destaca cierto número de errores en la vida del primer Presidente del Ecuador. Así, cuando el tratado de *La Virginia*, inspirado por sentimiento de venganza, abusó de sus derechos y recurrió a fuerzas extranjeras en su favor, tras una *loca reconquista* que intentó un momento. La derrota de Cuaspud no fue más que el resultado de un grave malentendido y no de una falta de valor militar.

En páginas más conformes con la autenticidad de la historia Le Gouhir y Rodas señala los méritos del fundador de la República; reconoce que Flores, durante su vida entera, fue apasionado por la rectitud, la fidelidad, y un defensor ardiente de la Independencia del Sur, como se llamaba en aquellos años a la actual República del Ecuador. Fue el amigo íntimo de Sucre y “el hijo muy digno, muy leal y muy afectuoso de Bolívar”. Pero, no se limitaban a esto sus virtudes. Se le reconocía además de su valor, de su generosidad, de su clemencia y de sus capacidades militares, cualidades que hacen su imagen aún más atractiva, refinada y superior. En

93 AC LA por la que el DEPARTAMENTO DEL SUR, el 13 de mayo de 1822, declara la fundación de un Estado independiente de la Gran Colombia, bajo el nombre de República del ECUADOR.— “Puede llamarse el Acta de nacimiento de la República”.— *El Ecuador en cien años de Independencia 1830-1930*.— Tomo I, pág. 32.— por J. Gonzalo ORELLANA.

94 *Historia de la República del Ecuador*.— por José LE GOUHIR Y RODAS. Volumen II: *Juicio sobre el General Flores*.— págs. 176 a 182.

efecto, era un hombre que llegó a adquirir una cultura, algo poeta y dotado en materia de ciencias administrativas.

Hay otros hechos más sorprendentes todavía. Aunque el general Flores no era nativo del país, del Sur, el comando supremo le fue confiado por tres veces, al principio de la Independencia; reunía, en efecto, todas las cualidades necesarias para lanzar en la vía del progreso a un Estado que acababa de nacer; para sostenerlo económica y políticamente, para defenderlo contra los abusos exteriores. En el comienzo de sus dos primeros mandatos, el general Flores gozaba de una popularidad incomparable y universal. Sin embargo, tuvo que enfrentar a sus adversarios que se oponían a su política. Pero, les eliminó sin dificultad; puesto que su ambición no era el poder por el poder sino el mantenimiento de la paz. Cuando se retiró fue voluntariamente y por el bien de la República. Muy graves problemas se planteaban, a los que sus cualidades no encontraron solución. El país era pobre; faltaban hombres capaces y preparados.

El general Flores volvió al servicio de la República en 1860, multiplicando actos de valor y volviendo a recuperar así casi toda su gloria pasada. Estos actos y la imparcialidad de la historia acabarán por atenuar sus errores pasados.

Estos juicios concuerdan mejor con las opiniones de Bolívar, de Sucre y con las que nos ha dejado, hace más de un siglo, el viajero francés Lafond de Lurcy<sup>95</sup>.

No asombre, pues, que Lafond de Lurcy que no conocía, tal vez, sino los aspectos positivos y brillantes de su amigo, el héroe de la Independencia, al anunciar que el general Flores ha decidido abandonar Europa y "partido para presentarse solo a sus amigos y enemigos", termine sus *E. Sur A-E* con estas líneas que evidentemente merecen algunas reservas, pero que reflejan la mentalidad de muchos Europeos de la época (y también de otros que no eran europeos) y que es necesario comprenderla, según recordé antes. Lafond de Lurcy escribe:

*Deseo que la ventura que le ha acompañado en todas sus expediciones le acompañe aún; pues es el único hombre en el que el Ecuador pueda esperar, si las grandes potencias de Europa no quieren entenderse para dar a las antiguas colonias españolas insti-*

95 En las páginas de este capítulo hemos citado varios juicios muy elogiosos de Gabriel Lafond de Lurcy, en particular en *V.a.M. et N.C.* y *E. sur A-E*.

*tuciones políticas ampliamente liberales y garantizadas bajo su alta intervención*<sup>96</sup>.

Sin duda, más exactas y simpáticas son estas líneas de nuestro viajero que guardó de su permanencia en nuestros países un recuerdo imborrable, se ocupó de su progreso, de su futuro y de sus relaciones con Francia, como recordaré en otra parte. Leamos estas últimas líneas de Lafond de Lurcy:

*He pasado los más hermosos años de mi vida en esas regiones tan afortunadamente favorecidas; he combatido por su independencia; pero, no podría regocijarme hoy de haber contribuído en parte muy pequeña a colocarlas bajo el yugo de la anarquía que las devora. Sin embargo, tengo fe en sus destinos, y creo que un porvenir brillante les está reservado...*<sup>97</sup>.

96 E. sur A-E - pág. 27.

97 Idem.— pág. 13.



VIAJE DE GABRIEL LAFOND DE LURCY DE GUAYAQUIL  
A QUITO (1826).  
EL PAISAJE Y EL HOMBRE ECUATORIANO VISTOS POR  
EL VIAJERO FRANCES

En dos de sus obras principales, Lafond de Lurcy se ha ocupado extensamente del Ecuador. Por primera vez, cuando escribió el segundo volumen de *V.a.M. et N.C.*, al que dio por subtítulo *Voyages dans les Amériques* (1843-1844), y cuando publicó en el diario *La Flotte*, del 17 de octubre y 7 de noviembre de 1847, la monografía de que hablé en el capítulo VI: *Etudes sur l'Amérique espagnole, sous le rapport du commerce maritime de France. De l'Equateur...*, que apareció en separata, en 1848.

Vamos a ocuparnos en este capítulo del viajero Lafond de Lurcy y de cómo ha visto dicho país en un período muy interesante de la historia, es decir después de la Independencia de Guayaquil, 9 de octubre de 1820, en vísperas de la separación de la Gran Colombia y la formación de la República, en 1830. Desde luego, su amistad con el general Flores le llevará a ocuparse de acontecimientos que se realizaron hasta 1845; pero, estaba ya en Francia y no fue testigo presencial que es lo que nos interesa en este capítulo.

Conocemos ya que en la fragata *Mentor*, comandada por el capitán americano Gardner, salió de San Blas con dirección a Valparaíso, como se mencionó en el curso de su segundo viaje. Una vez llegados al golfo de Guayaquil, pronto sintieron los encantos del buen tiempo y, sobre todo, la suave brisa que anunciaba el famoso río Guayas.

Preocupados por los barcos de los insurgentes que luchaban contra España y para no caer en sus manos (ya habían conocido un mal momento!), se anunciaron con dos tiros de fusil y Lafond de Lurcy, que viaja como *alférez* de Marina, en un bergantín se adelanta para informarse y reconocer:

*Que sólo era una balsa hecha con gruesas piezas de una madera ligera que crece en las orillas del río de Guayaquil y que llaman palo-balsa o madera para balsa*<sup>1</sup>.

Era, pues, una simple balsa, que cinco pacíficos navegantes conducían y comerciaban la sal; los navegantes del *Mentor* les ayudaron e indicaron la verdadera posición.

Continuando el viaje en el golfo de Guayaquil, se les presentó la isla de Santa Clara y Lafond de Lurcy nos da una primera descripción de ella, es decir del territorio ecuatoriano. Evidentemente, en esta descripción se mezclan un poco la imaginación y la leyenda. Se refiere a la Santa Clara que llama también *Amortajado*:

*Este nombre de Amortajado, que significa enterrado, se dio a esta isla porque representa, bajo cualquier aspecto que se la contemple la forma de un hombre tendido boca arriba y vestido con un hábito de monje. La cabeza cubierta con una capucha, las piernas y los pies levantados son perfectamente netos y sobrecoegen la imaginación de todos los viajeros*<sup>2</sup>.

La navegación en ese golfo no deja de recordarle la ciudad de Túmbez y, por consiguiente, su fundación, la presencia en esas tierras de Francisco Pizarro, que desembarcó, dice, en 1526. De este modo, en cada página se mezclan con los detalles geográficos, las reminiscencias de la historia.

Al mencionar el golfo de Guayaquil, como todos los viajeros que llegaron a esa región, no podía omitir el referirse a otra isla: la Puná, y su población de la que Lafond de Lurcy da también una descripción más bien agradable. Eso sí, le preocupa, ante todo, la parte militar y reconoce que el sitio es muy favorable para recibir fortificaciones ya que se halla en la desembocadura del río Guayas. Admira la producción de la isla: bananas, ostras, maderas, aves. No podía faltar su admiración por la vegetación de la región que llamó la atención de todos los viajeros. Lo que no le impide reconocer que la vida es más bien pobre:

*Las casas de la Puná son casi iguales a las de toda la costa y aún de todos los países cálidos, es decir, edificadas sobre estacas de madera y bambú y cubiertas con hojas de vijao o de palmeras*<sup>3</sup>.

No voy a repetir aquí las impresiones de Lafond de Lurcy a su lle-

1 V.a.M. et N.C. — pág. 2. Lafond de Lurcy escribe *palo-balsa* y añade: "o madera para balsa". Idem.

2 Idem.— pág. 3.

3 Idem.— pág. 6.

gada a Guayaquil y sus reflexiones acerca del período histórico que vivía la ciudad, como toda esa región de lo que hoy forma el Ecuador, después del movimiento del 9 de octubre de 1820 y cuando los ejércitos de San Martín estaban en Lima y los de Bolívar obtenían triunfos decisivos en el Norte. Me referí a ello en otros capítulos, aquí vamos a recordar exclusivamente la visión del viajero que descubre una nueva ciudad.

La primera impresión que le causa la ciudad de Guayaquil es muy favorable:

*La ciudad ofrece una vista de conjunto muy pintoresco, y por la noche su aspecto se vuelve maravilloso debido a la cantidad de luces y fuegos que brillan de distancia en distancia a cada lado del río*<sup>4</sup>.

Mientras en *V.a.M. et N.C.* va a referirse extensamente a los acontecimientos de que fue testigo y en los que participó, en cambio, en *E. sur A-E* volverá sobre la descripción de esta ciudad, la sociedad de Guayaquil, ampliando muchas veces sus primeras impresiones de la obra de 1843-1844. Analicemos un poco más en detalle.

Habiendo recibido la comisión y la orden de ir a levantar el plano del *Estero-Salado*, tuvo la oportunidad de conocer perfectamente las características de este gran puerto sobre el Océano Pacífico. Así, escribe:

*Guayaquil está sentada sobre un terreno llano, a orillas de un río que le permite extender sus relaciones en el interior hacia Quito y sus dependencias*<sup>5</sup>.

Reconoce las dos partes completamente diferentes de la ciudad: la *ciudad vieja* y la *ciudad nueva*, si bien las casas se parecen mucho, construídas sobre zampas, casi todas de un piso y con sus típicas arcadas, de modo que es posible recorrer la ciudad sin hallarse a descubierto, a no ser para atravesar las calles. Util precaución en un lugar en que las lluvias torrenciales son frecuentes como ocurre en las ciudades del trópico. Si las casas parecen ofrecer comodidad, sin embargo, reconoce que *el exterior de las casas es, por parte, de una apariencia bastante mezquina*<sup>6</sup>.

Es muy conocido que Guayaquil colonial, ciudad de madera y expuesta a los incendios y al ataque de los piratas, no fue hasta la época moderna una ciudad de arquitectura digna de mención. Ni los edificios públicos ni los religiosos, iglesias o conventos, nada tuvieron de particular ni

4 Idem.— págs. 7 y 8.

5 Idem.— pág. 17.

6 Idem.— pág. 18.

atrajeron la atención de los viajeros, de los turistas. Esa fue una de las grandes diferencias con las ciudades de la montaña, Quito, en primer lugar, pero también otras ciudades ecuatorianas, sin mencionar en otros países: México, principalmente.

Esto no impide a Gabriel Lafond de Lurcy entrar en detalles y ofrecernos muchas páginas destinadas a presentarnos los diferentes barrios de Guayaquil, desde los más pobres como los de la sabana en que las chozas están formadas apenas por tablas de bambú lisas, sin mortero, y en lugar de tejas, los techos cubiertos de *vijao* que describe como: *una especie de bananero silvestre que se encuentra en las orillas de los ríos*<sup>7</sup>. Según nuestro viajero, dicha hoja se emplea también para tapizar el interior de las piraguas y las embarcaciones en que se transporta el cacao.

Como he señalado, Lafond de Lurcy nada admirable encuentra en la arquitectura de las iglesias de Guayaquil ni nada que merezca destacarse: *con algunas diferencias que constituyen su originalidad, Guayaquil se parece a todas las ciudades de América española*<sup>8</sup>, anota y, a renglón seguido, aprovecha ya para darnos una primera impresión del carácter, de la psicología del hombre de la costa, del Ecuatoriano de Guayaquil:

*... La indolencia de los países ecuatoriales, la molicie de los países húmedos, determinan las costumbres que no son las de los habitantes de las mesetas de las Cordilleras*<sup>9</sup>.

Tendremos ocasión de volver sobre estas características del hombre de la costa, así como del de la sierra y veremos como las observaciones de Lafond de Lurcy no están alejadas de las de otros viajeros del siglo XIX.

Hablar de Guayaquil es evidentemente referirse a su actividad comercial como gran puerto y junto a una zona de las más ricas del continente. Así lo han reconocido los viajeros de todos los tiempos y Lafond de Lurcy inicia esta parte de su estudio con esta afirmación: *Guayaquil tiene una fisonomía marítima y comercial*. Prueba de ello:

*El puerto, con el navío de todas las naciones al ancla; el movimiento de las balsas cubiertas de mercancías; las grandes piraguas que bajan de lo alto del río, cargadas de cacao, tabaco, café, algodón, frutas, naranjas, bananas, o piñas; los cargamentos de madera, los rebaños de bueyes que atraviesan el río, atados a largos bambús, le dan una apariencia de facilidad y de felicidad*<sup>10</sup>.

7 Idem.

8 Idem.—pág. 19.

9 Idem.

10 E. sur A-E — págs. 15 y 16.

Hemos ponderado ya la riqueza de las descripciones de Lafond de Lurcy al presentarnos tantos países, tantas regiones diferentes en el curso de sus años de viajes. Pues bien, pocas páginas son tan entusiastas, tan bellas como las que consagra a la descripción de las tierras ecuatorianas, así de la costa como de la sierra en el viaje que veremos realiza de Guayaquil a Quito. Leamos estos párrafos en que pondera las riquezas de la costa ecuatoriana:

*La riqueza de la vegetación que la rodea agrada a los ojos y regocija el corazón. Las maderas las más bellas y las mejores crecen en sus selvas; sus sabanas abastecen numerosos rebaños de bueyes, caballos, cabras y ovejas. Ningún país en el mundo es más abundante en frutas, legumbres y tubérculos de toda clase. Los bananeros producen la comida habitual de la población pobre; los cocoteros producen excelente aceite para alumbrarse; la corteza de numerosos mangles da un producto muy apreciado para la preparación de los cueros<sup>11</sup>.*

Son de antología las páginas que en *E.sur A-E* consagra a la espléndida naturaleza costeña.

Después de haber recordado que Guayaquil es el principal depósito de las mercaderías extranjeras y de las producciones del país en la República, es admirable observar como Lafond de Lurcy presiente ya la importancia de un puerto en la provincia de Esmeraldas; lo que si bien hará perder algo a Guayaquil, la situación general del país ganará porque el comercio de muchas provincias se incrementará con Esmeraldas. Hoy día, ciento cincuenta años después del viaje de Gabriel Lafond de Lurcy, cuando el Ecuador se ha convertido en un país petrolero y un oleoducto une los pozos petrolíferos de la región amazónica con el puerto de exportación en la provincia de Esmeraldas, vemos que las previsiones de este viajero se hallan plenamente justificadas. Y no es el único caso, cuando se examinan los admirables estudios de este viajero, de tanta exactitud de criterio, en particular cuando se refiere a América española.

Al enumerar los artículos que Guayaquil importa: tejidos de algodón de todas procedencias, telas o cotonadas de manufactura inglesa o francesa, telas de India por las Filipinas, Lafond de Lurcy no deja de mencionar los productos franceses:

*Aunque los productos sean, en general, de un precio relativamente más elevado, sin embargo, son, con algunas excepciones,*

11 Idem.—pág. 16.

*los más estimados y los más buscados. Se reconoce particularmente la superioridad de nuestros paños bajo el doble aspecto de la solidez del tejido y de la calidad del teñido; sólo les falta para vencer la competencia inglesa, ser más ligeros; nuestras telas de seda tienen una preponderancia marcada*<sup>12</sup>.

Si admite que los bajos precios de la mercadería inglesa es la causa de que se la prefiera, en cambio, anota:

*Los artículos de París, bien escogidos, se venden fácilmente, así como lo cristales tallados y trabajados con arte; nuestra perfumería también es muy solicitada, pero es necesario que sea de calidad superior*<sup>13</sup>.

Todos los viajeros han tenido la misma impresión sobre la predilección por los artículos de París. Lafond de Lurcy se refiere también al éxito de los vinos de Burdeos, de Champaña, a los licores, a las conservas alimenticias, a los muebles, camas de cobre dorado, a artículos parisienses: corbatas, chalecos, guantes, etc., que hallan una clientela muy bien seleccionada.

Gracias a Lafond de Lurcy conocemos, por ejemplo, una cantidad de detalles acerca del comercio del cacao, la principal riqueza del país en esta época. Según los datos que nos ofrece, el 70 por ciento de las exportaciones del Ecuador representa el cacao; el precio medio puede evaluarse a veinte francos los cincuenta kilos, añade. Después del cacao anota la importancia de la producción de: excelentes cigarros, del maíz, del arroz, del algodón, del café, del azúcar, de los almíbares, del ron, de la quina, de la goma elástica, de la zarzaparrilla, de los tamarindos, de la vainilla, de los aceites de coco, de las pieles curtidas o no, de las maderas de toda clase. Viajero que ha visto y tiene mucha experiencia, escribe esta sugerencia:

*Se podría implantar con éxito el cultivo del abacá, especie de bananero que produce la seda vegetal y forma una de las ramas más considerables de la renta de las islas Filipinas. Los Americanos van a buscarla en Manila, y la usan para hacer las maniobras corrientes a bordo de sus navíos; es un artículo que proporciona numerosos fletes a su marina mercante*<sup>14</sup>.

No podría atribuirle la paternidad, pero es grato comprobar que la idea de Lafond de Lurcy ha sido seguida y el Ecuador cultiva el abacá o

12 Idem.—pág. 18.

13 Idem.—pág. 19.

14 Idem.

*cáñamo de Manila*, planta tropical cuyas hojas son muy aprovechadas en la industria textil.

Nada extraño, con tantas producciones, con tanta riqueza en su suelo, que Guayaquil sea un puerto muy visitado por los barcos de todo el mundo. Según Lafond de Lurcy y esta cifra puede parecer sorprendente, la navegación de Guayaquil con Europa, antes de la construcción del canal de Panamá, representa cosa de 200 barcos anuales, con un cargamento de un total de 30 a 32.000 toneladas; la mitad de ese comercio se hacía con el Perú, luego con Panamá, Valparaíso, etc.

Lafond de Lurcy apunta que la moneda corriente es la *piastra* que él la evalúa a 5 francos 40 céntimos.

Recordamos ya algunas líneas acerca de las impresiones de Lafond de Lurcy sobre los habitantes de Guayaquil y sobre los de la costa ecuatoriana. Después de haber efectuado algunos viajes, en especial su misión en el Chocó (Colombia), considera útil añadir ciertos detalles que completan sus ideas sobre el asunto. Después de recordar que la época a la que se refiere era la de la Independencia y, por lo mismo, se vivían días excepcionales, escribe:

*Los Guayaquileños, como todos los pueblos que viven bajo la línea equinoccial, generalmente son más inclinados a la molicie y a los placeres que a las austeridades del trabajo; la reflexión no conviene al temperamento de su espíritu; su imaginación es viva, fecunda y espontánea, pero sin cultura y sin dirección; así que, en este momento, su existencia estaba en una condición excepcional...*<sup>15</sup>.

Es posible que no todos compartan estas ideas acerca de la falta de amor de los guayaquileños por el trabajo. Aunque es una observación que se repite en los viajeros, sabemos que la actividad del habitante de Guayaquil, su agilidad para los negocios han hecho de la ciudad el centro económico y comercial del país y uno de los más importantes de las costas del Pacífico. En cambio, se leerán con simpatía estas líneas que consagra a las cualidades de la mujer costeña. Lafond de Lurcy escribe:

*Las mujeres de Guayaquil tienen una conversación de las más agradables; la regularidad de sus rasgos, la nobleza de su porte y, sobre todo, la suavidad de su tez aterciopelada, las distinguen entre todas las mujeres que habitan las diferentes regiones de América del Sur, y la alegría de su carácter aumenta todavía más la*

15 V.a.M. et N.C.— pág. 24.

*fuerza de su belleza, a la que rinden homenaje todos los viajeros que visitan Guayaquil*<sup>16</sup>.

Lafond de Lurcy reconoce algo en que también están de acuerdo los viajeros: el descuido general de la educación, no sólo de las mujeres, sino del pueblo en general. Esto no quita a las grandes cualidades espirituales de la mujer, su afición por las artes, la música, la danza. Recordando que las mejores danzantes de España son las mujeres de Cádiz, nuestro viajero dice que a las guayaquileñas se las llama por eso las *gaditanas* de América. Les reconoce todos los encantos del espíritu de conversación y de sociedad, hasta llegar a esta afirmación:

*La mujer de Guayaquil se parece bien a todas las mujeres de la América española; pero, se distingue de ellas por una soltura muy particular, por una gracia de porte... por esta dignidad exterior que resulta casi siempre de la buena opinión que se tiene de sí mismo, opinión que nunca falta a las damas de Guayaquil. La Guayaquileña algo tiene de la leona parisiense excepto la diferencia de hábitos y de costumbres*<sup>17</sup>.

Largos párrafos dedica Lafond de Lurcy al estudio de las clases sociales de la ciudad porteña y cree ver en esa división, también la división de las ideas políticas. Sin embargo, a todas caracteriza: el gusto por las fiestas y si el lujo no domina como en Europa, en cambio, el color tiene tanta influencia como la fortuna. En un país en que se hallan varias razas, nada particular que la aristocracia de la piel guarde sus privilegios con muchos celos.

Ciudad que disfruta de un clima cálido, esta característica influye mucho en las condiciones de la vida, reduce las exigencias de la etiqueta hasta ciertas libertades y negligencias que en otras partes serían juzgadas con mayor severidad. Y manifestación preferida de la vida es la afición por las danzas que:

*Son maravillosamente ejecutadas, y hacia el final de la noche, cuando la alegría está en su colmo, cuando el placer alcanza el máximo de la locura y cuando se siente que pronto va a estallar, entonces empiezan otras danzas, o zapateos, todavía más libres, más lascivas, y que echan el espíritu en una especie de excitacio-*

16 Idem.

17 Idem.— págs. 35 y 36.

*nes tales que el día viene, sin duda, a tiempo para impedir que la fiesta degenera en orgía...*<sup>18</sup>.

Lafond de Lurcy tuvo seguramente ocasión de participar, más de una vez, en la intimidad de la vida familiar en las ciudades ecuatorianas. Por lo mismo sus testimonios son muy valiosos para reconstituir la *vida cotidiana*, en ese primer cuarto del siglo XIX. Aquello que más le llama la atención al penetrar en una casa guayaquileña, es contemplar a las mujeres sentadas o mejor recostadas en hamacas de júnco, suspendidas a través del departamento o colgadas de los cortes de los balcones. Y se considera como un privilegio cuando una dama guayaquileña, desde luego con mucha reserva, ofrece un puesto en su hamaca.

En una ciudad tropical, la bebida es un elemento fundamental. A la variedad de alimentos y frutas, merece especial mención aquellas que sirven como refresco: las papayas, las naranjas, las ananas, de un tamaño desmesurado, los aguacates, los zapotes, los melones, chirimoyas, guayabas, granadas, granadillas, etc., a cual más deliciosa y que proporcionan los jugos más delicados y refrescantes.

Lafond de Lurcy en el relato de sus viajes no se ha ocupado únicamente de la ciudad de Guayaquil. Las páginas que consagra a otras regiones de la costa, como la provincia de Esmeraldas, a sus riquezas naturales, a sus productos son también dignas de recordarse, si no cayéramos en el peligro de repetir muchas cosas ya anotadas anteriormente. Personalmente estubo en otras poblaciones como Montecristi y Manta en donde tuvo la oportunidad de realizar una de esas cazas de venados que le proporciona la ocasión de pintarnos esa región ecuatoriana.

Más pintoresco es el relato que lo sitúa en 1823, cuando ha regresado del Sur a Guayaquil. Al pasar por una de las calles oyó gritos de mujer que pedía socorro. Lafond de Lurcy se lanzó a la escalera y se enfrentó con un hombre que blandía su cuchillo; consigue arrancarle el arma; la gente acude, la policía también: se trataba de un ladrón que había atacado a dos jovencitas a quienes quería robarles una cadena de oro. El padre de las dos chiquillas, un anciano venerable, agradeció al noble Francés y le invitó a venir unos días a su propiedad de Jipijapa. Era un rico propietario y una amistad profunda se entabló con esta familia. Tres años más tarde, antes de su viaje a la ciudad de Quito, Lafond de Lurcy decidió visitar Jipijapa cediendo a las instancias de las más joven de las hijas de don Serafi-

no, así se llamaba el noble anciano que deseaba recibir a nuestro viajero en su casa de campo. Lafond de Lurcy escribe:

*... Pero, quizás, no había previsto todas las consecuencias. Doña Josefa (la menor, de diecisiete a dieciocho años de edad, había conservado para mí una tierna amistad; la mayor se había casado) era alta, esbelta, llena de atractivos; dos largas trenzas de hermosos cabellos negros descendían graciosamente a lo largo de las espaldas. Tenía ojos negros llenos de fuego, una boca encantadora, dientes resplandecientes de blancura y una tez que, aunque un poco pálida, expresaba la frescura* <sup>19</sup>.

Partieron todos. La travesía del golfo de Guayaquil se realizó en una barca; bordearon la costa hasta la Punta de Santa Elena; allí visitaron las grandes salinas naturales del Ecuador. Lafond de Lurcy continúa sus descubrimientos: además de la refinación de la sal, sus habitantes se ocupan también en recoger un hermoso color púrpura que dan pequeñas conchas que se hallan en las rocas de la costa; dicha materia emplean para teñir el hilo del algodón.

Una vez llegados a casa de don Serafino, ante todo, dedicaron un tiempo al reposo, disfrutando de la tranquilidad y frescura del campo, en medio de árboles frutales. Don Serafino propuso entonces a Lanfond de Lurcy una excursión hacia las tierras interiores hasta llegar a tribus aborígenes retiradas de la civilización. Según los detalles, parecería que dicha tribu fue la de los *Colorados* que hoy todavía atraen a tantos turistas. Pero, nuestro viajero les llama simplemente *Quichoas*.

Cargados de chucherías a las que tanta afición tienen esos Indígenas, la llegada de don Serafino y el viajero francés "dos *viracochas*, o hijos del sol" provocó la desconfianza de los aborígenes a quienes los progresos de la civilización internaba más y más en las selvas de la región. Esta desconfianza aumentaba aún por cuanto don Serafino era español; así se explicó uno de los consejeros del jefe de la tribu que vino a recibirles:

*Nosotros no matamos a quienes no nos hacen mal; como hemos sido rechazados por los viracochas hasta regiones las más inaccesibles, tememos siempre por nuestra libertad*<sup>20</sup>.

Luego de haberles asegurado de sus intenciones pacíficas, manifestaron su interés por conocer sus costumbres, su modo de vida; entonces el jefe de la tribu les ofreció su confianza y les propuso su choza para descan-

19 Idem.—pág. 151.

20 Idem.—pág. 156.

so. Gabriel Lafond de Lurcy quedó sorprendido por el interés primitivo de los miembros de la tribu, todos atraídos por los objetos que venían de los países civilizados. Don Serafino y el francés se hallaban en el corazón mismo de una de las más antiguas poblaciones aborígenes, los *Quichoas*, insiste el viajero que los presenta así:

*Eran de estatura más bien pequeña que alta, la cabeza abultada, los miembros regulares, bien proporcionados, y la piel bastante roja a causa de su costumbre de frotarse el cuerpo con achiote (l'achoté: rocou) mezclado con aceite de coco. Hombres y mujeres, casi todos estaban desnudos*<sup>21</sup>.

Impresionado por su conducta prudente y sus maneras a la vez naturales y decorosas, Gabriel Lafond de Lurcy comenzó a comprender las razones de muchas cosas: sus habitaciones mal construidas, a causa de la poca cacería y de la civilización cada vez más invasora que les arrojaba a otros sitios. Los *Quichoas* viven principalmente de la cacería y de la pesca; truecan la miel que recogen en la selva con la sal de la costa que utilizan para conservar las carnes.

Más que en las teorías modernas, más que en las ideas humanitarias del siglo XIX, las apreciaciones de Gabriel Lafond de Lurcy sobre esas tribus primitivas hay que comprenderlas gracias a sus profundas cualidades humanas, a su respeto para el hombre, para los hijos de ese pueblo cuya vida era tan diferente de la suya. Para ser totalmente aceptado entre los *Quichoas* no vaciló en adoptar la vestimenta de los aborígenes, cubriéndose con sus telas y dejando a las mujeres de la tribu adornar su cabeza con plumas y objetos típicos. Este gesto fue acogido con inmensa alegría y les impresionó profundamente. No tuvo dificultades para obtener muchas informaciones sobre las costumbres, las leyes de la tribu. Aprendió así a conocer la lógica simple y admirable que rige su vida. Estas leyes son breves, aplicadas inmediatamente, sin exageración y sin franquear los límites de la conglomeración, en la que no se conoce el asesinato; el jefe resumió así sus aspiraciones y deseos, según escribe Gabriel Lafond de Lurcy:

*Un pueblo apacible, tranquilo que no pide sino vivir en buena armonía con sus vecinos, que no ataca a nadie y que sólo se defiende cuando es atacado. Todo lo que deseamos es la libertad; la queremos para los otros como para nosotros*<sup>22</sup>.

La utilización de armas rudimentarias prueba esta actitud y Gabriel

21 Idem.—pág. 159.

22 Idem.—pág. 163.

Lafond de Lurcy reconoció en ellos una verdadera sabiduría en su modo de vivir. Permanecieron tres días en compañía de un pueblo tan atractivo. Don Serafino y Gabriel Lafond de Lurcy se despidieron ofreciéndoles cuanto habían traído como presentes. Sus relaciones habían sido muy estrechas.

El regreso a la *Hacienda* no se realizó sin algunas dificultades. Debieron descender en frágiles piraguas por corrientes peligrosas, felizmente acompañados por jóvenes aborígenes de la tribu, sin cuya experiencia los dos viajeros habrían corrido graves riesgos, de los que sólo la sangre fría y el valor de esos habitantes de la selva pudieron preservarlos.

Una vez en la *Hacienda* fueron recibidos con gran emoción. Sin embargo, Gabriel Lafond de Lurcy manifestó su decisión de continuar hasta Guayaquil. Nuevamente el demonio del mar le impulsaba al viaje. Después de seis semanas de esta excursión en la costa ecuatoriana, la separación fue muy penosa para don Serafino, para sus dos hijas; Gabriel Lafond de Lurcy debió resistir a los ruegos, a las lágrimas de la bella doña Josefa:

*Podía yo no amarla y resistir al atractivo de sus seductoras palabras, cuando olvidando el porvenir, me decía mirándome con ternura: 'Señor Don Gabriel ¡qué días felices vamos a pasar juntos en esas propiedades de mi padre!'*<sup>23</sup>.

Era el año de 1826. Gabriel Lafond de Lurcy tenía veinticinco años; pero, no se dejará conquistar por los encantos de la bella Josefa. Otras ambiciones le animaban y respondió evasivamente:

*Porque no me atrevía a comprometerme y abandonarme al amor que se deslizaba en mi corazón*<sup>24</sup>.

Cuando más tarde, en 1828, visitó nuevamente la casa de don Serafino, doña Josefa se había casado ya, cansada de esperarle. Pero, nuestro viajero conservó sus relaciones con esta "amable familia"<sup>25</sup>.

Desde luego, bien informado de la industria que se desarrollaba en esa región: Jipijapa, Montecristi, Lafond de Lurcy, según señalamos en otra parte, realizará varios viajes para llevar a Valparaíso los famosos *jipijapas* o sombreros de paja toquilla que se tejen en esa provincia ecuatoriana y que, con el nombre de *Panama hat's*, fueron una mercadería que un tiempo tanto se apreciaba en las plazas norteamericanas y europeas.

23 Idem.— pág. 151.

24 Idem.

25 Idem.— pág. 168.

Respetando la tradicional división del Ecuador en Costa, Sierra y Oriente, es decir: la región del litoral, de la montaña y de las selvas amazónicas, Lafond de Lurcy no dejó de referirse, por lo menos en algunas líneas, a esta tercera región. En *E. sur A-E*, efectivamente, nos da estas líneas:

*La provincia de Napo no es felizmente menos favorecida que la de Esmeralda. Situada al Este de las Cordilleras, del Océano Pacífico, se une al Océano Atlántico por el río Napo, que va a desembocar en el río de las Amazonas. Sus productos son los mismos que los de Esmeralda. Posee también ricas minas de oro; y las tribus indígenas que la habitan, incapaces de aprovechar la fecundidad del suelo, intercambian los tejidos y los objetos de quincallería que les da el gobierno, contra el oro que recogen en los torrentes...*<sup>26</sup>.

Conocedor de esas regiones, Lafond de Lurcy prevé ya la importancia de una ciudad construída sobre el Napo, como gran puerto de unión entre los dos océanos, entre Europa y los países del Pacífico, gracias a esa formidable vía de comunicación: el Amazonas; y el futuro del continente cuando se exploten sus riquezas, extraordinaria reserva para el próximo milenio.

Estamos precisamente en el año de 1826 en que Gabriel Lafond de Lurcy va a realizar una de sus aspiraciones, la más cara y que tentó a otros viajeros de los siglos pasados, según se lee en sus relatos: visitar la ciudad de Quito.

De regreso de Valparaíso, esperando sus pedidos de sombreros que había hecho a Jipijapa, para venderlos en Chile, uno de sus compatriotas, el capitán Fournier que debía realizar un viaje a Quito, propuso a Lafond de Lurcy acompañarle y escribe:

*Yo acepté su oferta con tanto más apresuramiento cuanto que él debía visitar los diversos depósitos de sal establecidos en la provincia, y que yo esperaba encontrar, en este viaje, asuntos de distracción y el olvido momentáneo de recuerdos tanto más dolorosos cuanto que eran más recientes*<sup>27</sup>.

El relato de su viaje de Guayaquil a Quito guarda enormes analogías con el de todos los viajeros que, en los siglos pasados siguieron la ruta

26 *E. sur A-E*— págs. 21 y 22.

27 *V.a.M. et N.C.* — pág. 169. *E. sur A-E* — pág. 22.

tan variada, tan difícil de la costa a la sierra, de Guayaquil a la capital. Si comparamos, por ejemplo, este relato con el de viajeros como René de Kerret, Ernest Charton, Eugène Souville, de quienes he recordado los viajes en otro estudio, vemos las similitudes: las mismas reacciones frente a los paisajes diversos, los mismos sufrimientos en esos caminos difíciles y rudos. Precisamente, esta es la primera reflexión que nos ofrece Lafond de Lurcy, cuando escribe:

*No se forma, en Europa, una idea exacta de los obstáculos de todas clases que encuentra el transporte de mercaderías a América*<sup>28</sup>.

Sin embargo, antes de encaminarse hacia Quito, remontan primero el río Daule, hasta llegar a la población del mismo nombre. La impresión es magnífica:

*El país que riega (el Daule) es el jardín de la ciudad y de la provincia de Guayaquil. Se encuentran numerosas plantaciones de cacao, de café, y todas las frutas de las que hablé antes*<sup>29</sup>.

Embarcados en una piragua, aprovechando la estación porque en tiempo de lluvias el trayecto se vuelve imposible, con equipaje, para no tener molestias en el camino, la primera población obligada es Bodegas (hoy Babahoyo). Nueva ocasión para Lafond de Lurcy de describir las orillas del Guayas, las casitas junto a los ríos que se inundan en el período de lluvias; los peligros de la navegación por la abundancia de cocodrilos que infestan la región y son un riesgo constante. Esto no les impide admirar las bellezas de esa naturaleza exótica que ya ha descrito en otras páginas y que tanto ha emocionado a los viajeros europeos, al punto de dejar-nos páginas maravillosas, dignas de antología.

Babahoyo es el punto al que convergen los viajeros que de la sierra van a Guayaquil o que de aquí *suben* a Quito. Se ha establecido *un puesto de aduaneros para la recaudación de derechos impuestos a las mercaderías, a la entrada y a la salida de la provincia*, explica Lafond de Lurcy.

Después de Babahoyo el camino es el mismo: en dirección de Guaranda (Lafond de Lurcy escribe *Huaranda*), encuentran algunas poblaciones como San Miguel y, sobre todo, ese camino imposible del que todos los viajeros guardan el peor de los recuerdos. Lafond de Lurcy que ya ha viajado un poquito en otras regiones, escribe:

28 V.a.M. et N.C. — pág. 169.

29 Idem.— pág. 170.

... La subida de la Cuesta de San-Antonio, que me recordaba los peores caminos de Cascajal a Cali: ya es una orilla estrecha entre dos precipicios, ya una especie de callejuela bordeada de un lado por un peñasco tallado a pique, y del otro por un valle profundo; aquí, montes escarpados; allí, pendientes rápidas, y esto durante seis leguas. Las mulas que se utilizan para franquear esos pasos difíciles se hunden a veces hasta el vientre en esos surcos fangosos; pero, son de una destreza y de una agilidad extraordinarias para salir de todos los obstáculos y evitar todos los peligros<sup>30</sup>.

Por fin, Guaranda “una ciudad bastante grande” y cuyo comercio se reduce al transporte de mercaderías de Quito a Guayaquil; las mulas que sirven para este transporte forman su riqueza principal. El clima es ya frío y se divisa muy cerca el Chimborazo cuyos glaciares y la brisa helados comienzan a dejarse sentir.

La provincia en que entran, precisamente del Chimborazo, merece también una descripción: los cultivos, la población y, claro, la capital, la ciudad de Riobamba. Recuerda la fundación de la ciudad (cita el año de 1533) y la destrucción por los terremotos, en especial, el de 1797:

*Este terremoto tuvo todos los efectos de una de las más violentas revoluciones de la naturaleza; los ríos cambiaron de madre y las montañas se mutaron en quebradas; las ruinas de un mismo edificio se esparcieron en el radio de una legua y nadie pudo encontrar el sitio donde estaba la hacienda más extensa del país!*<sup>31</sup>.

Hoy la ciudad es próspera; su clima es agradable y propio para el cultivo de los productos europeos. Su gran riqueza señala nuestro viajero, es la lana de oveja. Evidentemente, no podían faltar unas líneas ante la maravilla gigantesca del Chimborazo:

*En fin, llegamos hasta el pie del Chimborazo; allí, fuimos sobrecogidos de un frío tanto más insoportable cuanto que, algunos días antes, en las orillas del río Guayaquil, a una distancia de cuarenta leguas apenas, habíamos sentido el calor más sofocante*<sup>32</sup>.

En efecto, es el país de los contrastes: hacia los mares el trópico ardiente con todos sus excesos y allí junto a la montaña los rigores de las

30 V.a.M. et N.C. — pág. 174. E. sur A—E — pág. 22.

31 V.a.M. et N.C. — pág. 175. E. sur A—E — pág. 23.

32 Idem.

alturas. Pero, la nueva etapa va a ser ya de un clima muy benigno: Ambato. Para llegar a ella, los caminos siempre desagradables, pero la ciudad junto a un río, tiene un aspecto sonriente, el suelo es fértil y el clima, por fin, muy suave. Esto explica la abundancia de sus productos, la variedad de sus frutas. El viajero está extrañado:

*Pagando al propietario de la tierra medio real, la décimasexta parte de un dólar, se puede comer a gusto durante un día entero manzanas, peras, melocotones, albaricoques y fresas...*<sup>33</sup>.

De la ciudad tiene una excelente impresión: es muy frecuentada porque los objetos de consumo son excelentes y de precios moderados. Ha sufrido también de los terremotos, en especial del de 1797 y de las erupciones de sus vecinos: el *Cotopaxi* y el *Carihuairazo* (evidentemente Lafond de Lurcy escribe: *Catopuai*, *Capaxi* y *Carguairaso*) y hasta hoy se pueden observar los efectos de tales erupciones:

*Se ve todavía un abismo de más de una legua de largo sobre cinco pies de ancho, consecuencia de esta terrible erupción*<sup>34</sup>.

A cinco leguas de Ambato la pintoresca y antigua ciudad de Latacunga o *Tacunga* de los siglos pasados. Más que ninguna otra ha sido maltratada y ofrece aún los recuerdos de la catástrofe de 1797. El volcán *Topaxi* (evidentemente: *Cotopaxi*) ha sido el causante de sus ruinas en 1698, 1743, en 1757, en que fue enteramente destruída... El clima es más bien frío, por la cercanía del gran volcán. De las frutas abundantes, menciona Lafond de Lurcy los *capulíes*: “especie de cereza silvestre, que constituye el alimento principal de los Indígenas”.

Al final de este largo recorrido que le ha permitido visitar las poblaciones más importantes de la sierra, a la vez que experimentar la hospitalidad de sus habitantes, Lafond de Lurcy llegó finalmente a Quito.

Inmediatamente comienza a darnos el histórico de esta ciudad, desde su fundación en 1534, y una descripción muy completa de la ciudad a partir de la *Plaza Mayor* con una hermosa fuente de cobre en su centro, la que lamentablemente ya no se encuentra hoy. Después de mencionar los edificios de dicha *Plaza*, no podía faltar su admiración por la cantidad y las características de las iglesias y conventos de la época colonial. San Francisco atrae particularmente su admiración:

*No creo que exista en ninguna parte convento más espacioso que el de San Francisco; está construído al pie de una montaña y sobre*

33 V.a.M. et N.C. — pág. 176.

34 Idem.— pág. 176.





*algunos arcos elevados en una abertura hecha en la roca . Uno de sus claustros tiene una fila de celdas talladas en la roca. La fachada de la iglesia es del estilo toscano; todo, en el interior como en el exterior, está ejecutado con el mejor gusto...<sup>35</sup>.*

Siguen las descripciones de los otros conventos e iglesias de la ciudad: Santo Domingo, San Agustín, etc., hasta la iglesia solariega de San Diego:

*...Situada en una quebrada, entre árboles y rocas, es maravillosamente propicia para las meditaciones ascéticas; todo lo que la rodea predispone a los ensueños místicos y al amor de lo infinito; así los religiosos que habitan ese convento tienen la reputación de cumplir con todos los deberes de la vida monástica con la mayor severidad y pueden ser considerados como un reproche vivo dirigido a los religiosos de San Francisco, que se guardan bien de seguir su ejemplo<sup>36</sup>.*

Sin entrar en tales detalles de la vida de los religiosos, lo que nos interesa conocer es la apreciación, la opinión de Lafond de Lurcy sobre las costumbres quiteñas de la época. Desde luego, llama su atención la gran solemnidad con que celebran las ceremonias religiosas y es la primera oportunidad para referirse al carácter de los habitantes de Quito:

*...Que tienen al amor del lujo, y lo encuentran así justificado por las necesidades de su alma y las exigencias de su sentimiento religioso... España ha impregnado fuertemente este país de sus costumbres religiosas.. volvemos a encontrar una mezcla de loca alegría y devoción y el contraste de la opulencia y la austeridad en todos los hábitos de Quito. Parece que la conquista hubiese hecho pesar sobre este hermoso clima el peso de su fanatismo, sin haberle hecho perder nada por eso de su amor ardiente por el fasto y el placer<sup>37</sup>.*

No podía dejar de llamar la atención de nuestro viajero (como fue el caso de otros viajeros europeos desde el siglo XVIII) el desarrollo de los estudios universitarios, al juzgarse por el número de sus Universidades. Lafond de Lurcy lo destaca también:

35 Idem.— pág. 178.

36 Idem.— págs. 178 y 179.

37 Idem.

*Esta metrópoli es sobre todo célebre por sus dos Universidades, adonde va gran número de estudiantes...*<sup>38</sup>.

Menciona la de San Gregorio Magno, dirigida por los Jesuitas, y Santo Tomás de Aquino, por los Dominicanos; así mismo, recuerda el *Colegio Mayor* de San Luis, *colegio real y seminario eclesiástico*.

Después de párrafos pintorescos sobre los edificios religiosos, nos da la descripción del resto de la ciudad y entonces sabemos que:

*Las casas de Quito no suelen componerse más que de la planta baja; las casas más hermosas tienen un piso que está ocupado por las familias de primera clase; la parte baja entonces está destinada a los domésticos y sirve de depósitos o de almacenes...*<sup>39</sup>.

Por consiguiente, nada lujoso en las construcciones civiles, aunque hay detalles que demuestran el gusto por el lujo, según recordó anteriormente. Así, esta particularidad por tener *una magnífica cama de terciopelo carmesí*, forrada de raso, adornada de una larga franja y de un ancho galón de oro, con una manta del mismo gusto y sábanas llenas de *encajes de Bruselas*. Este detalle basta para justificar la opinión de Lafond de Lurcy "sobre el amor del brillo exterior en Quito".

Esta visita a Quito, el recorrido que ha realizado desde Guayaquil y sus viajes a través de la costa, según se recordó anteriormente, permiten a Lafond de Lurcy ofrecernos un cuadro sintético, pero bastante exacto de los habitantes y las clases del Ecuador en ese decenio muy importante de la vida política. Para él, las clases sociales, representadas en los habitantes de Quito son:

a) *Los blancos*: de estatura mediana, aire animado y rostro muy expresivo; debido a la altura, muy expuestos a las afecciones pulmonares. Los *Quiteños*, según este viajero, *son afables, corteses y habladores*; y como sus compatriotas franceses de otras relaciones, rinde homenaje al sentido de la hospitalidad del habitante de ese país:

*La hospitalidad no es para ellos el cumplimiento de un deber que se imponen, sino la satisfacción de un placer que parece anunciar un amor ingenuo y una especie de admiración por todo lo que es nuevo*<sup>40</sup>.

Más penetrante esta otra observación que define bastante el carácter no sólo del *Quiteño*, sino del hispanoamericano:

38 Idem.—pág. 179.

39 Idem.

40 Idem.—pág. 180.

*Su carácter les lleva a una excesiva facilidad de movimientos y de impresiones: así, pasan, sin transición, de una procesión de penitencia a una corrida, para ir luego a escuchar un sermón, que es seguido, a su vez por danzas y juegos, dando a cada uno de estos diversos ejercicios el espíritu que le conviene, y eso, muy naturalmente y sin ninguna hipocresía*<sup>41</sup>.

Características muy a menudo recordadas por tantos viajeros o quienes se han detenido a trazar los rasgos psicológicos del hombre americano.

b) *Los mestizos*: más vigorosos, más desarrollados que los indígenas, más fuertes y, según Lafond de Lurcy, más apasionados y con *la misma inconstancia en sus resoluciones y en sus placeres*; eso sí, muy suaves, muy serviciales y en extremo sensibles a los testimonios que reciben de las clases superiores. Rasgos muy propios del mestizo, es decir, de la gran mayoría de los países hispanoamericanos.

c) *Los indígenas*: más pequeños, pero muy proporcionados, fuertes y robustos, características que van contra esa idea que han forjado otros autores al representarnos al indígena como una raza débil, raquítica y degenerada. Lafond de Lurcy, como muchos otros viajeros, nos les vio así. Eso sí, reconoce la total sumisión a las personas a cuyo servicio se hallan. Algunos ejercen pequeñas profesiones industriales o artesanales. Sabemos que en tales actividades han sobresalido y llamado la atención. Igualmente, es reconocida su indolencia, rasgo en el que nuestro viajero ve el motivo que les impide tener éxito. Tal vez, es un comentario demasiado fácil y una simplificación completa del problema del indígena.

Bellos los párrafos de Lafond de Lurcy para presentarnos al Español, al criollo de 1826:

*El traje del caballero quiteñense es muy pintoresco; para preservarse de la lluvia, lleva el poncho blanco y por encima otro pequeño abrigo de piel de venado; tiene la cabeza cubierta por un gran sombrero de cuero y alrededor del cuello un gran chal de seda...*<sup>42</sup>.

Naturalmente, las *Quiteñas* han llamado también la atención de nuestro viajero; reconoce que las modas europeas han comenzado a extenderse entre ellas. Leamos lo que escribe sobre las criollas:

41 Idem.— págs. 180 y 181.

42 Idem.— pág. 181.

*Cuando van a la iglesia, llevan faldellines debajo de una pequeña enagua de terciopelo y se cubren la cabeza con un gran retazo de franela que pueden cruzar sobre su rostro; las más ricas se reconocen principalmente en la gran cantidad de joyas con que se adornan. No es raro ver adornos que representan no menos de veinte a treinta mil dólares!*<sup>43</sup>.

La descripción que nos da del modo de vestirse de nuestros mestizos y de nuestros indígenas muestra que poco ha cambiado de lo que se ve aún en ciertas regiones del país. Por lo regular, su presentación es simpática y ha preferido tomar modelos agradables, sin desconocer, en muchos casos, la pobreza que se nota entre los indígenas. Lo que evita es no generalizar demasiado. Se observa que toma sus ejemplos de la vida corriente aquellos que ha visto y de los que trata de darnos una idea general, sin entrar (como ha sido el caso de ciertos viajeros) en lo que podríamos llamar los casos *excepcionales*.

Capítulo que no podía faltar en un viajero como Lafond de Lurcy, es el que se refiere a las distracciones y fiestas, en esa sociedad de comienzos del siglo XIX. Y, evidentemente, los párrafos que vienen a cuento son los relativos a las famosas corridas de toros, por una parte, y por otra parte a las célebres procesiones tan brillantes como las fiestas profanas y una ocasión, como aquellas, para los habitantes de desplegar al exterior todo el oropel de su interior. Ese cristianismo, en el que encuentra rasgos de idolatría, necesita exteriorizarse y la procesión es su mejor manifestación.

A pesar de los años difíciles que fueron en todo el continente sudamericano los últimos de las guerras de la emancipación política, Gabriel Lafond de Lurcy reconoce lo privilegiado de la vida cotidiana en una región con tantas riquezas naturales:

*La vida material es excelente y poco costosa en este país. El gobierno vigila y protege, con una solicitud que se podría ofrecer como modelo a muchos otros, los intereses de los consumidores. El precio de las carnes en las tiendas abastecidas por los principales cultivadores está determinado invariablemente, excepto las modificaciones ocasionadas por la fuerza de las cosas, pero que nunca dejan sitio a la arbitrariedad de los comerciantes*<sup>44</sup>.

Dichoso país y dichosa aquella época (tan diferentes de los que se esfuerzan en presentarnos algunos autores modernos que no se han dado el

43 Idem.

44 Idem.—pág. 184.

tiempo de leer documentos de tanto valor) cuando ni los técnicos ni la planificación se ocupaban de preverlo todo y complicarlo todo. Más feliz, Lafond de Lurcy reconoce en sus días quiteños:

*Ninguna parte del mundo produce más frutas de toda clase; las del trópico crecen junto a las frutas de Europa. Las legumbres no son aquí menos abundantes*<sup>45</sup>.

No podía faltar en su relato de viaje algo a lo que se han referido otros viajeros: la suavidad de la temperatura y el clima de Quito. Escribe:

*La temperatura de esta región es tan igual y tan suave que le ha merecido el doble título de Quito siempre verde y de eterna primavera, y esto nada tiene verdaderamente de exagerado*<sup>46</sup>.

Para terminar con estas líneas que considero como uno de los mayores elogios sobre Quito:

*La perspectiva que se presenta a esta metrópoli es el más magnífico panorama que la imaginación de un artista pueda concebir. Al Sur y al Norte se alzan once montañas cubiertas de una nieve eterna, cuyos pies reposan sobre valles verdeantes y cuyas cimas van a perderse en los cielos; las nubes que marcan el horizonte alcanzan apenas la mitad de su elevación y parecen bocanadas de incienso que se elevan hacia esas alturas inaccesibles*<sup>47</sup>.

Con las bellas descripciones de las regiones de la costa así como de la región oriental que hemos recordado en otra parte, estos párrafos relativos a nuestras sierras andinas completan admirablemente su visión del paisaje ecuatoriano. Como se podrá observar, lo ha captado con gran realismo y nobles sentimientos. Estas son las características de Lafond de Lurcy cuando nos pinta los paisajes de tantas regiones diferentes a donde le llevaron sus quince años de viajes.

Lafond de Lurcy en pocas líneas nos traza la situación política del momento. Recuerda que las “provincias de Quito y de Guayaquil se habían vuelto completamente colombianas”.

En realidad, después de la victoria de Pichincha y la total Independencia de Quito (24 de mayo de 1822), hubo tres jefes de lo que se llamó entonces *Distrito del Sur* (Quito, Cuenca y Guayaquil) que dependió del Gobierno de Bogotá. Esos tres jefes fueron: Sucre, de 1822 a 1824, cuan-

45 Idem. E. sur A—E pág. 25.

46 V.a.M. et N.C. — pág.185.

47 Idem.

do emprendió las campañas del Perú; el general Juan José Flores que reemplazó a Sucre, hasta 1830, en que fue elegido primer Presidente, como hemos visto antes; entre 1826 y 1827, fue Jefe del Distrito del Sur por algunos meses, el general Pedro Briceño Méndez.

Muy significativas son estas líneas de Lafond de Lurcy al referirse a ese período que siguió a la total Independencia de América:

*La batalla de Ayacucho habiendo acabado de echar a los ejércitos españoles de la América meridional, se trataba de organizar el orden en esos vastos países y de prevenir toda tentativa que habría podido hacer degenerar la Independencia en anarquía; ya los intrigantes empezaban a maquinarse sus tramas para adueñarse del poder, y Bolívar vino del Perú para neutralizar esas deplorables tendencias de división...<sup>48</sup>.*

En otra parte de este estudio nos referimos a los graves problemas de aquellos años que marcaron el final de la vida de los libertadores y recordamos los comentarios que, precisamente, en este su viaje a Quito, en 1826, oyó Lafond de Lurcy de labios de personajes tan allegados a Bolívar, como sus edecanos: los generales Mosquera y Briceño. Conocemos también cuales fueron las consecuencias de pasiones exaltadas, ambiciones desmesuradas y falta de unidad en los nuevos dirigentes de los países que conformaban la Gran Colombia, en especial. Tales acontecimientos marcaron, sobre todo, el año cumbre de 1830.

Según escribe, el viaje a Quito de Lafond de Lurcy fue decidido especialmente por asuntos de su compatriota Fournier. Así, termina su relato con esta explicación:

*Tal fue nuestro viaje. Fournier habiendo terminado sus negocios, regresamos a Guayaquil. No contaré los detalles de nuestro regreso, no sería más que una repetición<sup>49</sup>.*

He aquí la síntesis del relato de su viaje de Guayaquil a Quito que nos ofrece en *Q.a.V.a.M.* Después, en su estudio de 1848, lo reprodujo casi integralmente. Verdad es que había podido documentarse y consultar algunos autores; así para dar el número de habitantes del Ecuador, menciona a Restrepo y a Humboldt. Recuerda que el primero calcula la población del Ecuador en 515.583, mientras Humboldt da 550.000, en 1802. Lafond de Lurcy, en 1848, cita la cifra de 700.000 habitantes, con los Indígenas de las regiones orientales que él designa como de la *provincia de Napo*, si-

48 Idem.

49 Idem.

*tuada al Este de las Cordilleras*. Igualmente, luego de indicar que la superficie de Francia es de 135.021 leguas y media cuadradas, el número de habitantes de 36 millones y de 266 por legua cuadrada, señala que la superficie del Ecuador es de 115.000 leguas cuadradas y no tiene sino 5 habitantes por legua cuadrada<sup>50</sup>.

Tales son algunas páginas de Lafond de Lurcy consagradas directamente al Ecuador, a su geografía, a sus habitantes. Es admirable que un viajero que visitó tantos países diferentes, se haya detenido, sin embargo, en una pequeña región, en una provincia que todavía no se había constituido en República soberana. Su testimonio es valioso para conocer mejor aquel período sobre el que no se ha investigado aún suficientemente. El testimonio de este viajero que observó de muy cerca los problemas de aquellos años, testimonio imparcial sobre los personajes con quienes trató, sobre los hechos que presencié y tuvo información directa, merece especial atención de los historiadores.

Como estas páginas no son ni el único capítulo ni la única vez en que se refirió al Ecuador, con sus escritos Gabriel Lafond de Lurcy nos ha dejado finalmente una amplia visión y un extenso acopio de datos para formarnos una idea de la historia de aquellos años. Es una fuente apreciable para comprender mejor la vida de nuestros compatriotas, de su vida cotidiana, de sus actividades y de su pensamiento.

Y ésta es seguramente la calidad dominante en la obra tan voluminosa de los relatos de viaje de Lafond de Lurcy.



## CAPITULO X

### GABRIEL LAFOND DE LURCY TESTIGO DE LA HISTORIA Y PRECURSOR DE LAS RELACIONES ECONOMICAS, COMERCIALES Y POLITICAS DE FRANCIA CON LOS PAISES HISPANOAMERICANOS

Por rápida que sea la lectura de la obra abundante de Lafond de Lurcy, no deja de sorprender el número de los países visitados en el curso de sus quince años de viajes. Pero, sorprende más aún la abundancia de datos sobre cada uno de esos países: datos que van de la simple descripción del paisaje, a estudios más completos que constituyen verdaderos capítulos de geografía física, económica y política. Tales capítulos bastarían para ilustrar suficientemente tal o cual región del mundo. A los detalles geográficos hay que añadir luego una cantidad de observaciones sobre esos pueblos y, por consiguiente, sobre los problemas de la vida material, social, intelectual, cultural. El estudio que acabamos de presentar en el capítulo anterior es, me parece, el mejor testimonio que se puede ofrecer sobre este punto. Así como se ha presentado en ese capítulo la vida ecuatoriana, sería posible ofrecer diversos capítulos sobre las islas como las Marianas, las Molucas, las islas Sandwich y otras del Océano Pacífico, del Océano Indico, o de países como Filipinas, China, México y otros hispanoamericanos, de todos los que, como él mismo escribe, ha dado "una cantidad de relaciones separadas" He recordado ya que algunas de sus relaciones han sido publicadas en ediciones aparte..

Aquello que deseó en este capítulo es destacar algunos aspectos relacionados con la historia hispanoamericana de aquellos años que estuvo en esas regiones; destacar el testimonio que nos ha dejado sobre varios personajes (me he referido ya a algunos en los capítulos anteriores) que tuvieron una actuación brillante en las guerras de la emancipación política. Testigo ocular de aquellas guerras, adquiere especial interés conocer cuales fueron sus opiniones acerca de aquel capítulo importantísimo de la histo-

ria del continente en el período que se conoce con el nombre de *la colonización española*. Sobre este capítulo se han escrito tantos libros, se han expresado tantas opiniones; los autores muchas veces se han dejado llevar de sus pasiones y es difícil formarse un criterio imparcial. En este aspecto, las páginas de Lafond de Lurcy merecen una atención particular, pues habiendo vivido en años difíciles, pudo, sin embargo, darse cuenta de la realidad de los hechos cuando América vivió bajo el dominio español.

Finalmente, será interesante recordar, como consecuencia del estudio de la geografía, de la historia, de la situación política en que encontró a aquellos pueblos nacidos a la vida republicana, sus opiniones sobre el futuro que se presenta a los mismos y la importancia de las relaciones que debían establecerse con Europa, con Francia especialmente. Así, presentó hace más de siglo y medio muchos aspectos que constituyen en la actualidad las características fundamentales de las relaciones de dichas repúblicas con Francia, ya sea en las relaciones políticas, como en las económicas y comerciales. Creo, pues, con justicia aplicarle este calificativo de "precursor" de tales relaciones y de ello veremos algunas pruebas en las páginas que siguen:

Al iniciar este capítulo que me sea permitido recordar las líneas que escribí en otro anterior: "Gabriel Lafond de Lurcy no es un historiador y nunca ha pretendido escribir la historia... de los países que recorrió"<sup>1</sup>.

Efectivamente, su obra como lo hemos recordado más de una vez es fundamentalmente una relación de viajes. Pero, como lo hemos visto, constantemente fue el testigo de la vida de los pueblos en que vivió o de los hombres que encontró a través de sus largos años de viajes. De modo que si no le tocó escribir una obra histórica, en el sentido científico que damos a esta expresión del pensamiento humano, no por ello su testimonio es menos importante y más de una vez fundamental para el esclarecimiento de hechos que han quedado en la obscuridad o que han sido diversamente juzgados por los historiadores que a ellos se han referido.

He mencionado ya algunos de esos capítulos y no volveré sobre ellos; así, el famoso asunto de la entrevista de Guayaquil y la publicación de la célebre *Carta Lafond* que no ha dejado aún de promover tantas controversias en la historia del continente sudamericano, asunto al que me referí ampliamente en el capítulo VII de este estudio. Asimismo para el Ecuador y para otros países hispanoamericanos, Colombia, Venezuela especialmente, tienen gran importancia las páginas que Lafond de Lurcy nos ha de-

1 Ver el Capítulo VIII.

jado sobre el general Flores, ya que su personalidad ha sido tan diversamente juzgada como militar, como hombre de Estado, según lo hemos recordado en el capítulo VIII; en nuestros días, se publican aún obras como la del historiador colombiano Luis Martínez Delgado, según mencioné en dicho capítulo.

Si Lafond de Lurcy no se hubiera referido sino a estos dos puntos de la historia hispanoamericana habría merecido ya suficientemente la atención de los historiadores y de quienes han escrito sobre aquella época fundamental de la vida de esos pueblos. Pero, nó son los únicos puntos a que se refirió; y, como vamos a ver, los libros que tratan de los países del Sur están llenos de otros datos sobre personajes, acontecimientos, batallas que llenan los años de la Independencia.

En lo que a personajes se refiere, él mismo tuvo la precaución de darnos, en una página de sus obras, una lista muy completa que intitula: "LISTA DE LOS PRINCIPALES PERSONAJES CUYOS NOMBRES FIGURAN EN ESTA RELACION" y añade luego: "Entre los defensores de la causa de la Independencia a quienes conocí, más o menos directamente, citaré primero..." y siguen a continuación los nombres más importantes de la historia de Colombia, del Ecuador, del Perú, de Chile, para luego referirse a oficiales o marinos franceses que Lafond de Lurcy encontró en esos años, en los mismos países. Para que se tenga una idea cito a continuación algunos nombres que se refieren directamente al Ecuador, Colombia, Perú y Chile, además de los más célebres ya mencionados<sup>2</sup>:

#### a) OFICIALES SUDAMERICANOS:

- En Colombia y el Ecuador: los generales Morales, Lara y Paz del Castillo, Diego Ibarra, Tomás Mosquera y Joaquín Mosquera.
- *En el Perú*: el almirante Manuel Blanco, los generales Las Heras, Santa Cruz, Pío Tristán, La Fuente y Gamarra; los argentinos Rufino y Tomás Guido, los generales Necochea, Alvarado, Arenales y Lavalle; los políticos Torre-Tagla y Riva Agüero.
- *En Chile*: los generales O'Higgins, Freire, los hermanos Carrera, el almirante Blanco, los políticos Egaña, Rodríguez y Portales.

#### b) OFICIALES FRANCESES:

- *En Chile*: los coroneles Viel, d'Albe, Beauchef, Rondissoni.
- *En el Perú*: el almirante Bouchard, el Comisario de Marina y Ministro de la Guerra y de la Marina Soyecz, el general Brantzen, el coronel Raulet, el mayor Soulangue, el teniente-coronel de artillería Giroux, el capitán de navío Prunier.

— En Colombia: el coronel Klinger, el coronel Salaza, el general Demarquet, edecán de Bolívar.

c) La lista que se refiere al “EJERCITO REAL ESPAÑOL” es igualmente larga: los virreyes del Perú Pezuela, La Serna y Olañeta; los generales Canterac, Goyeneche, Valdés, Caratala, el generalísimo Espartero, el teniente-general Andrés García Camba.

d) También es larga la lista de los “OFICIALES Y NAVEGANTES FRANCESES” que Lafond de Lurcy encontró en América, Filipinas, China y otros sitios que visitó:

— *Oficiales de la Marina Real*: los vice-almirantes Roussin, de Rosamel, Mackau, Lasusse, de Moges, Bruat, de Bougainville;

— *Capitanes de la Marina Mercante Francesa*: de Roquefeuille, Darluc, etc.; y Dillon, marino inglés.

Hemos recordado ya los términos elogiosos en los que se refirió a héroes como Bolívar, San Martín, Sucre, Flores. No vale la pena volver sobre ellos. Sin embargo, esta pequeña observación para refutar la impresión que Lecuna tiene de Lafond de Lurcy. Según el historiador venezolano, el viajero francés habría contribuido a “la propaganda contra Bolívar con documentos falsificados” y sería el autor de una “infame leyenda forjada por un Francés sin conciencia contra Bolívar”<sup>3</sup>. Todo ello hemos recordado en el capítulo VII y basta leer algunas líneas de las que Lafond de Lurcy escribió sobre Bolívar para desmentir la opinión de Lecuna. El que haya juzgado diferentemente algunos hechos de la vida del Libertador o señalado algunos de sus errores no por eso se debe considerarle como un adversario y calificar a este viajero con los términos que emplea el historiador venezolano. Mejor informado, menos apasionado, otro escritor venezolano, Pardo de Leygonier, al referirse a la famosa carta que San Martín dirigió a Bolívar, escribe estas líneas que refutan a Lecuna y reivindican la honradez de Lafond de Lurcy:

*¿Podía prever (Lafond de Lurcy) que habría envenenado un debate que permanece, hoy día, una interminable querrela que ha sembrado la confusión, que ha enredado a muchos historiadores argentinos y venezolanos?— ¿Un verdadero combate de negros en un túnel! —Fue el historiador venezolano Vicente Lecuna quien ostentó, el primero, su hacha de guerra, cuando trató a Lafond de Lurcy de mentiroso y falsificador. Pero, desde entonces, las investigaciones de los argentinos Ricardo Levene y Ariosto González (para no hablar sino de los defen-*

3 Ver el Capítulo VII.

sores más recientes del asunto) han puesto en evidencia más piezas de los archivos de San Martín, actualmente en el Museo Mitre: ocho cartas de Lafond de Lurcy dirigidas al Libertador de la Plata, y dos borradores de respuesta a este último.— Aparece ahora de manera evidente que el marino francés era un hombre serio puesto que escribía a San Martín, por entonces retirado en Grand-Bourg, el 5 de septiembre de 1839: 'No le ocultaré, mi General, que busco la verdad y la verdad toda entera; y como Usted es el único hombre en el mundo que puede proporcionarme los documentos que me faltan para encontrarla, me dirijo a Usted con confianza'<sup>4</sup>.

Y no volveré tampoco sobre las elogiosas opiniones que Lafond de Lurcy nos ha dejado, tanto sobre los dos grandes libertadores, Bolívar y San Martín, como sobre los dos principales amigos del primero, el mariscal Sucre y el general Flores.

En estas páginas he recordado también los nombres de otras personalidades a las que se refirió nuestro viajero. Así, esa breve pero admirable presentación del general, coronel entonces, Diego Ibarra, edecán y de la familia del Libertador<sup>5</sup> y de tantos otros nombres mencionados en el segundo volumen de su libro *Voyages dans les Amériques*. El historiador, el investigador de nuestros días hallarán datos abundantes y preciosos sobre personalidades tan diferentes como lord Cochrane, Torre-Tagla, Monte-Agudo, Unanue, los hermanos Guido, La Mar, Belgrano, Páez, Miranda, para citar algunos nombres sobresalientes de la emancipación. No olvidemos que sobre Miranda, por ejemplo, según recordé en otra parte, ha escrito todo un capítulo admirable calificándolo de "mártir de la libertad".

Y junto a ellos, los nombres de varios Españoles como Morillo, Bo-ves, La Serna, Canterac, Aymerich, Rodil, sin olvidar García Camba con quien trató tan directamente en el Perú y en las Filipinas, entre algunas personalidades más conocidas de esos años de la emancipación. Y no es todo. Lafond de Lurcy se ha referido también a otros nombres de la historia hispanoamericana de la conquista y de la colonización, hasta la época de la prehistoria. Evidentemente, tales páginas no tienen para nosotros la misma importancia ya que muestran que han sido el fruto de las lecturas y de las consultas de un viajero que trató de informarse de aquellos diferentes capítulos de la historia. No son, como los anteriores, el resultado de su expe-

4 G.F. PARDO de LEYGONIER: *Des Français en Amérique Latine*.- Conferencia del 16 de mayo de 1974 en la Casa de la América Latina. París.

5 V.a.M. et N.C.- Volumen II; pág. 102.

riencia personal ni de sus conocimientos directos.

En cambio, además de los personajes de la emancipación se refirió también a varios acontecimientos o hechos decisivos de la misma, dejándonos detalles muy interesantes o apreciaciones personales de incontestable valor. Así, a más de los ya mencionados, como la entrevista de Guayaquil o las actuaciones del general Flores, cómo no recordar las grandes campañas que van desde la independencia de Guayaquil (1820) hasta la que dio término a la dominación española en Ayacucho (1824). Lafond de Lurcy nos ha dado detalles que marcaron aquellos años, como las victorias de Carabobo (1821), Bomboná (1822), Pichincha (1822), decisiva para la independencia de Quito, vale decir del Ecuador actual y las dos últimas tan célebres en la historia: Junín y Ayacucho (1824). Sobre esta batalla tiene abundantes explicaciones y hasta traduce dos documentos esenciales de la historia:

- a) El boletín dirigido, el 11 de diciembre de 1824, por el general Sucre al Ministro de la Guerra de la Gran Colombia; relación que Lafond de Lurcy califica: “de una noble sencillez; se comprenderán mejor los acontecimientos y el carácter generoso del vencedor”<sup>6</sup>;
- b) La capitulación firmada por el general español Canterac ante el jefe del ejército que terminó la emancipación del continente y que recibió entonces el título de “Mariscal de Ayacucho”<sup>7</sup>.

Desde luego, y lo recordé anteriormente, sus relaciones no guardan ningún rigor cronológico, ningún plan establecido. Esto prueba que no pretendió escribir una historia; pero, a lo largo de sus viajes y según las situaciones fue refiriéndose a un capítulo de la prehistoria aquí, a otro de la conquista o de la independencia acá. Si sus relatos no guardan una continuación, un plan que pueden molestar a los que ignoran la historia americana, en cambio, adquieren interés y valor por la espontaneidad de la relación y, sobre todo, por la claridad y la sinceridad de un autor que expresa sus impresiones sin la preocupación de otros intereses que tanto ha perjudicado a los especialistas de la historia.

Viajero admirable, Lafond de Lurcy ha tratado largamente uno de los capítulos más espinosos y difíciles de la historia de los siglos pasados: aquel que se refiere a *la colonización española*.

Sabemos que, sobre este punto en especial, los historiadores de ambos mundos, de Europa y de América, han escrito páginas las más contra-

6 V.a.M. et N.C.- Volumen III; págs. 391 a 399.

7 Idem.- págs. 399 y 400.

dictorias, las más opuestas, porque, en la mayor parte de los casos, la pasión ha dominado sobre el peso de los documentos y los hechos reales. Es, pues, interesante recordar aquí como vio, como apreció este viajero que visitó gran parte del mundo, que vivió cosa de diez años en las antiguas colonias de España, es interesante digo, conocer su opinión sobre lo que llamamos *la colonización española*.

Desde luego, es indispensable subrayar que nuestro viajero destacó, en sus quince años de viajes, aquellos que vivió en ese mundo. Escribe:

*Las colonias españolas de América del Sur ocuparán un puesto notable en esta obra...*<sup>8</sup>.

Pocos viajeros como Lafond de Lurcy han consagrado tantas páginas de sus años de viaje al estudio de la historia, de las civilizaciones de esos países; pocos han analizado tan objetivamente, casi diría afectuosamente, el problema de la colonización. Este capítulo sería digno de un estudio completo, pues Lafond de Lurcy tuvo la suerte y la oportunidad de comparar los efectos de la colonización española en diferentes regiones, en las Filipinas y en el Perú, en México y Chile y pudo, además, darse cuenta y apreciar la colonización que llevaron a cabo otros pueblos europeos en diferentes regiones de Africa, Asia y en tantas islas distintas.

No es que Lafond de Lurcy se haya convertido en un panegirista o un defensor del sistema colonial. No, muy lejos de ello, esto sería afirmar algo muy opuesto a la verdad. Por el contrario, lo ha condenado y no ha desconocido ni ocultado todos los errores, las injusticias que dicho sistema ostentaba en todas partes. Pero, observador objetivo, conocedor preocupado de ir al fondo de las cosas, de penetrar en la vida de los pueblos, trató de explicar y comprender la realidad de los hechos. Así se comprende que haya llegado a conclusiones que no están alejadas de las vertidas por historiadores imparciales, cuando se refieren a tales capítulos de la historia. Basta para ello señalar lo que Lafond de Lurcy escribió particularmente en las últimas páginas del capítulo XIII de ese segundo volumen, antes mencionado; lo consagra casi íntegramente a la obra de la conquista española. Después de mencionar los nombres de Cristóbal Colón y de los otros *conquistadores*, naturalmente pasa a hablar de los aborígenes, de sus costumbres y de lo que para ellos significó, en realidad, la conquista hispana. Lo que llama la atención en dichas páginas es que, lejos de seguir la corriente de la época y de acumular razonamientos dudosos para atacar ciegamente a los *inhumanos conquistadores*, ponderando exageradamente las maravillas de *los primitivos y el paraíso en que vivían*, Lafond de Lurcy se

mantiene en una justa apreciación, sin dejarse llevar ni del elogio fácil ni de la *leyenda negra* como su compatriota —para citar un ejemplo— que, por esos mismos años, escribía párrafos como el que cito a continuación:

*...España traiciona sus destinos: se dijera que tiene por misión abrir un inmenso refugio a las tinieblas arrojadas de Europa. Declara la guerra a cuanto puede pensar; no toma posesión sino de lo que puede producir; y cuando el Nuevo Mundo es condenado por ella a las desgracias de la ignorancia, a las humillaciones de la tiranía, ella a su vez se somete a todo aquello como desheredada de las luces conquistadas por la especie humana. Sus grandezas y sus riquezas no asombrarán jamás tanto como su bajeza y su ruina, fruto de una ciega sumisión a esa fuerza que se apodera del espíritu para desviar el valor: el ejemplo de España debe guardar para siempre a los pueblos del fanatismo religioso...<sup>9</sup>.*

Evidentemente, este ilustre autor de la primera *Histoire de la Colombie*, publicada en París, en 1827, Guillaume Lallement, ¡nunca había visitado América y apenas si salió de Francia! Las páginas de su libro, plagadas de errores históricos, son la mejor demostración de lo que pueden la ignorancia y la pasión: forjadoras de *leyendas negras*; páginas alejadas de la realidad y tan abundantemente contradichas, en lo que a nuestra América se refiere, por libros valiosísimos, entre otros, de viajeros imparciales y mejor informados.

De este número forma parte Lafond de Lurcy, de quien son estos párrafos:

*Un reproche en el que los cronistas de la conquista no han dejado de insistir, es en la mala fe de los Españoles con los Indios, que según ellos, eran siempre esclavos de su palabra. Confieso que no estoy dispuesto a escuchar con una confianza ciega tales acusaciones vivas y sin autenticidad. Lo que sé, en ausencia de mejores pruebas, es que el hombre, y sobre todo el hombre cuyos hábitos sociales han suavizado las costumbres y morigerado los instintos, nunca hace el mal por placer, y se puede creer que los rigores que emplearon los conquistadores con los indígenas eran el resultado de represalias terribles que esos mismos cronistas no han juzgado necesario mencionarlas. Es cierto que los pueblos salvajes contra los que debían luchar unían a su ferocidad la prodigiosa versati-*

9 Guillaume LALLEMENT: Obra citada; págs. 4 y 5.

lidad de la infancia, que cambia a cada minuto impresiones y determinaciones, y que tiene todo el egoísmo de un ser que no vive aún sino de sensaciones y de instintos, porque la sociedad, hasta entonces, no ha despertado en él el sentido moral y las puras alegrías del corazón y del espíritu. Conozco muy bien todos los crímenes a los que la sed de oro ha arrastrado a esos hombres sin opinión que componían, a veces, las tropas de los más famosos capitanes de la conquista y no pretendo lavar a España de todo reproche en este aspecto. Pero, no podría decir a las naciones europeas: ¿Hay una sola de vosotras que se sienta suficientemente inocente de todo exceso, en este particular, para tener el derecho de mostrarse severa y de afectar aires de puritanismo...? ¿Sería, por acaso, la filantrópica Inglaterra, cuyas conquistas no pueden referirse sin vergüenza para la humanidad y que, hoy mismo, no se muestra ni más clemente ni más equitativa que en el pasado? ¿Sería esta nación, o más bien este gobierno hipócrita, que en el siglo XIX hace la guerra a la China para tener el derecho de envenenar y que devasta el Asia, cuna de la civilización europea? Si los Españoles han dado la muerte al rey de Bogotá, después de haberle arrebatado sus riquezas y sus reinos; si han sacrificado una tribu entera para castigar una revuelta, verdadera o falsa, de un solo Indio, y tratado como rebeldes a poblaciones aborígenes que venían a pedir la paz, ¿podrían los Ingleses confesar sin sonrojarse lo que han hecho de Caboul y de sus sesenta mil habitantes?

Que ninguna nación se muestre, pues, más rigurosa de lo que conviene al apreciar los hechos de la conquista. Lo repito: salvo excepción, el hombre civilizado es, todo bien considerado, menos cruel y menos sanguinario que el salvaje que no tiene del hombre sino la apariencia. Lo que ha hecho parecer, sobre todo, un gran número de Indios en esas guerras, es la nostalgia producida por el desplazamiento de poblaciones; pues el resto de salvajes del Orinoco, de las llanuras de Venezuela, los Caribes, no eran ciertamente más felices antes del descubrimiento (de América) que lo han sido después.

He visto pueblos primitivos en América, en la India, en Asia y Africa, en la Polinesia y en la Malasia, y en todas partes les he hallado sumergidos en un estado más abyecto y más miserable que el de los pueblos sometidos a los Españoles.

No hay, tal vez, nación en el mundo que ha sabido, y durante más

*largo tiempo, preservar mejor a sus colonos de guerras interiores, en que se consume ordinariamente la vida de tribus independientes. Durante tres siglos, España ha logrado mantener en sus posesiones una especie de calma, lo que era un verdadero progreso en la existencia social de los Americanos. ¿Qué podría oponerse a los Españoles en el aspecto de su colonización? ¿Sería, por acaso, los 'Wisleans' y los 'metodistas' en la Polinesia? Que se lea a Moerenhout y a Dillon, el uno belga, inglés el otro; sus testimonios no serán sospechosos. Que se examine igualmente la suerte que los Holandeses han dado a sus súbditos de las Molucas y de Java; y, en fin, puesto que se trata de la humanidad, que se imagine un instante el destino de los pieles rojas del Canadá, de los Seminolas de las Floridas, y aun de los Irlandeses.*

*Cuando se trata de juzgar comparativamente de la suerte de los diferentes pueblos, hay que liberarse de toda prevención y ver las cosas, si es posible, en su estado natural. En cuanto a mí, no vacilo, según mi experiencia, en colocar la condición de los Indios que poblaban las colonias españolas muy por encima de aquella de los pobres campesinos de la mayor parte de las regiones más orgullosas de su civilización. No hablo aquí del esclavo negro, pero solamente de los Indios que, por más sometidos que estuviesen al servicio, no gozaban, tal vez, de menos libertad, ni —sobre todo— de menos bienestar que esos millones de desafortunados a quienes la miseria y la necesidad tiranizan y torturan ante nuestros ojos<sup>10</sup>.*

Es posible que algunas afirmaciones del capitán Gabriel Lafond de Lurcy se presten a discusión. Pero, en lo que se refiere a lo esencial, a esa perspectiva elevada e imparcial para juzgar este capítulo tan espinoso de la historia hispanoamericana, en el que tantos escritores han errado lamentablemente, el historiador, el sociólogo de nuestros días tendrán que admirar la objetividad, la imparcialidad de un viajero, un marino, cuyo oficio no era la investigación histórica.

No es mi intención alargarme indefinidamente en este asunto; pero, no dejaré de señalar la coincidencia de las apreciaciones del viajero francés que nada tenía del historiador consagrado, pero que gracias a un juicio recto, a una honradez intelectual y espiritual, llegó a las mismas conclusiones de destacados autores, por ejemplo C. Parra Pérez, el insigne historiador venezolano que, en una de sus obras, refutando a otro escritor ve-

10 V.a.M. et N.C.- Volumen II; págs. 206 y 208.

nezolano, Gil Fortul, que había publicado un estudio sobre la obra *El Régimen Español en Venezuela*, Parra Pérez escribe:

*Del comentario del maestro se deduce, en rigurosa lógica que cuanto tienda a revisar el proceso de la dominación española en América es acrítico y propio de personas retrógradas, y que sólo es científico y moderno quien acepta la versión tenida hoy por oficial aunque se demuestre que está basada casi toda ella en opiniones de polemistas extranjeros en su mayor parte*<sup>11</sup>.

Pocos viajeros en los siglos pasados como Alejandro von Humboldt conocieron mejor nuestra América y dejaron una obra que sirve aún hoy de fuente de consulta. Por lo mismo, el volumen que le ha consagrado el Profesor Charles Minguet<sup>12</sup>, de los más valiosos publicados con motivo del segundo centenario del nacimiento del sabio alemán, libro que honra al hispanismo francés, conocedor de lo que escribió Humboldt, al referirse al punto que nos interesa y que viene a apoyar las páginas de Lafond de Lurcy, Charles Minguet escribe:

*Su obra americanista disipa, en segundo lugar, un mito sólidamente enraizado en la sensibilidad europea de su tiempo: es el de la crueldad y de la ferocidad españolas. No encontramos bajo su pluma esas invectivas, esas condenaciones tan frecuentes en la literatura europea de la época. Humboldt comprendió que España no envió sistemáticamente a sus colonias a esas hordas abominables de locos homicidas, asesinos sanguinarios, monjes pervertidos que los libros franceses e ingleses de los siglos XVII y XVIII evocan tan a menudo. Al descubrir de nuevo América, vuelve a descubrir también la historiografía española clásica: descubridores, cronistas, historiadores, misioneros, administradores, naturalistas, médicos españoles o criollos. Penetra en la enorme masa de documentos que nos dejaron como herencia. Al abrir esos libros olvidados franquea un paso decisivo; de simple viajero, se vuelve historiador y geógrafo; su viaje habría podido darle una visión más o menos superficial de las cosas y de los hombres; sus lecturas le permiten adquirir un conocimiento profundo de la historia hispanoamericana. Los textos le permiten*

11 C. PARRA PEREZ: En Respuesta al Doctor Gil Fortul: *Páginas de Historia y de Polémica*.- Litografía del Comercio, Caracas, 1943.- págs. 292 y 293.

12 Charles MINGUET: *Alexandre de Humboldt, historien et géographe de l'Amérique-espagnole (1799-1804)*.- F. Maspero ("La Découverte"), París, 1969, 625, págs.

apreciar en su justo valor lo que verdaderamente pudieron ser la primera conquista y la primera colonización hechas por un pueblo europeo<sup>13</sup>.

Y muy bien se podría aplicar a Lafond de Lurcy, en este punto, lo que Charles Minguet escribe de Humboldt:

*...Humboldt no excusa las crueldades de los Españoles por las de su tiempo; parece anunciar lo que Simone Weil escribirá, en 1943, cuando recuerda que una crueldad cometida en el siglo X es tan grave, desde el punto de vista moral, como una crueldad cometida en el siglo XIX. Humboldt quiere decir que los Europeos no-Españoles no están en condición para reprochar a España una actitud que ellos mismos adoptaron al encontrarse en la misma situación. Pero, los crímenes de su siglo le parecen menos excusables porque han sido perpetrados trescientos años más tarde. Y como cree en el perfeccionamiento moral de la humanidad, puede abrumar mucho más a sus contemporáneos al mostrarles que su reponsabilidad aumenta a medida que transcurre el tiempo. ¿Qué habría dicho entonces en el siglo veinte?<sup>14</sup>.*

Si he citado particularmente a Humboldt en esta parte de mi estudio, es porque Lafond de Lurcy conoció también la obra del viajero alemán y, al consagrar varios capítulos a la historia de México, no deja de mencionar a ese gran viajero y modestamente escribe:

*¿Qué decir, por otra parte, sobre este país después del señor de Humboldt? Espero, pues, que no se me suponga la pretensión de querer convertirme en su émulo o su continuador...<sup>15</sup>.*

No menos importante es la contribución que Lafond de Lurcy prestó al desarrollo de las relaciones de los pueblos en general y, en especial, con Francia. No hay país o pueblo que visitó del que no dio datos valiosos sobre la situación, las condiciones de navegación, las condiciones físicas de los puertos, las producciones de su suelo y las exportaciones que podrían desarrollar las naciones industrializadas de Europa, a la vez las materias primas de que podrían abastecerse. En otra parte de este estudio hemos men-

13 Obra citada; pág. 635.

14 Idem.— pág. 636.

15 En *V.a.M. et N.C.*, Volumen I, Lafond de Lurcy consagra 22 capítulos a México. Humboldt es particularmente mencionado, con largas citas, entre otras, en las páginas 107, 146, 148, 155, 158, 160-161, 164, 172, 182, 194, 211, etc.

cionado inclusive su preocupación por presentar un vocabulario de los productos, así como detalles útiles para los comerciantes en sus importaciones o exportaciones.

En su amplio análisis, Lafond de Lurcy destacó particularmente la situación de los países americanos sobre las costas del Océano Pacífico. Si por el momento se hallaban de pleno en las luchas de la emancipación, y sabemos que tomó parte en algunos hechos, su pensamiento va más allá del momento presente y con lucidez admirable se refiere al futuro de esos pueblos que una vez independientes y dominadas las dificultades de aquellos años conocerán períodos diferentes. Escribe:

*Los pueblos como los gobiernos comprenderán pronto que sólo el trabajo productivo puede conducirles al descanso y a la felicidad. Entonces estas comarcas cambiarán de rostro; su suelo será cultivado, sus minas serán explotadas; y, con estas abundantes fuentes de riquezas, es difícil asignar límite a la prosperidad que pueden alcanzar*<sup>16</sup>.

Y, preocupado por los intereses de su país, añade:

*Francia tiene, más que ningún otro país, posibilidades favorables para entrar en esta vía*<sup>17</sup>

Insistentemente, Lafond de Lurcy evoca en varias páginas de su obra la importancia para Europa, para Francia de volver sus miradas hacia esas regiones del mundo. Escribe:

*El Océano Pacífico no demorará mucho en ser el teatro de más amplias operaciones comerciales... La mayoría de esas comarcas son poco más o menos vírgenes para la especulación, o por lo menos tienen el comercio menos conocido de todos; porque los que a éste se dedican temen mucho la competencia, tienen el cuidado de cubrir sus operaciones de un velo misterioso*<sup>18</sup>.

Preocupado de que Francia ocupe el puesto que le corresponde en este mercado universal, Lafond de Lurcy se interesó insistentemente en dos puntos: el desarrollo de la marina mercante y el proyecto de un canal que una los dos océanos.

Acerca del primer punto, ya en su Introducción, tantas veces mencionada, escribía:

16 Q.a.V.A.M.- Volumen I, pág. 25.

17 Idem.

18 Idem.- Pág. 24.

... Es necesario que nuestra legislación restrictiva deje de detener los progresos del comercio marítimo. ¿Cómo poder luchar con las marinas extranjeras? ¿Cómo nuestro comercio marítimo podría prosperar, si no podemos utilizar nuestros buques para cargamentos de retorno, puesto que los diversos productos de América y de la India están impuestos por derechos prohibitivos a su entrada en Francia?<sup>19</sup>.

Un estudio especial merecería este aspecto de la vida de nuestro viajero. Si los años de su adolescencia y juventud fueron los del viaje, se puede afirmar que una vez de regreso a Francia, en 1833, después de quince años de recorrer los continentes, hasta su muerte, se ocupó de los problemas relativos a la marina. Desde su primer viaje, se interesó en los problemas del mar; estudió en la práctica todos los secretos, al punto de llegar a ser a los 20 años un experto; al regreso de ese primer viaje ya es reconocida su autoridad y cuando llegó a Guayaquil, a esta edad, recibió una misión que la cumplió a satisfacción, según hemos referido. Siguieron varias misiones confiadas por el mismo San Martín, al servicio del Perú; y después invitado a servir en el ejército de Bolívar prefirió seguir su vida independiente, como igualmente más tarde se dedicó, por su cuenta, a las diversas actividades que tienen que ver, en el fondo, con su primera vocación de navegante. En efecto, creador de una sociedad marítima, comercial y de fletes, en París, con sucursales en diversos puertos franceses y de otros países; fundador de una Compañía de Seguros Marítimos, la *Unión de los Puertos*; fundador también de la *Sociedad de los Economistas*, miembro de la *Sociedad de Geografía de París* y miembro de su Comité Director: en todo momento, Lafond de Lurcy estuvo preocupado por los problemas de las relaciones de Europa y de Francia, particularmente, con los países que visitó. América ocupó un sitio privilegiado.

Esto se prueba por el segundo aspecto arriba mencionado y que, tal vez, es hoy poco conocido: el proyecto del *Canal de los Dos-Océanos*. A su paso por América Central, en 1821, según vimos antes, Lafond de Lurcy se dio cuenta de la situación exacta de las regiones. Cónsul honorario de Costa Rica en París y luego Encargado de Negocios, con el título de Ministro Plenipotenciario de ese mismo país, por documentos que se hallan publicados íntegramente en *Fragmentes de voyages autour du monde*<sup>20</sup>, conocemos que Lafond de Lurcy recibió una concesión de Costa Rica para la construcción de dicho Canal. Tal concesión está plenamente determi-

19 Idem.- pág. 26.

20 F.V.A.M.- Capítulos LVII, LVIII y LIX; págs. 191 a 219.

nada en la obra señalada, entre otros, recuerda este rasgo del Informe del almirante Pellion sobre el Golfo-Dulce, según los trabajos hidrográficos del capitán de Laplein, comandante de la corbeta de Su Majestad imperial *La Brillante*, dirigida a Su Excelencia el ministro de la Marina y de las colonias:

*La concesión del Golfo-Dulce, que fue hecha por el gobierno de Costa-Rica al señor Gabriel Lafond, ciudadano francés y cónsul general de esta República en Francia, consiste en un cuadrado de tierra de doce leguas españolas por cada lado. Tiene como límites, al Sur, toda la costa incluída entre la punta Gorda o Salsipuede y la frontera de la Nueva-Granada; al Este, esta misma frontera; al Oeste, una línea que sale de Salsipuede, y sube Norte y Sur doce leguas españolas; en fin, al Norte, una línea Este y Oeste para terminarse en la antedicha frontera. Así el golfo se encuentra enteramente enclavado en las tierras de la concesión. El Acta de cesión del Congreso es del 16 de octubre de 1849. Por una segunda concesión, el Congreso otorgó al señor G. Lafond una legua española en ancho, desde los límites de la primera hasta el Atlántico, lo más cerca posible de los límites de la Nueva-Granada. El Acta es del 6 de junio de 1850. El 9 de enero de 1855, el señor G. Lafond consiguió del gobierno de Costa Rica una prórroga de cuatro años para el establecimiento de los primeros colonos, a partir del 1o. de marzo de 1855 hasta el 1o. de marzo de 1859. Se concedió al señor G. Lafond un plazo de doce años para hacer construir la carretera de un mar al otro...<sup>21</sup>.*

Este capítulo merecería un estudio más extenso. Sabemos que el Gobierno francés, más exactamente Napoleón III, se ocupó del asunto y que finalmente en un documento muy preciso, firmado por Lafond de Lurcy, en 1856, cuando el Congreso de París, y, en asocio de los Ministros sus colegas, don Juan Francisco Martín, Ministro de Guatemala y de Nueva-Granada, don Víctor Herrán, Ministro de Honduras y de San Salvador, después de varias conferencias con lord Clarendon, dirigió una carta, aprobada por el Gobierno de Costa Rica y en la que expone las finalidades que se proponía. Vale la pena reproducir los últimos párrafos de dicha carta:

*No pongo ninguna condición, lo repito, ni de persona, ni de venta por un precio cualquiera. Mi objetivo es colocar:*

- 1o. El Estado de Costa Rica y América Central al abrigo de los invasores y de las tentativas de los filibusteros;
- 2o. Abrir en su territorio el mejor paso de los dos océanos, porque en sus dos extremidades existen bahías capaces de recibir todas las flotas de los pueblos marítimos.
- 3o. Atraer los capitales de Europa a estas interesantes comarcas, que serán desde entonces protegidas por esta intervención natural.

Adjunto a esta nota el mapa de la República de Costa Rica, hará comprender mejor la importancia de mi proposición. No añadiré ninguna consideración relativa a las ventajas particulares de cada Estado, sea europeo, sea americano, Su Excelencia comprenderá fácilmente que, en un asunto de esta clase, todos los intereses del comercio y de la civilización son solidarios...<sup>22</sup>.

Pero, otros intereses se jugaban más alto y ya el gran país del Norte había resuelto construir el canal en otro sitio. Así, la construcción del canal de Panamá —proyecto, en el que Lafond de Lurcy no creyó bastante— dejó en nada el suyo de los *Dos-Océanos*.

Sin embargo, valía la pena señalar estos aspectos poco conocidos de las actividades de nuestro viajero, si bien no entran dentro del plan del estudio que me he propuesto. Sirven para mostrar la vida excepcional, el entusiasmo, y la pasión de la acción que animaron constantemente a este infatigable viajero. No está por demás recordar que fueron éstas las razones que se destacaron al solicitarse la Legión de Honor para Lafond de Lurcy; es decir: los servicios prestados a la Marina y al comercio marítimo de Francia<sup>23</sup>.

Y paso por alto otros aspectos que ha mencionado, en su corto es-

22 Idem.- pág. 219.

23 Recomendado por el Ministro de Agricultura y de Comercio y por el señor Estancelin, Miembro de la Cámara de Diputados, Gabriel Lafond de Lurcy fue condecorado con la Legión de Honor en 1845, según vemos por el documento que sigue:

“EXTRACTO DE UNA ORDENANZA REAL.- En el castillo de EU, a 14 de agosto de 1845.- Carta abierta de fecha 20 de agosto, No. 2460.- LUIS FELIPE, REY DE LOS FRANCESES, por dictamen de nuestro Ministro Secretario de Estado en el Departamento de la Marina y de las Colonias, hemos ordenado lo que sigue: Artículo Primero, Se nombra Caballero en la Orden Real de la Legión de Honor al señor Gabriel Lafond de Lurcy, antiguo navegante, Director de la Compañía de Seguros Marítimos, la Unión de los Puertos...”.

tudio sobre Lurcy-Lévis d'Hier et d'Aujourd'hui, Laurent Bourdier, quien destaca las actividades de Lafond de Lurcy, además de navegante excepcional, en otros campos, como: la geografía y el dibujo que le permitieron ser un experto en el levantamiento de planos; sus conocimientos en la arqueología, en la agronomía, en la economía, pues sabemos el interés que demostró por las relaciones con los pueblos que visitó, sugiriendo instrucciones a los responsables de las relaciones exteriores, del comercio exterior y organizando sociedades. He aquí lo que en Laurent Bourdier podemos leer sobre Lafond de Lurcy economista:

*...Fue un partidario del librecambio y, en un estudio aprofundizado, da consejos a nuestros Ministros de la época pra luchar con armas iguales con la poderosa Inglaterra. Hizo frente a los economistas partidarios de un pago en dinero de las mercaderías. Gabriel Lafond de Lurcy explicaba 'que el dinero debía facilitar la producción de las mercaderías de intercambio, pero no convertirse en este medio' 24.*

Como se observará, el joven Lafond de Lurcy, que apenas pudo terminar sus estudios en el Liceo de Nantes para embarcarse en 1818, en verdad, hizo un aprendizaje excepcional que ninguna universidad puede dar: esta universidad fue la vida del mar y sus contactos con tantos hombres diferentes, con tantas civilizaciones y pueblos de los que nos ha dejado un inventario sumamente rico. Se puede añadir que todo ese arsenal se halla desconocido y muy pocos son los que, a los cien años de su muerte, han aprovechado de tanta experiencia.

Finalmente, la obra de Lafond de Lurcy es un claro desmentís a quienes afirman que en el siglo XIX, Francia a causa de la influencia de su cultura ha ignorado a los otros pueblos<sup>25</sup>. Basta leer la obra de Lafond de

24 Laurent BOURDIER.- *Un cheflieu de canton du Bourbonnais: Lurcy-Lévis, d'Hier et d'Aujourd'hui*.- Edición de los "Cahiers bourbonnais", Moulins, 1965.-pág. 201.

25 "Ese siglo ha sido tan notable en todos los campos —literatura, arte, ciencias— que el Francés quizás se acostumbró a vivir sobre sus propias riquezas ...Se asiste en aquel momento, en Francia, a un empobrecimiento del conocimiento, del mundo... Francia se permite entonces el lujo de ignorar a un universo del que contribuyó poderosamente a formar la cultura, mientras América Latina sabe todo lo que se puede saber sobre Francia". Alejo CARPENTIER; *Recontre avec Alejo Carpentier.- Il y a des ignorances qui coûtent cher*.-

En LE MONDE de 2 de abril de 1975; pág. 16.- Evidentemente, estas líneas del ilustre escritor "francés" pertenecen a la "novela-ficción" y faltan de rigor científico. Si el novelista hubiera visitado, a lo menos una vez, la Biblio-

Lurcy y la de tantos otros viajeros de ese siglo para contradecir tal afirmación y sostener, por el contrario, que en ningún siglo tal vez, como el XIX, sin los medios que nos ofrecen las técnicas y adelantos modernos, se han acumulado en las bibliotecas las relaciones sumamente valiosas de innumerables viajeros que, a costa de enormes sacrificios, recorrieron aquellos distantes países en otras condiciones de los viajeros y turistas de nuestros días. Así se comprende que numerosos investigadores vuelvan a descubrir en la actualidad, en archivos y bibliotecas, aquella monumental documentación que no ha sido examinada aún debidamente, la misma que dará una idea más clara y completa de lo que fue la historia de aquellos países en los siglos pasados y, en especial, en el siglo XIX.

teca Nacional de París, por ejemplo, se habría quedado sorprendido por la cantidad impresionante de documentos, relaciones de viajes, monografías, estudios, etc. que, en el curso del siglo XIX, se acumularon gracias a los viajeros franceses, exploradores, científicos, diplomáticos, etc., sobre los países hispanoamericanos. Estos documentos admirables nos dan de dichos países una imagen más exacta, algunas veces más amistosa y comprensiva que ciertos comentarios de estos últimos años. En cuanto a las publicaciones sobre América Latina en Francia, en ese mismo siglo XIX, estamos sorprendidos por su número y a veces su calidad. En el libro *Juan Montalvo en Francia* (Anales Literarias de la Universidad de Besanzón; las Bellas Letras; París, 1976, pág. 201) he dado una lista de las revistas y de las publicaciones sobre América Latina en Francia, en el curso del siglo XIX. Y la lista no es completa.

## CONCLUSION

Al anunciar en nuestro primer volumen de *Viajeros Franceses al Ecuador en el siglo XIX* los tres nombres a los que pensaba consagrar el segundo, era mi intención dedicar apenas un capítulo a Gabriel Lafond de Lurcy. Muy poco conocía entonces sobre este personaje. Luego de varios años de investigaciones (cosa de veinte años, si bien interrumpidos) desde mis primeras conversaciones con el eminente Profesor Georges Lafond, veo que tales investigaciones no han terminado aún. Hoy presento tan sólo un aspecto: el relacionado especialmente con la historia ecuatoriana, dejando de lado, voluntariamente, toda una documentación abundantísima que podría ocupar a varios investigadores; así, todo lo que se refiere a sus viajes en el Oriente, a su visión y apreciación de las civilizaciones de esos lejanos países; a sus actividades, luego de su regreso, hasta su muerte en 1876.

He tratado de presentar los contactos que mantuvo en el Ecuador con personajes y con acontecimientos que han marcado la vida de ese país, después de 1820, hasta los finales de la administración, en 1845, del primer Presidente y Fundador de la República, general Juan José Flores. Verdad es que Lafond de Lurcy abandonó las playas ecuatorianas e hispanoamericanas, hacia 1828. El mismo nos ha trazado el itinerario de su regreso tan complicado y con mil peripecias como el de todos sus viajes, en esos mares lejanos. Bien vale la pena que lo resumamos aquí. Lafond de Lurcy escribe:

*En 1828, me encontraba en Lima y había terminado, o casi, la operación que me había conducido a esta ciudad. Formaba,*

entonces, el proyecto de ir a Guayaquil, para ganar de allá las islas Filipinas, China, y traer al Perú diversos productos de Asia, que en este país encontraban colocación fácil y ventajosa... Quería también ver de nuevo la Malasia. En caso de que mi regreso al Perú se volviera demasiado difícil, tenía la intención de consagrar algunos años a visitar los diferentes archipiélagos del mar Pacífico<sup>1</sup>.

Como se puede ver en las líneas que siguen, no le animaban a nuestro viajero las ambiciones comerciales o el dinero, sobre todo; y aquí, tal vez, no estoy de acuerdo con Jean Descola, cuando escribe:

*Un poco comerciante, un poco corsario, deseando de todo corazón la victoria de los Independientes, pero buscando el hacer fortuna. Tal era el capitán Lafond<sup>2</sup>.*

Por el contrario, Lafond de Lurcy es muy explícito cuando da las razones de este viaje, como las que animaron sus otros viajes. Oigámosle referirse a este último que será el de su regreso a Francia:

*En eso no estaba movido solamente por un interés mercantil, pensaba encontrar de nuevo en el comercio los medios de ver y estudiar bien comarcas que me proponía, a mi regreso a Europa, dar a conocer bajo un aspecto quizás nuevo, es decir, desde un punto de vista comercial. Ser útil a mis conciudadanos, facilitando sus relaciones más allá de los mares, tal era la meta que no he dejado ni un instante de proponerme en todas mis peregrinaciones<sup>3</sup>.*

En consecuencia, Lafond de Lurcy trata con el capitán Darluc, comandante del bergantín el *Alzire* de Marsella, para su traslado del Callao a Guayaquil, y de Guayaquil a las Filipinas. Al mismo tiempo, consigue la promesa que le traerían de nuevo al Perú si el bergantín regresara. Lafond de Lurcy se embarca, pues, en el *Alzire* como simple pasajero<sup>4</sup>. Dejan las costas de América en abril de 1828. Pasan cerca de las islas Galápagos. Realizarán una primera alta en el archipiélago polinesio de las Hawai — es decir, de las islas Sandwich del capitán Cook.

1 V.a.M. et N.C. - Volumen IV

*Mers du Sud, de la Chine et Archipels de l'Inde*: págs. 3, y 4.

2 Jean DESCOLA: *Les Messagers de l'Indépendance. Les Français en Amérique Latine: de Bolivar à Castro*. Ediciones Robert Laffont, París, 1973.- pág. 175.

3 V.a.M. et N.C.- Volumen IV; pág. 4.

4 Idem.

El 28 de abril, divisan Hawai. Luego pasan al Norte de Lanai, de Maui y de Molokai. Se dirigen a la isla Oahu y fondean finalmente en Honolulu. Mientras tanto, Lafond de Lurcy emprenderá un corto viaje a Hawai. Cuando regresó, al no tener ningún motivo para quedarse en Honolulu, pensaron ya en la salida. Pero, con tristeza se alejan de esas islas cuyos habitantes no han dejado ni un solo instante de tratarles como hermanos. Habían aprovechado su escala de quince días aproximadamente para consagrarse a una visita detallada de los lugares<sup>5</sup>.

Su travesía hasta las Filipinas se efectúa en las mejores condiciones: viento en popa, suave brisa, mar tranquilo, tiempo espléndido<sup>6</sup>.

Llegaron a la altura de las Filipinas en el mes de junio. Vienen a reconocer la isla de Samar, para entrar luego en el estrecho formado por la parte norte de esta isla y la punta sureste de Luzón: se trata del estrecho de San Bernardino<sup>7</sup>.

Para alcanzar Manila, tuvieron que maniobrar hábilmente entre esas numerosas pequeñas islas. Podemos, además, seguir en detalle el relato muy completo que nos hace Lafond de Lurcy. Después del estrecho de San Bernardino, suben al Noreste para pasar al Norte de la punta de Ticao y al Sur de Burias. De Burias, dirigiendo la proa hacia la punta sur de Marinduque, se dirigen hacia la costa de Mindanao, y van a buscar su punta noreste llamada Calapán. De allí, suben al Norte hacia la isla del Corregidor que reconocen fácilmente. Penetran en la bahía de Cavite y el Alzire llega finalmente a Manila, sin dificultad<sup>8</sup>.

Esta alta permite a nuestro viajero reanudar sus relaciones con antiguos amigos y completar su estudio de los lugares<sup>9</sup>. Pero, para Lafond de Lurcy no será más que una etapa, pues no pierde de vista su objetivo primero y busca los medios de regresar a América. He aquí lo que escribe:

*Mi estadía se prolongaba inútilmente en las islas Filipinas y me determiné viajar a Cantón, en donde esperaba encontrar, con la ayuda de las Casas americanas establecidas en esta ciudad, los medios de realizar otro viaje a América del Sur, sea como vendedor de pacotillas, sea dirigiendo una operación que alguna de esas Casas habría podido emprender. El bergantín la María, que pertenecía a don Manuel Campana, transportaba a Macao un carga-*

5 Idem.- Capítulo II, pág. 17 y Capítulo V. pág. 73.

6 Idem.- pág. 75.

7 Idem.- pág. 77.

8 Idem.- págs. 79 a 82.

9 Idem.- págs. 83 y 84.

*mento de arroz; celebré mis acuerdos con el capitán, y algunos días después estábamos navegando*<sup>10</sup>.

Después de una “travesía bastante feliz”, desembarcaron en Macao. Nuestro viajero aprovechó para visitar la ciudad que encuentra poco cambiada, desde 1819. Vuelve a ver con gusto ciertos rostros familiares, pero rápidamente busca los medios de irse a Cantón<sup>11</sup>.

Lafond de Lurcy habría preferido encontrar una embarcación europea, con pabellón inglés o americano. Estos barcos, precisa, gozan de franquicias otorgadas a su nación, son respetadas por las autoridades chinas, van y vienen libremente, y los pasajeros a su cargo no sufren ninguna vejación; pero, no había ninguna por el momento, y como estaba impaciente por abreviar su estadía, se arriesgó a partir en un *fast-boat* (barco rápido) del país, cuyo dueño consintió en tomarle de contrabando y llevarle hasta “la primera barra de Wampoa”, que se puede considerar, en cierto modo, como la rada de Cantón<sup>12</sup>.

Dejan, pues, el puerto de Macao y, después de una noche de viaje, entran sin dificultad en el brazo del Tigre, desde donde se debía ir río arriba para llegar a Wampoa, y de allí a Cantón<sup>13</sup>.

Llegan delante de Wampoa, célebre pueblo cuyos habitantes están evaluados en esta época, en más de doce mil almas. Lafond de Lurcy no da el rango de ciudad, porque la población que tiene se compone en totalidad de obreros, atraídos allí por la presencia de navíos europeos y que sacan sus únicos medios de existencia de sus relaciones con ellos. No existe, además, en este pueblo ni monumentos ni edificios públicos dignos de mención<sup>14</sup>.

Como Wampoa no ofrecía ningún atractivo, nuestro viajero buscaba una posibilidad de salir de allí y seguir su ruta. No tuvo ninguna dificultad de encontrar una embarcación para llevarle a Cantón<sup>15</sup>.

Lafond de Lurcy no se halla desorientado. A este propósito, declara:

*Reconocía todos los sitios que había visto en mi primer viaje; me parecía que no había pasado más que un día desde que había dejado esta ciudad y que mis recuerdos traían a mi memoria las cosas que había admirado el día anterior. Veía de nuevo esas*

10 Idem.- pág. 315.

11 Idem.- pág. 316.

12 Idem.- pág. 350.

13 Idem.- pág. 351.

14 Idem.- pág. 389.

15 Idem.

*inmensas padogas, esos numerosos edificios de todas clases. Creía reconocer hasta los rostros*<sup>16</sup>.

Esta nueva alta será la ocasión para Lafond de Lurcy de dedicarse a su ocupación preferida, la de estudiar ese país, a los ojos de los europeos nuevo por todos conceptos.

Hacia más de doce años que Gabriel Lafond de Lurcy había dejado Francia y realmente no había conocido lo que se puede llamar contratiempos. Pero, de repente su “viaje” toma un aspecto algo dramático. Leamos lo que nos dice:

*Me queda por hablar hoy de mi viaje a las Fidji, viaje tan fértil en acontecimientos infelices, y que se puede colocar en la categoría de esos largos dramas de los que el mar es demasiado a menudo el teatro*<sup>17</sup>.

Lafond de Lurcy había comprado al señor Balthazar de Mier, negociante español de Manila, el bergantín el *Candide*. Deja Manila el 27 de julio de 1830 y se dirige hacia China. Llega sin dificultad a Macao de donde no saldrá, sin embargo, sino el 23 de septiembre, el navío necesitaba importantes reparaciones.

Abandonando el continente asiático, Lafond de Lurcy y sus compañeros pasan a la altura de Manila, continúan su ruta por el estrecho de Alas que franquean en su parte sur y se dirigen hacia Nueva Zelandia. Después de una visita minuciosa del país, piensan continuar el viaje y se van a Tonga-Tabou (Tongatapu), donde demorarán poco tiempo.

Pero, apenas han dejado Tonga-Tabou (Tongatapu) cuando surgen las dificultades: en un primer tiempo, una fuerte borrasca; luego el estado del mar, azotado por ráfagas y la impetuosidad siempre creciente del huracán; en fin, la rotura del cable del ancla de esperanza, en media noche. Toman las precauciones más urgentes y, a pesar de la precipitación, Lafond de Lurcy logra salvar su “caja de papeles” que contenía en todo y por todo: los papeles de la expedición, una carta relativa al seguro del *Candide* para su viaje completo (ida y vuelta), 25 *soberanos*, que había olvidado desde largo tiempo y una segunda carta para el segundo gobernador y comandante de marina de las islas Marianas. Estos detalles nos permiten recordar ciertos hechos referentes a la célebre Carta Lafond.

Continúan valientemente su lucha y Lafond de Lurcy destaca el

16 Idem. pág. 392.

17 Idem.- Volumen VIII; pags. 171 y 172.

comportamiento loable del equipaje. Pero, los elementos desencadenados son los más fuertes:

*Una ola monstruosa que vino rugiendo a abatirse sobre nosotros, decidió de nuestro destino: el navío se elevó hasta una altura prodigiosa: un instante creí que había franqueado los batientes, pero esta esperanza fue de corta duración. Un crujido espantoso se hizo oír: era el último grito de su agonía. Una segunda ola vino a romperse sobre nosotros, y levantando el *Candide* hasta las nubes, lo dejó recaer sobre los arrecifes, en los que, despedazándose, desapareció en el oleaje. Momento terrible y lleno de angustias, de las que los años, no borrarán nunca en mí el recuerdo!!!<sup>18</sup>.*

Llegan a la costa de Tonga-Tabou (Tongatapu) al nado. No todos, sin embargo, pues seis hombres murieron durante el naufragio. Se comprende entonces por qué Lafond de Lurcy consagró tres volúmenes a los "Naufragios Célebres", luego de sus cinco volúmenes de viajes alrededor del mundo.

En este punto de su relato, Lafond de Lurcy menciona la fecha del 26 de marzo. Aunque no señala el año, de toda evidencia, se trata del 26 de marzo de 1831. Aquel día, precisamente, van al sitio del naufragio y logran salvar algunos restos del navío. Procederán, un poco más tarde, a la venta de bienes y del cargamento del *Candide*, así como de diversos objetos en el estado en que se encontraban.

A bordo del *Lloyds* nuestro viajero se embarcó, en calidad de pasajero, para las islas Keppel y Boscaven. De allí, siguió la ruta hacia el grupo de las islas de los Navegantes o islas Samoa. Llegó el día 4 de abril de 1831.

Lafond de Lurcy viajó luego a las islas Fidji o Viti, las islas Kingsmill, las Carolinas y, en fin, las islas Marianas. Desembarcó en Tinian y Guaham (Guam), dos de las diecisiete islas o grupos de islotes que componen este archipiélago.

Nuestro viajero dejó Guaham (Guam) y se embarcó para Manila, en el *Royalist*, como pasajero.

Finalmente, dejó Manila, a bordo de la *Laure*, a principios de junio de 1832 y pasó a la isla de Borbón (La Reunión). Pero, terminará su viaje a bordo de la *Naïde*. El 8 de octubre de 1832, el navío se acercó a Santa Elena. Hicieron alta y visitaron la tumba de Napoleón y su residencia de

18 Idem.- pág. 309.



Indios quichuas.  
(En "Voyages autour du Monde")

Longwood.

Así llegó hasta las costas de Francia, el 1o. de junio de 1833. ¡Gabriel Lafond de Lurcy volvía a ver su querido país después de una ausencia de quince años!

De regreso a Francia, en 1833, cuando contaba treinta y dos años, luego de una experiencia excepcionalmente enriquecedora, se abre para nuestro viajero el período más largo de su vida y que va a aprovecharlo de una manera brillante. Ante todo, en la preparación y publicación de sus obras, lo que le lleva desde 1837, hasta 1873. Participa al mismo tiempo en diversas actividades de orden económico y comercial, como nos lo prueba la fundación de Sociedades, según mencionamos anteriormente. Por otra parte, colabora en actividades científicas, especialmente en la *Sociedad de Geografía*, a la que entrega algunos de sus trabajos, publicados como folletos. Así: *Excursion dans la rivière Chiquinquira...*, *Les Philippines...*, *Quelques semaines dans l'archipel de Samoa*, etc.

Si hemos de recordar algo de su vida privada, debemos mencionar su matrimonio con la señorita Louise Thillaye du Boullay. A pesar de muchas investigaciones realizadas, de cartas escritas a varios de sus descendientes, como la señora H. Chevreau, los señores Henry-Jacques Masson, Conde B. de Masin, y varios otros, no me ha sido posible determinar exactamente la fecha ni el lugar de dicho matrimonio. Se supone, según una carta de la señora H. Chevreau que se realizó en 1838, en la capilla del castillo de Boullay, junto a Saint-Martin de la Lieue, cerca de Lisieux. Pero, ni la correspondencia con esta parroquia, con Lisieux, con el obispado de Bayeux, de Caen, ni con la Dirección de los Archivos del Calvados han dado un resultado positivo que permitiera conocer el acta de matrimonio. Eso sí, conocemos que Lafond de Lurcy y Louise Thillaye du Boullay (1814-1900) tuvieron dos hijas: Berthe (1839-1923) que se casó con el Conde Louis Bondy de Nalèche y Mathilde (1841-1921), casada con Gustave Kirgener, barón de Planta; lo que ha dado lugar a una numerosa descendencia de la familia Lafond de Lurcy-Thillaye du Boullay.

Más sensible que la ignorancia de algunos datos familiares es la desaparición de los manuscritos de este viajero, como dije al comenzar este estudio. Ni en la Biblioteca Nacional ni en los Archivos de Francia, de la Marina o la Sociedad de Geografía y otros más, en donde hemos investigado, no se halla ninguna huella de tan valiosos papeles.

Queda, pues, para futuros investigadores una tarea muy interesante: encontrar los manuscritos de Gabriel Lafond de Lurcy y quien sabe si entonces darán también con el original o una copia de la célebre *Carta La-*

*fond*, que tanto ha significado en la historia de América española, por referirse a hechos trascendentales de los dos héroes máximos de la Independencia hispanoamericana: Bolívar y San Martín.

En la pequeña y pintoresca población de Lurcy, el domingo 9 de mayo de 1976, se conmemoró el primer centenario de la muerte de Gabriel Lafond de Lurcy. Invitado por su Alcalde, señor A. Boutry, tuve el honor y la satisfacción de encontrarme en medio de un selecto grupo de habitantes del Borbonés: historiadores, profesores, autoridades, estudiantes, etc., paisanos de nuestro viajero. Me fue dado dirigirles la palabra y presentarles las primicias de este estudio. Ofrecí al Alcalde varias fotocopias de documentos fundamentales acerca de la vida de Lafond de Lurcy, de su padre, el general Pierre Lafond y de sus descendientes. Igualmente, entregué a la Alcaldía la reproducción de una fotografía de nuestro viajero.

A pesar de los comentarios elogiosos de *La Montagne* (Clermont-Ferrand, jueves 13 de mayo) y *Le Journal du Centre* (Moulins, jueves 13 de mayo), que hablaron calurosamente de esta celebración y de la presencia de un Ecuatoriano en el Borbonés, he guardado de esta conmemoración una honda tristeza al ver cuán inadvertido ha pasado este centenario, tanto en los países de América española, como en la misma Francia, donde este nombre y sus libros continúan tan olvidados.

Esperamos que el estudio que hemos consagrado al viajero de Lurcy sirva de estímulo para futuras investigaciones y sea una contribución para que aquella incógnita que es aún la historia del siglo XIX hispanoamericano llegue a ser, poco a poco, *descrifrada por los viajeros*, como escribiera el historiador y académico Carlos de la Torre Reyes.

## BIBLIOGRAFIA

### PUBLICACIONES ECUATORIANAS

#### DIARIOS

EL COMERCIO (Quito)  
EL TIEMPO (Quito)  
ULTIMAS NOTICIAS (Quito)  
EL MERCURIO (Cuenca)  
EL UNIVERSO (Guayaquil)

#### REVISTAS

ANALES DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL (Quito)  
ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA-ECUADOR  
EL AÑO ECUATORIANO (Quito)  
BOLETIN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA (Quito)  
BOLETIN DEL CENTRO DE INVESTIGACIONES HISTORICAS (Guayaquil)  
BOLETIN DE INFORMACIONES CIENTIFICAS NACIONALES (Casa de la Cultura Ecuatoriana-Quito)  
BOLETIN INFORMATIVO (Ministerio de Relaciones Exteriores-Quito)  
LA BUFANDA DEL SOL (Quito)  
CARTILLA DE DIVULGACION ECUATORIANA (Casa de la Cultura Ecuatoriana-Quito)  
CUADERNOS DE HISTORIA Y ARQUEOLOGIA (Casa de la Cultura Ecuatoriana-Guayaquil)  
GERMINAL (Revista de la Sociedad de Amigos de Francia-Riobamba)  
LETRAS DEL ECUADOR (Casa de la Cultura Ecuatoriana-Quito)

MUSEO HISTORICO (Organo del Archivo Municipal de Quito-Imprenta Municipal)  
PLANIFICACION Y DESARROLLO (Revista de la Junta Nacional de Planificación-Quito)  
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL ECUADOR (Quito)  
REVISTA CASA DE LA CULTURA (Núcleo del Guayas)  
REVISTA DEL CENTRO DE ESTUDIOS HISTORICOS Y GEOGRAFICOS (Cuenca-Ecuador)  
REVISTA ECUATORIANA DE EDUCACION (Quito)  
REVISTA DEL FOLKLORE ECUATORIANO (Casa de la Cultura Ecuatoriana-Quito)  
REVISTA DE LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA (Quito)  
REVISTA VISTAZO (Guayaquil)

Nota.— En la BIBLIOGRAFIA que se da a continuación, por regla general, se han omitido las obras y los autores ya mencionados al final de los capítulos de este libro.

## I AUTORES ECUATORIANOS

- Academia Nacional de Historia, *Boletín de Diciembre de 1942*, No. 100. Id. de marzo y septiembre de 1943, Nos. 101 y 103.
- Acosta, C. Isaac, *Observaciones sobre las "Páginas del Ecuador" de la Señora Marieta de Veintimilla*, Quito, 1891.
- Acosta, M. M. *Misiones de los RR.PP. Franciscos en el Ecuador*. Quito, 1886, 1 fol., 4o, 17 págs.
- Aguilar, Pedro T. *El Ecuador de 1825 a 1875*, por Pedro Moncayo, Guayaquil, 1886, 60 págs.
- Aguilar Paredes, Jaime, *Grandes Personalidades de la Patria Ecuatoriana*. Galería Biográfica, Quito, 1973, 368 págs.
- Aguilera Malta, Juan y hermanos. *Guayaquil 70 Metrópoli Dinámica*, Publicaciones Aguilera Malta, Guayaquil, 1970, 302 págs.
- Alarcón F., Ruperto, *El Ecuador y Bolívar* (Breves rasgos históricos), Rev. Municipal de Riobamba, año L., No. 29, págs. I-V. Riobamba, 1935.
- Albornoz, Víctor Manuel, *Fray Vicente Solano*, Anales Diplomáticos y Consulares de Colombia, Cuenca, 1942.

- Alemán, Hugo, *Presencia del Pasado*, I-II, Edit. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito; 1949-1953.
- Alfaro, Olmedo, *Galápagos Estratégico y Comercial*. Guayaquil, 1936, 8<sup>o</sup>, 147 págs. ils., 5 mapas.
- Alvarado, Rafael, *Problema territorial ecuatoriano-peruano. La elocuencia de las cifras*, Contribución al estudio de la Geografía de América, Quito, 1941, 8<sup>o</sup>, 40 págs.
- Alvarado Garaicoa, Teodoro, *Sinopsis del Derecho Territorial Ecuatoriano*. Edit. Cervantes, Guayaquil, 1952.
- Anales del Archivo Nacional y Museo Unico, Tomo I, Quito, 1939.
- Andrade, Manuel de Jesús, *Próceres de la Independencia*, Índice alfabético de sus nombres con algunos bocetos biográficos, Quito, 1909, 8<sup>o</sup>, 3, 418 págs.
- Andrade, Raúl, *Retablo de una Generación Decapitada*, en *Gobelinos de Niebla*. Talleres Gráficos de Educación, Quito, 1943.
- Andrade, Roberto y Miguel Valverde, *Biografía*, Quito, 1883, 8<sup>o</sup>, 15 págs.
- Andrade, Roberto, *Seis de Agosto o sea muerte de García Moreno*. Oficina Tipográfica del Colegio Olmedo, Portoviejo, 1896, 4<sup>o</sup>, 415 págs.
- Andrade, Roberto, *Lecciones de Historia del Ecuador, para los niños*, Guayaquil, 1901, Quito, 1903, 1904, 1906, 1909, 16<sup>o</sup>., Quito, 1911, 8<sup>o</sup>., 72 págs.
- Andrade, Roberto, *Montalvo y García Moreno*, Tomo I, Imprenta de la Reforma, Guayaquil, 1925, 296 págs.
- Andrade, Roberto, *Historia del Ecuador*, 7 tomos, Guayaquil, 2787 págs.
- Arboleda R., Gustavo, *Diccionario Biográfico de la República del Ecuador*, Quito, 1910, 8<sup>o</sup>, 194 págs.
- Arias, Augusto, *Panorama de la Literatura Ecuatoriana*, Quito, 1936, 8<sup>o</sup>, 144 págs.
- Astudillo, Remigio, *Fundaciones de las Provincias del Ecuador*, Rev. del Centro de Estudios Históricos y Geográficos, No. 5, pág. 76 y sigs., Cuenca del Azuay, 1921.
- Bahamonde, César O., *El Gran Mariscal de Ayacucho*, Gaceta Municipal, año XXX, No. 110, págs. I-VII. Quito, 1945.
- Barrera, Isaac J., *Rocafuerte*, Estudio histórico-biográfico, 1a. ed., Quito, 1911, 2a. ed., Quito, 1911, 8<sup>o</sup>, 206 págs. IX, 268 págs.

- Barrera, Isaac J., *Quito Colonial, Siglo XVIII, comienzos del siglo XIX*, Memorias de la Academia Nacional de Historia, t. I, 165 págs., Quito, 1922, 4<sup>o</sup>.
- Barrera, Isaac J., *Epistolario de Montalvo*, Quito, 1927, 8<sup>o</sup>, 27 págs.
- Barrera, Isaac J., *Simón Bolívar, Libertador y Creador de Pueblos*, Primer Centenario de la muerte del Libertador, Bol. de la Academia Nacional de Historia, t. XI, págs. 223-266, Quito, 1930, 2a., Quito, 1930, 8<sup>o</sup>, 102 págs.
- Barrera, Isaac J., *El Obispo José Cuero y Caicedo*, Bol. de la Academia Nacional de Historia, t. XIV, Nos. 40-41, págs. 5-29, Quito, 1936.
- Barrera, Isaac J., *Literatura Ecuatoriana*, Quito, 1939.
- Barrera, Isaac J., Notas Bibliográficas: *García Moreno y la Política Internacional Ecuatoriana*, por el doctor R. Pattee, Bol. de la Academia Nacional de Historia, Vol. XIX, págs. 138-140, Quito, 1940.
- Barrera, Isaac J., *Hombres del Ecuador: Vicente Rocafuerte, Fray Vicente Solano, García Moreno, doctor Antonio Borrero y Cortázar, Federico González Suárez, Eloy Alfaro, Juan Montalvo*, Bol. de la Academia Nacional de Historia, Vol. XXII, págs. 165-279, Quito, 1942.
- Barrera, Isaac J., Documentos Históricos: *Doña Rosa Zárate y don Nicolás de la Peña*, Documentos publicados por I.J.B., Bol. de la Academia Nacional de Historia, Vol. XXII, No. 59, págs. 103-118, Quito, 1942.
- Barrera, Isaac J., *El Ecuador en 1844*, Bol. de la Academia Nacional de Historia, Vol. XXIV, No. 63, págs. 5-10, Quito, 1944.
- Barrera, Isaac J., *Un lejano antecedente histórico*, Artículo publicado en el Diario "El Comercio", Quito, Agosto 1959.
- Barrera, Isaac J., *Ensayo de interpretación histórica*, Introducción a los acontecimientos del 10 de Agosto de 1809, edit. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1959.
- Barrera, Isaac J., *El Juramento de Bolívar*, Diario "El Comercio" de Quito, 29 de enero de 1960.
- Barreto, Guillermo, *García Moreno ¿Santo o Demonio?*, Cronología de la Vida y Milagros de García Moreno, Quito, 1970, 8<sup>o</sup>, 259 págs. ilus.
- Bedoya Maruri, Angel N., *Nevados de Ecuador y Quito colonial*, Edit. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1976.
- Benites Vinuesa, Leopoldo, *Argonautas de la Selva*, Biografía del Cap. D.

Francisco de Orellana y la aventura del descubrimiento del Amazonas, Fondo de Cultura Económica, México, 1945, 306 págs.

Benites Vinuesa, Leopoldo, *Ecuador: Drama y Paradoja*, Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1950, 282 págs.

Biblioteca Ecuatoriana Mínima, Edit. J. M. Cajica, Jr. S.A., Puebla-México, 1959, 29 vols.:

- 1) Visión Teórica del Ecuador.
- 2) Poesía Popular (*Alcances y Apéndice, Indices*)
- 3) El Arte Ecuatoriano.
- 4) Cronistas Coloniales, I.
- 5) Cronistas Coloniales, II.
- 6) Historiadores y Cronistas de las Misiones.
- 7) Fray Gaspar de Villarroel.
- 8) Los Dos Primeros Poetas Coloniales Ecuatorianos.
- 9) Los Jesuitas Quiteños del Extrañamiento.
- 10) Padre Juan de Velasco S.I., I.
- 11) Padre Juan de Velasco S.I., II.
- 12) Prosistas de la Colonia.
- 13) Precursores.
- 14) El Ecuador Visto por los Extranjeros.
- 15) José Joaquín Olmedo (*Epistolario*).
- 16) José Joaquín Olmedo (*Poesía, Prosa*).
- 17) Escritores Políticos.
- 18) Juan Montalvo.
- 19) Poetas Románticos y Neoclásicos.
- 20) Remigio Crespo Toral.
- 21) Federico González Suárez.
- 22) Pedro Fermín Cevallos.
- 23) Historiadores y Críticos Literarios.
- 24) Cronistas de la Independencia y de la República.
- 25) Poetas Parnasianos y Modernistas.
- 26) Novelistas y Narradores.
- 27) Juristas y Sociólogos.
- 28) Prosistas de la República.
- 29) Jacinto Jijón y Caamaño.

Borja, Luis Felipe, Notas Bibliográficas. J.L.R. *Un Gran Americano-García Moreno*, Bol. de la Academia Nacional de Historia, vol. III, págs. 160-162, Quito, 1921.

- Borja, Luis Felipe, *La responsabilidad del asesinato de Sucre*, Bol. de la Academia Nacional de Historia, t. XIII, Nos. 36-39, págs. 13-36, Quito, 1936, 4o.
- Borja, Luis Felipe, *Bolívar, Libertador y Sucre, ciudadano quiteño*, Conferencia leída en el Teatro Nacional de Caracas el 21 de Mayo de 1929, Bol. de la Academia Nacional de Historia, t. XV, Nos. 42-45, págs. 42-58, Quito, 1937.
- Borja, Luis Felipe, Representante de la familia Checa y Barba. *Alegatos, Discursos, Oficios, etc.* en "Juicio criminal seguido contra autores y cómplices del envenenamiento perpetrado en la persona del Ilmo. y Rvdmo. Señor Arzobispo Dr. Dn. José Ignacio Checa y Barba". (Manuscrito).
- Borrero, Alfonso María, *Ayacucho*, Cuenca, 1924, Vol. III, 4o, 573 págs.
- Borrero, Manuel María, *Quito, luz de América*, Quito, 1959.
- Borrero Cortázar, Antonio, *La Revolución de 1876 en el Ecuador*, Lima, 1877, 82 págs.
- Borrero Cortázar, Antonio, *Refutación al P. Berthe*, Imprenta de la Nación, Guayaquil, 1889.
- Bossano, Luis, *Cronología de la fundación española de Quito*, Edit. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1972, págs. 265.
- Bravo, Vicente M. *Discurso sobre el Movimiento Político habido en el Ecuador en el siglo XIX*, Quito, 1900, 12º, 26 págs.
- Buitrago, Filemón, *Por la honra del Ecuador*, Imprenta Sudamericana, París, 1897.
- Bustamante, José Rafael, *Sucre*, Memorias de la Academia Ecuatoriana, No. Extr., págs. 9-25, Quito, Relicario de Sucre, págs. 74-86, Quito, 1922-1945.
- Cabeza de Vaca, Manuel, *La posición del Ecuador en el conflicto Colombo Peruano*, Quito, 1934, 8º, 227 págs., 1 mapa.
- Calle, Manuel J., *Historia de un crimen*, Páginas de un libro inédito, Sobre el fusilamiento del Coronel Luis Vargas Torres, Quito, 1897, 8º, 32 págs.
- Calle, Manuel J. *Hombres de la revuelta: Terán, Peralta, Moncayo, Alfaro, Arévalo, Estrada, Arellano, Cueva, Treviño, Mestanza, Felicísimo López, etc.*, Guayaquil, 1907, 16º, VII, + 196 págs.

- Calle, Manuel J., *Leyendas históricas de América*, Guayaquil, 1909, Madrid, s.a. (1921), 8º, 295 págs.
- Calle, Manuel J., *Biografías y Semblanzas*, Quito, 1921, 8º, XXX, 294 págs.
- Calle, Manuel J., *Leyendas del tiempo heroico*, Talleres Tipográficos Nacionales, Quito, 1929.
- Camacho, Efraín, *Don Vicente Rocafuerte. Impulsor de la Independencia americana y presidente de la República del Ecuador*, Bol. del Centro de Investigaciones Históricas, t. IV, Nos. IV, V y VI, págs. 10-63, Quito, 1936, 1 Vol., 4º, 54 págs.
- Campos, Antonio y Chávez Franco, Modesto *Lector Ecuatoriano*, Guayaquil, tres tomos.
- Campos, Francisco, *Galería Biográfica de Hombres célebres ecuatorianos*, Guayaquil, 1885, 8º, 111 págs.
- Campuzano, Juan, *El Ciudadano... a los habitantes del Ecuador*. Folleto de 8 páginas sin numerar, Imprenta de Gobierno, por Juan Campuzano, Quito, 1935.
- Carbo, Pedro, *Americanos ilustres. José Joaquín Olmedo*. Rev. Latino-Americana, t. I, págs. 561-575, París, 1874.
- Carbo, Pedro, *Americanos ilustres. Vicente Rocafuerte*. Rev. Latino-Americana, Primer año, t. II, págs. 181-208, París, 1874.
- Carrera Andrade, Jorge, *Galería de místicos y artistas*, Edit. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1958, 194 págs.
- Carrera Andrade, Jorge, *El Camino del Sol. Historia de un reino desaparecido*. Edit. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1959.
- Carrera Andrade, Jorge, *Galería de místicos y de insurgentes*, La vida intelectual del Ecuador durante cuatro siglos (1555-1955), Edit. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1959.
- Carrión, Benjamín, *Los Creadores de la Nueva América*, Omnes y Cia., París, 1928.
- Carrión, Benjamín, *García Moreno el Santo del Patíbulo*. México-Buenos Aires, 1959, 8º, 746 págs.
- Carrión, Benjamín, *El Cuento de la Patria*. Breve historia del Ecuador, Edit. Casa de la Cultura Ecuatoriana, 2a. ed., Quito, 1973, 340 págs.
- Castillo, Abel Romeo, *Los Gobernadores de Guayaquil del siglo XVIII*, Notas para la historia de la Ciudad durante los años de 1763 a 1803.

- Imp. Galo Sáez, Madrid, 1931, 4<sup>o</sup>, XII + 397 págs., 15 láms.
- Castillo, Abel Romeo, *Historia del Canto a Bolívar de J. J. Olmedo*, El Telégrafo, cit. de 13 de octubre de 1935.
- Castillo, Abel Romeo, *Olmedo Político*, Imp. de la Universidad, Guayaquil, 1943.
- Castillo, Abel Romeo, *Olmedo fue el Primer Gobernante Constitucional del Ecuador*, El Telégrafo, cit. de 6 de Marzo de 1945.
- Centro Popular "García Moreno", *Año Jubilar del Primer Centenario del nacimiento del Excelentísimo Sr. Dr. Gabriel García Moreno*, Tomo I, Quito, 1921, 8<sup>o</sup>, 81 págs.
- Cevallos, Pedro Fermín, *Resumen de la Historia del Ecuador, desde su origen hasta 1845*, Lima, 1870, Guayaquil, 1886-89, 8<sup>o</sup>, 5 vols.; 8<sup>o</sup>, 6 vols.
- Cevallos, Pedro Fermín, *Compendio de la Historia del Ecuador*. Quito, 1879, 1886, 8<sup>o</sup>, 435 págs., (Quinta edición, 213, IV-págs.), Quito, 1900, 1905, 160, 430 págs., Guayaquil, 1913.
- Cevallos García, Gabriel, *Entonces fue el Ecuador*, Ed. Austral, Cuenca.
- Cevallos Salvador, Pedro José, *El Dr. Pedro Moncayo y su folleto titulado "El Ecuador de 1825 a 1875, sus hombres, sus instituciones y sus leyes ante la Historia"*, Imprenta del Gobierno, Quito, 1887, 4o, VI + 219 págs.
- Cisneros, Angel Gabriel, *Biografía de Ecuatorianos Notables*, Ambato, 1934, 8<sup>o</sup>, 38 págs.
- Coloma Silva, Luis, *Simón Bolívar: El Libertador*, Quito, 1931, 16<sup>o</sup>, 135 págs.
- Cordero Palacios, Octavio, *Revolución de Octubre y campaña libertadora de 1820-1822*, por d'Amecourt (Camilo Destruge), Rev. del Centro de Estudios de Historia y Geografía de Cuenca, t. I, págs. 159-163, Cuenca, 1921.
- Cordero Palacios, Octavio, I. *La batalla de Pichincha. Historia, biografía y tradición*. II. *La de Tarquí*. Gaceta Municipal, año XXVI, No. 96, págs. 97-102; 113-119, Quito, 1940.
- Cornejo Cevallos, Manuel, *García Moreno, Borrero, Veintimilla*, París, 1881.
- Cova, J. A., *Sucre, ciudadano de América, Vida del Gran Mariscal de Aya-*

- cucho*. Edit. Victoria, Quito, 1959.
- Crespo Toral, Remigio, *Bolívar, el héroe y el Genio de América*, Bol. de la Academia Nacional de Historia, t. VIII, Nos. 21-23, págs. 255-277, Quito, 1924, Tirada aparte, 4º, 23 págs.
- Crespo Toral, Remigio, *Ocaso de un genio*, Ultimos pensamientos de Bolívar, Tip. Municipal, Cuenca, 1927.
- Crespo Toral, Remigio, *Bolívar, el héroe y el genio de América*, Rev. "América", Nos. 21-22, Quito, julio y agosto de 1927.
- Crespo Toral, Remigio, *La última diatriba contra el Libertador*, Rev. "América", Nos. 29 y 30, Quito, julio y agosto de 1927.
- Crespo Toral, Remigio, *La sombra de Sucre*, Cuenca, 1929.
- Crespo Toral, Remigio, *Memorias de la Academia Ecuatoriana Correspondiente de la Española*, Quito, 1935.
- Crespo Toral, Remigio, *Olmedo. Contribución al Centenario del 9 de Octubre de 1820*, Selección de ensayos, págs. 170-214, Quito, 1921, 1936, 32 págs.
- Crespo Toral, Remigio, *Selección de ensayos*, Edit. Ecuatoriana, Quito, 1936.
- Crespo Toral, Remigio, *Antonio Flores*, Estudios, Biblioteca Ecuatoriana Mínima, Prosistas de la República, Puebla-México, 1960.
- Crespo Toral, Remigio, *El Centenario de García Moreno en Cuenca: García Moreno, El Hombre, El Ciudadano, El Magistrado, El Genio*, Conferencia de Remigio Crespo Toral.
- Cruz, Vera de la, *El General Flores y el Poeta Olmedo*, El Universo de Guayaquil, de 22 de marzo de 1945.
- Chávez Franco, Modesto, *Crónicas del Guayaquil antiguo*, El Telégrafo, de marzo 1929 a septiembre 1930. Guayaquil, 1930, 1 vol., 4º, IV + 641 + IV págs.
- Chávez Franco, Modesto, *Olmedo y la transformación política del 6 de marzo de 1845*, Gaceta Municipal, No. 5 de Guayaquil, de 10 de marzo de 1945.
- Chiriboga, Joaquín, *El Ecuador y García Moreno; una página para la Historia de esa República*, Valparaiso, 1896, 69 págs.
- Chiriboga N., Angel Isaac, *Tarqui documento: Guerra de 1828-29*, Quito, 1828-29, 4º, 3 tomos.

- Chiriboga N., Angel Isaac, *Bolívar en el Ecuador*, Conferencia dada en el Congreso de Historia de la Gran Colombia, Bogotá, 1938, Bol. de la Academia Nacional de Historia, vol. XVIII, No. 54, págs. 109-124, Quito, 1939.
- Chiriboga N., Angel Isaac, *Bolívar, orador*, Gaceta Municipal, año XXVI, No. 96, págs. 103-112, Quito, 1940.
- Chiriboga N., Angel Isaac, *Bolívar en el Ecuador*, Talleres Gráficos de Educación, Quito, 1942.
- Destruge, Camilo, *El Ecuador y el Perú en su cuestión límites*, Guayaquil, 1899, 8º, 80 + XXVI págs.
- Destruge, Camilo, *Album Biográfico Ecuatoriano*, Guayaquil, 1903, 1905, 4º, 5 vols.: I 198 págs., II 312 págs., III 321 págs., IV 216 págs., V 194 págs.
- Destruge, Camilo, *Estudios históricos*, Guayaquil, 1912.
- Destruge, Camilo, *Compendio de la Historia del Ecuador*, Guayaquil, 1915, 8º, III + 204 págs.
- Destruge, Camilo, *Biografía del General D. León de Febres Cordero, prócer de la Independencia de Guayaquil y benemérito de la emancipación americana*, Guayaquil, 1920, 8º, 96 págs.
- Destruge, Camilo (D'Amecourt), *Historia de la Revolución de Octubre y Campaña Libertadora de 1820-22*, Guayaquil, 1920, 8º, 407 págs., Imprenta Elzeviriana de Borrás, Barcelona, 1920, 8º, 407 págs.
- Enríquez B., Eliecer, *Quito a través de los siglos*, Recopilación y notas bio-bibliográficas, Quito, 1939, 1941, 2 vols., 4º; primer vol.: 54 ilustr., 4 planos, VI + 274 págs.; segundo vol.: 37 ilustr., 3 planos; XXX + 206 págs.
- Escala, Víctor Hugo, *Proemio del 6 de Marzo de 1845*, El Telégrafo cit. de 6 de marzo de 1945.
- Escala, Víctor Hugo, *Así era Bolívar*, La Prensa, 9 de Junio, Lima, 1946.
- Espinosa Pólit, Aurelio S.J. *Olmedo en la historia y en las letras*, Quito, 1955.
- Falconí, Gerardo, *Hispanoamérica para los Hispanoamericanos*, Quito, 1930.
- Flores, Juan José, *Comunicación del señor General Juan José Flores a esta ilustre Municipalidad*, Cuartel General en Daule, a 4 de julio de

- 1827, Guayaquil, 1827, 2 págs.
- Flores Jijón, Antonio, *Curso de Historia Antigua desde la creación del mundo hasta el triunfo del cristianismo*, Imprenta José Jacquin, Benzozón, 1863, 406 págs.
- Flores Jijón, Antonio, *El Gran Mariscal de Ayacucho*, Quito, 1882, New York, 1883.
- Flores Jijón, Antonio, *D. Eloy Alfaro refutado por documentos auténticos*, Quito, 1891.
- Flores Jijón, Antonio, *Para la Historia del Ecuador*, Imprenta Católica, Quito, 1891.
- Flores Jijón, Antonio, *El Concordato Ecuatoriano*, París, 1894.
- Flores y Caamaño, Alfredo, *Descubrimiento Histórico relativo a la Independencia de Quito*, Imprenta de "El Comercio", Quito, 1909.
- Gallo Almeida, Luis S.J., *Literatos ecuatorianos*, Quito, 1939.
- Gangotena y Jijón, Cristóbal, *Algunos documentos sobre Olmedo*, Boletín de la Biblioteca Nacional del Ecuador, No. 1, Quito, octubre de 1920.
- Gangotena y Jijón, Cristóbal, *Genealogía de la Casa de Borja*, Quito, 1932.
- Garcés, Enrique, *Eugenio Espejo, médico y duende*, Quito, 1944, 4<sup>o</sup>, VIII + 237 págs.
- Garcés G., Jorge A., *Documentos sobre la Independencia. Revolución de Quito, año de 1809*, Fotografiados en el Archivo Nacional de Bogotá, Gaceta Municipal, año XXIII, No. 61, págs. 133-136, Quito, 1943.
- Garcés, Miguel G., *Olmedo*, por el Dr. M. G. G., miembro que fue de la Compañía de Jesús, Discurso pronunciado en Ibarra, Quito, 1880, 8o, 13 págs.
- García Moreno, Gabriel, *Escritos y Discursos de Gabriel García Moreno*, recopilados y publicados por su Presidente doctor don Manuel María Pólit. Imprenta del Clero, Quito, 1887.
- García Moreno, Gabriel, *Doce Cartas de García Moreno al Señor Doctor Don Antonio Flores Jijón*, publicadas por el Ilustrísimo y Reverendísimo señor Arzobispo de Quito, doctor don Manuel María Pólit Laso, Imprenta y Encuadernación del Clero, Quito, 1922, 8<sup>o</sup>, 24 págs.
- García Moreno, Gabriel, *Cartas Políticas de Gabriel García Moreno a Carlos Ordóñez Lazo*, editadas por Alfonso Ordóñez Mata, Tipografía

- “Alianza”, Cuenca, 1923, 8<sup>o</sup>, 262 págs.
- García Ortíz, Humberto, *La Forma Nacional*, Imprenta de la Universidad, Quito, 1942.
- García Ortíz, Humberto, *Las Rutas del Futuro*, Una interpretación sociológica de un hecho histórico ecuatoriano, Edit. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1956.
- Gobierno del Ecuador, *Asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho*, Reproducción de publicaciones hechas por el Gobierno del Ecuador en 1830 y 1843, Quito, 1891.
- GOMEZ JURADO, Severo S.J., *Vida de García Moreno*, 10 volúmenes:  
 Tomo I, Juventud, 507 págs., Cuenca, 1954.  
 Tomo II, Al Mando Supremo, 501 págs., Cuenca, 1955.  
 Tomo III, 501 págs., Quito, 1957.  
 Tomo IV, 504 págs., Quito, 1959.  
 Tomo V, 1865-1869, 504 págs., Quito, 1962.  
 Tomo VI, 1869-1873, 502 págs., Quito, 1964.  
 Tomo VII, 1869-1874, 503 págs., Quito, 1966.  
 Tomo VIII, 1870-1874, 502 págs., Quito, 1967.  
 Tomo IX, 1873-1875, 503 págs., Quito, 1970.  
 Tomo X, 1875-1879, 502 págs., Quito, 1971.
- Gómez de la Torre, *Memorias Inéditas*, Publicación de Cristóbal Gangotena y Jijón, Quito.
- González, M.A., *El asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho*, Se publica en Obras Escogidas de Eloy Alfaro, Ediciones Viento del Pueblo, Guayaquil, 1959, tomo I.
- González Suárez, Federico, *Historia General de la República del Ecuador*, Quito, 1890-1903, 8 vols., y un Atlas.  
 Tomo I, 1890, XV + 318 págs.  
 Tomo II, 1891, 455 págs.  
 Tomo III, 1892, VII + 480 págs.  
 Tomo IV, 1893, VII + 487 págs.  
 Tomo V, 1894, VII + 532 págs.  
 Tomo VI, 1901, IX + 261 págs.  
 Tomo VII, 1903, IX + 153 págs.  
 Atlas Arqueológico. Texto: 1892, XIII + 210 págs. Atlas láminas, 1892, XLIV láms, Todo en 4<sup>o</sup>, Total, 3.000 págs.
- González Suárez, Federico, *Prólogo a los “Escritos de Espejo”*, Tomo I,

Imprenta Municipal de Quito, 1912.

- González Suárez, Federico, *Memorias íntimas. Apuntes sobre asuntos personales...* Años: 1844-1895, Quito, 1930, 1931, 1936, 8º, 88 págs., 74 págs.
- Guevara, Darío, *Olmedo, Actor y Cantor de la Epopeya Libertadora de América*, Edit. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1958, 490 págs.
- Guevara, Darío, *Rocafuerte y la educación pública*, Edit. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1965.
- Guevara, Darío, *Pasado y presente de Hispanoamérica*, Cinco ensayos sobre su realidad, Talleres Gráficos Nacionales, Quito, 1968.
- Guevara, Darío, *Sucre, Caballero de la Libertad*, Editorial Ecuatoriana, Quito, 1970, 114 págs.
- Guevara, Darío, *21 momentos estelares de la vida del Libertador*, Editorial Ecuatoriana, Quito, 1971.
- Guevara, Darío, *Olmedo, Poeta e Insurgente*, Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1971, 157 págs.
- Guzmán, Marco Antonio, *La revolución del 10 de Agosto de 1809*, Universidad Central, Quito, 1961.
- Guzmán Polanco, Manuel de, *Un Ecuatoriano Ilustre Vicente Piedrahita*, Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1965.
- Heredia, José Félix S.J., *La victoria de Junín*, Edición de estudio arreglada por la Academia Literaria "Dios y Patria" del Colegio de San Felipe de Riobamba, Quito, 1919, 8º, 61 págs.
- Heredia, José Félix, S.J., *Las antiguas provincias de Quito, de la Compañía de Jesús y sus Misiones entre infieles. 1566-1767*, Riobamba, 1923, 1 vol., 4º.
- Herrera, Pablo, *Apuntes biográficos de Don José Joaquín Olmedo*, Quito, 1887.
- Herrera, Pablo, *Apuntes biográficos del Gran Magistrado Ecuatoriano señor Doctor Gabriel García Moreno*, Quito, 1921, 8º, 104 págs, Guayaquil, 1921, 4º, 92 págs.
- Jácome, Rodrigo, *Derecho Constitucional Ecuatoriano*, Imp. de la Universidad Central, Quito, 1941.
- Jaramillo Alvarado, Pío, *Estudios históricos*, Editorial Artes Gráficas de

- Cándido Briz Sánchez, Quito, 1934, 585 págs.
- Jaramillo Alvarado, Pío, *La Presidencia de Quito*, Memoria histórico-jurídica de los orígenes de la nacionalidad ecuatoriana y de su defensa territorial, Quito, 1938-1939, 2 tomos, 4<sup>o</sup>, 1066 págs. +8 Índice.
- Jaramillo Alvarado, Pío, *El Gran Mariscal José de La Mar*, Quito, 1950.
- Jaramillo Alvarado, Pío, *El secreto de Guayaquil en la entrevista de Bolívar y San Martín*, Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1952, 116 págs.
- Jaramillo Alvarado, Pío, *Apuntamientos para el Estudio de la Revolución de 1809*, Boletín del Archivo Nacional de Historia, año V, Nos. 9 y 10, Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1960.
- Jijón Caamaño, Jacinto, *Quito y la Independencia de América*, Discurso leído en la sesión solemne celebrada por la Academia Nacional de Historia, en la sala capitular del convento de San Agustín, el 29 de mayo de 1922, en conmemoración del I Centenario de la Batalla de Pichincha, Quito, 1922, 85 págs.
- Jijón Caamaño, Jacinto, *Influencia de Quito en la Emancipación del Continente Americano. La Independencia (1809-1822)*. Bol. de la Academia Nacional de Historia, vol. VIII, Nos. 21-23, págs. 40-94, Quito, 1924, Tirada aparte, 55 págs., 4<sup>o</sup>.
- Larrea, Carlos Manuel, *Bibliografía científica del Ecuador*, Ed. Cultura Hispánica, Madrid, 1952, 493 págs.
- Larrea, Carlos Manuel, *El Archipiélago de Colón (Galápagos)*, Descubrimiento, exploraciones científicas y bibliografía de las islas, Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1960.
- Larrea, Carlos Manuel, *Bibliografía científica del Ecuador*, Antropología.— Etnografía.— Arqueología.— Prehistoria.— Lingüística, 3a. edición, Corporación de Estudios y Publicaciones, Quito, 1968, 289 págs.
- Larrea, Carlos Manuel, *El arzobispo mártir Ilmo. y Rvdmo. Sr. Dr. Don José Ignacio Checa y Barba*, Corporación de Estudios y Publicaciones, Quito, 1973.
- Larrea, Carlos Manuel, *Antonio Flores Jijón. Su vida y sus obras*, Corporación de Estudios y Publicaciones, Quito, 1974.
- Larrea, Carlos Manuel, *Bibliografía de Gabriel García Moreno*, en el centenario de su asesinato: 1875-1975, Corporación de Estudios y Publicaciones, Quito, 1975, 43 págs.

- Laso, Elías, *Comentarios sobre la vida de Juan José Flores*, Extracto.
- La Torre Reyes, Carlos de, *La Revolución de Quito del 10 de Agosto de 1809*, Editorial del Ministerio de Educación, Quito, 1961, 721 págs.
- La Torre Reyes, Carlos de, *La espada sin mancha*, Biografía del General Julio Andrade, Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1912, 739 págs.
- La Torre Reyes, Carlos de, *Piedrahita. Un emigrado de su tiempo*, Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1968, 373 págs.
- La Torre Reyes, Carlos de, *Nuevas Crónicas de Parsifal*, Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1976, 358 págs.
- Le Gouhir y Rodas, José S.J., *El 9 de Octubre de 1920*, Reseña histórica, Guayaquil, 1920, 8º, VII + 104 págs.
- Le Gouhir y Rodas, José S.J., *Un Gran Americano. García Moreno. 1821-1921*, Quito, 1921, 8º, 396 págs., Quito, 1923, 473 págs.
- Le Gouhir y Rodas, José S.J., *El Criminal de Berruecos*, Publicaciones del Centro de Estudios de Historia y Geografía de Cuenca, Cuenca, 1924, 45 págs. (XX tesis), 8º, Quito, 1930, 8º, VIII + 267 págs.
- Le Gouhir y Rodas, José S.J., *Glorias ecuatorianas*, Quito, 1935, 1 vol., 8º, 228 págs.
- Lemos Guzmán, A. J., *Obando*, Editorial Universidad de Cauca, 1959.
- León Mera, Juan, *Ojeada histórico-crítica sobre la poesía ecuatoriana*, Imprenta Cunill Sola, Barcelona, 1893.
- León Mera, Juan, *García Moreno*, Quito, 1904, 8º, IV + 242 págs., 3 Índice.
- León Mera, Juan, *La Dictadura y la Restauración en la República del Ecuador*, Ensayo de historia crítica, precede un estudio de J. Tobar Donoso, Quito, 1932, 8º, XLV + 315 págs.
- Loor, Wilfrido, *La Conquista de Quito*, Imprenta El Comercio, Quito, 1943.
- Loor, Wilfrido, *Cartas de Gabriel García Moreno*, Quito, 1953, 1955.  
 Tomo I., Introducción Histórica.  
 Cartas año 1846, 9 págs.  
 Cartas año 1847, 14 págs.  
 Cartas año 1849, 35-123 págs.  
 Cartas años 1850, 124-153 págs.  
 Cartas años 1852, 154-192 págs.

- Cartas años 1853, 193-257 págs.  
 Cartas años 1854, 258-307 págs.  
 Documentos 308-326 págs.
- (Cartas al Gral. José Ma. Guerrero; a D. Roberto de Ascázubi; a Dolores y María Josefa Ascázubi).  
 Originales Archivo Jesuitas Cotocollao). 1953.  
 Tomo II., Años 1855 a 1861, 204 págs.  
 Documentos págs. 253 a 388. 1953.  
 Tomo III., Años 1862 a 1867.  
 Documentos hasta 427 págs. 1954.  
 Tomo IV., Años 1868 a 1875.  
 Documentos hasta 543 págs.  
 (Originales en varios lugares). Quito, 1955.
- Loor, Wilfrido, *García Moreno y sus asesinos*, Quito, 1955, 8<sup>o</sup>., 244 págs., 21 ilustraciones.
- Loor, Wilfrido, *La Victoria de Guayaquil*, Prensa Católica, Quito, 1960, 8<sup>o</sup>. 462 págs., ilustrado.
- López M., Ulpiano, *Del Congreso de Panamá a la Conferencia de Caracas. 1826-1954*, El genio de Bolívar a través de la historia de las relaciones culturales. Imprenta del Ministerio de Educación, Quito, 1954.
- Luna Yépez, Jorge, *Síntesis Histórica y Geográfica del Ecuador*, Escuela Tipográfica Salesiana, Quito, 1944.
- Malo, Benigno, *El General Flores*, Rev. del Centro de Estudios Históricos y Geográficos de Cuenca, abril, Antología del Pros. Ecuatoriano, t. II, págs., 283-295, Quito, 1896, Cuenca, 1921.
- Manrique Izquieta, Carlos, *Estudio Estadístico de Algunos Aspectos de la situación general del Ecuador*, Imprenta La Filantrópica, Guayaquil, 1936.
- Manuel Garcés, Víctor, *Libro de Oro de Sucre*, Imprenta del Ministerio de Educación, Quito, 1955, 146 págs.
- Márquez, Ezequiel, *Retrato del Libertador Don Simón Bolívar*, Cuenca, 1920, 55 págs. ilustradas.
- Márquez Tapia, Ricardo, *El 2 de Agosto de 1810*, Diario "El Comercio", Agosto de 1959.
- Matamoros Jara, Carlos, Mora, Tomás, *Presidentes del Ecuador (1830-*

- 1930), El Telégrafo, 14 de Agosto, Guayaquil, 1930.
- Martínez, Luis A., *A la costa*, Clásicos Ariel, No 4, Guayaquil, s.d., 188 págs.
- Moncayo, Pedro, *El Ecuador de 1825 a 1875, sus Hombres, sus Instituciones y sus leyes*, Santiago de Chile, 1886, 366 págs., Imprenta Nacional, Quito, 1906, 4<sup>o</sup>. XXIII, + 465 págs.
- Monsalve, J.D., *Ideal político del Libertador Simón Bolívar*, Madrid, s.d.
- Monsalve Pozo, Luis, *Indoamérica*, Talleres de la Universidad, Cuenca, 1934.
- Monsalve Pozo, Luis, *El Indio*, Editorial Austral, Cuenca, 1943.
- Montalvo, Juan, *La Dictadura Perpetua*, Panamá, 1874, 8<sup>o</sup>. 2,+ 24 págs. Quito, 1941.
- Montalvo, Juan, *Vicente Piedrahita*, Hoja suelta de 18 de Septiembre de 1878, Publicada en Quito el 21 de Septiembre de 1878, Imprenta Dr. Roberto Arias.
- Montalvo, Juan, *Los Siete Tratados*, Editorial Garnier, París, 1912.
- Montalvo, Juan, *Los héroes de la emancipación de la raza hispanoamericana*, Quinto libro de los Siete Tratados, Editorial Americanas, Buenos Aires, 1944.
- Montúfar, Carlos, *Viaje de Quito a Lima con el Barón de Humboldt y D, Aimé Bonpland*, Bol. de la Soc. Geográfica de Madrid, vol. XXV, pág. 371, Madrid, 1888.
- Morales y Eloy, Juan, *Ecuador, Nociones Históricas. Geografía Física y Antropológica*, 1938.
- Moreno, Julio E., *La Revolución del 9 de Julio y el Gobierno de la Dictadura*, Talleres Tipográficos Nacionales, 1928.
- Muñoz Vernaza, Alberto, *Los restos de Sucre*, Quito.
- Murillo M., Juan, *Historia del Ecuador de 1876 a 1888, precedida de un resumen histórico de 1830 a 1875*, Santiago de Chile, 1890, 8<sup>o</sup>, III, 396 págs.
- Museo Histórico, Organó del Archivo Municipal de la Ciudad de Quito, Imprenta Municipal, Quito.
- Naveda, Bolívar H., *Galápagos a la vista*, Editorial de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1952.

- Olmedo, José Joaquín, *Manifiesto del Gobierno Provisorio sobre las causas de la transformación del 6 de Marzo de 1845*, El Telégrafo cit. de 6 de Marzo de 1845.
- Olmedo, José Joaquín, *Obras completas, Poesías*. Texto establecido, prólogo y notas por el Padre Aurelio Espinosa Pólit, S.J. Quito, 1945.
- Ordóñez Mata, Alfredo, *Cartas políticas de Gabriel García Moreno a Carlos Ordóñez-Lazo, 1860-1873*, Cuenca, 1923, 8<sup>o</sup>. VI,+ 261 págs., 2 retr.
- Pareja Diezcanseco, Alfredo, *La Hoguera bárbara*. Vida de Eloy Alfaro, Cía. General Editora, México, 1944.
- Pérez Concha, Jorge, *Bolívar internacionalista*, Talleres Gráficos de Educación, Quito, 1939.
- Pérez Concha, Jorge, *Ensayo histórico-crítico de las relaciones diplomáticas del Ecuador con los estados limítrofes*, Volúmenes 1 y 2. Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1958-1961.
- Pérez Guerrero, Alfredo, *Ecuador*, Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1948, 187 págs.
- Pérez Guerrero, Edmundo, *Colonización e inmigración en el Ecuador*, Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1954, 259 págs.
- Pérez Pazmiño, Ismael, *Una carta histórica de García Moreno*, Bol. del Centro de Investigaciones Históricas, t. IV, núms. 4-6, págs. 126-129. Guayaquil, 1936.
- Piedrahita, Vicente, *Homenaje a don Juan Acevedo*, Quito, 10 de Mayo de 1858.
- Pino Roca, J. Gabriel, *Leyendas, tradiciones y páginas de Historia de Guayaquil*, Guayaquil, 1930, 8<sup>o</sup>. 414, +II págs.
- Pino de Icaza, J.J., *Tres constructores de la República*, Don Vicente Rocafuerte, Montalvo, Panfletario Romántico, Pedro Carbo, 134 págs.
- Pólit Lasso, Manuel María, *Escritos y Discursos de Gabriel García Moreno*, Quito, 1887, 8<sup>o</sup>. Tomo I, 407 págs.  
Quito, 1888, 8<sup>o</sup>. Tomo II, 421 págs.
- Segunda Edición:  
Quito, 1923, Tomo I, 8<sup>o</sup>. 487 págs.  
Quito, 1923, Tomo II, 8<sup>o</sup>. 495 págs.
- Pólit Lasso, Manuel María, *Homenaje a la memoria del Gran Mariscal A.J. de Sucre en el primer centenario de su muerte*, Quito, 1930.

- Ponce Enríquez, Camilo, *Las ideas políticas del Libertador referentes a la Constitución política de los Estados Americanos*, Imprenta de la Universidad, Quito, 1936.
- Quevedo, Belisario, *Texto de historia patria*, Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1959, 153 págs.
- Reyes, Jorge, *Apuntaciones sobre problemas ecuatorianos*, Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1957.
- Reyes, Oscar Efrén, *Historia de la República*, Esquema de ideas y hechos del Ecuador, a partir de la emancipación, Quito, 1931, 1 Vol., 8º., 331 págs. ilustradas.
- Reyes, Oscar Efrén, *La Revolución de Quito*, Educación, núm. 116. págs. 21-60, Quito, 1942.
- Reyes, Oscar Efrén, *Vida de Juan Montalvo*, 2a. edición, Talleres Gráficos Nacionales, Quito, 1943.
- Reyes, Oscar Efrén, *Breve Historia General del Ecuador*, 2 tomos, Editorial Fray Jodoco Ricke, Quito, 1959.
- Reyes, Oscar Efrén, *Breve Historia del Ecuador*, 2 volúmenes, Imprenta de la Universidad, Quito.
- Robalino Dávila, Luis, *Diez Años de Civilismo*, Puebla-México, 1968.
- Robalino Dávila, Luis, *Testimonio de los Tiempos*, Quito, 1970.
- Rocafuerte, Vicente, *A la nación*, Quito, 1909, 8º, VI,+ 421 págs.
- Rodríguez S., Luis A. Coronel, *Ayacucho, la batalla de la libertad americana, 1824-1874*, Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1975.
- Rolando, Carlos A., *Los Presidentes del Ecuador*, Bol. del Centro de Investigaciones Hist., t. IV, núms. 4-6, págs. 234-246, Guayaquil, 1936.
- Rubio Orbe, Gonzalo, *Nuestros indios*, Imprenta de la Universidad, Quito, 1947.
- Rubio Orbe, Gonzalo, *Promociones indígenas en América*, Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1957.
- Rumazo González, Alfonso, *Gobernantes del Ecuador*, Quito, 1932.
- Rumazo González, Alfonso, *Manuelita Sáenz. Libertadora del Libertador*, Cali-Colombia, 1944.
- Rumazo González, Alfonso, *Simón Bolívar*, Editorial "Edime", Caracas-Madrid, 1955.

- Salazar, Francisco Ignacio, *Actas del Primer Congreso Constituyente del Ecuador (Año de 1830)*, precedidas de una introducción histórica por Francisco Ignacio Salazar, Quito, 1891.
- Salazar, Francisco Ignacio, *Actas de la Convención Nacional del Ecuador (Año de 1835)*, precedidas de una introducción histórica, por Francisco Ignacio Salazar, Quito, 1891, 8°. CCLXXX + 177 págs.
- Salazar, Francisco Ignacio, *Actas del Congreso Constitucional del Ecuador (Año de 1837)*, precedidas de una introducción histórica, por Francisco Ignacio Salazar, Quito, 1892, 2 vols.: 1o. CXXIII + 291 págs.; 2o, 252 págs., 8°.
- Salazar, Francisco Ignacio, *Actas del Congreso Constituyente del Ecuador (Año de 1839)*, precedidas de una introducción histórica, por Francisco Ignacio Salazar. Actas del Senado, vol. I, 8°. CXXV + 289 págs.; vol. II, 1893, Cámara de Representantes, 8°, 239 págs., Quito, 1893, 1894.
- Salazar y Lozano, Agustín, *Recuerdos de los sucesos principales de la Revolución de Quito desde el año 1809 hasta el de 1814*.  
 Quito, 1854, 12o, 160 págs.  
 Quito, 1896 (Antol, de PROS., t. II).  
 Quito, 1910 (Reimpresión oficial), 16o, 134 págs.  
 Quito, 1910, 8o. 122 págs.
- Salvador Lara, Jorge, *La Documentación sobre los Próceres de la Independencia y la Crítica Histórica*, Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1958, 93 págs.
- Salvador Lara, Jorge, *Cartas abiertas dirigidas al Dr. M.M. Borrero por su libro "Quito, luz de América"*, Diario "El Comercio, Quito, 1959. Boletín de la Academia Nacional de Historia, Vol. XXXX, No. 94, Quito, 1959.
- Salvador Lara, Jorge, *Apuntes sobre el Ecuador y la Historia de la Ciencia*, Instituto Ecuatoriano de Ciencias Naturales, Quito, 1971, 46 págs.
- Salvador Lara, Jorge, *Esquema para el Estudio de la Prehistoria en el Ecuador*, Editorial Ecuatoriana, Quito, 1971, 15 págs.
- Salvador Lara, Jorge, *García Moreno y los Estudios Científicos en el Ecuador*, Separata del Bol. de Informaciones Científicas Nacionales, Vol, XII, Nos. 96-100, Quito, 1971, 8o. 15 págs.
- Salvador Lara, Jorge, *Quito en la Prehistoria*, Separata de la Revista de la Pontificia Universidad, Quito, 1972, 51 págs.

- Salvador Lara, Jorge, *Testimonio*, Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1972, 491 págs.
- Sampedro, Francisco, *Atlas Geográfico del Ecuador*, Ed. Instituto Geográfico Militar, Quito, 1975-1976, 72 págs.
- Sevilla, Carlos Bolívar, *Montalvo y sus obras*, Ambato, s.f., 8º, 231 págs.
- Sociedad Bolivariana del Ecuador, *Homenaje al Mariscal de Ayacucho*, Número extraordinario de la revista "El Libertador", t. VIII, núm. 94, feb., Quito, 1945, 4º. 145 págs.
- Solano, Fr. Vicenté, *José Joaquín Olmedo*, "Seminario Eclesiástico", núm. 2: "La Escoba", Cuenca, Obras, t. I, págs. 288-308, Cuenca, 1835, 1858, Barcelona, 1892.
- Solano, Fr. Vicente, *Obras de Fray Vicente Solano de la Orden de Menores, en la República del Ecuador*, Precedidas de la biografía del autor, por Antonio Borrero C. Barcelona, 1892-95, 4 tomos.
- Sotomayor Luna, Manuel, *García Moreno y D. Juan Borja*, Rev. de la Asociación Católica de la Juventud Ecuatoriana, año I, núm I, Marzo, Quito, 1918.
- Stagg y Caamaño, Federico L., *El Coronel Juan José Flores*, Boletín Histórico, No. 1, Fundación John Bulton, Caracas, 1962, págs. 9.
- Suárez Morales, Jaime, *La IX conferencia internacional americana de Bogotá y el desarrollo del sistema interamericano*, Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1951.
- Sucre, Antonio José de, *Documentos históricos: Cinco comunicaciones inéditas del Gran Mariscal de Ayacucho*, Las publica J. Roberto Páez, Bol. Nal. de Hist., vol. XXV, núm. 65, págs. 125-130, Quito, 1945.
- Terán, Francisco, *Páginas de Historia y Geografía*, Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1973, 235 págs.
- Terán, Francisco, *Geografía del Ecuador*, 9a edición, Ediciones Librería "Cima", Quito, 1976, 440 págs.
- Tobar Donoso, Julio, *El General José María Urbina*, Ensayo biográfico leído en "El Ateneo" de Quito, Bol. de la Soc. Ecuat. de Est. Hist. Am., Vol. IV, págs. 468-496, Quito, 1920, Edición especial, 4º, 29 págs.
- Tobar Donoso, Julio, *García Moreno y la Instrucción Pública*, Bol. de la Acad. Nal. de Hist., vol. III, págs. 234-254; vol. IV, págs. 63-107,

- 159-204, Quito, 1921-22, Quito, 1923, edición especial del estudio publicado en el Bol. de la Acad. Nal. de Hist., 270 págs., 4<sup>o</sup>., Quito, 1940, public. de la Academia Ecuatoriana, 8<sup>o</sup>, 430 págs.
- Tobar Donoso, Julio, *Desarrollo Constitucional del Ecuador*, Ensayo, Quito, 1925, 8<sup>o</sup>, 47 págs, Quito, 1936, segunda edición aumentada, 8<sup>o</sup>. 95 págs.
- Tobar Donoso, Julio, *La Instrucción Pública de 1830 a 1930. Apuntes para su historia*, El Ecuador en Cien Años de Independencia, t. II, págs. 277-318, Quito, 1930.
- Tobar Donoso, Julio, *La Iglesia Ecuatoriana en el Siglo XIX*, Tomo I., de 1809 a 1845, Quito, 1934, 8<sup>o</sup>, XX + 653 págs.
- Tobar Donoso, Julio, *El Epistolario de Tres Ilustres Compatriotas*, Luis Cordero, José Modesto Espinosa y Julio Zaldumbide. Memorias de la Academia Ecuatoriana Correspondiente de la Española, Nueva Serie, Quito, 1934.
- Tobar Donoso, Julio, *Monografías Históricas*, Primer Concordato Ecuatoriano, Quito, 1937.
- Tobar Donoso, Julio, *Orígenes Constitucionales de la República del Ecuador*, Realidades Ecuatorianas, págs. 243-266, Quito, 1938, Tirada aparte, 8<sup>o</sup>, 24 págs.
- Tobar Donoso, Julio, *La Iglesia modeladora de la Nacionalidad*, Prensa Católica, Quito, 1953.
- Toro Anda, Jorge, *La idea del Libertador referente a la Constitución política de los Estados Americanos*, Imprenta de la Universidad Central, Quito, 1936.
- Toro Ruiz, Isaías, *Más próceres de la Independencia*, Latacunga, 1934, 8<sup>o</sup>, III + 359 págs.
- Uzcátegui, Emilio, *Historia del Ecuador*, Quito, 1929, 2 tomos, 8<sup>o</sup>: 1o, 13 + 203 págs.; 2<sup>o</sup>, 273 págs., Ilustr.
- Valdivieso, General, *La caída del General Flores*, Quito.
- Vaquero Dávila, Jesús, *Génesis de la nacionalidad ecuatoriana*, Quito, 1941, 4<sup>o</sup>, VIII + 417 págs.
- Vargas, José María, O.P., *La cultura de Quito colonial*, Quito, 1941.
- Varios, *Corona Fúnebre consagrada a la memoria del Excmo. Sr. Dr. D. García Moreno*, Presidente de la República del Ecuador en el undéci-

- mo aniversario de su muerte. Quito, 1886, 8º, 204 págs.
- Varios, *El Centenario de García Moreno en Cuenca*, Cuenca, 1921, 8º, 118 págs.
- Vásconez, Francisco, S.J., *Reseña biográfica*, Olmedo y sus obras, págs. 7-27, Guayaquil, 1920, 4o, 275 págs.
- Vásconez Hurtado, Gustavo, *Cartas de Bolívar al General Juan José Flores*, Historia y anti-historia, Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1976, 37 págs.
- Veintimilla, Marieta, *Páginas del Ecuador*, Lima, 1890, 8º, 411 págs.
- Velasco, Padre Juan de, S.J., *Historia Moderna del Reyno de Quito y Crónica de la Provincia de Jesús del mismo Reyno, Escrita por el Presbítero D.J.V...* Índice de la obra publicado con una Introducción por J.J. y C. Bol. de la Soc. Ecuat. de Est. Hist. Am., t. II, págs. 127-143; 260-280, Quito, 1919.
- Velasco, Padre Juan de, S.J., *Historia del Reino de Quito*, Ed. El Comercio, Quito, 1946.
- Velasco Ibarra, José María, *Teorías políticas de Rocafuerte*, Bol. de la Biblioteca Nal. del Ecuador, núms. 4 y 5, Quito, 1921.
- Villacrés Moscoso, Jorge W., *El ataque y bloqueo de Guayaquil por la Expedición Naval del General Flores, en 1852*, Según la versión de P. Pointel, Oficial de la Marina Francesa. Revista de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, Año I, Abril-Mayo-Junio 1964, No. 3. Guayaquil, 1964, págs. 60-70.
- Villacrés Moscoso, Jorge W., *Historia Diplomática de la República del Ecuador*, 1 tomo, Departamento de Publicaciones de la Universidad de Guayaquil, Guayaquil, 1967, 383 págs.
- Villamil, Gral. Francisco, *Reseña de los acontecimientos políticos y militares de la provincia de Guayaquil desde 1813 hasta 1824 inclusive*, Quito, 1909, Reimpreso, 8º, XIV + 81º. XI notas, págs.
- Villavicencio, Manuel, *Geografía de la República del Ecuador*, New-York, 1858.
- Viteri Lafronte, Homero, *El Centenario de la República del Ecuador*, Boletín de la Unión Panamericana, Agosto, Washington, 1940, 57 págs. ilustradas.
- Vivanco, Carlos A., *El Ecuador en la Independencia de América*, Refutación al Diputado peruano Dr. Carlos de La Fuente, Bol. de la Acade-

- mia Nacional de Historia, vol. XXI, núm. 58, págs., 177-210, Otra ed. del Diputado de Prensa del Min. de RR. EE. Quito, 1941, 4<sup>o</sup>, 34 págs.
- Yepes del Pozo, Dr. Juan, *El Futuro de América*, Estudio político, social e internacional americano, Editorial "Fray Jodoco Ricke", Quito, 1949, 319 págs.
- Zaldumbide, Gonzalo, *Un prócer quiteño fusilado en Buga*, Conferencia leída en Bogotá, Boletín de la Academia Nacional de Historia, vol. XX, núm. 56 págs., 179-202, Quito, 1940.
- Zaldumbide, Julio, *El Congreso, D. Gabriel García Moreno y la República*, Quito, 1865, 12<sup>o</sup>, 19 págs.
- Zúñiga, Neptalí, *Juan Pío Montúfar y Larrea*, Quito, 1945, 4<sup>o</sup> m., 559 págs. ilustradas.
- Zúñiga, Neptalí, *Montúfar, Primer Presidente de la América Republicana*, Talleres Gráficos de Educación, Quito, 1945.
- Zúñiga, Neptalí, *Rocafuerte y 15 años de la República del Ecuador*, Colección Rocafuerte, Vol. XIV, Editorial Gobierno del Ecuador (homenaje a Don Vicente Rocafuerte en el Primer Centenario de su muerte), Quito, 1947.

## II AUTORES EXTRANJEROS

- Academia Nacional de La Historia, (Venezuela), 1890, *Bomboná-Pichincha, - Medallas de la Independencia*, Bol. año XI, núm. 19, págs. 772-776.
- Acosta, Joseph de, *Historia Natural y Moral de las Indias*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1940.
- Agramonte, Roberto, *Biografía del Dictador García Moreno*, por Roberto Agramonte, Profesor de Psicología en la Universidad de LaHabana, Estudio Psicopatológico e Histórico, Cultura S.A., La Habana, 1935.
- Alayza Paz Soldán, Luis, *Vida novelable del Mariscal La Mar*, Gaceta Municipal, Año XXVI, núm. 96, págs. 160-203.
- Alberdi, Juan Bautista, *Biografía del general San Martín acompañada de una noticia de su estado presente y otros documentos importantes*,

- París, 14 de Septiembre de 1843; impresa en 1843; impresa en 1844, Este ensayo forma parte de:  
*Obras completas de Juan Bautista Alberdi*, Imprenta La Tribuna Nacional; tomo II, 1886, págs. 333-341, (La versión española de la *Carta Lafond* se encuentra en este volumen).
- Almagro, Manuel de, *Breve descripción de los Viajes hechos en América por la Comisión Científica enviada por el Gobierno de S.M.C. durante los años 1862 a 1866*, Ecuador: págs. 76-152, Madrid. 1866. 4º, 174 págs., 2 mapas.
- Amunátegui, Miguel Luis, *Ensayos biográficos*, 4 tomos. Santiago de Chile, 1893-1896.
- André, Marius, *La révolution libératrice de l'Amérique espagnole*, Le Correspondant, tomo 248, págs. 1-28.
- André, Marius, *Bolívar et la Démocratie*, Obra inspirada de las doctrinas de la Acción Francesa, Roger, Editor, París, 1925.
- Anónimo, *-Voyage d'Explorateur d'un Missionnaire Dominicain chez les tribus sauvages de l'Equateur*, Con un Prefacio del M.R.P. Joseph M. Magalli de los Hermanos-Predicadores, Provincial de la Provincia del Ecuador y Prefecto apostólico de la nueva misión, "Bureaux de l'Année Dominicaine", París, 1889, 8º, Prefacio V-X, 334 págs.
- Arguedas, Alcides, *Los Caudillos Letrados*, Ediciones Barcelona, 1923.
- Arnault, Jacques, *Journal de voyage en Amérique Latine*, Volúmenes I y II, Ediciones Sociales, París, 1969, Vol. I, 190 págs.; Vol. II, 189 págs.
- Aspurúa, Ramón, *Biografía de hombres notables de Hispanoamérica*, Caracas, 1877, IV volúmenes.
- Babelón, Jean, *L'Amérique des Conquistadores*, Las Grandes Epocas de la Historia, París, Hachette, 1947, 8º, 288 págs.
- Ballesteros y Beretta, Antonio, *Ecuador*, Historia del Mundo en la Edad Moderna, publicada por la Universidad de Cambridge, t. XXIII, Barcelona, 1914.
- Baralt y Díaz, *Historia de Venezuela*, Tomos I y II, Edición de Desclés, de Browner, Brujas-París, 1939.
- Barbagelata, Hugo D., *Histoire de l'Amérique Espagnole*, "Cosas de América", Colección publicada bajo la dirección del Instituto de los Estudios Americanos, Librería Armand Colin, París, 1949, 8º, 325 págs.

- Basadre, J., *Historia de la República del Perú*, Tomo I; 1822-1866.
- Baudin, Louis, *La Révolution de 1911-1912 en Equateur*, Extracto de la Revista de los Estudios Históricos, Enero-Marzo, 1925, París, 1925.
- Bayle, Constantino, S.J., *García Moreno*, Madrid, 1921, 8º, 38 págs.
- Bazin, R., *Histoire de la Littérature Américaine de Langue Espagnole*, Librería Hachette, París, 1953, 8º, 354 págs.
- Becerra, Ricardo, *Vida de don Francisco de Miranda*, 2 vol. Calle Ferraz—25, Madrid.
- Belaúnde, Andrés, *Bolívar y el Pensamiento Político de la Revolución Hispanoamericana*, Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1959, 8º. 433 págs.
- Bello, Andrés, *Noticia de la Victoria de Junín. Canto a Bolívar*, Datos sobre J. J. Olmedo, El Repertorio Americano, t. I, págs. 54-61, Reproducido por Corpancho, México, 1862, Bello, Obras, Santiago, 1884, Londres, 1826.
- Berthe, A., *García Moreno, Presidente de la República del Ecuador. Vengador y Mártir del Derecho Cristiano*, Obra escrita en francés por el R.P. A. Berthe, de la Congregación del Santísimo Redentor, y traducida al castellano por don Francisco Navarro Villoslada, Víctor Retaux e hijos, librerías editores, París, 1892, 2º, 468 págs.
- Berthelet, Anne, *Bibliographie des Relations de voyages en Amérique espagnole, au XVIII et au XIX siècles*. Nanterre, 1968, Sorbona.
- Blanco Fombona, R., *Autores Americanos juzgados por Españoles*, Compilación hecha por R. Blanco Fombona, Casa Editorial Hispanoamericana, 8º, 378 págs.
- Bolívar, Simón, *Cartas de Bolívar (1799-1822)*, Prólogo de José Enrique Rodó y notas de R. Blanco Fombona, Sociedad de Ediciones Louis Michan, París — Buenos Aires, 1912.
- Bolívar, Simón, *Cartas de Bolívar (1823-1825)*, Notas de R. Blanco Fombona, Editorial América, Madrid, 1921.
- Bolívar, Simón, *Obras completas*, Compilación y notas de Vicente Lecuna, 2 tomos, Editorial Lex, La Habana, Cuba, 1947.
- Bolívar, Simón, *Doctrina Política*, Editorial Ercilla, Col. Amautal, Santiago de Chile.
- Bolívar, Simón, *Obras Completas de Bolívar*, Ministerio de Educación

de Venezuela, Documento 2254, tomo 3.

Boucher de La Richarderie, G., *Bibliothèque Universelle des Voyages, ou Notice complète et raisonnée de tous les Voyages anciens et modernes*, París, 1808, 8<sup>o</sup>. 6 vols.

Bougainville, Louis-Antoine de, *Voyage de Bougainville autour du monde pendant les années 1766, 1767, 1768 et 1769*, Prólogo y notas de P. Deslandres, Viajes de antaño y de hoy, París, 1924, 8<sup>o</sup>, 304 págs.

Bouvier, René, Maynial, Edouard, Aimé Bonpland, Explorador de la Amazonía, Botanista de la Malmaison, plantador en Argentina (1773-1858), Sociedad de Edición de Enseñanza Superior, París, 1950, 8<sup>o</sup>, 193 págs., 1 retrato, diversas ilustraciones.

Brandin, Abel Victorino, *Nuevas consideraciones sobre las fiebres intermitentes de la costa del Perú y sobre las enfermedades nerviosas de lds mujeres de Lima, con un retrato sucinto del físico y moral de sus habitantes; o nuevos medicamentos*, etc. etc... por A.V. Brandin, Imprenta de Río, Callao, 40, 17 págs.

Brandin, Abel Victorino, *De la influencia de los diferentes climas del universo sobre el hombre y en particular de la influencia de los climas de la América meridional*, por Don A.V. Brandin, Imprenta de J. M. Masias, Lima, 1826, 8<sup>o</sup>, 114 págs y las piezas liminares.

Brandin, Abel Victorino, *Anales medicales del Perú o semanario de Medicina, cirugía, boticaria, Historia Natural*, etc...

No. 1 (agosto de 1827)

No. 2 (agosto de 1827)

No. 3 (agosto de 1827)

Imprenta republicana de J.M. Concha, 1827, 40.

Briceño, Olga, *Bolívar americano*, Talleres Tipográficos "AR", Madrid, 1934.

Bruño, G.M., *Compendio de Historia del Ecuador*, Muchas ediciones, Quito, 1915, 104 págs.

Cabrial, C. de, *Paseo a través de la América del Sur, Nueva Granada, Ecuador, Perú, Brasil*, etc., en francés, París, 1868, 1 Vol., 4<sup>o</sup>.

Cancio, Angel de, *Vida de Excmo. Sr. Don Gabriel García Moreno, Restaurador y Mártir de la Tesis católica en el Ecuador*, Madrid, 1889, 8<sup>o</sup>, VII, 253 págs.

Caro, Miguel Antonio, *Olmedo.— La victoria de Junín.— Cartas inéditas*, El Repertorio Colombiano, t. II, núm, 10, págs. 272-299; núm. 12,

- págs. 438-462; t. III, núm. 2, págs. 138-149; Obras completas, t. III, págs. 3-50. Bogotá, 1879, 1921.
- Castell Florite, Marqués de, *Dulce Domingo: General isabelino*, Por el Marqués de Castell Florite, Editorial Planeta, Barcelona.
- Clavery, Edouard, *Trois Précurseurs de l'Indépendance des Démocraties Sud-Américaines: Miranda, Nariño, Espejo*, Imprenta Fernand Michel, París, 1932, 20 págs.
- Cobo, Bernabé, *Historia del Nuevo Mundo*, Publicada por M. Jiménez de la Espada, Sevilla, 1890-95, 4<sup>o</sup>, 4 vols.
- Colombes Mármol, Eduardo, *San Martín y Bolívar en la entrevista de Guayaquil, a la luz de nuevos documentos definitivos*, Buenos Aires, 1940, 8<sup>o</sup>, 460 págs.
- Cortázar, Roberto, *Correspondencia dirigida al General Santander*, Talleres Editoriales Librería Voluntad, Bogotá, 1965, vols. V y VI, págs. 484 y 495.
- Cotteau, Edmond, *Promenade autour de l'Amérique du Sud*, K. Nilsson, París, 1878.
- Crevaux, J., *Voyages dans l'Amérique du Sud*, París, 1883.
- Cuenca, Héctor, *Fuentes de la doctrina bolivariana*, Imprenta Romero, Quito, 1940.
- Cuervo, Angel y Rufino L., *Vida de Rufino Cuervo y Noticias de su época*, Ediciones A. Roger y F. Chernoviz, París, 1892.
- Chantre y Herrera, José, 1637-67, *Historia de las Misiones de la Compañía de Jesús en el Marañón español, 1637-1667*, Madrid, 1901, 1 vol., 4<sup>o</sup>.
- Charton, Ernest, *Vol d'un navire dans l'Océan Pacifique en 1848*, relatado por Ernest Charton, uno de los pasajeros, F. Didot hermanos, París, 1854, 8<sup>o</sup>, 47 págs.
- Charton, Ernest, *Quito, 1862*, Trad. de Jonás Guerrero, *Quito a través de los siglos*, t. II, págs. 145-168, Quito, 1941.
- Chaunu, Pierre, *Histoire de l'Amérique Latine*, Colección "Que sais-je", Prensas Universitarias de Francia, París, 1949, 16<sup>o</sup>, 126 págs.
- Chevalier, Henri, *Vie et aventures du capitaine de corsaire Tom Souville, ses combats, ses évasions, 1777-1839*, por Henri Chevalier, E. Plon, Nourrit y Cía, París, 1895, in-18<sup>o</sup>, 376 págs., retrato.

- Dahigen, E.W., *l'oyages français à destination de la Mer du Sud, avant Bougainville (1695-1749)*, Extracto de los nuevos Archivos de las Misiones Científicas, t. XIV, París, 1907, 8º.
- Dávila, Vicente, *Cartas del Mariscal de Ayacucho*, Boletín de la Academia Nacional de la Historia, vol. XXIII, págs. 504-513, Caracas, 1939.
- Descola, Jean, *Les Conquistadors*. Los Grandes Estudios Históricos, Librería Arthème Fayard, París, 1954, 524 págs.
- Domecq, J.B., *García Moreno, Président de la République de l'Equateur*, Tours, 1896, 261 págs.
- Droit, Michel, *Visas pour l'Amérique du Sud*, Colección dirigida por Pierre Lazareff: "L'Air du Temps", (Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Brasil), NRF, Gallimard (5a. edición), 1956, 8º, 252 páginas, 1 mapa, Ecuador: páginas. 121 a 132.
- Ducoudray Holstein, General, *Histoire de Bolivar*, por el General Ducoudray Holstein, continuada hasta su muerte por Alphonse Viollet, Tomo I, Alphonse Levasseur; Libraero, 1831.
- Enault, Louis, *L'Amérique Centrale et Méridionale*, A. Laplace, París, 1867, Gr., 8º, XXXVI + 444 páginas y láminas
- Espejo, Jerónimo, *Recuerdos históricos. San Martín y Bolívar. Entrevista de Guayaquil, 1822*, Buenos Aires, 1873, 1939.
- Espinosa, Luis, *Flores Juan José. Conducta y operaciones del Coronel Juan José Flores durante su permanencia en Pasto*, Popayán, 1823, Folleto, 13º, 8 págs.
- Figuro, P. Francisco, *Relación de las Misiones de la Compañía de Jesús en el País de los Maynas*, Madrid, 1904, 8º.
- Floro, Anselmo, S.J., *Vida de García Moreno. Héroe y mártir de la Religión y de la Patria (1821-1875)*, 1 vol. Bilbao, 1921, 12º, 222 páginas.
- Flament, Pierre, *Note sur le Premier Bataillon des Volontaires de l'Allier*, Extracto del "Bulletin de la Société d'Emulation du Bourbonnais", Imprinta Etienne Auclair, Moulins, 1904.
- Fortul, Gil, *Historia constitucional de Venezuela*, Caracas, tomo I, 454 páginas.
- Gabriac, Conde de, *Course humoristique autour du monde*, (India, China, Japón), Michel Lévy Hermanos, Editores, París, 1872.

- Gálvez, Manuel, *Vida de Don Gabriel García Moreno*, 1 vol., Editorial Difusión, S.A., Buenos Aires, 1942, 8º, 398 páginas, Madrid, 1945, 495 páginas.
- Gandon, Yves, *L'Amérique aux Indiens!*, (Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú), Ediciones Kent-Segep, París, 1960, 8º, 236 págs., 8 ilustraciones en negro, Ecuador: páginas 97 a 152.
- García Salazar, Arturo, *Resumen de la Historia Diplomática del Perú, 1820-1824*.
- González, Fernando, *Mi Simón Bolívar*, Ediciones Cervantes, Manizales.
- Grisson, Gabriel, S.C.J., *Souvenirs de l'Equateur (1888-1896)*, Roma, 1931, 8º, VI, III + 336 páginas ilustradas.
- Hagen, Víctor Wolfgang von, *Sudamérica los llamaba*, Exploraciones de los grandes naturalistas La Condamine Humboldt, Darwin, Spruce, México, 1945, 8º, 478 páginas.
- Heyerdal, Thor, *L'expédition du Kon-Tiki sur un radeau à travers le Pacifique*, Traducido del noruego por Marguerite Gay y Gerd du Mautort, Albin Michel "Livre de Poche", París, 16º, 435 páginas, 1 mapa, en noruego: "Kon-Tiki ekspedisjonen".
- Humboldt, Alexandre de, *Volcans des cordillères de Quito et du Mexique*, por Alexandre de Humboldt, Gide y F. Baudry, Libreros Editores, 5, calle Bonaparte, París, 1854.
- Illarramendi, *García Moreno y el Padre Berthe*, en junio 20 de 1895, comunica el Ministro del Ecuador ante la Santa Sede que por último Decreto de la Congr., del Índice aparece, entre otros libros prohibidos, éste.
- Izcue, J.A. de, *Los Peruanos y su Independencia*, Lima, 1906.
- Jáuregui Rosquellas, Alfredo, *Antonio José de Sucre*, La Paz; 1928.
- Jiménez de la Espada, Marcos, *Viaje de Quito a Lima de Carlos Montúfar con el barón de Humboldt y D. Aimé Bonpland*, 19 págs.
- Jiménez de la Espada, Marcos, *Noticias auténticas del famoso río Marañón y Misión apostólica de la Compañía de Jesús en la provincia de Quito*, 1 vol. Madrid, 1889, 4º.
- Josefa, M.T., *García Moreno, président de la République de l'Equateur*, París, 1892, 301 páginas.
- Judde, Gabriel, *León Uethurburu (Uiturburu)*, Basque français envoyé en

- Equateur à l'époque de l'Indépendance*, Contribuciones a la Historia del Ecuador (1830-1887), Centro de Estudios y de Investigaciones Ibéricos y Latinoamericanos, Director Sr. Ch. Minguet, París—X Nanterre, Fas. I, junio de 1974.
- La Condamine, Charles—Marie de, *Journal du Voyage fait par ordre du roi, à l'Equateur, servant d'Introduction historique à la mesure des trois premiers degrés du mériden, suivi de l'Histoire des Pyramides de Quito*, Imprenta real, París, 1751, XXVI +280 +XV páginas, 5 láminas, 1 mapa de la provincia de Quito al Perú.
- La Cruz, Ernesto de, *El genio político de Bolívar.— La entrevista de Guayaquil*, Bolívar y el General San Martín, Biblioteca de la Juventud Hispanoamericana, vol. V. Madrid, s.f., 1915, 8º, 98 páginas.
- Lafond, Georges, *L'Industrie frigorifique argentine et la crise de "la vie chère"*, Sociedad de ediciones internacionales, París, 1912, 8º. 36 páginas, figuras.
- Lafond, Georges, *Avec les mitrailleuses de la coloniale. Ma mitrailleuse*, Prólogo del Sr. Maurice Barrés, A. Fayard, París, 1917, 16º, 320 páginas.
- Lafond, Georges, *L'effort Français en Amérique du Sud*, Prólogo del Sr. Raphael-Georges Lévy del Instituto (I-XII), Librería Payot y Cía: 106, BD Saint-Germain, París, 1917.
- Lafond, Georges, *La France en Amérique -Latine*, por Georges Lafond, Librería Plon-Nourrit y Cía., Impresores-Editores, 8, calle Garancière, 6º, París, 1922 (Premiado por la Sociedad de Geografía Comercial, medalla Pra.), 4a. edición.
- Lafond, Georges, *L'Amérique du Sud*, (Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile), Pierre Roger y Cia, Editores, 54, calle Jacob, 54, París, Copyright 1923 by Pierre Roger y Cia. (Los Países Modernos), 10 láminas grabadas fuera de texto y 1 mapa.
- Lafond, Georges, *De l'ancienne à la nouvelle chambre*, Extracto de la "Vie des peuples", Mayo-Junio 1924, Ediciones "Per orbem", París, 1924.
- Lafond, Georges, *L'Amérique du Sud*, (Venezuela, Guyana, Paraguay, Uruguay), Ediciones Pierre Roger, 54, calle Jacob, 54, París, Copyright 1927 by Ediciones Pierre Roger, 10 láminas grabadas fuera de texto y 4 mapas.
- Lambel, A.P.F., *García Moreno, président de l'Equateur*, Lille, París, 1890, 144 páginas.

- Landolphe, Capitaine, *Mémoires du Capitaine Landolphe contenant l'histoire de ses voyages pendant 36 ans aux côtes d'Afrique et aux deux Amériques*, redactado en su manuscrito por J.S., Quesné, Arthur Bertrand, París, 1823, tomo I: 350 páginas; tomo II: 500 páginas.
- Lanzac, Henri, *Gabriel García Moreno, président de la République de l'Equateur*, París, 1862, 170 páginas.
- Larrazábal, Felipe, *Vida y correspondencia general del Libertador Simón Bolívar*, 1878. New-York, 5a. ed., 1901.
- Leblond, J.B., *Voyage aux Antilles et à l'Amérique Méridionale... Commencé en 1767 et fini en 1802*, 1 vol. Arthur Bertrand Libraire, calle Hautefeuille, No. 23, París, 1813, capítulo XXIII, 475 páginas.
- Lecuna, Vicente, *Cartas del Libertador*, 10 tomos, Tip. del Comercio, Caracas, 1929-1930.
- Lecuna, Vicente, *Archivo de Sucre... Campaña del Guayas y Ambato. Campaña de Pichincha. Ocupación de Guayaquil*, Boletín de la Academia Nacional de Historia, volumen XXII, págs. 346-503, Caracas, 1939.
- Lecuna, Vicente, *Proclamas y discursos del Libertador*, Caracas, 1939.
- Lecuna, Vicente, *La entrevista de Guayaquil*, Refutación y mentís al libro del señor Colombres Mármol, con una introducción de Jacinto López, Lima, 1941, 4<sup>o</sup>, 69 páginas.
- Lecuna, Vicente, *Cartas de Bolívar*, Tomo I a IV, Obras completas de Bolívar, Caracas, 1942.
- Lecuna, Vicente, *La cuestión de Guayaquil y la campaña de Pichincha*, Boletín de la Academia de Historia, No. 100 de Octubre-Diciembre de 1942, Tomo XXV, Caracas, 1942, págs. 336-540.
- Lecuna, Vicente, *La entrevista de Guayaquil*, Restablecimiento de la verdad histórica, Publicación de la Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1948.
- Lecuna, Vicente, *Crónica razonada de las Guerras de Bolívar*, Tomos I, II, III, Ediciones, The Colonial Press, Inc., New-York, N-Y, 1950.
- Lecuna, Vicente, *La conferencia americana y las Sociedades de las naciones de Bolívar*, Caracas, 1952.
- Lecuna, Vicente, *Liberación del Perú, Campañas de Junín y Ayacucho*.
- Lecuna, Vicente, *Cartas de Santander*.

- Lemos Guzmán, Antonio José, *Obando. De Cruz Verde a Cruz Verde*, Editorial, Clement, Popayán, 1959.
- Leroi-Gourhan, André, *Les Explorateurs célèbres*, Ediciones Lucien Mazenot, París, 1965.
- Levene, Ricardo, *La Révolution de l'Amérique espagnole en 1810*, Un volumen traducido del español por el barón Hubert de Bayens, con prólogo y notas, por Raymond Ronze, catedrático de historia, París, 1924, (sin otra indicación).
- Levene, Ricardo, *Sarmiento y su estudio político sobre San Martín y Bolívar*, El Hogar, año XLVI, número, 2100, Buenos Aires, 10 de Febrero de 1950.
- López, Jacinto, *La muerte de García Moreno*, La Reforma social, t. XXIII, número I, La Habana, La Habana, Quito, 1922, 44 págs.
- Ludwing, Emile, *Bolívar Caballero de la Gloria y de la Libertad*, Editorial Lozada, S.A., Buenos Aires, 1942.
- Madariaga; Salvador de, *Bolívar*, 2 tomos, Editorial Hermes, México, 1951.
- Mancini, Jules, *Bolívar y la Emancipación de las Colonias Españolas*, Ed. Rouet, París, pág. 436, 1914.
- Mancini, Jules, *Bolívar*, Un volumen (edición española). La primera parte de esta obra preciosa es un estudio sintético sobre las causas de la Independencia. Termina desgraciadamente en el año 1814, Librería de Ch. Bouret, 23, calle Visconti, París.
- Martínez Delgado, Luis, *Antonio José de Sucre*, Editorial Horizontes, Bogotá.
- Masson, L., *García Moreno*, Lyon, 1901, 31 págs.
- Mellet, Jullien, *Voyages dans l'Amérique méridionale à l'intérieur de la Côte-Ferme, et aux îles de Cuba et de la Jamaïque, depuis 1808 jusqu'en 1819*, Imprenta Prosper Noubel, Agen, 1823.
- Menéndez y Pelayo, Marcelino, *Olmedo*, Horacio en España, t. II, págs. 283-286, 2a, Madrid, 1885.
- Michaux, Henri, *Ecuador. Journal de voyage*, Edición de la "Nouvelle Revue Française", París, 1929, 8<sup>o</sup>, 197 págs.
- Militaires, Corsaires et Marins français au service de l'Indépendance du Mexique: 1813-1821.*  
Publicaciones del "Centro de Investigaciones de Lingüística y de

- Ciencias Humanas.— América Ibérica, Centro de Estudios Latinoamericanos”, Director Sr. Ch. Minguet, Universidad de París—X Nanterre, Junio de 1974, Fas. II.
- Mitre, Bartolomé, *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, F. Lajouane, 2a. edición, Buenos Aires, 1890.
- Mora, José Joaquín de, *La victoria de Junín. Canto a Bolívar*, Datos sobre Olmedo, El Correo Literario y Político de Londres, t. I, núm. 2, El Mercurio Chileno, núm. 12, Londres, 1826.
- Mouly, R.P. SS.CC., *Des Français en Amérique Espagnole (1827-1957)*, Prólogo de Mgr. Pierre Jobit, Lecturas Misioneras, París, 1957, 8º, 222 págs., ilustraciones, Ecuador: Capítulo VI, pág. 119, Capítulo VII, pág. 126, Capítulo VIII, pág. 132.
- Navarra y La Marca, Carlos, *Compendio de la Historia General de América*, Tomo II, Editores Angel Estrada y Com., Buenos Aires, 1913, 886 págs.
- Obando, José María, *Documentos y correspondencia del General José María Obando*, Compilación de Sergio Elías Ortiz y Luis Martínez Delgado, Tomos I, II, III, IV, Editorial, Kelly, Bogotá, 1973.
- Obando, José María, *Episodios de la vida del General José María Obando*, Editorial Kelly, Bogotá, 1973.
- Ogrizek, Doré, *L'Amérique du Sud*, Tomo I: Brasil, Venezuela, Colombia, Ecuador, Guayanas, Colección “Le Monde en Couleurs”, París, ODE, 1957, 8o, 415 págs., Ecuador: págs. 347 a 370, ilustraciones en colores.
- O’Leary, Daniel F., *Cartas de Sucre al Libertador (1820-1826)*, Tomo I, Editorial América, Madrid, 1919.
- O’Leary, Daniel F., *Cartas de Sucre al Libertador (1826-1830)*, Tomo II y último, Editorial América, Madrid, 1919.
- O’Leary, Daniel F., *Memorias*, 3 tomos, Imprenta Nacional, Caracas, 1952.
- O’Leary, Daniel F., *Ultimos años de la vida pública de Bolívar*, Memorias del General O’Leary, Tomo apéndice (1826-1829), Prólogo de R. Blanco Fombona, Editorial América, Madrid.
- O’Leary, Daniel F., *Bolívar y la Emancipación de Sudamérica*, Editorial América, Madrid, S.A.
- O’Leary, Daniel F., *Junín y Ayacucho*.

- Ortiz, Elías Sergio, *Franceses en la Independencia de la Gran Colombia*, Academia Colombiana de la Historia, Biblioteca Eduardo Santos, Volumen I, Editorial ABC, Bogotá, 1949.
- Palma, Ricardo, *Tradiciones peruanas*, (Completas), Aguilera, Madrid, 1964, 997 páginas.
- Parra Pérez, C., *La diplomatie de Bolívar*, Revista de la América Latina, t. VI, págs. 1-9, 103-109, París, 1923.
- Parra Pérez, C., *Una Misión Diplomática Venezolana ante Napoleón en 1813*, por el Dr. C. Parra Pérez, Publicaciones de la Secretaría General de la Décima Conferencia Interamericana, Colección Historia, No. 4, Caracas, 1953.
- Parra Pérez, C, Cabrera, Manuel, Ronze, Raymond, *Etudes sur l'Indépendance de l'Amérique Latine*, Nuevas Ediciones Latinas, París.
- Pattee, Richard, *Las ideas políticas de Vicente Rocafuerte*, II Congreso Internacional de Historia de América, II Colaboraciones, págs. 386-395, Buenos Aires, 1938.
- Pattee, Richard, *García Moreno y la política internacional ecuatoriana*, Boletín de la Academia Nacional de Historia, tomo XVII, números 50-53, págs. 185-208, Quito, 1939.
- Pattee, Richard, *García Moreno y el Ecuador de su tiempo*, por Richard Pattee, Miembro Correspondiente de la Academia Nacional de Historia del Centro de Investigaciones Históricas de Guayaquil, Editorial Ecuatoriana, Quito, 1941, 8º, XX + 437 págs.
- Pattee, Richard, *Gabriel García Moreno y el Ecuador de su tiempo*, Editorial JUS, México, 1944.
- Pellissier-Seguiet, A., *García Moreno. Une république catholique dans l'Amérique du Sud*, Lille, 1890, 72 páginas.
- Pereyra, Carlos, *El General Sucre*, Bbiblioteca de la Juventud hispanoamericana, t. IV, Otra edición, S.A., Madrid, 8º, 303 págs., Madrid, 1917, 8º, 298 págs.
- Pereyra, Carlos, *Historia de América*, Tomo IV, Los Países del Plata, Tomo VI, Colombia, Venezuela y Ecuador, Tomo VII, Perú y Bolivia, Tomo VIII, Chile, Madrid, 1920.
- Pereyra, Carlos, *Breve Historia de América*, 4a. edición, Aguilar, México, 1958, 644 págs.
- Pérez Amuchástegui, A.J., *La Carta de Lafond y la preceptiva historio-*

- gráfica, 2a. edición, Ediciones Siglo Veinte, Buenos Aires, 1967, 156 págs.
- Pérez Tenreiro, Tomás, *Sobre la formación militar de los Libertadores*, Artículo en Revista "Fuerzas Armadas de Venezuela", 2 vol.: I-V-VI-XII.
- Perrier, Georges, *Histoire des Pyramides de Quito*, Documentos inéditos en "Journal de la Société des Américanistes", Nueva serie, Tomo XXXV, págs. 91 a 122, París, 1943-1946.
- Piñeiro, Enrique, *Biografías americanas*, Editorial Garnier, París, S.A.
- Pointel, P., *Guayaquil*, Extracto de "L'Union des deux villès", de 9 y 13 de junio de 1866, Emile Renault, Impresor, Saint-Malo, 1866, 23 págs.
- Queville, Pierre, *L'Amérique Latine: la doctrine Monroe et le Panaméricanisme*, Payot, Biblioteca Histórica, París, 1969, 287 págs.
- Ramos, Jorge Abelardo, *Historia de la Nación Latinoamericana*, A. Peña Lillo, Editor, Buenos Aires, 1968, 8º.
- Restrepo, José Manuel, *Historia de la Revolución de la República de Colombia*, 10 vols., París, 1927, 16º.
- Richesses de France, *L'Allier*, No. 41, J. Delmas y Cía, París, 1959.
- Richesses de France, *La Vendé*, No. 72 J. Delmas y Cía, París, 1967.
- Riva Agüero, José de la, *La Historia en el Perú*, Obras completas, 18 vols., vol. IV.
- Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 1965, 549 págs.
- Rodó, José Enrique, *Los Cinco Ensayos: Montalvo*.
- Rodríguez Plata, Horacio, *Obando Intimo*, Bogotá.
- Rojas, Ricardo, *El Santo de la Espada*.
- Ronze, Raymond, *Paul Rivet (1876-1958)*, Nuevas Ediciones Latinas, París, 8º, 21 págs., 1 foto de Paul Rivet.
- Ruiz Moreno, Isidoro, *La Conquista de América y el descubrimiento del moderno Derecho Internacional*, Estudios sobre las ideas de Francisco de Vitoria, Editorial Guillermo Karft, Buenos Aires, 1951.
- Salcedo Bastardo, J.L., *Bolívar; un continent et un destin*, "La Pensé Universelle", París, 1976, 360 págs.
- Sánchez, Luis Alberto, *Historia de América*, 4a. edición, T. I y II, Edicio-

- nes Ercilia, Santiago de Chile, 1945, Tomo I, 423 págs., Tomo II, 484 págs.
- Sánchez, Luis Alberto, *Historia General de América*, T. I y II, Ediciones Ercilia, Santiago de Chile, 1949.
- Santinelli, Ciriaco, *García Moreno.- Rasgos biográficos*, Barcelona, 1908, 222 páginas.
- Sarmiento, Domingo Faustino, *Etudes politiques sur San Martín et Bolívar et sur la guerre de l'Indépendance dans l'Amérique du Sud*, (Comunicación hecha por Sarmiento, el 1o, de julio de 1847, cuando su incorporación en el Instituto Histórico de Francia), La versión francesa de esta comunicación fue publicada en *Mémoires del Journal de l'Institut Historique*; tomo VII, noviembre de 1847, págs. 401 y siguientes, (La *Carta Lafond* está reproducida in extenso en la comunicación de Sarmiento).
- Siefried, André, *Amérique Latine*, Colección "Choses d'Amérique", Librería Armand Colin, París, 1949, 4a edición, 16º, 175 págs.
- Soulin, J.H., *Observaciones oportunas dirigidas al Señor Ministro de Relaciones Exteriores de la República Peruana*, Imprenta Ad. Blondeau, París, 1849.
- Souville, Joseph-Eugène, *Mes souvenirs maritimes (1837-1863)*, Introducción del Sr. Contralmirante Degouy, Perrin, París, 1914, 8º, 487 págs.
- Torres Caicedo, J.M., *Ensayos Biográficos y de Crítica literaria sobre los principales publicistas, historiadores, poetas y literatos de la América Latina*, Baudry, Librería Europa, Dramard, Baudry y Cia. Sucesores, París, 1868, 8º, II-XXIV + 480 págs., Don Antonio Flores, pág. 209, Don Juan León Mera, pág. 229.
- Traité de Commerce et de Navigation et d'Amitié entre la France et l'Equateur*, 6 de junio de 1833, documento no impreso.
- Troyat, Henri, *De gratte-ciel en cocotier*, Librería Plon, París, 1955, 8º. 372 págs., 1 mapa, Ecuador: págs. 207-233.
- Truslow Adams, James, *La Epopeya de América*, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1942, 523 págs.
- Tudela, José de la Orden, *Los Manuscritos de América en las Bibliotecas de España*, Catálogo-Inventario, Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1954, 8º, 586 págs.

- Urdaneta, Amenodoro, *Sucre, gloria americana*, Caracas, 1895, 8<sup>o</sup>, 24 págs.
- Uslar Pietri, Juan, *Historia de la rebelión popular de 1814*, Contribución al estudio de la historia de Venezuela, Ediciones Soberbia, París, 1954, 243 págs.
- Vaillant, Auguste Nicolas, *Voyage autour du monde exécuté pendant les années 1836 et 1837 sur la corvette "La Bonite", commandée par M. Vaillant, capitaine de vaisseau*, Publicado por orden del Rey, 16 vols., atlas. Ed. Bertrand, París, 1845-1852.
- Vapereau, G., *Dictionnaire Universel des Contemporains*, Librería Hachette y Cía, 6a. edición, París, 1893.
- Vargas, Francisco Alejandro, *Edecanes del Libertador: Coronel Belford Hinton Wilson*, en la Revista "Boletín Histórico", editado por la Fundación John Boulton, 25 de enero de 1971, páginas 49-76, Caracas, 1971.
- Velloso Revello, Aníbal, *García Moreno (Estadista católico)*, Rev. del Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro, t. 87, Vol. 141, págs. 75-214, Río de Janeiro, 1922; 1926, 4<sup>o</sup>, 133 págs.
- Vetancourt Aristiguieta, Francisco, *El Gran Mariscal Sucre, político moderno*, Discurso de orden pronunciado en la Sesión Solemne de la Sociedad Bolivariana en celebración del sesquicentenario del nacimiento, Caracas, 1945.
- Villanueva, Carlos A., *Bolívar y el General San Martín*, Ediciones Ollendorff, París.
- Villanueva, Carlos A., *El Imperio de los Andes*, Ed. Ollendorff, París.
- Viollet, Alphonse, *Histoire de Bolivar, par le Général Ducoudray Holstein*, Tomo I, Alphonse Levasseur, Libraire, París, 1831.
- Webstek, C.K., *Gran Bretaña y la independencia de la América Latina (1820-1830)*, Documentos escogidos de los Archivos del Foreign Office.
- Wery, P. *Notes sur la République de l'Equateur et sur la ville de Guayaquil*, París, 1900, 1 fol, 4<sup>o</sup>, 67 págs.
- Whympier, Edward, *Quito y los quitenos*, Capítulo de la obra "Travels among the great Andes of Ecuac.". Versión española de César Bahamonde, Quito a través de los siglos, t. II, págs. 187-196, Quito, 1941.

- Wiese, Carlos, *Resumen de la historia del Perú*, 1899.
- Wolf, Teodoro, *Geografía y Geología del Ecuador*, Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1976, 708 páginas, 3 mapas a colores.
- Zavala, Silvio, *América en el espíritu francés del siglo XVIII*, México, 1949.
- Zuber, Christian, *Archipel de Galápagos (Le plus étrange pays du monde)*, Robert Laffont, París, 1961, 8<sup>o</sup>, 235 págs., 1 mapa, 24 fotografías.
- Zuber, Christian, *Les Galápagos îles oubliées* (págs. 7 a 36), en el libro: *Iles du Pacifique, Iles du Soleil*, Editado por Nestle, Peter, Caillet, Kolher, Vevey (Suisse), 1962, 133 págs.



---

---

## COLECCION HISTORICA

---

---

Se propone la recopilación de investigaciones sobre la historia ecuatoriana, sus hechos más importantes, los personajes más significativos del pasado de la nación. Incluye obras inéditas de autores nacionales o extranjeros o textos ya publicados con estudios introductorios y notas preparadas especialmente para esta colección.

### Volúmenes publicados:

#### I

*El tratado de Guayaquil*

Rafael Euclides Silva

#### II

*La Invasión Peruana y el Protocolo de Río,*

Julio Tobar Donoso

#### III

*Historia Patria,*

Belisario Quevedo

#### IV

*La región amazónica del Ecuador en el siglo XVI,*

José Rumazo González

#### V

*El general Juan José Flores,*

Gustavo Vásconez Hurtado

#### VI

*El Ecuador en la Independencia del Perú, Tomo I*

Alfredo Luna Tobar

**VII**

*El Ecuador en la Independencia del Perú*, Tomo II

Alfredo Luna Tobar

**VIII**

*El Ecuador en la Independencia del Perú*, Tomo III

Alfredo Luna Tobar

**IX**

*Estudios Históricos*,

Octavio Cordero Palacios

**X**

*Crisis en las misiones y mutilación territorial*,

Francisco Miranda Ribadeneira

**XI**

*Orellana. El caballero de las Amazonas*,

Miguel Albornoz

**XII**

*Corregidores y servidores públicos de Loja*,

Alfonso Anda Aguirre

**XIII**

*La revolución de Quito del 10 de Agosto de 1809*,

Carlos De la Torre Reyes

**XIV**

*Piedrahita, un emigrado de su tiempo*,

Carlos De la Torre Reyes

**XV**

*La espada sin mancha*,

Carlos De la Torre Reyes

**XVI**

*Diario de viajes del capitán Lafond de Lurcy*,

Darío Lara







A R.C.L. 2007



## COLECCION HISTORICA XVI

El doctor Darío Lara, distinguido profesor e investigador ecuatoriano, diplomático y escritor, residente desde muchos años atrás en Francia, nos ofrece aquí el fruto de pacientes trabajos sobre el capitán Gabriel Lafond de Lurcy, nacido el 25 de marzo de 1801 quien, en un largo viaje que toca nuestro terruño, es, como bien se dice en el título de este libro, *testigo de la historia ecuatoriana* entre los años de 1820 y 1830.

Se ofrece, por vez primera en la historiografía nacional, un comentario amplio y justo sobre las impresiones de Lafond de Lurcy contenidas en el libro *Voyages dans les Amériques*, publicado en París en 1847. Lafond llegó a Guayaquil pocas semanas después del 9 de octubre de 1820 y su nombre está vinculado a la entrevista de Bolívar y San Martín efectuada en el propio puerto el 29 de julio de 1822; está ligado también al general Juan José Flores, primer presidente de nuestro país, y a las dificultades y a los logros de la patria recién conformada.

Obra apasionante esta, será leída y releída con renovada curiosidad.

Bibliothèque et Archives nationales du Québec



3 2002 5080 6927 3



P9-BNP-700